3 1761 07065626 9

Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/unaamistadhastal00guti

38

3398

UNA AMISTAD HASTA LA MUERTE

DRAMAS POLICIALES

UNA
AMISTAD HASTA LA MUERTE

(CONTINUACIÓN DE SANTOS VEGA)

POR

EDUARDO GUTIERREZ

Buenos Aires

N. TOMMASI
EDITOR

PQ
7797
G79A75

ES PROPIEDAD DEL EDITOR

LIBRARY
NOV 18 1968
UNIVERSITY OF TORONTO

PROLOGO

La gran causa de la inmensa criminalidad en la campaña, está en nuestras autoridades excepcionales. El gaucho habitante de nuestra pampa tiene dos caminos forzosos para elegir: uno es el camino del crimen, otro es el camino de los cuerpos de línea que le ofrezca su puesto de carne de cañón.

¿Tenemos nosotros el derecho para condenar a éste criminal con todo el peso de la ley?

Es lo que veremos en este volúmen, continuación de la historia de Santos Vega.

Volvamos ahora al protagonista del drama policial que nos ocupa, tomándolo en la pulpería de don Cosme, adonde se encuentra narrando los acontecimientos que lo han lanzado a la vida del crimen.

UNA AMISTAD HASTA LA MUERTE

Al llegar aquí, Santos Vega hizo una larga pausa, que amenizó con un trago de ginebra del medio frasco que le pasó ño Cipriano.

—Muy desgraciado ha sido usted, amigo, dijo, en lo que ha puesto la mano.

—Esto no es nada, repuso Vega. Aun me falta el rabo por desollar, porque a mi la suerte me ha de perseguir mientras viva. Hoy no me queda nada en el mundo, más que el recuerdo de mis desventuras y el odio que guardo a la justicia, causa de todas ellas...

Carmona miraba fijamente a Santos Vega con una expresión de profundo cariño.

Parecía que las desgracias del payador habían herido las fibras más delicadas de su sensibilidad.

Don Cosme tenía los ojos lucientes como cristales a causa de la gran cantidad de ginebra que se había metido entre pecho y espalda.

—Es mucho sufrir para un hombre solo, dijo, y pegó tal beso al medio frasco, que lo hizo sonar como un mate en el último chupo.

—Desde aquel día, continuó el payador, he sido un pobre diablo, sin hogar y sin trabajo, condenado a andar vagando eternamente con el puñal en la mano para disputarle mi cabeza a la justicia.

Llamé a todas las estancias pidiendo el trabajo que ennoblece al hombre, pero todas las puertas se me cerraron en cuento hice mi demanda.

Yo era regular domador, y mi trabajo hubiera convenido a cualquier patrón.

Pero ¿quién admitiría cerca de sí al gaucho Santos Vega?

Amparándolo y tendiéndole una mano amiga se echaban encima el odio de la justicia, y se exponían a que el día menos pensado fuera ésta en mi busca y se armara allí una de todos los demonios.

Las puertas del trabajo se me cerraron así y sólo encontraré abiertas las del odio más impío. .

La única mano amiga que se me tendió fué la del buen Serafín, por quien no morí de hambre en más de una ocasión.

La partida entonces, y obedeciendo las órdenes del juez de paz, que se había convencido que jamás me echaría el guante, empezó a hacer la guerra a Serafín por el delito de ampararme. Aquella guerra se hacía de una manera disimulada, pero terrible.

La justicia no perseguía directamente a Serafín, porque ningún motivo tenía para ello, pero venía cuando más inmensa era la reunión, y la deshacía con el pretexto de que entre ella había mala gente.

Esto sucedía cuando yo me encontraba ausente, lo que tenía lugar con bastante frecuencia; pues encontrándome allí, ni dos partidas se habrían atrevido a llegar.

Mis ausencias duraban de diez a quience días, en cuyo tiempo los justicias visitaban tres o cuatro veces la pulpería, apaleando a unos y llevando presos a otros.

El objeto de este proceder era que, cansados los paisanos, no concurrieran más a aquella casa de negocio, cuya puerta más tarde o más temprano, tendría que cerrar su dueño, cansado de no vender nada.

Mis correrías, hechas por buscar trabajo en los partidos vecinos, no duraban nunca más de una quincena, al fin de la cual caía a lo de Serafín, a quien entregaba, a cuenta del gasto, el fruto de mis changuitas.

Entonces el pobre me contaba las iniquidades que le habían hecho, y se lamentaba de que pronto tendría que cerrar la casa, porque muy contado era el paisano que se atrevía a llegar.

Como aquella persecución era a causa de mi estadía en la pulpería, yo hice el propósito de no volver más, a ver si ellos cesaban.

Pero todo fué inútil.

Aquella persecución no se hacía a Serafín para que no me admitiese más en casa, sino como una venganza por la protección que me había prestado.

En una de mis ausencias, que duró cerca de dos meses, la persecución se hizo más tenaz.

Los justicias caían allí una o dos veces por semana, haciendo un desparramo espantoso entre los concurrentes.

—Ya no puedo sufrir más pacientemente, me dijo, las iniquidades que hacen conmigo. Perdido por perdido, voy a agarrar un asador y a planchar todos los lomos de justicias que me caigan a tiro.

—No lo hagas no estando yo, le dije; y ya que a ello estás de-

cidido, voy a quedarme unos días a ver si puedo echarte una manito que haga buen provecho.

Pero mi espera fué inútil. En vano permanecí en la pulpería dos semanas largas; no asomó la nariz ningún justicia. O habían olido mi presencia, o me bombeaban de una manera tan fina, que sabían tan bien como yo mismo mis días de partida como mis días de llegada.

Comadreja, era el último mandante fiel, que a pesar de todo quedaba a Serafín.

Varias veces lo habían arriado al Juzgado, teniéndolo preso en el cepo, sin lograr por esto correrlo de la pulpería.

Viendo que los justicias no aparecían por allí, armé viaje para el Bragado. Allí tenía que domar unos diez potros, changa bastante importante, pues me produciría unos treinta a cuarenta pesos.

—Parece que se han cansado de perseguirme, le dije una mañana; yo me voy al Bragado a domar potros, y pego la vuelta en seguida. Los paisanos han vuelto a caer a tu casa desde que nadie les persigue, y espero verte prosperar de nuevo.

—Parece realmente que me han olvidado, contestó Serafín, pero me dice el corazón que en cuanto te vas, van a volver a perseguirme con más encono que nunca. Lo que es ahora, añadio, estoy resuelto a no aguantarles más, y a la primera que me hagan, sentarles la mano para toda la siega.

—Esa es la derecha, dije; pero sentiría que lo hicieras sin esperarme. Sólo pueden quebrarte si te agarran entre muchos. Ayuntado conmigo podemos hacer la pata ancha, y yo te juro que no hemos de ser nosotros los que llevaremos la peor parte.

—Solo o acompañado, me dijo, estoy resuelto a no aguantar más y a concluir con esto de cualquier manera que sea.

Yo me despedí de Serafín, que había llegado a ser para mí un hermano, y me fuí a domar los diez potros.

Pero cuando llegué al Bragado, me encontré con que otro domador había hecho el negocio. Los patrones no habían podido esperar los dos meses que yo tardé y habían buscado quien les hiciera el trabajo.

Bastante desconsolado, porque se me había escapado una changa buena, regresé a Dolores, y me fuí derecho a la pulpería de Serafín.

Había tardado diez días entre ida y vuelta, sin contar uno que descansé en la estancia donde iba a hacer el trabajo.

Mientras me iba acercando a lo de Serafín, más me iba llamando la atención la soledad que rodeaba en aquellos parajes. No se veía un solo caballo en los palenques y hasta me parecía que las puertas estuvieran cerradas.

—Sin duda las persecuciones han vuelto a comenzar, me dije, y los justicias han concluído por desterrar de aquí al paisanaje.

Cuando hube llegado a la pulpería, un profundo sentimiento de tristeza me oprimió el corazón, como si un techo se me hubiera caído encima.

La casa estaba cerrada y no se veía cerca de ella ninguno de esos animales que acusan la presencia de moradores. Todo tenía un tinte sombrío, y a tal extremo, que me apercibí que las lágrimas se agolpaban a mis ojos.

—¿Habrá emigrado Serafín, perseguido por estos bandidos?, pensé; o lo habrán llevado preso a consecuencia de haber protestado o hecho armas contra el proceder de la justicia?

Y creyendo que lo segundo era lo más probable, ya me preparaba para ir a ponerlo en libertad.

Comprendiendo que con estar allí parado mirando la solitaria casa, nada iba a adelantar, tomé la determinación de llegar a la población más próxima para inquirir noticias.

Castigué, pues, al fatigado alazán, y al poco rato llegaba a un punto conocido por de Perales.

Allí me dieron noticias de lo que había sucedido en lo de Serafín dos días después de mi partida. ¡Pobre Serafín! ¡Qué cara le costó la hospitalidad que de tan buen corazón me daba!

Según me dijo Perales, dos días después de haberme yo alejado de allí, cayó una partida de tres soldados, capitaneada por otro, que venían a deshacer una reunión bastante grande.

A la vista de la justicia, cada uno de los paisanos, enemigos de tener alegación con esas gentes, montó a caballo y se mandó mudar. De este modo evitaban una paliza segura y una cepeada infalible.

Cuando Serafín vió que no quedaba más marchante que Comadreja, se calentó el hombre y perdió los estribos.

—Yo quiero saber, les dijo, por qué a mi casa se le ha declarado la guerra de esta manera.

—Nosotros no tenemos nada que ver con usted ni con su casa, le dijeron; el juez nos ha mandado que persigamos a los vagos y borrachos que en ella encontremos, y esto es todo.

—Lo que hacen ustedes es correr de mi casa a la concurrencia que a ella viene para obligarme a cerrar la puerta; y yo quiero saber el motivo de esta persecución.

—Ya hemos dicho que nada tenemos que ver ni con usted ni con su casa; y algo más quiere saber, vaya a preguntárselo al juez.

Serafín había perdido por completo la cabeza y no atendía a razones, mucho menos a razones de esa naturaleza.

—Yo nada tengo que ver con el juez, les dijo, sino con ustedes

que me vienen a incomodar. No se me da la gana, añadió, que vengan ustedes a perseguir a las personas que están en mi casa tranquilamente; así es que les prevengo que si vuelven con la misma intención otra vez, los saco de aquí a garrotazos. Mi casa no es reunión de vagos ni de borrachos, para que la justicia esté cayendo a cada rato y ya me he cansado de aguantarlo.

—Pues amiguito, repuso el que hacía cabeza, va a tener que aguantar esto y mucho más, porque el juez nos ha mandado deshacer todas las reuniones que aquí se armen, y nosotros tenemos que obedecer.

Las palabras fueron haciéndose cada vez más agrias, hasta que Serafín les intimó que inmediatamente montaran a caballo y se mandaran mudar de la pulpería.

—No hay en el mundo más que Santos Vega que sea capaz de meterse con nosotros, dijo el que capitaneaba los soldados; y como usted, aunque lo protege y lo tapa no vale lo que él, si no nos guarda más respeto lo vamos a llevar al Juzgado a ver si allí gallea tanto.

—Lo que van a llevar ustedes, concluyó Serafín, es una paliza de mi flor. Y saltó el mostrador con la daga en la mano.

Los soldados eran cuatro y dispuestos a no dejarse caer a dos tirones. Se tendieron en una especie de semicírculo y esperaron el ataque que indudablemente les iba a traer Serafín.

Comadreja, que no ha inventado la pólvora para esto de peleas, se había llamado a silencio entre unos tercios de yerba.

Desde allí todo tembloroso se había declarado espectador de lo que iba a suceder.

Serafín y los soldados estuvieron contemplándose un momento como para medir sus fuerzas, hasta que el primero, decidido a todo, atropelló como un toro.

Y dicen que era cosa de ver el empuje con que acometió, reboleando el poncho.

Pero el pobre tenía que luchar con gente dura, y aunque muy guapo, no era buen peleador. Una lucha tan desproporcionada no podía ser larga ni de final dudoso.

Serafín cerró contra los cuatro, y los cuatro se estrellaron sobre él, firmes y decididos.

En la primera acometida, Serafín vaciló un momento y tuvo que apoyarse contra la puerta para no caer.

Había recibido un hachazo terrible en la cabeza y un puntazo en el costado izquierdo.

Los milicos se estrellaron más sobre él como para concluir pronto, mientras el más encarnizado de ellos le decía:

—¡Ahora que te salve Santos Vega, tu compadre!

—Si él no me salva, al menos me vengará, contestó Serafín, y tiró una puñalada con tan buen tino que el soldado cayó para no levantarse más.

Aquí llegó el momento crítico para Serafín. Acosado con un encono creciente, empezó a batirse en retirada pudiendo llegar hasta el fogón de la cocina, donde se apoderó de un asador.

Pero mal herido en varias partes del cuerpo, poca cosa pudo hacer de él.

Desde el principio los soldados no habían tirado a rendirlo para reducirlo a prisión, sino a matarlo; así es que las heridas que le infirieron eran a cual más terribles.

La agonía de Serafín que no se rendía a pesar de verse despedazado, produjo un raro fenómeno en el espíritu de Comadreja.

Salió éste de entre los tercios, donde se había metido al principio, cuchillo en mano, y cayó sobre los soldados con un empuje tremendo.

—¡Animo, Serafín, ánimo!, le gritó, que aunque no es gran cosa, pero aquí vengo a echar mi manito.

Y como caía por la espalda, sin que nadie lo esperara, pudo lograr una puñalada buena que puso fuera de combate a otro de los soldados.

Si Comadreja hubiera hecho aquello al comenzar la lucha, se podría haber esperado mucho del éxito de ella. Pero ya era tarde. Serafín estaba tan postrado que cayó al suelo cubierto de heridas, al mismo tiempo que el justicia que había tendido Comadreja.

Quedó éste en lucha desigual con los otros dos soldados. El pobre Comadreja que había sido toda la vida más flojo que tabaco averiado, estaba convertido en un león. Peleaba con una bravura que metía miedo, tratando de consolar al moribundo Serafín, a quien abandonaron los soldados por atenderlo a él.

Es que sin duda Comadreja había sido guapo toda la vida, pero no le había llegado la ocasión de hacerse ver.

Serafín que veía todo esto a través de la muerte que se cernía a su alrededor, se revolvía en las últimas convulsiones, desesperado por no poder ayudar a su amigo, y lo alentaba con el último rayo de su mirada moribunda.

Comadreja hacía esfuerzos desesperados por salir triunfante, pero herido también de una puñalada en el pecho, poco podía hacer por el triunfo.

—Ya que me matan, que sea con provecho, dijo.

Y a pecho descubierto se tendió tirando una puñalada que abrió el vientre del tercer soldado.

Fué la última que tiró el pobre, pues antes que pudiera retirar

el puñal de la herida, rodó junto al cuerpo de Serafín, ya cadáver, con la cabeza dividida por un sablazo.

Lo que sucedió a la caída de Comadreja fué terrible. Jadeante de fatiga, pues la última parte de la lucha había sido ruda, el soldado que había quedado ileso, se lanzó sobre los caídos y los cosió a puñaladas, sin ver que apuñaleaba a dos cadáveres. En seguida montó a caballo y se fué al Juzgado de Paz a buscar socorro para sus compañeros vivos aún, que no eran más que dos.

Entonces los vecinos que no habíamos querido asomar antes por no echarse encima a la justicia, fuimos a ver los cadáveres de Serafín y Comadreja. Sus cuerpos estaban horriblemente mutilados, pudiéndosele contar a cada uno por lo menos cincuenta puñaladas.

Los dos soldados heridos pocas esperanzas daban. El más entero de los dos, era el que había recibido la última puñalada de Comadreja. El otro tenía el pulmón partido y se moría por momentos.

Nosotros no quisimos mezclarnos en aquello, y nos fuimos sin prestar a los heridos el menor socorro. Teníamos miedo de que llegaran más soldados de un momento a otro e hicieran con nosotros alguna nueva atrocidad.

Recién al día siguiente, vinieron a lo de Serafín otros cuatro soldados, guiados por el mismo que había estado el día anterior.

De los heridos que había dejado, sólo uno conservaba la vida. El herido en el pulmón había muerto sin duda durante la noche, pues ya su cuerpo estaba duro.

Lo que primero hicieron fué pasar a cuchillo los cadáveres de Serafín y Comadreja, que sacaron al medio del campo. En seguida hicieron un hoyo, donde enterraron a los dos soldados muertos y acomodaron al herido en un cuero para llevarlo a la cincha.

Preparados para marchar empezaron el más escandaloso saqueo de la pulpería. Hicieron dos grandes cargueros donde echaron todo aquello que representaba algún valor. Y después de haber registrado los cadáveres de Serafín y Comadreja, a los que sacaron hasta el tirador, se pusieron en marcha, llevándose a la cincha al herido, que gritaba como un chancho.

La pulpería quedaba más limpia que si los indios hubieran dado malón, pues si algo dejaron fué por falta de comodidad para llevarlo.

Asi que la justicia se hubo perdido de vista, nos juntamos unos cuantos amigos para dar sepultura a Serafín y Comadreja, con cuyas cabezas habían jugado a patadas aquellos desalmados.

Dos o tres días después de esto volvió una partida de soldados a llevar lo poco que los otros habían dejado. No perdonaron ni los vasos, ni el jarro del mostrador, dejando la pulpería completa-

mente limpia. Destaparon una frasquera de ginebra y esuvieron bebiendo en el campo hasta la noche, en que, con la fresca, se pusieron en camino, bastante divertidos.

¡Y era de ver cómo festejaban la muerte de Serafín, a cada trago de ginebra que se echaban al gañote! Uno de ellos, el que más en pepe estaba, llegó a lamentarse de que todos los días no sucediera una cosa igual. En fin, después de cerrar la puerta de la casa, por pura compadrada, se mandaron mudar, después de arrojar al campo el cadáver del último medio frasco.

Cuando hube escuchado esta triste historia, sentí en mi alma una profunda desolación. ¡El último amigo que me quedaba sobre la tierra, con el que podía contar como con un hermano, habia muerto por mí! ¿Adónde volvería la mirada sin encontrarme con un enemigo o con un indiferente? ¡Y todo aquello era obra de la justicia de los hombres!

Con el corazón estremecido por el dolor pregunté por el paraje donde fué enterrado Serafín, y allí me fuí a rogar por el eterno descanso de su alma noble.

Y allí, sobre su tumba secando las lágrimas que corrían a lo largo de mi semblante, hice un juramente terrible. Juré no descansar hasta no haber concluído con el último de los justicias que habían tomado parte en la muerte de mi único amigo y saqueo de su easa. Y cuando haya concluído con el último de ellos, iré a recorrer la campaña como un ser maldito, sin más misión ni más objeto que alzar mi brazo armado allí donde apareciera la justicia de los hombres.!

—La lucha es dura, me dijeron los que mi juramente escucharon. La lucha es dura, y no va a poder con tantos, teniendo que sucumbir al número tarde o temprano.

—No sucumbiré, me dije, porque me daré maña para cumplir mi juramento. Yo me dedicaré a buscar justicias y matarlos donde los halle. Cuando sean muchos me alejaré pacientemente a esperar mejor oportunidad. Cuando su número no pase de tres, caeré sobre ellos, y duro tendrá que ser el que me llegue al bulto.

Y desde aquel mismo día me puse en campaña yéndome a vagar por las pulperías.

Toda mi fortuna y mi familia en este mundo eran mi alazán, mi guitarra y las cuatro pilchas locas de que se componía mi apero. ¡Y yo había sido rico; podía haber pasado una existencia feliz, y la justicia se había encargado, porque así le dió la gana, en volverme un carguero de desventuras!

—Donde echar un bocado no ha de faltarme; pensé, puesto que en todo el partido me conocen y saben mi historia. Cumpla-

nos, pues, mi propósito contra la justicia, ya que la justicia cumplió el suyo contra nosotros.

Aquella noche fuí a dormir en la pulpería de un tal González, conocido por el Carancho.

Allí, como en todas partes, no se hablaba más que de la muerte del pobre Serafín. Así es que con mi presencia el Carancho no vió más que una desgracia que caía sobre su casa.

Todos temían que le fuese a suceder lo mismo que a Serafín.

—No se aflija, amigo, le dije, conociendo el pensamiento. Yo sólo vengo de paso a ver si hay justicias que matar. Ando vengando a Serafín, y donde no hay justicias, no he de calentar mucho el asiento.

Aquella salida hizo un buen efecto, no sólo en el Carancho sino en los paisanos que llenaban la pulpería.

—Lo que es por este lado, me dijo uno, los ha de encontrar con frecuencia porque no salen de aquí y extraño es que no haya encontrado alguno.

—Si el dueño de casa lo permite, contesté, voy a descansar un rato; sino me iré a descansar al campo. Gasto no he de hacer ninguno, concluí, porque no tengo que gastar; pero como no pido nada, menos molesto será el rato que aquí descanse.

Parece que mis palabras conmovieron algo al Carancho, pues venciendo el miedo de correr la misma suerte que Serafín, respondió:

—Mi casa estará siempre abierta para Santos Vega, traiga o no traiga plata: pocas palabras, y disponga de lo que hay sin interés ninguno.

Todos los presentes me ofrecieron de tan buena voluntad y con tanta instancia, que tuve que aceptar un vaso de vino y un par de galletas con queso, que era todo lo que por el momento había que comer.

Estábamos charlando sobre lo sucedido en casa de Serafín y la desgracia que me perseguía sin reposo, cuando sentimos el galope de un caballo que se detenía a la puerta, seguido del ruido de la espuela del jinete que desmontaba y entraba poco después.

Tanto el Carancho como los demás paisanos palidecieron, y el más intenso asombro se pintó en todos los semblantes. El corazón me dió un vuelco de alegría y casi solté un alarido de indio.

El hombre que acababa de entrar a la pulpería era nada menos que un miliciano de la partida. Como lo más remoto que tenía en el espíritu era encontrarme allí, no notó el asombro que causaba su presencia y se dirigió rectamente al Carancho.

—Un frasco de ginebra, dijo, y media libra de yerba.

Me parece que todavía estoy oyendo su voz. El Carancho quedó extático sin saber lo que le pasaba.

—¡Caramba, dijo el milico, parece que no he caído a tiempo en esta casa! He pedido un medio frasco y media libra de yerba; pronto que estoy de prisa.

No pude aguantar más, y poniendo el corazón en el recuerdo de Comadreja y Serafín, me acerqué al mostrador y dije al justicia:

—La media libra de yerba aquí está y el medio frasco te lo daré afuera.

Y mientras esto le decía, le apliqué tan feroz rebencazo que lo hice trastrabillar.

—¡Santos Vega! rugió el soldado al conocerme, echando mano al sable. Ahora lo verás, asesino.

Junto con el rebencazo disparé al campo, pelando mi puñal. No quería comprometer la casa al Carancho, que de tan buena manera me había recibido, y prefería además pelear a campo.

El milico sabía ya que no había medio de esquivar la lucha, y me siguió enarbolando el sable como para ver si lograba un buen golpe. Aquello fué como un relámpago: apenas chocamos, cuando el soldado rodó por el suelo sin siquiera quejarse. Le había acomodado una puñalada en la olla con tan buena suerte, que no tuvo necesidad que lo despenara .

—Ese es el medio frasco, dije limpiándome mi puñal sobre la camisa, y te lo doy de balde para que bebas a la salud de Serafín y Comadreja.

Tan rápida fué la muerte de aquel hombre, que cuando los paisanos salían de la pulpería repuestos de su sorpresa, entraba yo de nuevo.

—Qué, ¿ha disparado? me preguntaron.

—Y para no verle más, contesté. Ese no sujeta el pingo hasta la luna del diablo.

Al principio no quisieron creer que en tan poco tiempo hubiera yo muerto al saldado, pero en persencia del cadáver no les fué posible dudar por más tiempo.

Otra noche llegaba yo a la pulpería de un rico, que tenía habilitado allí a un mozo italiano, en momentos que tenía lugar un baile. La gente, distraída y alegre, no notó mi llegada: de modo que me puse a espiar por la hendija de una puerta, sin que ninguno me apercibiera. El baile era muy concurrido, y de lo más alegre que puede darse. El hembraje no podía ser más asiado, ni el coperio más abundante. Debía hacer mucho tiempo que no se bailaba, porque se veían rejucilar los ojos de los bailarines a consecuencia de la ginebra y de la caña que se habían metido en el buche.

En ese momento llevaba la palabra en el baile uno de los milicianos de la partida, que formaba entre los concurrentes. Era este un mulato más grande que un bagual, con unas espaldas

anchísimas y un cogote como un toro. Parece que el hombre no era lerdo, porque aunque bastante fiero y taimado, le llevaba el apunte una de las mejores mozas del baile, que echaba con él un gato con relación.

—Lindo pecho el del mulato, pensé, para un conocimiento de puñaladas; y me vine a ver los caballos a que ellos pertenecían, lo que era fácil conocer por la pinta.

Eran éstos un lobuno, más flojo que una gaviota, y un picaso pampa, morrudo y bien aperado que debía ser el del mulato.

Era el mejor mancarrón de los que allí había atados. Este flete no podía ser de otro paisano que del mulato, porque entre los dos había una cierta semejanza que no pude explicar. Era el único caballo que en un caso de conflicto podía dar trabajo al alazán, así es que por lo que pudiera suceder, le saqué el fiador y lo largué para la querencia ensillado y todo.

En seguida volví a la puerta de la pulpería y me puse a observar de nuevo.

El mulato seguía pegándole al gato duro y parejo, yéndosele los ojos por su compañera.

El otro soldado era un flacucho raquítico, algún gaucho probablemente, que parecía mamboretá. Se había pegado como un ternero a la teta llena, a la mesa donde estaban los refrescos, y francamente metían miedo los tragazos de ginebra que se acomodaba al gañote. Yo no sé adónde le cabía tanta bebida a aquel hombre.

No había, pues, más enemigo que el mulato, porque con el otro, no sólo no había ni para empezar, sino que dentro de poco la bebida se iba a encargar de romperle el alma. El resto de la concurrencia era de gente conocida, salvo dos o tres que me parecieron forasteros, porque estaban medio arrinconados detrás del flacucho.

Ya iba a retirarme para estudiar un poco cómo había de entrar, cuando me apercibí de algo que llenó mi corazón de alegría.

Cerca de los guitarreros y muy paquetón, estaba sentado un alcalde, antiguo soplón de don Rafael, que no sabía moverse de su casa sino con la mujer a los tientos.

Era éste un tal Barragán, pájaro de cuenta, bastante cuchillero y hombre de buenas mentas.

Antes de venir María, yo había tenido mis dimes y diretes con la mujer de Barragán, a quien hice a un lado por recostarme a María. Esto había motivado cierta enemistad entre el alcalde y yo, enemistad que no había tenido malas consecuencias, porque Barragán me respetaba algo, y yo, en aquellos tiempos, no sabía buscar camorra y trataba de evitarlas cuando me las querían armar.

La mujer de Barragán era una moza bastante superioraza, que merecía la pena de una arrastrada de ala, pues a más de ser bastante linda de cara, tenía más carnes que un buey ciñuelero.

Agustina, que así se llamaba, había dado muchos malos ratos a Barragán a consecuencia mía; pero desde que la hija de don Rafael pisó en el pago no nos volvimos a ver.

—Estando aquí Barragán, pensé, debe también estar Agustina, pues él no la suelta ni para ir a recoger la hacienda.

La busqué por toda la pieza y no tardé en encontrarla, tan buena moza y con tan buenas carnes como siempre.

La vista de esta mujer me hizo en el corazón tal impresión de angustia, que me pareció que la estaban chocando. Recordé mis tiempos felices, me pareció estar al lado de mis padres y creí que veía a María sonriéndose con su mansedumbre de luz de estrella. Luego se presentaron patentes todas mis desventuras y humillaciones. En seguida cruzaron ante mis ojos los cadáveres de todos mis amigos sacrificados por la justicia, pareciéndome que el de Petrona me pedía venganza. Me vi solo en el mundo, pobre. Me vi al azote de la justicia, la carne de látigo, y sentí levantarse en mi corazón, como un huracán, todo el odio y el veneno que en mí había engendrado tanta infamia.

—¡Ah!, pensé, no puede haber piedad para esta gente. Todos los que caigan al alcance de mi vista, deben caer también bajo mi puñal. Si no hiciera esto, llegaría a despreciarme yo mismo.

Me acerqué de nuevo a la puerta y miré hacia dentro.

Agustina me favoreció mejor que nunca, y resolví tomar una venganza contra Barragán, desesperándolo de celos primero, y matándolo en seguida.

El gato había concluído y mientras las mujeres se sentaban, los hombres se acercaban a la mesa donde se apecaba el soldado mamboretá, y allí echaban cada trago como un charco.

—Con éste, pensé por mamboretá, no hay que contar; de consiguiente no queda más que el mulato. Mientras yo pelee con éste, Barragán no se ha de meter, por lo mismo que no se metió antes, y así una vez que le caiga al justicia, puedo maniobrar con Barragán. Ahora, si Barragán se metía a ayudar al mulato, la empresa se hacía más difícil, pero de todos modos no imposible. De todos modos era preciso andar vivo con el mulato, cuyos puños eran de primer orden.

En momentos en que el bastonero iba a nombrar parejas para una pieza, abrí la puerta y me colé como Pedro por su casa. Tenía seguridad de que el italiano no me echaría, porque, aunque no amigos, por lo menos éramos conocidos.

—Dispense, amigo, dije, si me meto donde no me han llama-

do, pero como he visto baile no me he podido aguantar, "y aquí estoy porque he venido".

Parece que el recuerdo de esta aventura causó un placer íntimo en el espíritu de Vega, pues a medida que narraba, sus facciones se animaban, brillaban sus ojos como ascuas y su boca se estiraba a impulsos de una sonrisa picaresca.

—Todos, prosiguió, me miraron a un tiempo, siendo Barragán el primero que dejó escapar una exclamación:

—¡Santos Vega!

—¡Santos Vega!, fueron repitiendo los que me conocían, y el mayor asombro se apoderó de todos.

—No hay por qué asombrarse, dije; pues es la cosa más natural que yo caiga a un baile; pero si estorbo, me iré y será lo mismo.

El mamboretá quedaba muy cerca de la puerta; quiso llegar hasta donde yo estaba, pero la mona podía más que él. Dió un traspié del diablo y quedó estirado largo a largo al lado de la mesa.

Al asombro causado por mi presencia se sucedió una risa como cosquillas. Entonces el mulato, no muy sereno tampoco, a causa de lo que había bebido, se me acercó y me dijo:

—No se vaya Santos Vega que tenemos algo que hablar los dos.

Casualmente hace días que lo andaba buscando. Como yo conozco a fondo lo que es gente de justicia, desde que se me acercó el mulato tomé mis precauciones para evitar una sorpresa.

No tardé mucho en felicitarme de las precauciones tomadas, pues no bien acabó de hablar cuando me largó un sopapo, que si me agarra me hace en la boca un puchero de muelas. Ahí no más me tendí al suelo rápidamente, y me levanté con el puñal en la mano.

Ya el mulato me esperaba con el sable pronto y en actitud de partirme por el medio.

El bochinche fué entonces de los más grandes que se hayan visto nunca. Las mujeres dispararon y los hombres hicieron cerco, porque aquella pelea era bastante tentadora.

Aprovechando un momento en que el mulato parecía un poco indeciso, miré de rabo de ojo a Barragán, para colegir lo que de él podía esperar.

Barragán, pálido y sombrío, no se había movido. parecía no estar dispuesto a tomar vela en aquel entierro.

—A pelear al campo, bocas de musas, gritó el italiano, tratando de evitar el encuentro; no me armen bochinche adentro, que no hay necesidad de asustar las mujeres.

—Tiene razón el amigo, dije yo, dando un par de brincos hacia la puerta. A mí me es lo mismo matar un justicia en la cocina que a campo limpio. Con que, a puertear, amigo mulato, que para compadrada ya es bastante.

El mulato me siguió sin hacerse repetir la invitación creyendo que dentro de un momento sería cosa comida por él. Tanto el italiano como los demás paisanos que estaban en el baile, salieron al campo a presenciar el encuentro.

Ya lo he dicho: el mulato era tan fuerte como un toro. Tenía unas muñecas como para deslomar a un burro y manejaba el sable como una pluma.

Tal vez muchos creyeron que aquella noche sería la última de mi vida, porque con el empuje no más, el mulato parecia que me iba a hacer añiquitos.

Yo malicié desde el primer momento una ventaja en que ninguno reparó, alucinados con el cuerpazo de aquel hombre. Y esta ventaja era que mientras yo era tan liviano como una pluma, el mulato parecía más pesado que una carreta.

—La cosa es no ponérsele a tiro, pensé, y obligarlo a saltar si quiere herirme. De esta manera el mulato tendría que cansarse antes que yo hubiera entrado en juego, y de este modo quedaba para mí una ventaja de la media arroba.

Barragán salió también, adivinándosele en la cara el deseo de que me llevara la trampa y quedara hecho asado en el asador del mulato.

—Maldición de burro nunca alcanza, pensé, diciendo:

—Vamos a ver, señor mulato, cómo lo pone la suerte en esta ocasión.

—Como te pone a vos, piojoso, replicó el mulato trémulo de rabia.

Y se me vino encima con el sable enarbolado. Lo que ya calculé venía a ser exacto en todo. Mientras el mulato se movía yo le había dado tres vueltas alrededor, obligándolo a estar como un remolino. Poco le fué el tiempo para darse vuelta, estando, cuando acordó, más cansado que si hubiese hecho una jornada de cincuenta leguas.

Aquí fué donde empecé a aprovecharme con todo descanso y hasta avaricia de pegarle, pues ya dije que el pecho de aquel hombre era como mandado hacer para cubrirlo de puñaladas. Apenas había empezado en esta nueva táctica, me le gané por la espalda, donde le pegué tal tajo, que se la crucé desde el hombro izquierdo hasta el derecho.

—¡Ah, hijo del diablo!, gritó el mulato, tirando al aire un sablazo, que si tropieza con mi cogote, me lo corta como si hubiera sido de manteca.

Ahí no más le salí por delante y le dí una puñalada en el ombligo, cuanto para que no le fueran a salir todas las tripas y perderse la diversión.

Pero a pesar de lo divertido que estaba, era preciso poner punto final al malambo; porque se iría la noche sin que hubiera tenido un poco de tiempo para charlar con Agustina y hacer rabiar a Barragán.

El mulato juraba desesperadamente lo que no había logrado alcanzarme con un sólo golpe de sable, y se encontraba víctima de unos cuantos tajos a cual más picador.

Sin quererlo yo mismo, y poco a poco me fuí calentando de tal manera que ya los tajos eran hachazos y los puntazos puñaladas profundas.

El mulato, entre las heridas, el cansancio y algo de la mona que le observé desde el principio, estaba completamente rendido, con gran asombro de los que creían que me habría devorado a las primeras de cambio.

Fastidiado de lo que duraba la lucha y deseando concluir de una vez, dí un salto de costado tan prodigioso, que amí mismo me asombró, y hundí al mulato el puñal en el vacío. ¡La pucha el mulato fuerte!

Aunque la herida fué mortal y como para voltear a un novillo, el señor mulato se contento con echar un vómito de sangre por la herida y no se murió.

Yo seguí quebrándolo con cuerpeadas y uno que otro tajo, hasta que la pérdida de sangre concluyó por debilitarlo, y cayó por fin al suelo, completamente a mi disposición. Antes que alguno fuera a mediar e impedirme concluir mi obra atropellé al mulato y le busqué la olla con la punta del puñal.

—No siempre los grandes son los más fuertes, le dije, amigo mulato, y aquí tiene la prueba.

Y sin el menor remordimiento de conciencia, ni siquiera un poco de asco, se lo metí hasta el mango.

El mulato hizo un gesto horrible. Entreabrió la boca como para lanzar un terno, y quedó tan redondo como un conejo al que han golpeado en la nuca. Y para que no estorbara, tomé el cuerpo por los pies y lo arrastré a alguna distancia, no sin un gran trabajo.

—Siempre que muere un justicia, dije a los curiosos concurrentes, es para mí un día que debe festejarse con todo género de demostraciones y bromas.

Con el permiso del dueño de casa, voy a entrar a bailar un gato con relación con la mujer más linda del baile, se entiende, si ella es gustosa.

Y me metí al baile con ánimo de cumplir lo que acababa de decir, pues realmente la muerte de un justicia era para mí un placer incalculable.

Todos me siguieron adentro, porque tenían sin duda curiosi-

dad de saber cuál sería a mi juicio la mujer más linda del baile. Barragán entró de los primeros, temiendo sin duda que yo volviera a las andadas con Agustina, y que ésta se mostrara blanda conmigo, como en tiempos anteriores. Y el pobre no se equivocaba, pues mi intención no era otra.

Como lo cortés no está reñido con lo valiente, me acerqué al italiano y le pregunté si era de su gusto que yo estuviera en el baile sin haber sido invitado.

—Santos Vega hace favor donde llega, y no hay por qué decirle que no. No sólo me agrada que esté aquí, añadió, sino que aquí hay una copa para que refresque las fatigas de la lucha.

Y me alcanzó un vaso que por lo menos contenía media azumbre de ginebra. Apenas mojé los labios en el vaso, porque no quería perder todo mi aplomo, y pasando por delante del alcalde Barragán, me dirigí a Agustina.

—Ya que usted es la prenda más hermosa de esta fiesta, le dije, vengo a pedirle me haga el favor de acompañarme a un gato con relación. Agustina miró a Barragán, que se pelaba haciéndole señas que no aceptara. En seguida se miró la punta del pie y después de un segundo de reflexión, tomó la mano que le estiraba y se paró.

Barragán estaba como en espinas; miraba la cara de todos como si quisiera pedirles opinión, y con marcadas ganas de armar una de Jesucristo padre.

Aunque desde el primer momento me hice el que no miraba a Barragán, no por esto dejaba de tenerlo bajo el rabo de mis ojos en previsión de cualquier sorpresa.

—Un gato con relación, guitarreros, pedí, y me fuí al centro de la sala, sonriéndome con bastante maldad cuando fuimos a pasar al lado del celoso Barragán.

Los concurrentes adivinaron que todo aquello era hecho con la marcada intención de desesperar a Barragán. Nos rodearon por completo, y el baile empezó con la mayor complacencia de los que lo presenciaban.

Agustina estaba realmente hermosa. El amor se le había subido a la cabeza y estaba colorada como una caída de sol. Parecía que había olvidado todos los resentimientos que podía tener y sólo pensaba en lo mucho que me quería. Y estaba tan linda mi Agustina, que por un momento olvidé el objeto que había tenido al sacarla a bailar, y me dediqué a hacerle el amor por lo fino.

El italiano que tenía alguna enemistad con Barragán, se complacía sumamente en ver lo mortificado que aquél estaba, y me guiñaba el ojo como pidiéndome que cargara la mano en los requiebros.

Lo que era el otro miliciano, dormía profundamente la tranca en el mismo sitio en que había caído.

—¡Que se baile el gato, que se baile! empezaron a gritar de todas partes, y fué preciso complacer a la gente y cumpilr lo prometido.

Los guitarreros empezaron a escobillar con entusiasmo y nos largamos en una vuelta que daba calor, de puro apurada.

Vino el zapateo en seguida y llegó el turno de la relación. Por Dios nunca he echado una relación tan querendona como aquella noche.

Dije a Agustina que hacía tiempo que andaba queriendo, pero que como había centinela y yo no conocía el santo y seña, no había podido pasar hasta su corazón.

Llegó el turno a Agustina de contestarme, y lo hizo de tal suerte, que Barragán debió bramar de ira al escucharla. Me dijo que me daría el santo para que pudiera pasar de largo y que si el centinela no obedecía, con relevarlo estaba concluído.

Barragán no pudo aguantar por más tiempo y saltando al medio de la sala con la cara descompuesta, agarró a su mujer por un brazo, y le dijo:

—Ya está bueno; yo no estoy dispuesto a permitir que se haga burla de mí delante de la gente. Ya se han divertido bastante, y para muestra basta un botón.

Lo que acababa de hacer Barragán era una grosería inaguantable. A ningún hombre se le viene a quitar la compañera de un brazo, sin exponerse a que lo partan como una sandía.

Agustina miró a su marido como protestando de aquel acto grosero y arrancando su brazo de la mano que lo oprimía, le dijo:

—¿Y para qué demontre me ha traído usted al baile, si no me va a dejar bailar con quien me dé la gana?

—Una cosa es bailar, repuso Barragán entre dos reniegos, y otra cosa es burlarse de uno delante de la gente.

Barragán podía tener razón aquella noche, pero como un justicia nunca debe tenerla, yo tomé a mi vez el brazo de Agustina, y trayéndola a mí, le dije al alcalde:

—Amigo Barragán, cuando uno trae mujer al baile, es para que se divierta con quien quiera. Si al marido no le gusta, aguanta y guarda para su casa los reproches para no incomodar a los demás.

—Yo con mi mujer hago lo que quiero, me contestó, y no necesito consejos de nadie. Por lo pronto, yo le mando que no baile más, y san se acabó. Cuando usted tenga mujer, la gobernará como más rabia le dé.

—Es el caso que por ahora tengo mujer, contesté riendo como

un loco, y mientras me caso, he resuelto gobernar las ajenas. Siga nomás el gato, que ya se me salen las piernas de ganas de bailar.

Y puse a Agustina enfrente de mí para que siguiera el baile.

Agustina, muerta de gusto y creyendo que la cosa iba a quedar así no más, se agarró el vestido con las dos manos y se preparó a seguir el gato.

—He dicho que no se baila más, gritó enfurecido Barragán, dando esta vez a su mujer un empellón que la sentó en el suelo.

—¡Yo quiero bailar con Santos Vega!, gritó a su vez Agustina, echándose a llorar como si la estuvieran matando.

—Con quien vas a bailar esta noche, es con el diablo, dijo Barragán, ya con la cabeza perdida de furor y yéndose encima con la daga en la mano.

Ya el lance era inevitable. Barragán se había enfurecido de manera que no retrocedería ante nada, pero no había contado con Agustina, que era una leona en toda la extensión de la palabra. Conforme vió que el marido le acometía con la cristiana intención de carnearla, se puso de pie y estirando las manos, avanzó como si quisiera ahorcarlo.

Si se encontraban, indudablemente del choque iba a resultar Agustina muerta, o por lo menos con las tripas de fuera. La causa se hacía doblemente simpática por mi parte, pues no sólo iba a pelear contra un justicia, sino que iba a pelearlo en defensa de una mujer.

Antes que fueran a chocar, pegué un brinco tremendo y me puse en medio de los dos, tan a tiempo, que vine a barajar la puñalada que seguramente iba a sepultarse en la barriga de Agustina.

—Me gusta más así la partida, desde que usted es quien la busca, me dijo Barragán.

Y se echó atrás, tomando todo género de precauciones. Era aquel un enemigo terrible, pues a un manejo inimitable de la daga y una vista de primer orden, reunía un valor sereno que le había dado fama del primer peleador del pago.

—¡Yo no quiero que vayan a matar a Santos Vega!, gritó Agustina retorciéndose los brazos.

Pero a una guiñada que hice al italiano, éste, ayudado de otras mujeres, se la llevaron, viniendo yo a quedar frente a frente de Barragán.

Con semejante enemigo toda precaución era poca y yo que lo comprendí así, tomé todas aquellas que me dictó la prudencia.

Enrollé el poncho a mi brazo y barajando el puñal, esperé el ataque de mi enemigo.

Los paisanos que comprendían el interés de aquella lucha entre cuchilleros de reputación, se prepararon a no perder el pri-

mer incidente y nos cerraron en un círculo bastante cómodo, donde podíamos pelear hasta el día del juicio.

En vano estaba esperando el ataque de Barragán; éste no se movió de donde estaba. Indudablemente esperaba lo mismo.

Estando los dos en esta espera, no podía haber lucha posible, así es que encorvando la pierna derecha incliné el cuerpo, y amagando una puñalada le tiré un hachazo a la cabeza que si se la agarro lo parto. Pero Barragán le metió el brazo con una habilidad que me encantó a mí mismo y me devolvió el golpe en una puñalada, que si me tardo un chiquito me baja las tripas.

Francamente el tal Barragán era un enemigo con quien daba gusto pelear. ¡Qué muñeca para tirar y qué vista para barajar los golpes!

Estuvimos un largo rato sin llegarnos al pelo de los ponchos. A mí no me convenía mucho que la pelea se alargara, porque sufría mi reputación, y por lo mismo que Barragán es cosa buena, estaba más interesado en darle en el mate. Pero no había cómo, porque aquel diablo se había vuelto puros ojos para evitar todo golpe.

Por fin recurrí a mis expedientes reservados. Amagué un hachazo a la cabeza fingiendo irme de boca, y cuando Barragán acudió con las dos manos a evitarlo, me tendí de barriga y le metí el cuchillo por debajo del tirador, causándole una herida como de un cigarrillo de profundidad. Ahí no más pegó el grito, y medio se quiso ir de espaldas, abriendo los brazos para buscar un punto de apoyo.

Perder aquella ventaja que había logrado con tanto trabajo habría sido una broma, así es que cerrando con él antes que pudiera reponerse, le endilgué dos puñaladas más, que no tenían que criticar, una bajo la tetilla derecha y otra sobre el mismo corazón.

Ahí no más cayó Barragán, soltando una maldición más grande que un rancho. Conforme cayó me le acerqué a mirarle la cara, por si tenía necesidad que lo despacharan, pero las dos puñaladas habían sido tan maestras que no necesitaban ayuda.

—¡Ay, que han muerto a mi marido!, gritó Agustina que había estado mirando la lucha.

—No hay que afligirse, prenda, contesté, que aquí estamos para reemplazarlo en lo que sea necesario. De todos modos usted va ganando, porque siempre pasará mejor vida de la que llevaba.

Sea que mis palabras la convencieron, sea que mi promesa de reemplazar a Barragán la halagara, el hecho es que Agustina se consoló bien pronto.

—Dispense, amigo, dije entonces al italiano, si he venido a turbar la quietud de su casa, pero cuando veo justicias, me pongo peor que un gato a la vista de los ratones: no me consuelo hasta haberle dado en el coco.

—Y mucha razón tiene, contestó aquel hombre, porque han hecho con usted lo que no es creíble. Si no hubiera justicia sobre la tierra, las cosas andarían mucho mejor.

Con más piedad que la que merecía, los paisanos sacaron el cuerpo de Barragán, y lo entregaron a un amigo que lo atravesó en el caballo y lo llevó a su casa para luego darle sepultura.

—Lo que es yo no me voy, gritó Agustina, porque tengo miedo que mi marido resucite y me venga a matar.

—Si el amigo permite, dije entonces, dirigiéndome al italiano, usted se quedará hasta mañana, que yo la vendré a buscar para acompañarla.

Arregladas las cosas me preparé para retirarme, puesto que ya había concluído lo que tenía que hacer allí.

Al pasar por delante de la mesa donde estaba la bebida, me vi al soldado con trazas de mamboretá, que seguía durmiendo profundamente la mona.

—A éste me lo llevo yo, dije; esperaré a que le pase la tranca y después nos veremos las caras en el medio del campo. Estos flacuchos suelen salir muy superiores para el cuchillo.

—Ya basta de sangre, amigo, dijo uno de los paisanos, amigo sin duda del miliciano. Este pobre diablo no puede hacer mal a nadie.

—Imposible, contesté: es justicia y tiene que morir a mis manos. Sobre la tumba de Petrona, primero, y sobre la de Serafín y Comadreja, después, he jurado no dejar con vida a cuanto justicia me caiga a tiro de cuchillo.

—Pero ese hombre está borracho, insistió el mozo, y matarlo así, no le va a dar ninguna gloria.

—Yo no he de matarlo así, porque no sé matar con ventaja, repuse, empezando a calentarme.

Lo llevo conmigo para que no se me vaya, y mañana cuando esté fresco, lo mataré luchando con él, como he matado al alcalde Barragán y al mulato, y como mataré a cuanto justicia se me cruce por el camino. Ahora, añadí, si me viera obligado a disparar y no tuviera tiempo de llevarlo conmigo, lo mataría así como está no más, para cumplir el triple juramento que me he hecho. La justicia, continué, me ha roto el corazón y pisado sobre sus pedazos sin mirar atrás. Para lograr matarme se han valido de todos los medios que han podido disponer: de la traición, del número y de todo género de madrugones. Y si yo estoy vivo es porque Dios lo ha querido así, sin duda para que limpie la tierra de esta polilla inmunda. Ya ven, pues, concluí, que yo no puedo tener piedad para ellos, pagándoles con la misma moneda el mal que me han hecho. Así me lo piden desde el otro mundo Petrona, asesinada por el solo delito de amarme, y Serafín y el in-

ofensivo Comadreja, degollados sólo porque eran mis amigos. ¡Ah!, si de un tajo pudiera yo partir el corazón de todos los justicias de la tierra, lo haría en la seguridad que no por esto había de perder un átomo en la misericordia de Dios. El que a hierro mata que a hierro muera.

Con semejante tirada, los paisanos quedaron plenamente convencidos de la justicia de mi causa.

El mismo que me había pedido por la vida del mamboretá, guardó un silencio de muerte, y se retiró de allí.

Sin duda ya que no podía impedirlo, no quería vérmelo llevar. Me eché al hombro aquel apecado flacucho, y lo atravesé sobre su mismo lobuno, atándolo con su mismo maneador, que era como de seis brazadas de largo.

En seguida me despedí del italiano "hasta cuando hubiera más justicias en su casa", y monté mi alazán tomando de tiro al blanco.

—¡Es que no se olvide de lo prometido!, me gritó Agustina, saliendo a verme partir. Mire que de aquí no me muevo hasta que no me venga a buscar.

—En cuanto amanezca Dios y haya despenado este lagarto, dije, me vengo a buscarla, moza, aunque es chica el anca de mi pingo para llevar tanta gracia de Dios.

Me despedí finalmente de todos y me alejé al tranco del alazán, sintiendo que decían:

—¡Pobre milico!, a la fija que mañana lo dijuntean. Pero al fin y al cabo Santos Vega tiene sobrada razón. Son muchas las iniquidades que con él han hecho.

Venía clareando el día, cuando sujeté la marcha del alazán a unas dos leguas de la casa del italiano. El mamboretá ni siquiera se había apercibido de su marcha forzada, visto que no había dejado de dormir un momento solo.

Lo bajé del lobuno y lo tendí sobre el pasto poniéndole mi poncho doblado de cabecera. No porque lo fuera a matar lo había de dejar dormir como un perro.

Acollaré el lobuno con el alazán y me senté a pensar lo que había pasado.

Mi corazón no me reprochaba en lo más mínimo lo que había hecho la noche anterior. Había cumplido con mi deber y no tenía por qué arrepentirme.

Lo único que podía sentir era que el número de los soldados no hubiera sido mayor.

Así estuvimos hasta la siesta, hora en que recién el mamboretá empezó a dar señales de vida desperezándose plácidamente y dando un bostezo como un bramido. Parecía imposible que un hombre tan flacucho tuviera una voz tan gruesa.

—¿Qué, se acabó el baile? preguntó abriendo los ojos y mirándome sin la menor sorpresa.

—Para su compañero, repuse, ya se acabó, puesto que está descansando; para usted no ha empezado todavía.

—¿Y qué estamos haciendo aquí? me preguntó; me parece que la ginebra nos ha traído muy lejos de las casas.

—No es la ginebra que lo ha traído, amigo, le repliqué; sino yo, porque tenemos que ajustar una cuenta muy larga.

—No sé yo lo que deba a usted, dijo abriendo unos ojos enormes, porque ni siquiera lo conozco a usted. Sin embargo, puede decir no más, que tal vez oyéndolo me acuerde.

—Con saber quién soy basta, añadí, poniéndome de pie. Yo soy Santos Vega el que todos ustedes han dado en perseguir como si fuera una fiera dañina. Su compañero ya me pagó su parte en lo del italiano, y como usted estaba borracho, lo he traído aquí para cobrársela en cuanto se le pasara.

El mamboretá abrió una boca como si fuera a tragarme, se puso también de pie y pegó un brinco como de unas dos varas

—Yo no tengo nada que ver con eso, me dijo, porque cumplimos con la orden que nos dan y si yo fuí a buscarlo a lo de Baldomero, fué porque así me lo mandó el juez de paz.

Un relámpago de alegría cruzó entonces por mi espíritu. Tenía delante de mí a uno de los asesinos de Petrona, y mi puñal aún no había salido de mi cintura.

—Pronto, grité, haciéndolo brillar en mi mano, pronto, y a defenderse bien porque yo no perdono. Sé que debí matarte como un perro, porque otra cosa no merece el que mata en pandilla a una mujer; pero no quise hacerlo para que nadie pueda pensar, ni aún después de muerto, que Santos Vega mató sin peligro de su vida.

Sea que el mamboretá se convenciera que no tenía más recurso que pelear para defender la vida, sea que en realidad fuera bravo, el hecho es que sacó una larga y filosa daga y todo encorvado esperó mi ataque.

Yo caí sobre él como una tormenta. No tenía por qué entretenerme ni por qué prolongar la lucha con tan asqueroso bandido.

Pero ¡la pucha! el tal mamboretá tenía un cuerpo como de goma elástica, y se me escurría por entre las manos cuando menos lo pensaba.

¡Cosa increíble! Aquel bicho inservible, a quien yo había despreciado, fué el que más trabajo me dió de los tres.

Lo maté sí, porque tenía que matarlo, pero fué después de una lucha encarnizada, que bastante trabajo me costó, y después de recibir una puñalada en el brazo izquierdo, puñalada que por poco no me deja manco inservible.

Cuando ví que el mamboretá había entregado el rosquete, lo levanté y volví a atarlo sobre el lobuno, de la misma manera que lo había traído. Y concluída esta operación final, castigué al flaco mancarrón, que partió en un galope que daba lástima, sin duda en dirección a la querencia.

Este era el parte que de lo que había sucedido iba a recibir el juez de paz.

Monté en seguida a caballo, y me fuí hacia unos pajonales que había de allí a corta distancia, a descansar tantas fatigas con una buena siesta. Y dormí como pocas veces en mi vida lo había hecho.

Estaba convencido de haber cumplido con mi deber y con los juramentos que había hecho.

Mi sueño fué tan tranquilo, que cuando desperté venía clareando el día, lo que significaba que había dormido toda la tarde, y toda la noche de un sólo tirón. Ensillé mi alazán y me volví a lo del italiano a buscar a Agustina.

Le había dado palabra, y era preciso cumplirla, aunque sólo fuera para llevarla a su casa y dejarla allí. Ya que yo la había dejado viuda, era preciso que le proporcionara algún alivio.

Estaría a media legua de la pulpería, cuando me topé de manos a boca con el italiano que había salido buscándome.

—Gracias a Dios, que lo encuentro, me dijo. Desde esta madrugada lo ando buscando, y ya me iba a volver, perdidas mis esperanzas.

—¿Qué sucede? pregunté algo sorprendido. ¿La han muerto a Agustina? Francamente no me sorprendería la cosa, porque parece cosa del diablo que mujer a quien yo quiera, ha de morir de mala manera.

—No se trata de Agustina sino de usted, amigo. Por darle sólo una mala noticia no habría salido a buscarlo, pues tiempo tendría de sobra para saberlo.

—Pues vaya hablando no más, compañero, que me vuelvo puras orejas para escucharlo.

—Es el caso, me dijo entonces aquel buen italiano, que para no tener que hacer con la justicia, ni que ella se meta conmigo, como en casa se habían hecho tres muertes, conforme amaneció el día me largué para el Juzgado de Paz a dar cuenta de lo sucedido.

—Bien hecho, repliqué, ¿pero qué tengo que ver yo con todo eso?

—Es el caso, siguió diciendo el italiano, que cuando yo me volví el juez de paz me dió los únicos cuatro milicianos que tiene, para que vinieran a buscar el cadáver del mulato y camperan el del soldado que usted se llevó.

—Muy bien hecho, repetí, pero hasta ahí no me importan tres pitos las cosas que usted me dice.

—No lo dudo, siguió el italiano, pero la cosa es que los cuatro soldados están todavía en casa y no se van a ir hasta después de la siesta.

—¡Dios le pague la buena noticia!, grité entusiasmado. Cuatro y tres siete: en un sólo día habré hecho como por todos los de la semana, a uno por día. Y ya me tantié el cuchillo en la cintura, preparándome para despachar a los cuatro recien venidos.

—¡Alto ahí, que ese no es el trato!, me retrucó el italiano. Si yo le he traído el aviso, es para que no fuera a caer entre ellos como un zorro en una trampa, pero no para que vaya a sorprenderlos valiéndose de mi aviso. Esto no sería decente, y mi juego es limpio con todo el mundo.

—Bueno, contesté, pero yo no puedo perder la bolada de almorzarme un par de justicias.

Ya sabe, amigo, que es juramento que tengo hecho, y que he de cumplir estando vivo.

—Sí, me replicó; pero yo no puedo hacer una traición tan fiera, ni exponerme a que me crean su cómplice en estas cosas. Vea que yo soy un comerciante, y acuérdese lo que sucedió por mucho menos a su amigo Serafín, que Dios tenga en su gloria.

El italiano tenía razón en lo que iba diciendo, que ya estaba yo medio descompaginado y sin saber qué partido tomar.

—Hagamos una cosa, me dijo entonces el italiano. Yo me vuelvo a la pulpería como si viniese de recoger mis animales y les aviso que usted viene llegando como a media legua de distancia. Si ellos quieren esperar, no podrán culparme de nada, y si no, tienen tiempo de ponerse en fuga, agradeciendo el aviso. Si se quedan, usted llega al rato y puede hacer lo que quiera. Si salen y le conviene el partido, los atropella en el campo y viene a ser lo mismo. De esta manera no pierde usted la bolada y ellos no pueden reprocharme la menor cosa.

Encontré bastante justa la proposición del amigo italiano y la acepté.

Yo debía quedarme allí hasta que él entrara a casa y ponerme recién en camino.

Deseándome la mejor suerte, el pobre se puso en marcha a media rienda y yo quedé cinchando mi caballo, por lo que pudiera suceder.

Cuando ví que el italiano se apeaba, monté en el alazán y me puse al galope, decidido a dar fin con aquellos cuatro justicias, últimos que quedaban de la antigua partida.

Pero apenas habría tenido tiempo el italiano de decirles que yo iba, cuando los ví asomarse a la puerta y divisar el campo.

—Se preparan, pensé, pero no saben los pobres lo que va a sucederles.

Pero, ¡qué engañado estaba! Para lo que los hombres se preparaban, era para disparar, y disparar de lo lindo.

Conforme vieron que apuraba el caballo, salieron como mancarrones chúcaros que ven abierto el corral, atropellaron a los caballos, y saltaron por el aire, echando a disparar como avestruces, cada uno con rumbo distintos.

Yo le baje también la mano al alazán y pasé por delante de la pulpería como alma condenada. Pero los diablos me llevaban una delantera bárbara y castigaban a sacar las lonjas.

Si hubieran ido juntos la persecución hubiera sido más segura, pero desparramados como iban, me hicieron vacilar. Pensar tomar los cuatro era fantasía.

Eché entonces el ojo al que me pareció el peor montado, y detrás de él me solté vendiendo diablos. Pero ¡cómo corría aquel condenado!

Por mucha distancia que les hubiera quitado, siempre me llevaría éste unas cinco cuadras. Me desprendí de la cintura los dos pares de boleadoras que siempre llevo conmigo y enterré las espuelas al alazán que se estiró lo más que pudo.

Como a la legua siguiente se me alivianó el corazón, porque lo tuve a tiro de bolas. ¡Lo que es a los otros, ni el polvo se les veía!

En momentos que el milico, sintiéndose alcanzar, daba vuelta la cara, revolié las bolas y se las tiré a las patas del caballo. Y erré aquel tiro tal vez por la misma ansiedad con que quise atarlo.

El alazán se iba medio queriendo aplastar, lo que era señal indudablemente de que el otro caballo no podía aguantar una sola cuadra más. Revolié el otro par de boleadoras con tan buen pulso, que éstas fueron a atarse en las manos del mancarrón, haciéndolo hocicar y tirar el jinete como a un tiro de lazo de distancia.

El pobre comprendió que le llegaba su hora, y se paró sacando un sable todo lleno de orín y melladuras, dispuesto a defender el pucho de vida que le quedaba.

Hasta las hormigas dan vuelta la cabeza para morder el pie que las va a aplastar; y aquel miserable buscaba medio de conservar la vida a que tan apegado estaba a pesar de comprender que todo lo que hiciera sería inútil.

Era tal su cara de angustia y desesperación que hubo un momento en que me sentí conmoverme, hasta el punto de tener tentaciones de perdonarle la vida. Pero pensé que aquel no era un

hombre sino un justicia, y echando pie a tierra avancé sobre él con el cuchillo en la mano.

—No me mate, amigo, me dijo, que tengo mujer e hijos a quienes hago falta, pero sin ceder en su actitud amenazante.

—Los justicias no tienen nada de eso, contesté, porque no tienen corazón. Al avío, compadre, y eche la despedida, porque no habrá palabra capaz de ablandarme. Lo único que siento es que se me han ido los otros tres.

Y cerré con él a puñaladas, sin guardarme, porque el miedo había embargado su acción de tal manera, que no tenía fuerzas ni siquiera para conservar el cuchillo en la mano.

Aquello no duró ni lo que dura una humada de cigarro. A los tres o cuatro golpes, el miserable cayó con el corazón partido y sin siquiera tener el consuelo de haberme dado un poco de trabajo.

Y después que lo ví muerto, me dió una profunda lástima; pero me acordé de Petrona, de Serafín y del pobre Comadreja, y se me quitó la lástima como con la mano.

Tan cansado estaba mi pobre alazán, que no me atreví a montarlo. Lo tomé del maneador y lo llevé tirando más de una legua. Monté en seguida, y muy al pasito, regresé a la pulpería del italiano, quien se puso a echar una gruesa de sacramentos así que supo lo que había hecho.

Per Bacco, dijo con mucha gracia; a este paso no va a haber quién quiera ser justicia ni por un queso.

Conforme desmonté y hube desensillado, después de pedir permiso al italiano, me atropelló Agustina con mil cariños preguntándome cuándo la llevaba.

—En cuanto descanse yo, hermosa, contesté, y descanse este buen mozo de alazán, que ha hecho una hazaña que vale un mundo.

Y hazaña había sido realmente, pues aunque el milico montaba un caballo bastante inferior al mío, la distancia que me había sacado era mucha, y sólo había de salvarla un pingo de mi flor.

El italiano me dió una brazada de pasto, con la que hubieran podido comer dos mancarrones.

Pero agatas fué suficiente para que el mío se *enyenase*. También, el pobre no siempre podía pescar la bolada de comer a su entero gusto.

Mientras el alazán comía, Agustina se me durmió al oído con un millón de quejas porque tanto había tardado. La pobre estaba ganosa de mi amor hacía ya un largo tiempo, y como ya una vez le pasó el chasco de María, se había vuelto desconfiada y tenía poca fe en mi palabra.

—Creí que no ibas a volver, me dijo, y ya me había puesto con ganas de llorar.

—No tengas cuidado, prenda, contesté, que al ñudo no he matado a Barragán. Ahora te llevo a tu casa como una reina. Allí iré yo siempre a visitarte, y tanto he de hacer, que nunca te has de arrepentir de haberme querido.

—Sí, dijo, pero has de vivir allí para no separarte nunca.

—Yo no puedo, Agustina, contesté, permanecer mucho en un hogar sin comprometerlo; y sino, ahí tienes el ejemplo de lo que pasó en la pulpería del pobre Serafín. Si yo viviera allí de estable, los milicianos habían de bombear el rancho, y tanto habían de hacer, que al fin y al cabo un día te agarrarían sola y harían una iniquidad.

—No creas, me contestaba Agustina, plenamente convencida de lo que decía; con la gaucha de Santos Vega no se meten todos los justicias de la tierra. Te tienen más miedo que a Dios, y sino, ya ves lo que ha sucedido esta mañana.

Para convencer a una mujer, es preciso pedir emprestada al diablo un poco de paciencia con caballo de tiro. Para reducirla a la razón, cuando no quiere convencerse de una cosa, no se logra esto ni con doscientas cuartas de bueyes. Yo, que sabía esto, porque tengo muy estudiada a la mujer, consentí en todo en aquel momento, aunque firmemente decidido a hacer después lo que me diera la gana.

Como el italiano era mozo fino, y me había convidado con cuanto tenía en la casa, la conversación se hizo general durante el día.

—Siento mucho, amigo, le dije, haber comprometido su casa con lo que he hecho, pero le prometo no volver a poner los pies en ella.

—Al contrario, dijo, me hará un favor en volver, porque creyéndolo aquí, no habrá justicia que se atreva a desmontar en mi casa; y como ellos sólo sirven para pedir fiado y no pagar nada, un servicio hacen con no venir. De todos modos, concluyó, yo he cumplido con ellos avisándoles que usted venía y nada tienen que echarme en cara. Le pido, pues, que venga de cuando en cuando; con eso los acaba de ahuyentar, que si algo dicen alguna vez, yo me disculpo con que a usted no le ha podido ni la misma partida, siendo necesario hacerle su gusto en todo.

—¡Si no hay como mi Santos! interrumpió Agustina, que de pura satisfacción no cabía en el vestido. Pueden dar gracias que no se le ha ocurrido ser juez de paz, que si se le ocurre, no hay quién se lo quite de la cabeza hasta haberlo conseguido.

—¡No seas infeliz, Agustina! le dije. ¡Cómo iba a meterme a justicia! ¡Ni por todo el oro del mundo haría yo semejante cosa!

El día se pasó en una alegre charla. Agustina quería irse a cada momento; pero yo le hacía observar que el alazán no podría con semejante carga, y se resignaba a esperar, aunque con un humor de todos los diablos. Tanto molió, y tanto dijo, y tanto lloriqueó, que el italiano ofreció prestar caballos, oferta que acepté en el acto, aunque yo hice presente que al otro día podíamos ponernos en camino en el alazán. Fué preciso hacerle el gusto, para librarnos de sus lloros, y aceptar los caballos del amigo italiano.

Así es que con el fresco de la noche y el alazán de tiro, nos pusimos en camino hacia la casa del finado Barragán, que a esa hora estaría ardiendo en los infiernos en el gran fogón destinado a los justicias.

Llegamos al rancho, que encontramos en el mismo estado que lo dejaron ellos para venir al baile del italiano.

Allí estaba el apero de lujo de Barragán y sus aseadas prendas. Su caballo parejero estaba atado allí mismo en su estaca, y cuando más a cuatro varas del rancho.

Algunos previstos, y gente que conocía ya la desgracia del alcalde Barragán, se abrieron humildes a nuestro paso, saludando a Agustina, que prendida de mi tirador, caminaba con más soberbia que una reina.

—Ahora todo esto es tuyo, Santos Vega, me decía; todo esto con migo a la cabeza, y otras muchas cosas que te mostraré mañana.

Y aunque decidido a echar al diablo todo aquello, por el momento me callaba, porque sabía que contradecir a Agustina habría sido para peor. Lo que pasó entre nosotros aquella noche, lo paso por alto, porque ustedes se lo imaginarán mejor que yo.

Al otro día Agustina se consideraba más feliz que nunca, y se volvía puros proyectos para el porvenir. Decidíme a contentarla por el momento, puesto que lo estaba también de abandonarla. Yo no amaba a Agustina: ese mismo cariño que ella tenía por mí, el matador de su marido, me causaba un disgusto invencible. Hubiera preferido hallarme a veinte leguas de distancia de aquella mujer, a quien en otro tiempo tanto arrastré el ala y abandoné por otra. Tres días y tres noches pasé en aquel campo, esperando que se restableciera del todo mi alazán, tratado a cuerpo de gobierno, pues Agustina le quitaba al parejero del finado por darle a él.

—Tómalo al parejero, me dijo; Barragán lo tenía por una gran cosa, y llevándolo de tiro, para un aprieto puede servirte muy bien.

—Sí, de estorbo, dije rechazando el presente. Y esto que te digo tiene su razón, que te voy a dar para que no eches mi ne-

gativa a soberbia. Como el alazán es un caballo tan gaucho y tan corredor, no hay pareja que le venga bien, así es que si yo llevara ese de tiro, tendría que ir sujetando el mío para poderlo acompañar.

A los tres días empecé a hacer mis preparativos de marcha.

—¿Que te vas?, me preguntó Agustina mirándome fijamente.

—Ya lo creo, repuse con gran naturalidad; ¿qué crees, que voy a pasar mi vida sentado en la cocina tomando mate? Yo tengo que salir a recorrer el campo y dar en el coco a los justicias que vaya encontrando. Otra cosa, Agustina, sería pedir y prometer lo que no se ha de cumplir.

—¿Pero, volverás?, preguntó con aire de duda.

—Volveré para estar otros cuantos días y volverme a ir para volver a venir. Esta es la vida que llevo, y la que llevaré sabe Dios hasta cuándo.

Y con mil promesas de cariño y de volver más pronto de lo que había prometido, Agustina me dejó marchar sin ponerme ningún otro obstáculo. Y me fuí de allí decidido a volver a los pocos días, para confiarla más a Agustina y perderme para toda la siega en mi segunda salida.

Durante cinco días con sus correspondientes noches, anduve vagando por estancias y pulperías en demanda de justicias a quienes basurear, pero no pude dar con ninguno de elllos. Estaban completamente corridos y no había esperanzas de que volvieran a asomar el bulto en ninguna parte, por el momento al menos.

Y era cosa de verse, entrar a una casa de negocio y preguntar si había justicias, como quien pregunta si hay pan fresco o maní tostado. Yo me había convertido así en el justicia de los justicias. Les tocaba ahora a ellos el huir cielo y tierra de mis persecuciones, pues el que cayera en mis manos, con toda seguridad podía contarse por muerto.

Volví a lo de Agustina sin haber encontrado un solo miliciano. O habían dejado de ser justicias, o les había embargado el miedo en el Juzgado de Paz.

Agustina, que no me esperaba tan pronto, me hizo un millón de agasajos. Pero, no sé por qué, mientras más cariños me hacía, menos pude tragar a aquella mujer. Todo en ella me fastidiaba, al extremo de ponerme de mal humor, y eso que, ya he dicho, era bastante hermosa, viuda, y algo rica por añadidura, pues Barragán había dejado una buena fortuna.

Agustina volvió a hacerme mil proposiciones de que me quedara allí a disponer de todo como único dueño, pero rechacé, como siempre, todo ofrecimiento.

—Si yo me quedara allí hecho cargo de todo y mandando co-

mo dueño, lo primero que hubiera pensado la gente, es que yo por interés había matado a Barragán, y esto no me convenía nada.

Decidí, pues, mandarme mudar de lo de Agustina para siempre. Con este propósito metido en la cabeza, le dije una madrugada:

—Mira, Agustina, mañana me voy a ausentar por unos cuantos días; me han avisado que andaban varias justicias en busca de un asesino, según dicen, y yo voy a ver si les salgo a la pasada.

Agustina lloró un poco y me rogó que me quedara, porque podía sucederme una desgracia; pero habituada ya a conocer el género de vida que yo llevaba, muy pronto se consoló, limitándose únicamente a rogarme volviera pronto y no la tuviera pensando.

Si Agustina hubiera sido pobre como yo, hubiera vuelto allá cada tanto tiempo a verla en pago de su cariño; pero Agustina tenía bastante hacienda y no había por qué hacer hablar a la gente.

Me arreglé, pues, como para una campaña larga, y me despedí de Agustina, que me pidió dos cosas. Que no me expusiera a los peligros y que no tardara en volver.

A todo esto el alazán estaba como nunca, desde que salió de la estancia de mi padre.

Había comido bien y descansado mejor todo el tiempo de mi estadía en lo de Agustina, siendo cuidado con las mismas manos de la moza, que se miraba en él, sabiendo lo que yo lo estimaba.

A pequeñas jornaditas, pues no había por qué apurarlo, me revisé unas cuantas pulperías, pero sin resultado alguno. Parecía que la justicia se había concluído en Dolores.

—Pues, señor, no hay remedio, me dije un día. Así como ellos cuando no encuentran en pulpería al gaucho que buscan, van a atraparlo a su madriguera, es preciso que yo haga lo mismo y vaya a buscarlos a su cueva.

Es el único medio de conseguir verles la cara y tantearles el bulto.

Resuelto a hacerlo así, empecé a tomar las noticias indispensables para no errar el golpe o caer en alguna trampa.

La partida no se había remontado.

Las bajas causadas por mí no se habían repuesto, y en el Juzgado sólo quedaban tres o cuatro soldados, que de puro haraganes no se iban, aunque de nada servían, puesto que no querían moverse del Juzgado de Paz.

Muchos de los paisanos que me dieron noticias referentes a la partida, querían presenciar lo que iba a hacer, y se ofrecieron a

acompañarme. ¡Ni por un queso! yo no admitía compañía siempre que se trataba de ir a pelear con la justicia.

—Pues iremos de mirones, me dijeron, que eso no te puede resentir ni ofender.

Y como quien va a una fiesta de carreras, en grupos de tres o cuatro, los paisanos se largaron en dirección del Juzgado, a largas distancias, unos después de otros para no dar que desconfiar.

Así una madrugada arreglé bien mi alazán y calculando caer al Juzgado a eso de la siesta para tomar a la gente más confiada, me puse tranquilamente en camino.

El día era hermoso y convidador.

En todo el camino fuí encontrando grupos de paisanos, campados unos y en marcha los demás para el Juzgado. De todos aquellos grupos me saludaban voces amigas, deseándome toda suerte de felicidades. Parecía que en vez de ir a dar de puñaladas, fuese yo a correr algún parejero de mentas que tuviera muchos partidarios.

Estaba el sol más picante que un ají cumbarí, cuando llegué al peladar que había sido la estancia de mi padre. Parecía aquello hubiera sido toldería de pampas, lo que en aquellos momentos sólo era nido de caranchos y guarida de toda clase de animales.

Al pisar aquellos campos, todas las llagas de mi corazón se renovaron. Recordé de nuevo los tiempos de mi felicidad y de mis amores con María.

Todas las desventuras que desde entonces habían llenado de amargura mi alma, se agolparon a mi memoria, y sentí levantarse en mi corazón una terrible sed de venganza.

Era lo que necesitaba para cumplir la intención de aquellos últimos tiempos de mi vida, pasar a cuchillo todo lo que fuera justicia o tuviera que ver con ella.

Yo había ido con el propósito de darle por despedida una vuelta de lazazos y alguno que otro golpe de talero. Pero al recordar las infamias que conmigo se habían hecho, sentí la necesidad de matar, de matar sin piedad a todos los que allí encontrara, haciendo en el Juzgado algo parecido a lo que ellos habían hecho en la pulpería del pobre Serafín.

Cuando el calor de la siesta se hizo más riguroso, llamé a un muchacho que andaba cerca de mí y lo mandé al Juzgado. Con el pretexto de preguntar cualquier cosa, él debía fijarse en donde estaba la gente y lo que hacía, para según informes, caer yo a galope seguro.

Poco tardó en volver mi comisionado.

—Lo que es los milicos, me dijo, estaban durmiendo la siesta en el galpón de los peones con algunos de éstos. Deben haber estado jugando porque al lado del fogón hay un juego de naipes

y una limeta vacía. Lo que es el juez de paz y el escribiente, deben estar durmiendo adentro, probablemente, puesto que no se les vé por ninguna parte.

Aquellas noticias eran de lo mejor que yo esperaba. Un solo inconveniente me retenía y este era el resolver por donde tenía que empezar. Si empiezo por el juez de paz, pensé, me van a sentir en el galpón y voy a perder el golpe a los milicianos, que se pondrán en fuga; si los ataco a éstos primero me sentirán los otros y escaparían también. ¿Qué hacer para poder agarrarlos a todos juntos?

—¡Que sea lo que Dios quiera! me dije después de un rato de meditación, y montando al caballo me dirigí al Juzgado.

Ni un solo viviente en pie se veía por ninguna parte. Enderecé al galpón, donde entré a caballo, pisando a los que allí estaban tendidos durmiendo. Con el tropel y unos cuantos rebencazos, peones y milicos estuvieron en pie en un momento.

—¡Arriba, maulas, que aquí está Santos Vega a darles el buen día! les grité; y sin darles tiempo a volver del asombro que se apodera del que despierta en medio del peligro, los atropellé cuchillo en mano cuidando de no herir sino a los milicianos.

Tanto éstos como los peones empezaron a ganar el campo, perseguidos por mí que los hería de una manera implacable.

Así que salieron afuera dando terribles gritos y vieron al paisanaje que semejante a un *malón* rodeaba el Juzgado creyendo que había invasión de indios se lanzaron en fuga en el más espantoso desórden.

Pero mal heridos unos, embargados por el espanto otros y perseguidos por mí todos, poco pudieron andar. Los acuchillé por la espalda, mientras los peones huían despavoridos con tal brusca manera que los tres o cuatro milicos que eran, quedaron tendidos en el suelo.

A aquel tropel infernal asomaron las narices el juez de paz y el escribiente, con unas caras de agonía que daba lastima.

Conforme vieron de que se trataba, se metieron adentro nuevamente, y a sus gritos de espanto siguió el ruído de las puertas que se cerraban con estrépito.

Conforme los ví asomar, atropellé a la puerta, pero el miedo anduvo más listo que las ganas de matar.

Por más a prisa que acudí, ya la puerta se había cerrado trancada por los cerrojos, que eran como de Juzgado, es decir, de los más gruesos. Forzar las puertas era imposible, y convencido de ello, ni siquiera lo intenté.

Me volví el caballo y me dirigí a otro lado, pero no quedaban enemigos con quienes pelear.

El desparramo había sido completo. Muchos de los peones del

establecimiento habían salido puerta afuera, pero los demás, comprendiendo que con ellos nada tenía yo que hacer, se quedaron a mirar con profunda lástima los cadáveres de los extinguidos milicos.

—¿Dónde está el resto de la partida, pregunté al que me pareció el capatáz.

—Con el resto acaba usted de dar fin, paisano, me contestó aquél. Ya no quedaban más que éstos cuatro pobretes que esta siesta estaban hablando de *salirse;* y ya ve usted el fin que han tenido. De todos los que eran hace poco tiempo, no quedan, que nosotros sepamos, más que el teniente alcalde Grigera, que vive en la pulpería del Pajonal.

—Pues con él me entenderé luego, concluí, pero antes de irme de aquí, quiero que ustedes sepan una cosa. Yo no he venido aquí a matar gente indefensa, ni por el placer cobarde de ver boquear a un cristiano. No he venido tampoco a buscar camorras al jefe, por tirármelas de guapo, y de pelear contra muchos. Yo he venido aquí a vengar a los amigos que la justicia asesinó de la manera más cobarde. He venido a vengar a María, que quien sabe el rumbo que ha corrido, a Petrona y al más fiel servidor de mi padre, asesinado entre todos ellos y a Serafín y Comadreja, degollados y robados por la justicia; y finalmente a vengar mi fortuna saqueada, mi miseria presente, y mi desgracia futura, porque en el camino donde la justicia me empuja, sabe mi Dios a donde iré a concluir. Si alguno de ustedes cree que yo he hecho mal de obrar así, puede decirlo con franqueza. ¡Quiera Dios que nunca tenga que sacar mi puñal contra un paisano, pero el que crea que no he obrado bien, dígalo y me tiene a su disposición.

Ninguno contestó a mis palabras, lo que quería decir que yo tenía razón, porque no era de suponerse que entre tanto hombre duro no hubiera uno capaz de tomarme la palabra.

—Caballeros, concluí, después de esperar una respuesta en vano, pueden decir al juez y al escribiente que no la lloro perdida, que algún día nos hemos de topar y entonces arreglaremos todas las cuentas. Entretanto pueden ir rezando por el alma del teniente alcalde Grigera, a quien me voy a buscar ahora mismo.

Y me puse en marcha al tranquito para conservar mi caballo más que pudiera.

Al pasar por entre los paisanos que habían ido a curiosear la cosa, éstos se abrieron para dejarme pasar. Entonces detuve al alazán y les dije:

—Ya saben, compañeros, que yo no busco cuestión con ninguno, porque todos son mis amigos. A la pulpería del Pajonal, yo no he de llegar hasta mañana a la noche, porque no quiero apurar mi caballo; si Grigera se hace humo, es porque alguno

le habrá avisado que yo voy, pues él no es adivino. Entonces el que me haya hecho esta mala jugada juro a Dios que será tan mi enemigo como cualquier justicia y que tendrá que pelear conmigo porque yo sabré obligarlo.

—Vaya con confianza, me dijeron algunos, que la causa de Santos Vega es la nuestra, puesto que él pelea por los derechos de todos.

Con esta seguridad me puse en marcha al tranquito, yéndome a descansar a la población de Agustina.

Yo no pensaba haber vuelto allí en mi vida, pero aproveché la circunstancia de tener aquella noche de más para despedirme de aquella mujer, que al fin y al cabo, todo lo que había hecho fué por cariño a mí.

Agustina que no me esperaba tan pronto, por poco se puso a bailar un gato de pura alegría al verme llegar.

Aquella noche la pasamos sin pegar los ojos conversando sobre proyectos de quedarme yo a cargo de sus intereses, proyectos que nunca habían de realizarse.

A la mañana siguiente, ya el sol alto, ensillé el alazán después de haberle dado una buena ración, me despedí de Agustina y me puse en camino, tratando de hacerlo lo más pausado que pude, para no llegar antes de la noche.

Empezaban a salir las estrellas, cuando llegué a la tranquera de la pulpería de Grigera. Una gran cantidad de caballos atados en todas partes, me indicó que la concurrencia era numerosísima, sin duda los mismos paisanos que habían ido a curiosear las escenas del Juzgado, venían a verme dar el último golpe.

Grigera, muy alegre de ver su casa tan concurrida, despachaba copa tras copa, sin sospechar el motivo que había reunido allí tanta gente.

Até mi caballo aisladamente de los otros, y entré empinando la rodaja de la espuela para no llamar la atención. Conforme entré, los paisanos empezaron a cuchichear, como preparándose a no perder ni un chiquito de la fiesta.

Me dirigí rectamente al mostrador, y pedí un refresco al teniente alcalde, que me sirvió sin parecer conocerme.

Era éste un hombre que empezaba a puntar en canas, como una yema más alto que yo, y con unas espaldas macucas. Su laya era de bueno, y en su cintura se veía una daga que debía ser regalo de alguna moza, por lo labrado y soberbio de su empuñadura.

El hombre es fuerte y con pinta de bravo, pensé. Mejor, mejor, así verán que no me meto a lo seguro.

Me eché el sombrero a los ojos después que filié bien a mi

hombre, y mirando a la concurrencia como para pedirle atención, le dije:

—Amigo, ahorremos palabras agrias e insultos que están de más cuando se habla con franqueza.

Grigera me miró fijamente, arrugando la frente, y con la insolencia general del justicia, me contestó:

—Si está divertido, amigo, puede irse a dormir a otra parte, que aquí no quiero borrachos.

—Por lo mismo que no estoy divertido ni pienso estarlo, contesté con toda calma, es que le he dicho lo que ha oído. ¿Para qué hemos de empezar a insultarnos si al fin ha de ser lo mismo? Yo he venido derechamente a matarlo, y le aseguro que no me iré de aquí hasta no haberlo dejado seco a puñaladas.

Probablemente, era el primer hombre que hablaba de aquella manera al teniente alcalde, porque éste se quedó como si un rayo le hubiera caído encima.

—Lo dicho, amigo mío, proseguí, váyase preparando a morir como un hombre, porque el refresco que me ha servido será el último que despache en su vida.

Grigera me miró asombrado, y creyendo sin duda que yo debía ser algún loco o un borracho, se sonrió y me dijo:

—¡Vaya que había tenido mona divertida el amigo! Váyase a dormirla, paisano, si no quiere dormir del cogote en el cepo.

—Usted echa a broma lo que le digo, contesté cada vez con más calma, porque sin duda ignora quien soy yo. Pero sabiendo que yo soy Santos Vega y que usted es persona de justicia, estoy seguro de que pensará de otro modo.

No bien me hube nombrado, cuando el amigo Grigera dió un resoplido de toro, y pegó una tendida que le hizo quebrar dos medios frascos.

—¡Santos Vega! exclamó sin saber lo que le pasaba, y maquinalmente sacó su daga de la cintura.

Pero, poco a poco se fué reponiendo del primer asombro, y sin duda por vergüenza de los que allí había, me dijo:

—¡Pues al fin vas a llevar tu merecido, salteador! ¡Ya verás quién es Grigera!

—Despacito, amigo, y no se apure, contesté preparándome al combate. Me alegro mucho de que se las eche de muy hombre, porque así no me dirán que me valgo de la ocasión. Pase de este lado del mostrador, si no quiere que vaya a sacarlo de las orejas.

—Como mostrador te voy a poner yo el alma, me dijo, ardiendo ya de coraje.

Y saltó el mostrador, y se me vino encima como una luz.

Juro a Dios que fué aquélla la vez que con más gusto he

peleado en mi vida. Grigera tenía todas las condiciones de un hombre de laya. Vista, coraje, y tanta fuerza, que para parar sus hachazos tenía que meter el brazo hasta el hombro.

¡La pucha con el hombre guapo y duro aquel!

La primera atropellada fué una lluvia de puñaladas y hachazos que tuve que volverme cincuenta para parar, sin tener el tiempo suficiente para contestarle un solo golpe: tan apurado me tuvo. Gracias al cuero de caña que Dios me ha dado, pude gambetear hasta que dejó de tirarme, de puro cansado.

Los paisanos debían estar maravillados tanto del ataque como de la defensa, según las exclamaciones que lanzaban a cada golpe y a cada cuerpeada.

—Pues, señor, pensé cuando Grigera se retiró como a tomar aliento. A este bárbaro no hay más que cansarlo un poco antes de acometerlo, porque otra cosa sería descubrir mi juego y cansarme yo también.

No había tenido tiempo de concluir este propósito en mi pensamiento, cuando el teniente alcalde volvió a cargarme con más ímpetu que la vez primera, aunque a los pocos golpes noté que su brazo estaba bastante débil. Y ya iba a hacerle una tanteada, cuando pisé sabe Dios qué porquería, se me fué el pie y caí de rodillas teniendo que distraer mi mano izquierda en afirmarme al mostrador, pues de otro modo habría caído de largo a largo.

Grigera, hombre vivo por demás, aprovechó aquel accidente, y al tiempo que volvía a levantarme, me largó un hachazo a la cabeza, que lo recibí como un Cristo. Medio aturdido por el golpe, bajé la cabeza, pero tuve bastante tino para hacerme a un lado, de modo que el segundo hachazo que me largó apenas me pasó rozando en el hombro derecho.

Si el hachazo que recibí hubiera sido dado al principio, me parte hasta el gañote, pues Grigera tenía unas fuerzas de toro. Pero debilitado en los dos ataques, el golpe no hizo más que aturdirme y causarme una herida poco profunda.

Un gran clamoreo se levantó en la pulpería, que equivalía a decir: "adiós, Santos Vega", y que me hizo olvidar el escozor de la herida.

Alucinado con aquella ventaja, y deseando matarme, Grigera descubrió su pecho.

¡Ah, hijo de mi alma! ¡y con qué fé le tiré aquella puñalada!

Pero aquella noche estaba de desgracia y mi puñal fué a chocar contra la rastra de su tirador sin causar más daño que el golpe que hizo a Grigera dar un grito de muerte, llevándose la mano a la boca del estómago, porque se creyó herido.

Aquí me tocó el turno de aprovecharme, y por Dios que no lo

desperdicié. Antes de que Grigera pudiera darse cuenta de que no había sido herido sino golpeado simplemente, ya tenía en el pecho dos puñaladas de las que nunca se curan.

¡Dios bendito! ¡y qué dos gritos pegó el condenado! Conforme se sintió herido se le concluyó todo el valor que había lucido durante la lucha y que en tan serios apuros me había puesto.

Se agarró el pecho con las dos manos, y empezó a gritar que me agarraran por favor, que no me dejaran matarlo.

!Sabe Dios qué atrocidades hubiera hecho aquel hombre durante su vida, cuando tanto horror le causaba la muerte! Confieso que al verlo acobardarse de aquella manera y gritar como una mujer después de haber peleado de una manera tan lucida, sentí una pena profunda unida a una sensación de asco invencible.

Aun a costa de otro hachazo, hubiera preferido verlo morir con la misma bravura que había peleado.

—¡No me dejen asesinar, por Dios, seguía gritando; agarren a ese hombre, que yo no quiero morir todavía.

Por no oirlo gritar de aquella manera iba ya a ultimarlo, cuando se abrió la puerta y aparecieron dos mujeres con el semblante descompuesto por el espanto.

Eran la mujer y la hija de Grigera, que habían conocido su voz y venían en su socorro.

Cuando lo vieron caído y bañado de sangre, se arrojaron sobre su cuerpo, llorando de una manera desesperada. Aquel doble llanto me conmovió a pesar mío, y guardé el puñal deseando que las heridas que acababa de hacer no fueran mortales.

Como yo sabía lo que eran dolores y dolores causados por la muerte de un sér querido, el llanto de aquellas mujeres me sumió en una amargura desesperante. Bajé la cabeza como avergonzado y pesaroro, y quedé así un buen rato, escuchando a Grigera, que decía:

—¡Me ha madrugado! Ha venido derecho a asesinarme y sabe Dios si no ha salido con la suya.

Aquello era infame. Yo había herido a Grigera en buena ley, después de haber sido herido yo mismo y delante de testigos. Sin embargo, no dije ni una palabra para justificarme.

Dejé pasar el primer golpe de dolor de aquellas mujeres, y me acerqué en seguida al herido, limpiando la sangre que corría de mi cabeza. Fué un movimiento de mi corazón, que no quise reprimir.

—No se desespere, amigo, le dije, tal vez no sea gran cosa lo que tiene. Déjeme mirarlo un poco que yo soy medio baquiano para curarlas como para hacerlas.

—¡Por Dios! gritó el teniente alcalde, ¡que no se me acerque! ¡Que no se me acerque, que me va a concluir de asesinar!

Y tuve que retirarme por no ensuciar las manos, porque las dos mujeres avanzaron sobre mí decididas a cerrarme el paso.

Salí de la pulpería después de decir a los paisanos:

—Ustedes saben que si ese hombre muere, lo he muerto en buena ley después de haber sido herido yo mismo.

Monté a caballo y me fuí como a media legua de distancia a esperar el día.

Quería antes de alejarme, saber si Grigera había muerto o si se salvaba, a pesar de tener la convicción de que cualquiera de las dos puñaladas eran mortales.

En el resto de la noche pasé en detallada revista la cuenta que con la justicia tenía pendiente. Recordé todo lo que yo había sufrido, lo que sufrieron hasta la muerte, aquellos cuyo único delito fué tener por mí un poco de cariño o amistad. Conté en seguida los justicias que habían caído a mis manos y ví que todavía no había saldado mi cuenta.

La orfandad y la miseria a que quedaba yo condenado sin remedio, no me la pagaban con su vida todos los justicias de la tierra. La vida iba a ser en adelante para mí una constante desventura, una lágrima que eternamente colgaría de mis párpados.

Y hubo un momento en que tuve el deseo de concluir con mi existencia para concluir de penar. Pero mi mismo odio a la justicia me contuvo.

Si muero ahora, pensé, será una fiesta para los jueces, alcaldes y demás polilla, porque se habrá concluído el único hombre que los tuvo a raya.

—No, Santos Vega, seguí pensando; es necesario vivir para seguir vengando y atormentando de todas maneras a tus verdugos. Tal vez Dios, concluí, no me deje rodar en vano con el corazón lleno de ánimo y el brazo vigoroso y ágil.

Me senté al lado del alazán y esperé la venida del día para obtener las noticias que quería.

Poco antes de aclarar salió un grupo de paisanos que se dirigió precisamente del lado donde yo estaba. Los dejé llegar, y cuando estuvieron cerca de mí, como no me habían visto, les pregunté lo que había sucedido después que yo me fuí.

—Lo que sucede, me dijeron, es que Grigera se muere sin remedio.

— Yo soy médico, repuso otro, y le he visto las heridas. ¡Caramba, amigo, y qué muñeca había tenido usted! Puedo asegurarle que Grigera se muere y que yo estoy asombrado de verlo vivir tanto.

—¿Y hay alguno que piense, pregunté, que yo le he muerto de mala manera, o valido de una ventaja que pueda tacharse?

—Al contrario, me contestaron todos. La pelea ha sido leal y

bien sostenida por los dos. Si alguna ventaja sacada de mala manera ha habido en la pelea, fué la que él sacó cuando a usted se le fué el pie y por poco cae de narices.

—Y a propósito, ¿cómo va esa herida?, me preguntó el que había dicho ser médico.

—Ahí va, contesté, mostrando la cabeza; es un tajo en el cuero que no ha hecho más que sangrarme un poco.

El paisano se acercó a verme la herida, y se retiró maravillado.

—¡Caramba!, dijo, yo me estaba asombrando de que Grigera pudiera vivir tanto con aquellas dos puñaladas, pero veo que usted es mucho más fuerte y sufrido. Toda la avería en la pelea la ha hecho después de su hachazo, con el que cualquier hombre se hubiera desvanecido al momento sin poder continuar la lucha.

Y vean ustedes lo que son las cosas, dije, a mi vez. Con tanto encono que entré a pelear y tanto deseo que tenía de matar a Grigera, y desde que he visto llorar y desesperarse a aquellas dos mujeres, siento en el alma haber muerto a ese hombre. Si pudiera deshacer lo hecho, repito que lo haría a costa de cualquier sacrificio, aunque Petrona se me enojara desde su tumba helada.

—Pues no lo sienta, Santos Vega, me dijo uno de los paisanos, Grigera era un pillo de primera y un ladrón como no había otro; si muere, como no lo dudamos, su familia, que es esa mujer y esa hija, quedan ricas a dar envidia con lo que él ha robado al paisanaje valido de la autoridad que tenía. Cuando hallaba un hombre débil, era capaz de estarle pegando tres días y tres noches de puro gusto. Y ya vé usted, en cuanto se ha topado con un toro y ha sentido la primer cornada, el hombre ha pedido hasta por Dios. El paisanaje le va a agradecer esta muerte, como el mejor servicio que podía haberle prestado.

Aquellas palabras disminuyeron en mucho la pena que yo sentía, no por la muerte de Grigera, sino por el dolor que ésta había causado en aquellas dos mujeres. Yo no las había visto más que un sólo momento, y sin embargo el semblante de la más joven, el de la hija, había quedado grabado en mi corazón.

Era una joven como de quince años, según pude calcular, con una belleza rara, porque participaba de la belleza del indio y del cristiano. No tenía nada de pampa, ese tipo repugnante de facciones achatadas, donde no campea un solo rasgo noble.

Era uno de esos tipos de los indios araucanos, de nariz como pico de águila, de color cobre, con el ojo negro como un terciopelo y una magnífica manta de cabellos rubios como el oro. Yo ví llorar aquellos dos ojos como se llora en el cielo, sin duda, y he aquí acaso el origen de la profunda pena que había sentido.

¡Quién me había mandado echar veneno en aquella alma in-

fantil y hacer llorar aquellos magníficos ojos, que tenían todo el brillo y mansedumbre de los luceros!

¡Ah, la venganza es una mala pasión! Ella nos hace cometer crueldades que luego las sentimos con un dolor desconsolador. Hablo de los que no hemos nacido para bandidos, y que no matamos por el placer de ver hundirse el cuchillo en carne ajena. Mis meditaciones fueron turbadas por la voz algo aguardentosa del paisano médico que me dijo golpeándome en el hombro:

—Voy a buscar un poco de caña para lavarle la cabeza, amigo, porque eso no puede quedar así. Podría picarle gangrena y llevárselo todo al diablo.

—Un favor creo que recibiría con la muerte, repuse, porque para vivir penando así, no vale la pena de curarse.

—No ofenda a Dios, amigo, me contestó el paisano con aire muy grave, y dirigiéndose a su caballo que montó. ¡Quién sabe si con fin preconcebido no lo ha echado a usted al mundo para penar!

Y partió al galope en dirección a la pulpería.

Unos pocos paisanos, tal vez sus compañeros, quedaron allí conmigo esperándolo. Los demás, gente de trabajo que andaban faltando de su conchavo, se alejaron en distintas direcciones.

Yo deseaba que el paisano volviera pronto, no por la caña con que decía me iba a curar la cabeza, sino por saber lo que había pasado en la pulpería: si Grigera había muerto y si su hija lloraba mucho. ¡Qué no hubiera dado yo por enjugar aquellas lágrimas y consolar a aquella joven hermosa entre un millón de caricias!

No se hizo esperar mucho el paisano y apenas llegó, se puso a curar mi herida de la cabeza, con un cariño que no olvidaré nunca.

—¿Ya va mejor Grigera?, le pregunté apenas echó pie a tierra.

—Tan mejor, me contestó, que lo está mejor que nosotros. Mientras hemos estado aquí de charla, el pobre ha entregado el alma. No podía suceder otra cosa, como lo dije después que ví sus heridas.

—¿Y la familia, estará muy triste?, volví a preguntar, dominando la pena que me mordía en el corazón.

—Bastante triste, como es natural, me replicó mientras me curaba. La mujer está llorando como una criatura, pero la hija no llora. Mira a los demás con los ojos abiertos de par en par, y está prendida al cuerpo de su padre, como si sus cariños lo fuera a resucitar.

—¡Desventurada!, pensé entre mí; el dolor le ha embargado hasta su manifestación más consoladora: ¡no puede llorar!

Y mientras el paisano me vendaba la cabeza, hice un proyecto que debía poner en práctica aquella misma noche. Para no demorar más la presencia de aquellos hombres que me incomodaban, me callé la boca y me puse a fingir que dormitaba. Poco

después, y como para no turbar mi reposo, los paisanos revisaron sus aperos y se vinieron a despedir de mí, asegurándome que si ellos sentían decir que yo había asesinado a Grigera, sacarían la cara, refiriendo detalladamente cómo había pasado la cosa.

A todos dí las gracias, con especialidad al que me había curado, asegurándole que nunca olvidaría su socorro en trance tan apurado.

Conforme quedé solo, me embosqué en donde nadie pudiera verme, y me puse a madurar el proyecto que había concebido, cediendo al impulso más virgen de mi corazón. Desde donde yo estaba podía observar perfectamente la pulpería de Grigera y conocer las personas que entraban o salían. Hasta después de la siesta no salieron más que los paisanos a que me he referido. Después de esta hora empezaron a salir los demás, y recién a eso de la tardecita vi entrar a algunos que no estuvieron de los presentes cuando el lance, y que sin duda no tenían noticia de lo sucedido, o venían cayendo inocentemente.

Al anochecer, según mi cálculo, sólo había cuatro o seis personas, a lo más, acompañando a la familia del difunto. Tomé mi caballo de la rienda y empecé a caminar, como si marchara a su propio entierro. Mi resolución estaba tomada y creía firmemente que aquella noche iba a ser la última de mi vida.

Llegué a la pulpería, até tranquilamente mi alazán al palenque y haciéndole mil caricias como para despedirme de aquel compañero fiel, pasé el escalón de la puerta y me detuve, sacando el sombrero de mi cabeza, como cuando entraba al cuarto de mi padre.

El espectáculo que se ofrecía a mi vista, era por demás imponente y lúgubre. Sobre el mostrador donde lo habían acomodado en las cobijas de su cama, estaba el cuerpo de Grigera, dejando ver las dos grandes bocas de aquellas heridas sangrientas.

Del lado de adentro, sentada en una silla y recostada sobre el pcho del cadáver como quien dormita, estaba la mujer de Grigera, cuyos sollozos lastimeros partín el alma. Del lado de afuera, de pie y prendida de los hombros del cadáver mirándolo con una fijeza aterradora y sin lanzar un lamento, estaba la hija de aquel desgraciado.

Rodeando este grupo lúgubre y en posiciones más o menos tristes, había unos ocho o diez paisanos, a dos de los cuales conocí haber presenciado el lance de la noche anterior. Algunos de ellos al verme llegar se separaron, no comprendiendo, sin duda, mi presencia en tal paraje. Yo debía estar tan pálido como el difunto, pues en mi cara sentía ese frío leve que produce la falta de sangre, y mis piernas temblaban como si tuviera miedo. Al

ruído que hicieron los paisanos que se pararon, la viuda de Grigera levantó la cabeza y me conoció al momento.

—¡Santos Vega!, gritó con marcadas muestras de terror. ¡El asesino de mi marido que viene a completar su crimen matándonos a todos!

Y se echó a llorar escondiendo su cara en el pecho del cadáver.

Aquellas pocas palabras se me enterraron en el corazón, causándome un dolor inmenso.

Al sentir la voz de la madre, la hija desclavó la mirada del cadáver y la fijó en mí con una expresión que no he podido olvidar. Y vi cómo su cuerpo se estremecía, no sé si de terror o de indignación.

Hubo un momento en que estuve por disparar, no pudiendo sufrir el brillo de aquellos dos ojos, pero bajé la cabeza y haciendo un gran esfuerzo de voluntad logré dominarme y permanecer de pie.

Cuando volví a levantar la cabeza, encontré que aquellos dos ojos estaban todavía clavados en mi frente, como si quisieran escudriñar hasta lo más íntimo de mi alma. Me sentí vacilar ante aquel dolor mudo y profundo, y avancé hasta el cadáver haciendo el último esfuerzo de mi voluntad.

—Perdón, dije conmovido, si vengo a turbar el dolor que he causado, pero una fuerza desconocida me empuja, a pesar mío, hasta ese cadáver, y lo que es peor, a arrastrar la mirada de esos dos ojos de sol enlutado. Yo he sido el que ha muerto a ese hombre, sí, pero no vengo a disculpar el hecho ni a justificarlo, aunque lo he muerto en buena ley y exponiendo mi vida contra un enemigo bravo, que me había ya herido. No siento su muerte, puesto que a matarlo he venido, pero sí siento el dolor que ella ha causado, porque no tengo corazón de tigre, ni mato por el simple placer de matar. Yo vine aquí a vengar la muerte de Petrona, una muchacha joven como usted, moza y a quien la vida sonreía con todos sus esplendores. Vine a vengar a ésta, que cayó bajo el sable de la justicia por el solo delito de quererme, como si el cariño fuera el peor de los crímenes. Yo vine a matar a Grigera, para vengar a Serafín y Comadreja, degollados también por la justicia y por el crimen de haber sido mis amigos. Para vengarlos a ellos y a mí, vine a matar a Grigera y lo maté, pero después de haber peleado y haber recibido de su mano una profunda herida. La venganza, niña, es un placer que consuela como cualquier otro. Yo en un tiempo tuve padres, tuve fortuna y tuve el amor de una muchacha tan linda como usted. Tuve amigos, fuí feliz y la vida tuvo para mí todo género de encantos. Hoy soy un ser miserable y maldito, que no tiene ni el consuelo de

las lágrimas porque éstas se niegan a venir a sus ojos. No tengo más que veneno en el alma y luto en el corazón. No me queda en la vida más que venganza, y me vengo allí donde encuentro un enemigo más de los que me hicieron mal. Yo quería vengarme de Grigera, pero no de usted, cuya belleza me era desconocida; ya que el destino me ha hecho enlutar su alma, vengo ahora a proporcionar a usted el mismo placer de venganza que tuve yo al matar a Grigera. El más feliz que yo, pues su muerte la lloran su mujer y la criatura más linda que he visto en mi vida, mientras que yo moriré sin que nadie derrame una lágrima a mi memoria. Mi caballo será el único que me necesite.

Y sacando de la cintura el mismo puñal con que maté a Grigera, lo ofrecí a su hija por la empuñadura, añadiendo:

—Puede usted herir sin piedad, moza, segura de que el único momento feliz que habré tenido en vida, es el de morir por tan preciosas manos.

Todos quedaron absortos ante un final tan inesperado. La hija de Grigera, tomó maquinalmente el puñal, sin dejar de mirarme con aquella fijeza aterradora.

Yo abrí entonces los brazos para dejarle elegir el sitio de mi pecho donde había de herirme, pero la herida no se produjo. Mis palabras habían muerto en aquella mujer soberana hasta el gérmen de un pensamiento de venganza. Sus ojos, sin dejar de mirarme un solo momento, se llenaron de lágrimas y empezó a llorar tranquila, pero de una manera imponente.

Tanto dolor enternecía sin poderlo remediar.

Yo permanecí siempre con los brazos abiertos, esperando el golpe mortal que me librara de aquel suplicio desconocido: ver llorar una mujer. Pero ésta siguió llorando por un largo espacio de tiempo, siempre mirándome a la frente y siempre con el puñal en la mano, en la misma actitud que me lo había tomado.

Era tan profundo el silencio que se había hecho en la pieza, que se podía contar claramente las respiraciones de cada uno.

Por fin, aquella criatura divina avanzó los pasos que de mí la separaban y volvió a poner el puñal en la vaina sujeta en el tirador a mi espalda.

—Yo te perdono, Santos Vega, la muerte de mi padre, me dijo entre un torrente de lágrimas y sollozos, porque me encuentro incapaz de vengarme después de haberte oído hablar. El hombre que habla de esa manera no es un bandido, y dejo al destino la misión de la venganza, si es que tu acción la merece. Siento que tus palabras han despertado en mi corazón sentimientos que no conocía. Hace un momento que no hubiera vacilado en clavar el puñal en tu pecho. Ahora encuentro más dulce el perdonarte y

desear que la muerte de mi padre, no traiga sobre tu cabeza ninguna desgracia.

—Yo quiero que usted me mate y vengue de esta manera a Grigera, como yo he matado por vengar a mis amigos asesinados. Vivir con el remordimiento de haber causado a usted un dolor, concluí, sería una vida tan infame, que concluiría por quitármela yo mismo. Su dolor me ha hecho maldecir del momento que juré vengarme.

—No, Santos Vega, yo no te mato, y lejos de hacerlo, te pido que vivas, porque quiero morir a mi vez libre de todo remordimiento.

—Yo no tengo quien me llore, repetí agonizando, porque todos los seres que me amaron en la vida han muerto asesinados.

—Te amo yo, me dijo aquella mujer; te amaba antes de conocerte, por la repetición de tus trovas, y ahora que he visto desbordarse tu corazón en tu palabra, te amo más que nunca, aunque hoy nos aleja el cadáver de mi padre. Huye, Santos Vega, huye lejos y que el dolor de haber perdido mi padre, no se una el tener delante de mí a Santos Vega convertido en un matador.

¡Era hasta donde podía golpear mi suerte despiadada!

Encontraba en mi camino una criatura angelical por cuyo cariño hubiera empeñado mi alma al diablo. Hallaba la suprema felicidad de que amara sin saberlo yo, sin conocerme, y era mi propio puñal el que me separaba de ella como una nube de sangre!

Y salí de aquella casa loco, desesperado, sin poder gobernar mi pensamiento, que era entonces como una salamanca. Monté sobre mi alazán, sin ver nada, como envuelto en una neblina, y me eché a disparar por esos campos sin rumbo y sin reposo. Dos días y dos noches anduve así vagando, sin rumbo y sin descanso, pensando siempre en la hija de Grigera y en la estrella fatal de mi destino, que tan desgraciado ma había hecho.

A la madrugada del tercer día, sin saberlo ni tener la menor intención en ello, caí a la pulpería del "Pajonal" y me detuve en la tranquera.

Bajo el alero del rancho y triste como una noche, había una mujer sentada, llorando de una manera silenciosa e intensa. Mi corazón lo había adivinado.

Era Mercedes, la hija de Grigera.

A su vista sentí que el corazón se me oprimía hasta faltarme la respiración. No me atreví a desmontar y quedé mirándola absorto en su contemplación; sin atreverme a respirar siquiera, por no turbar su reposo. Y así me estuve mirándola sabe Dios cuanto tiempo, sin que ella se apercibiera de mi presencia.

Al fin levantó casualmente la cabeza y fijó en mí su mirada que era toda una historia de dolor y desventura.

—¡Santos Vega!, exclamó, poniéndose tan pálida como un cadáver. ¡Santos Vega! ¿por qué vienes a ponerte en mi camino? ¡habíamos quedado en no volvernos a ver en la vida!

Entonces demonté sin darme todavía cuenta de lo que hacía y acercándome a aquella divinidad, le dije:

—Yo he venido, Mercedes; caminaba sin rumbo, como camino desde la noche aquella, y el destino me ha empujado por aquí como podía haberme empujado por otra parte. Yo no quería venir, Mercedes, pero tal vez tus ojos me han atraído, sin quererlo, por este lado. Y la tomé una mano acariciándole la manta de su cabello soberbio.

—¡Huye de mí, Santos Vega, huye de mí que yo no puedo quererte! ¡No me hagas más desgraciada de lo que ya me has hecho, privándome del cariño de un padre amante! Conformémonos con el destino, y separémonos para no volvernos a ver más. Mira que al decirte que te amaba y al privarme de estártelo diciendo eternamente, he hecho un sacrificio y un esfuerzo que yo sola lo comprendo.

—Inútiles son las palabras y las razones, Mercedes, bajo el imperio del corazón, repuse; es nuestro amor el que nos junta, a pesar de todo esfuerzo de voluntad, porque no hay voluntad bastante para dominar los sentimientos que lo hace latir, ya sea de amor o de odio, así como yo he venido ahora sin saber que venía y sin querer venir, hemos de seguir amándonos a pesar de todas las razones de este mundo y de todos los esfuerzos de nuestras voluntades unidas.

—Bueno, huye, repuso, y deja hacer el destino. Huye por ahora: que no te sienta mi madre, porque entonces mi vida sería una tortura eterna. Todos los días me reprocha que no te haya muerto cuando me abriste los brazos ofreciéndome tu pecho generoso para que lo hiciera con tu propio puñal.

—Yo moriré, dije, pero me has de prometer tu amor eterno.

Mercedes no me contestó nada, pero me miró de una manera que me hizo olvidar todo mi pasado con todos sus horrores. Y salté sobre el alazán y me fuí verdaderamente, porque me lancé en una carrera frenética.

Pero desde aquel día, sin quererlo ni pensarlo, vine todas las madrugadas a conversar con Mercedes. Y ella, sin querer también y sin darse cuenta de lo que hacía, me esperaba bajo el alero, en el mismo sitio que la vez primera y la dí mis más tiernos y apasionados juramentos de amor.

Y tanto vine a conversar bajo el alero y tanto me esperó Mer-

cedes, que por fin fué mía, a pesar de la muerte de Grigera, y a pesar de su voluntad misma. El amor de Mercedes me había rejuvenecido, haciéndome olvidar por completo mis pasados infortunios y mis juramentos de exterminios contra la justicia.

Los alcaldes y justicias habían sido remontados; pero como yo no iba a buscarlos, poco empeño hacían en buscarme a mí. Como yo me veía con Mercedes a la madrugada, nadie pudo sospechar ni remotamente la existencia de nuestro amor.

Pero está de Dios que todo aquello que yo amo tenga un fin fatal. Mi amor para Mercedes, fué como el contacto de un veneno lento y maldito.

Bajo el amor de mis ojos y el calor de mi alma, aquella naturaleza tan rica y tan bella de vida, se fué marchitando entre mis brazos, y se fué acabando como las hojas de los árboles bajo el helado soplo del invierno. ¿Qué estrella maldecida era la mía para llevar la muerte allí donde llevaba mi amor y amistad?

—Santos Vega, me dijo una mañana aquella criatura divina; yo siento que me muero de una manera plácida y arrobadora. Cada día que pasa es un paso más que doy hacia la muerte. ¡Confieso que me siento morir, porque soy feliz al amparo de tu amor, pero no sé qué encanto inexplicable tiene para mí la muerte! Santos Vega, añadió, yo no quiero morirme, porque no quiero dejarte. ¡Espanta, espanta lejos de mí esta muerte maldita que me atrae con mil encantos!

En vano quise convencer a Mercedes de que aquello era un capricho de su imaginación ardiente. En vano quise alejar de su espíritu, distrayéndolo con mil caricias, toda idea de muerte. Estaba profundamente convencida de que se moría, y decirle lo contrario era perder palabras.

—Quiéreme mucho, Santos Vega, añadió; quiéreme mucho, porque poco tiempo me queda de vida para gozar de esta felicidad suprema.

Aquella mañana me retiré con el alma helada. Y también estaba convencido que Mercedes se moría, porque la veía irse poco a poco, con esa suavidad y esa lentiud lánguida con que se van las tardes de verano.

Mi amor la había envenenado.

Desde aquella mañana, todos los días me repitió Mercedes la misma cosa.

—Me muero, dijo, y me muero mucho más pronto de lo que tu crees.

Y efectivamente, como quince días después de la primera vez que me lo dijo, Mercedes murió de la misma manera que había vivido. Una madrugada que venía a verla con un nido de tórto-

las dentro el sombrero, fuí a estrecharla entre mis brazos, y retrocedí espantado porque había abrazado un cadáver.

Mercedes había muerto esperándome y por consiguiente pensando en mí. Se había quedado muerta con el semblante luminoso reclinado en la mano y el codo apoyado en la rodilla. A un lado había un charco de sangre. Era el vómito que había concluído su vida, porque Mercedes había muerto tísica.

Mucho tiempo estuve arrodillado al lado de aquel cadáver, llenandolo de mis cariños más íntimos. La presencia de la madre me arrancó de mi contemplación divina, con estas palabras infernales:

—¡Ah, bandido, que has muerto a mi hija! La has asesinado como a su padre.

Sin hacer caso de aquellas palabras, y temiendo que el dolor y la rabia fueran a hacerme perder la cabeza, disparé adonde estaba mi caballo y salté con la agilidad de un gato.

—¡Adiós Mercedes, adiós mi alma! le grité enviándole un beso en la punta de los dedos.

Y me lancé a la carrera, bajo la lluvia de maldiciones con que me despidió aquella mujer desgraciada también, pues en poco tiempo había perdido un marido y una hija como un ángel.

Desde entonces me eché a rodar por el mundo sin más amigos que mi guitarra en que desahogo mis penas, y mi caballo, en el que he puesto todo el cariño de mi corazón. Vagando por todas partes, de pulpería en pulpería y de pago en pago, muchas veces me he topado con la justicia y mi puñal no ha quedado inútilmente en la cintura. De perseguido me había vuelto en perseguidor a muerte de las justicias, donde quiera que éstos se hallaran. No permití que delante de mí se llevara preso ningún paisano, y siempre que pude, dí libertad a los que encontré en medio del campo amarrados a la barra, ya del pescuezo, ya de un pie o de una mano.

En las pulperías en cuyas tranqueras veía caballos milicianos, me entraba con cautela, si veía por éstos que los milicianos no pasaban de dos o tres. Si el número era mayor, me emboscaba y cuando salían los seguía, hasta que del grupo se desprendían dos o tres. Entonces los perseguía hasta alcanzarlos, y siempre me ayudó Dios en la pelea.

No tengo por qué arrepentirme, porque jamás he usado ventaja en ninguna ocasión. Como he peleado aquí delante de ustedes, he peleado siempre, y no tengo que hacerme, gracias a Dios, el más ligero reproche. El último soldado que maté, llevaba un potrillo siguiendo a la yegua que montaba.

Ese es el mataco, que desde entonces me acompaña con un

cariño casi humano. Yo no sé qué habré tenido por ese hombre potrillo, que desde entonces no se ha despegado de mí.

Con Mercedes ha concluído para mí el amor. No sé si será porque todavía no he hallado una mujer digna de reemplazarla en mi corazón, o porque éste está aún aturdido con la muerte de aquel ángel.

Vagando así, peleando unas veces, cantando otras y llorando siempre, vine a caer aquí, donde ya ustedes han visto lo que ha sucedido.

—Esta es mi triste historia, amigos, concluyó Santos Vega, historia triste y sombría que Dios sabe dónde irá a terminar. No me quejo del destino, porque el mío no era sufrir y padecer de esta manera; pero me quejo de los hombres de justicia que me han precipitado por donde yo no quería caminar. No sería extraño que la desgracia haya venido a esta casa, porque parece que yo la llevara amarrada a mi planta. Me voy, pues, para llevarla conmigo y tratando de no dejarle aquí ni un chiquito.

Y tomando la guitarra, Santos Vega se paró en ademán de marcharse.

—Muchas gracias, concluyó, por la hospitalidad recibida; si algún día puedo algo en el mundo, no me he de olvidar de aquellos que en medio de mi desgracia me han tendido una mano amiga.

Don Cosme y ño Cipriano se levantaron como movidos por un resorte y cerraron el paso al sombrío payador.

—Yo no soy ya joven y la daga no está segura en mi mano, dijo don Cosme, poniéndole amistosamente la mano sobre el hombro, pero ni por todas las justicias de la tierra consiento en que usted se vaya de aquí, salvo que la cosa no le parezca bien. Si yo fuera lo que he sido, continuó, le pediría que se quedara para siempre, si así le convenía, y entre los dos haríamos frente a lo que usted pudiera venir. Pero asimismo, viejo y todo, por lo menos un golpecito de provecho había de poder tirar.

—Por mi parte, dijo a su vez ño Cipriano, ocultando el costurón de su ojo tuerto y empinándose el medio frasco, aunque viejo como el aparcero, todavía me siento capaz de hacer pata ancha adonde quiera, y disputarle mi cuero al diablo. Aunque en mi tiempo fuí de avería y bastante amargo, según dicen, me encuentro ahora medio debilitado para un compromiso y veo que de poco podría servir. Pero no le hace, por su causa me siento capaz de hacer milagros. De todos modos cuente con un amigo para lo que le guste mandar.

—Gracias, compañeros, contestó Santos Vega conmovido. Estoy muy agradecido a lo que me dicen y ofrecen, pero no puedo aceptar. Yo sé a lo que se expone el que me proteje, y no quiero acarrear sobre ustedes el peor de los males: estar mal con la justicia.

—Por lo menos, dijo don Cosme, quédese hasta mañana, y descanse el cuerpo, que estará medio molido. Mañana podrá marchar para donde más le convenga.

—¡Tiene razón, Cosme! soltó don Cipriano, arrojando al campo el cadáver del medio frasco. Quédese hasta mañana, que mientras más descansado esté podrá mejor atender sus fatigas. En cuanto el gasto que haya hecho y haga Santos Vega, agregó dirigiéndose a don Cosme, eso queda por mi cuenta.

—El gasto de Santos Vega lo pago yo, dijo Carmona de una manera imperiosa y levantándose pausadamente. El gasto de Santos Vega lo pago yo y no hay que decirme que no, porque no vuelvo a pisar su casa, don Cosme.

—Santos Vega no ha gastado nada, y yo nada cobro, dijo a su vez el viejo Cosme. A él se le ha brindado lo que había, pero no le he vendido nada. La plata pues está de más aquí.

—Santos Vega miraba enternecido a aquellos tres hombres que se disputaban el placer de pagar lo que él había consumido, y en su noble semblante se adivinaba el íntimo placer que aquella escena le hacía experimentar.

—El gasto de Santos Vega lo pago yo, volvió a decir Carmona cada vez con más imperio, porque yo soy su hermano, y la plata de mi tirador, es plata de su tirador. No hay que decirme que no, don Cosme, porque no cedo ni a garrotazos.

Y dirigiéndose en seguida a Santos Vega, que lo miraba con creciente asombro, le habló así:

—Yo también he venido al mundo huérfano, porque no conocí padre ni madre. No tengo recuerdo de otras caricias que las que debo al rebenque de lonja y al lazo de los capataces. Mi corazón libre de todo cariño, ha vivido siempre indiferente, sin odio, pero sin rencor para nadie. Ha habido días en mi vida en que hubiera dado cuanto poseo, por el cariño de una madre o el abrazo de un hermano. Entonces sentía latir mi corazón de otra manera, y comprendía que él estaba en el pecho para algo más de lo que a mí me servía, pero no podía atinar con este algo más. Siempre que he visto un hombre herido o desgraciado he sentido mucha lástima y me han dado como ganas de llorar. No hay sacrificio que no hubiera hecho por aliviar la ajena pena. Pero una vez lejos del objeto que me hacía experimentar aquella especie de pena, volvía mi corazón a caer en su indiferencia habitual y ya no pensaba más que en ellos. Así he vivido siempre entre los rebencazos del corral y las jaranas de la pulpería, hasta que fuí hombre y me libré de los primeros, llevando una vida más a mi voluntad. He estado oyendo su historia, porque me entretenía al principio; pero cuando usted ha empezado a contar sus penas me he sentido las manos mojadas por las lágrimas de mis ojos y mi corazón ahogado, como si una mano me lo estrujara hasta

reventarlo. Y a medida que usted contaba, sentía que mi corazón no estaba al cuete en el pecho, y que cada uno de sus latidos me hacía sentir cosas nuevas y hacía nacer un cariño que jamás tuve por nada en este mundo. Yo no sé lo que es cariño de hermano, porque nunca lo he tenido, ni tengo más idea de los diferentes cariños que los que usted ha pintado tan lindamente. Siento, después de haberlo oído, que yo lo quiero como hermano, como hijo y como todo. Hay una fuerza que me empuja hasta usted y me inspira estas palabras: "Santos Vega, yo quiero ser " su hermano y quiero partir mi vida con la suya, sus peligros y sus " desventuras. Desde hoy en adelante no nos separaremos ni una " pisada, ni dejaremos de querernos un solo minuto. Usted será " mi familia, mis amigos y mi compañero. Yo seré para usted " todo lo que ha perdido, aumentado con el corazón de Carmona, " que late por primera vez en la vida del cariño".

Y al concluir el joven paisano tendió sus brazos, y un sollozo íntimo y trémulo partió de su pecho varonil.

Mudo, extático y asombrado, con los ojos cargados de lágrimas y el labio trémulo por la emoción fortísima que sentía, Santos Vega contempló a Carmona, palideciendo por grados como si la sangre faltara a su circulación. Se conocía que aquel lenguaje sencillo y tocante había conmovido su espíritu hondamente. Miraba a Carmona sin poder pronunciar una palabra, ni hacer un ademán.

De pronto, como obedeciendo a un poder ajeno, abrió los brazos y recibió sobre su pecho de Hércules al joven paisano.

Después de estrecharlo con fuerza, lo apartó y se puso a contemplarlo detenidamente, como si al mirar cada una de sus interesantes facciones sintiera un nuevo placer.

En seguida echó atrás los negros rizos que cubrían su frente juvenil y espaciosa, y con un acento lleno de melancolía, dijo a Carmona:

—Seamos amigos, seamos hermanos, ya que así lo quiere; pero como cosa robada, sin que nadie lo sepa ni pueda colegir. Yo llevo una maldición conmigo, que alcanza a todo lo que toco, a todo el que me quiere. Le juro, amigo, que el cariño de hermano que usted me brinda es el cielo para mí, porque yo creía morir sin tener una mano amiga que me cerrara los ojos. Y por lo mismo que aprecio su cariño no lo quiero comprometer, exponiéndolo a los mil peligros que me rodean. Déjeme partir solo, amigo, y huya de mí como si tuviera lepra. Así si algún día llego a pasar por aquí, sé que tengo un amigo con el que puedo contar como conmigo mismo.

Y volvió a abrazar a Carmona sollozando como un niño.

—Si al partir su amistad no partiera también sus peligros, no valdría la pena que le hubiera brindado la mía, que poco vale,

replicó Carmona. Amigos hasta la muerte, y sin separarnos nunca, siguió diciendo. Seremos el mismo corazón, el mismo brazo y la misma daga.

—No puedo aceptar porque sería un mal hombre. Recuerde, amigo, a Serafín, cuya amistad por mí era menos que lo que usted me ofrece. La justicia no mira a quien persigue, Carmona, tratando de seguir un camino de sangre. En usted no verán más que un amigo, un aliado quizá del gaucho Santos Vega, y tratarán de quitarlo del camino.

—Es que andaremos juntos, eternamente juntos, insistió Carmona, y la partida entonces ofrecerá para ellos más peligros y menos probabilidades de salir airosos. ¡Amigos hasta muerte! concluyó acariciando a Vega, con la misma expresión que lo hubiera hecho un hermano cariñoso. Sin separarnos jamás, partiremos el peligro y la fatiga, el placer y los momentos felices. De todos modos la justicia me mirará como a un enemigo, pues que he alzado mis armas contra ella para ayudarlo a usted.

—Sea como usted lo quiera, repuso Santos Vega después de meditar un momento. Esta nueva amistad levanta mi corazón hasta Dios, que me da un hermano cuando menos lo esperaba.

Y aquellos dos hombres jóvenes y hermosos, varoniles y de espíritu noble, cayeron uno en brazos de otro, permaneciendo así un largo rato.

Ño Cipriano y don Cosme se pusieron también a lagrimear, pues aquella escena conmovedora les había llegado también al corazón.

Ño Cipriano, para quien todos eran pretextos de empinar el codo, destapó un nuevo frasco y se echó al buche un trago descomunal, y medio atorándose con un sollozo, se acercó a los amigos, y dijo:

—A la salud de los dos hermanos y a su memoria, para que en cualquier ocasión se acuerden que yo estoy en el mundo y que todavía sirvo para algo.

—Muchas gracias, ño Cipriano, replicó Carmona tomando el medio frasco de manos del viejo y echando a su vez un buen trago.

Para que todo sea completo, me voy a traer unas cuantas gruesas de cohetes, porque sino me parecería que algo faltaba.

Y sin esperar respuesta alguna, salió fuera, saltó sobre su caballo y se alejó a la carrera.

Santos Vega lo miró alejarse tristemente.

—Tengo como un remordimiento de aceptar esta amistad, dijo a los viejos paisanos. Yo haría mejor en irme, para que cuando él volviera no me encontrara más aquí.

—Es inútil, dijo entonces ño Cipriano; yo conozco bastante a Carmona, y sé que si no lo hallara aquí saldría a buscarlo, y no

pararía hasta no haberlo encontrado. Su ausencia sólo serviría para causarle un dolor.

—Esperemos entonces, concluyó Santos Vega, como resignándose a algo violento, y se dejó caer sobre un poyo.

LOS DOS AMIGOS Y EL DIABLO

Don Cosme hizo una fogata que parecía un San Juan, y en asador enorme, pinchó un cordero magnífico, mientras Vega armaba alegre charla con ño Cipriano.

Y como para éste todos eran pretextos de beber, con el de la nueva amistad de Carmona se echaba al gañote buenos tragos de ginebra.

No tardó mucho el buen viejo en agarrar un peludo "tamañaso", que le dió por contar a su compañero las aventuras de que había sido héroe en su mocedad, por supuesto, pasando por alto la del ojo, porque era cosa que lo mortificaba muchísimo.

Ya estaba el asado a punto y don Cosme empezaba a impacientarse con la tardanza de Carmona que lo iba a hacer pasar, cuando apareció éste con el caballo completamente en sudor.

—Válgame el diablo, dijo riendo alegremente. ¡Ya creía que no iba a encontrar cohetes en todo el pago! Estos pulperos del diablo no siendo bebida, cuesta un triunfo que tengan alguna otra cosa más. Y con curiosidad condenada por saber por qué andaba buscando cohetes, y qué empacarme yo en no querer decirles media palabra.

Y como mientras iba hablando había ido preparando los cohetes, encendió una gruesa que tuvo en la mano hasta que de ella cayó el último cohete.

—¡Vamos al asado! ¡vamos al asado!, interrumpió don Cosme, que mientras se come no hay tiempo de hablar.

Y todos, cuchillo en mano, rodearon el enorme asador.

—Pues lo que es a mi hermano, siguió diciendo Carmona después de haberse servido una pierna con su correspondiente vacío, todo el mundo lo conoce ya. Saben lo que ha pasado aquí con la justicia, y según he oído, todos los alcaldes del partido se están juntado para venir derechamente a tomarlo. Yo les he dicho que con Santos Vega es al ñudo, que no lo pueden tomar nunca, ni aunque esté durmiendo; pero se han encaprichado en que los alcaldes del Baradero son como gobierno y que han de hacer lo que más rabia les dé.

El interrumpio su tarea de pelar la pierna para quemar una segunda gruesa de cohetes.

—¡Será lo que Dios quiera!, contestó Santos Vega haciendo una mueca, y me parece que a Dios no se le antoja que yo caiga en manos de la justicia. Y digo que no se le antoja, porque si esto no fuera así, hace mucho tiempo que los milicianos habrían hecho caronas de mi cuero.

—Y dígame, amigo, añadió ¿cómo cuántos hombres podrá juntar la justicia de este pago? Como aquí nunca ha habido bandidos que perseguir y el paisanaje es tranquilo, la justicia no es tan numerosa que digamos.

—Se me hace que entre alcaldes y todo, y contando los que usted basureó aquí, podrán juntar una docena de hombres.

—Pues si se vienen todos, repuso Santos Vega, me les disparo, como siempre, y los peleo de a puchos, conforme me vayan alcanzando, porque pelearlos a todos sería para que tuvieran el gusto de lastimarme a las primeras de cambio.

—Mi hermano se olvida que ahora no está sólo, dijo Carmona algo resentido y tragando casi entero un pedazo de cordero que tenía en la boca. Mire que aunque a su lado no valgo un cobre, no por eso dejo de servir para algo. Dos no son lo mismo que uno, y si usted solo pelea contra tres y cuatro, juntos hemos de poder hacerlo contra cinco, sin que nos den mucho trabajo.

—A usted no lo cuento, hermano, respondió tristemente Santos Vega, porque no he aceptado su amistad para andarlo comprometiendo.

—Pues, hermano, repuso Carmona, tendrá que empezar por pelearme a mí sin que yo me defienda, porque donde yo lo vea apurado, acudo y cobro mi parte como un buen hermano. No hay pues, que andar embromando, ni tratándome como mujer, porque es ofenderme de vicio, y yo, hermano, no merezco que usted me ofenda.

Santos-Vega pareció resignarse a la imposición de aquella ayuda. Miró a Carmona lagrimeando, le tendió la mano y le dijo:

—Yo no he dicho nada por ofenderlo, hermano; quería economizar la vida del único ser que me quería en la tierra, y esto es todo. Ya he visto yo que usted es hombre de entrañas tan duras, que tal vez debo a usted la vida que tengo en este momento. Seremos amigos como usted dice, y no hay por qué disputar sobre esto. Entre nosotros no debe haber nunca una palabra que no sea un cariño; hermanos hasta la muerte, entonces, que yo rogaré a Dios no le alcance a usted la maldición que me acompaña como una sombra.

—Esto es hablar en criollo, replicó Carmona alegremente, encendiendo la tercera gruesa de cohetes. No lo digo por jactancia,

pero creo que no hay en la tierra justicia capaz de meternos el colmillo.

Cuando se concluyó el cordero, hacía ya un gran rato que ño Cipriano, como los gatos, se había tendido en la ceniza a dormir la cuarta tranca.

—Vamos nosotros a hacer lo mismo, que es preciso andar descansados, por lo que puede llover, dijo Carmona preparándose a encender su cuarta y última gruesa de cohetes. Para hacerlo conocer de la gente brava del pago, siguió diciendo, lo voy a llevar yo a la estancia de don Castex, que es donde se junta la flor de la paisanada. Así, los alcaldes, sabrán también dónde tienen que ir a buscarle y conocerán que usted no es hombre que les anda sacando el bulto. Digo, si esto le parece bien, que si no, no hay nada de lo dicho.

—¡Y cómo no me ha de parecer bien, canejo!, replicó Santos Vega, sintiendo que aquel programa disipaba la tristeza en que lo había abismado el recuerdo de sus desventuras. En el bullicio ahogo mis penas, porque olvido las llagas de mi corazón. Aturdiéndome no hago caso de la soledad en que vivo; hasta hay momentos en que me parece que todavía soy feliz. Si donde me lleva hay gente alegre, nos hemos de divertir de firme, siempre que la justicia no venga a turbarnos la fiesta.

Sin cuidarse de que podían ser sorprendidos durante el sueño, los dos amigos tendieron sus recados, acomodaron los caballos al alcance de la mano y se acostaron a dormir tranquilamente.

Apenas puso la cabeza sobre los bastos, Santos Vega se quedó profundamente dormido.

Cualquiera que lo hubiera visto dormir de aquella manera, no habría creído que aquel hombre estaba rodeado de mil peligros. Carmona, por su parte, no pudo pegar los ojos, entretenido su espíritu con el cariño de aquel hombre en quien se había hecho un hermano.

Ya se veía al lado de Santos Vega, peleando con numerosas partidas de plaza y saliendo victorioso, como se veía en los bailes rodeado del prestigio, que rodeaba a su hermano, ser el objeto de los halagos de los paisanos que disputarían el derecho de bailar con él. Y entretenido con esas ilusiones y pensamientos, Carmona tenía más deseos de verse rodeado de milicianos, peleando duro, que dormir un rato para descansar las fatigas del cuerpo. Carmona estaba ya comprometido como el mismo Santos Vega.

Para ayudar a un hombre declarado un bandido y perseguido como tal, había levantado su arma contra la justicia, dando muerte a hombre de ley. No se ocultaba el peligro que corría si tropezaba con algún alcalde, y lejos de sentir por esto la menor tristeza, se consideraba feliz y digno de su hermano.

Viendo que no podía conciliar el sueño, se levantó y arregló el apero de su caballo, como para ponerse en camino.

—¿Adónde diablo vas?, le preguntó don Cosme; mirá, muchacho, que la siesta está como fuego y que más cuenta te tiene dormir que andar vagando al botón.

—No puedo agarrar el sueño, don Cosme; en vano he cerrado los ojos, pero me he convencido que ellos quieren estar abiertos no más.

—¿Pero adónde demontres vas a ir con semejante siesta?, insistió don Cosme.

Mientras Santos duerme, repuso alegremente Carmona, me voy a ver qué se dice por ahí, porque siempre es bueno saber lo que se charla, para que no lo agarren a uno sin perros.

—¡Cuida que no te vayan a agarrar solo y te corten de tu amigo antes de hacer nada!

—No tenga cuidado, don Cosme, contestó montando a caballo. Yo sé que no soy Santos Vega, y de yapa ando muy bien montado. En cuanto les malicie la menor mala intención cierro las espuelas y me vengo aquí como una centella. Si se recuerda Santos antes que yo vuelva, dígale que me he ido a maliciarle el juego a la justicia y que no tardo en volver.

Y sin esperar respuesta cerró las espuelas al pingo y se alejó al gran galope.

—Este loco piensa que con la amistad de Santos Vega se ha hecho invencible, murmuró Cosme viéndolo alejarse; Dios quiera que no le vaya a suceder alguna desgracia.

Cuando Santos Vega despertó, a la caída de la tarde, aun no había vuelto Carmona.

—Es un loco, dijo así que supo a lo que había salido su amigo, y muy capaz de irla a comprar con ellos de puro lujo. Pero él es vivo, añadió, y si dice que les va a sacar el bulto, no hay por qué tener cuidado alguno. Ya lo veremos volver con alguna novedad.

Al caer de la noche y cuando empezaba a alarmarse por su tardanza, apareció Carmona riendo como si le hicieran cosquillas y quemando una gruesa de cohetes.

Carmona traía la fisonomía más juguetona de este mundo, como si anduviera haciendo preparativos para una fiesta.

—¿Qué lo trae tan alegre, hermano? preguntó Santos Vega saliendo a recibirlo. Parece que ha tenido algún buen tropezón por ahí, que me lo ha puesto de buen humor.

—Es que esta noche tenemos baile, contestó Carmona, y un baile como pocos.

—Estoy seguro que lo has armado por tu cuenta, dijo a su vez don Cosme, como si no tuvieras bastante con la tarja de ma-

las noches que llevas sobre el lomo del alma. ¿Y en dónde es el baile?

—¿En dónde ha de ser? Aquí, aquí donde está Santos Vega, puesto que el baile se da en su honor, y para que se luzca en su baile favorito.

—Esa es una iniquidad, Carmona, contestó disgustado don Cosme. La casa no está como para baile; no tengo surtido de bebidas, ni hemos hablado guitarreros.

—La bebida la traen los que dan el baile; por eso no se aflija, don Cosme. En cuanto a los guitarreros somos yo y Santos Vega, proponiéndonos hacerlo tan bien, que no admitimos otro a la par. Vamos a tocar solos desde el principio hasta el fin de la fiesta.

Y como Carmona no había desensillado, don Cosme le dijo que bajara el recado al caballo y entrara para que les contase cómo había armado la fiesta.

—No desensillo, dijo, y que ensille mi hermano también, porque vamos a tocar de a pie y de a caballo, para hacerles el gusto a todos los que vengan. Así es que puede ir ensillando porque los convidados han de venir de un momento a otro.

Santos Vega miró a Carmona alegremente y con marcada curiosidad. Tanto preparativo lo intrigaba sobremanera, y aunque no hacía la menor pregunta, se conocía que estaba con ganas de saber a dónde iba a parar su amigo.

Ensilló su alazán con su habitual esmero, y miró en seguida a Carmona, como preguntándole: ¿Y ahora, qué hacemos?

—Ahora, dijo Carmona como contestando a aquella pregunta, muda, ahora entremos, y les contaré cómo se armó la cosa.

Los tres entraron, y después de sentarse alrededor del fogón donde aun dormía ño Cipriano y donde don Cosme había puesto a calentar una gran pava de agua, empezó así su relación Carmona:

—Salí de aquí en derechura a la pulpería de don Mariano el gordo, que es donde suelen reunirse la gente de justicia, y donde había de tomar algunas noticias sobre lo que tratan de hacer. Me encontré con que don Mariano tenía una reunión de gente alegre, cuyo vocerío se sentía de media legua de distancia. Tan entretenidos estaban, que no me sintieron llegar, por lo que pude revisar tranquilamente el paisanaje, y convencerme de que entre ellos no había ni un pucho de alcalde. Y todos hablaban acaloradamente de Santos Vega, contando de diferentes maneras lo que había sucedido aquí con los milicianos, y lo que sucediera después, porque los alcaldes se preparaban a irlo a prender antes que huyera del pago.

—Y como Carmona se ha metido también a guapo ayudando

al forastero en la matanza, dijo uno de ellos, también le van a caer a Carmona, según me dijo el alcalde Palacios.

Aquí se armó otra discusión del diablo sobre si tenían razón en caerme a mí, y si en ello hacían mal o bien.

—Tengo entendido, dijo el mismo paisano, que andan averiguando dónde se hallan para pegarles golpe esta misma noche. Yo los estuve oyendo charlar hasta que se cansaron, porque me entretenía con los bolazos que iban diciendo; y como no hicieran más que repetir más o menos lo que habían dicho, me entré en derechura al mostrador y pedí a don Mariano dos gruesas de cohetes. ¡Viera hermano, el asombro de los paisanos cuando me vieron llegar! Al momento me rodearon aconsejándome que huyera, porque los alcaldes nos iban a hacer pedacitos.

—No nos han de hacer nada, les dije, ni aunque los alcaldes del Baradero fueran reforzados por todos los alcaldes del mundo. Santos Vega es un hombre como no hay dos: parece que Dios le hubiera echado al mundo para avergonzar a la justicia, y entonces conté un par de sus aventuras más famosas, que dejaron con la boca abierta a todo el paisanaje.

—Pues ahí andan los alcaldes afamados por saber donde encontrarlo, porque dicen que lo que es en el Baradero no se va a divertir ni un chiquito.

—Pues yo digo que Santos Vega se divertirá en cualquier parte y hará lo que se le dé la gana, porque sí. Y desde ya convido a todo el mundo, agregué, para la pulpería de don Cosme, donde está el hombre muy descansado esperando que lo vayan a buscar. Le aseguro al que vaya que se va a divertir para un mes largo de talle, con las cosas que le verá hacer al hombre.

—Pues compre sus cohetes, amigo, y vámonos yendo, me dijeron, que ya se nos hace agua la boca por ver esa maravilla. Pagué las dos gruesas que me había dado don Mariano y me preparaba a salir, cuando en esto vimos entrar al mismo alcalde Palacios, que venía sin duda a tomar una copita para criar coraje. Con el alcalde Palacios somos amigos, porque un día le caí en gracia y siempre me ha tratado bien. Así es que me acerqué a él, le hablé como siempre, sin el menor recelo. Palacios iba solo, además, y poco y nada podía hacerme.

—¡Vos aquí!, gritó asombrado en cuanto me divisó. Montá a caballo y mandate mudar ahora mismo, porque te andan buscando para pegarte una vuelta, como así mismo a ese cantor por cifra a quien has cometido la locura de ayudar contra la justicia.

—Yo me voy, le dije, porque cuando usted entró yo ya salía y porque nada tengo que hacer aquí, pero antes de irme voy a darle un consejo. No se meta entre los que van a prender a Santos Vega, porque esa fiesta le va a costar cara a los que en ella tomen parte; se lo digo porque lo estimo.

—No seas tan loco, Carmona, me contestó, ¿qué va a poder ese pobre diablo contra todos nosotros? En donde lo encontremos le vamos a dar en el coco y mandarlo a la ciudad para que pague las hechas y por hacer.

Yo le solté a Palacios una carcajada en las narices, que medio lo hice calentar.

—Parece que has hecho alianza con el otro, me dijo; no seas tonto y apartate de él, porque si los agarran juntos, de nada te van a valer mis empeños.

—Ni falta que me hacen, repliqué, y para que no pierdan tiempo en buscar a quien no se esconde y para que no puedan decir que no lo hallan en ninguna parte, yo les voy a decir adonde van a encontrar a Santos Vega.

—Es un servicio que harás a la justicia que tal vez te haga perdonar la mala jugada.

—Bueno, dije, para que no haya alegaciones después, le aviso delante de todos esto samigos, que Santos Vega está en la pulpería de don Cosme, donde voy ahora mismo a decirle que los espere, que le van a hacer una visita. Allí también convide en su nombre a todos los que quieran divertirse viendo cómo disparan los alcaldes del Baradero.

Y salí puerta afuera montando sobre mi pingo, al que por pura compadrada, dí un par de riendas que a mí mismo me encantaron.

—Siga mi consejo, que es hijo de una buena intención, dije al alcalde Palacios, deje ir a los otros y no se asome usted por allá. Va a hacerse golpear al botón, porque no va a sacar ningún provecho. Caballeros, concluí dirigiéndome a los demás, el que quiera divertirse sabe dónde acudir. El baile empezará a la hora que vayan los señores alcaldes. Y picando espuelas a mi flete, me alejé dejándolos con un palmo de narices, y con la boca más abierta que un horno. ¿Qué le parece, hermano?

—Bien no más, contestó Santos Vega, salvo un favor que le voy a pedir.

—Puede estar pidiendo hasta el día del juicio, hermano, que para complacerlo estoy yo.

—Pues la cosa es que usted no se meta en el baile y que me deje solo ajustarle las cuentas a los alcaldes del Baradero.

—¡Pues sería gracioso, que yo hubiera armado la fiesta, para quedarme de mirón! No diga esas cosas, hermano, porque parece que no me aprecia. Además si yo me llamara a silencio, después de haber charlado tanto, la gente creería lo que no hay necesidad que nadie crea. Déjeme no más hacer, hermano, y que no digan que he hablado al botón.

—Sea como usted quiera, amigo. Sólo ruego a Dios que no

vaya a sucederle una desgracia, porque entonces no sé lo que me pasaría.

Don Cosme condenó severamente el proceder de Carmona, diciéndole que era un aturdido.

—¿Para qué comprometer a un hombre en cosas que él no busca? dijo; si tenías ganas de pelear, podías haberlo hecho por tu cuenta hasta el día del juicio, pero no venir a armarle a éste más compromisos de los que ya tiene.

—¡Caramba!, dijo Carmona cambiando instantáneamente la expresión de su fisonomía y arrepentido ya de lo que había hecho. No me diga más, don Cosme, porque me haré matar el primero, para olvidarme de la barbaridad que he hecho.

—No se aflija, hermano, interrumpió Santos Vega, que usted no ha hecho más que apresurar la cosa. Esto había de suceder horas más o menos, porque es natural que la justicia busque desquite de la mala jugada que le hicimos. Lo que sí debemos hacer es mandarnos mudar de aquí, porque no hay necesidad de comprometer al amigo, que demasiado bueno ha sido conmigo.

—No, señor, y no señor, dijo don Cosme. De todos modos ya saben que usted está aquí, y aquí lo han de venir a buscar.

En esto despertó ño Cipriano de su tercera tranca, y lo primero que hizo fué preguntar dónde había ginebra, porque tenía mucha sed.

Una gran carcajada fué la respuesta que obtuvo aquel insigne borrachón.

—No hay ginebra, dijo don Cosme; ni le permito que beba un trago para que vea lo que aquí va a pasar.

Y pusieron a ño Cipriano en autos de lo que se trataba.

Maldita sea la justicia de paz y quien la engendró, dijo descolgando el pucho siestador de atrás de la oreja y prendiéndolo en un tizón. Aquí vamos a tener esta noche desgracias hasta para poner en escabeche. En fin, terminó, mientras no suceda nada a algunos de estos, nos podremos dar por bien servidos.

—Tratándose de pelear con la justicia, tengo yo una fe ciega, interrumpió Santos. Parece que Dios me tuviera de la mano, cosa que no sucede cuando se trata de desgracias de otro género.

Entonces parece que Dios me abandonara a mi propio destino para que pague lo malo que habré hecho en mi vida.

Carmona había quedado pensativo y triste.

Parecía pesaroso de lo que había hecho, temiendo que aquella noche fuera fatal para Santos Vega.

—Alégrese, hermano, le dijo éste, y guarde la tristeza para cuando tenga novia, porque ahora no viene a pelo. Yo le juro que nos vamos a lucir, y que mientras mayor sea el número de los que vengan, más fiero será el escarmiento. Esto se lo juro a a fe de Santos Vega.

En esto empezaron a cimarronear y a salir de cuando en cuando Carmona y Santos Vega, a divisar el campo, por si se presentaba el enemigo común. Hacía un momento que quedaban en silencio caundo se sintió un tropel de caballos, que indicaba la presencia de varios jinetes.

Como un relámpago Santos Vega soltó el mate y saltó afuera yendo a sujetar al lado de su alazán.

Por más ligero que anduvo Carmona, cuando fué a desatar su pingo, ya Santos Vega estaba con la rienda en la mano, el pie en el estribo y divisando para ver qué clase de jinetes eran los que llegaban. Admirados se quedaron don Cosme y ño Cipriano al ver la celeridad pasmosa con que había salido el payador.

—Ahora me explico, dijo el segundo, cómo este hombre puede hacer los hechos que cuenta. Ni un rejucilo, ni un rayo habría andado más ligero que él.

—Me parece, contestó don Cosme, que esta noche va a haber aquí la fin del mundo. El alcalde Palacios no es manso y los otros corren parejos: no me parece que la llevan robada.

—Pero estos dos, contestó ño Cipriano, son una yunta de condenados capaces de dar trabajo al mismo diablo. No se van a divertir los alcaldes, según colijo. Santos Vega va a querer sentar en regla su fama por estos pagos, y Carmona no ha de querer quedarse atrás de su amigo. Van a dar mucho que hacer y por último han de salir con la suya.

Los dos viejos salieron en seguida para no perder ni un compás de lo que ellos llamaban el baile. En este mismo momento los que llegaron sujetaron sus pingos y echaron pie a tierra contodo reposo. Santos Vega y Carmona, como soldados que obedecen a la voz del oficial, montaron y se pusieron a las par alejándose un poco de los recién llegados.

Estos, que sin duda conocieron la maniobra de los paisanos, empezaron a manear y atar los caballos, mientras uno de ellos dijo:

—No somos justicias, amigos, aunque ésta no ha de tardar mucho en venir. Somos unos mirones no más, que venimos a ver cómo se hamacan los alcaldes.

Carmona, que conoció la voz del que hablaba, se acercó diciendo:

—Me alegro de verlo por aquí, ño Pancho, ¿cómo dice que le va?

Santos Vega siguió el movimiento de Carmona y vino a desmontar a su lado. Los paisanos clavaron en él los ojos ávidos de conocerlo. Y como el payador era fuertemente simpático, quedaron prendados de él al momento.

—Como el amigo Carmona aseguró que aquí habían de encontrar al forastero que buscan, los alcaldes se han venido con algunos milicos, y vienen a dar, según dicen, un golpe grande. Y

como nosotros no queremos ser menos, nos hemos venido adelate para ver la jarana desde el principio. Es bueno que estén prevenidos porque ellos son bastantitos y es preciso madrugarlos.

—Bien pueden ser tantos como las estrellas del cielo, dijo Carmona con un arranque de botaratería entusiasta: para todos ha de haber.

Santos Vega no dijo una palabra; enrolló su maneador al cuello del alazán y se paró a su lado. Los paisanos volvieron a mirarlo como quien dice:

—¡Por Dios! ¡me gusta el hombre!

—Como nosotros no somos justicias, siguió diciendo el paisano a quien Carmona llamó ño Pancho y que parecía hacer cabeza, haremos gasto. ¿Quién es el dueño de la casa?

—Para servirlo, contestó don Cosme con el ceño algo fruncido porque no le agradaba mucho aquella concurrencia belica.

Cada cual pidió su medio azumbre, sin más ni más se armó una reunión de los más alegre y animada.

Don Cosme se partía en cuatro para atender tanto pedido, y tuvo que solicitar por último la ayuda de su aparcero ño Ciprianc, que al olor del coperío se había estremecido como al contacto de una pila.

Y todos ellos, incluso Carmona y Santos Vega, entraron a hacerse despachar al mostrador y contemplar más a su sabor la catadura del forastero héroe de aquel alboroto.

Entre copa y copa, Carmona lo presentó a la reunión como un payador famoso y hombre de hechos como ninguno. Aunque ninguno de los concurrentes quiso payar con él, la mayor parte de ellos pidieron que echara una relación o cantara algún estilo.

—No nos van a dar tiempo, replicó el payador, pero para que no crean que me hago rogar, les haré el gusto.

Y templando a la ligera su instrumento, se puso a echar una relación de cómo había llegado a aquel pago y la hospitalidad de hermano que le había dispensado aquel pulpero sin conocerlo siquiera.

Los paisanos estaban encantados con aquella voz magnífica cuyo timbre melódico era para el oído una verdadera caricia. Miraban asombrados la guitarra que gemía entre los dedos de Santos como si creyesen que tenía brujería, y volvían a clavar los ojos en aquel semblante noble y varonil.

Como si hubiesen estado esperando el último verso, apenas murió el último acorde, entre los dedos artísticos, se sintió un nuevo tropel de caballos que marchaban al galope.

—Esta vez es la justicia, gritó Carmona lanzándose afuera alegremente.

Pero por más vivo que anduviera, cuando llegó a su flete, halló que ya su hermano estaba sobre el alazán, enrollando la manta al brazo izquierdo, como para no tener que perder tiempo.

La noche era clara y magnífica, destacándose los jinetes como a la luz del día. Carmona saltó sobre su pingo, y como la vez primera, fué a ponerse al lado de su amigo. Los que llegaban disminuyeron la marcha de los caballos, como recelosos de aquellos dos jinetes que estaban en observación.

Los paisanos que habían llegado primero se apiñaban a la puerta de la pulpería, todavía impresionados con el canto de Santos Vega.

Era tal la impresión recibida que aunque éste hubiera sido un bandido realmente, habrían estado de su parte. Es además la justicia tan antipática al paisano, por sus atropellos e iniquidades, que por regla general éste estará siempre en contra de aquélla.

Los recién venidos se acercaron al palenque, sin perder de vista a los dos silenciosos jinetes, medio ataron sus caballos y dos de ellos entraron en la pulpería.

Eran siete hombres armados a sable algunos y los demás con dagas tan grandes como un sable. Los otros cinco se quedaron guardando la puerta.

—Déjeme hacer, hermano, dijo Santos Vega a Carmona, y usted no se meta en la danza hasta que no vea armada la fiesta.

Siendo la primer maniobra del payador dejar a pie la justicia, para tener más ventaja ,se preparó a llevar a cabo la travesura, según él la llamaba.

El alcalde Palacios, que era uno de los que habían entrado, miró por todos los rincones y preguntó:

—¿Cuál de ustedes es el que se llama el payador Santos Vega?

Sin duda Palacios y sus compañeros sabían que Vega y Carmona estaban fuera, porque la noche era muy clara y debían haberlos conocido al llegar. Pero querían hacer aquel aparato para dar tiempo a los perseguidos que huyeran y decir después que no les habían podido dar caza.

En aquel momento Santos Vega salió hacia donde estaban los caballos de los *justicias,* y a rebencazos y pedradas les hizo cortar los maniadores y tomar cada uno por su lado.

Carmona, que comprendió al vuelo la maniobra de su amigo, la completó arriando los caballos con una maestría que acusaba su larga práctica en esta clase de operaciones.

Los alcaldes venían a quedar a pie de esta manera. Los cinco que custodiaban los caballos se hicieron atrás sacando sus armas, en momentos que el alcalde Palacios volvía a preguntar:

—¿Cuál de ustedes es Santos Vega?

La confusión fué grande en el primer momento. Mientras Pa-

lacios y su acompañante, con quien sin duda estaba entendido, creían que el bochinche sería motivado por la fuga de Carmona y Santos Vega, los de afuera, a pie, trataban de buscar un refugio contra el casco de los caballos que se les venían encima.

—¡Aquí está Santos Vega! gritó éste acercándose a la puerta de la pulpería. ¡No hay que buscar mucho a quien no se esconde!

Y volcó el caballo del lado de Carmona, pensando que tal vez su hermano necesitara su protección.

Pero como los cinco de afuera, lejos de atacar, tenían más deseos de ponerse en fuga, Carmona se había parado a mirar qué hacía Vega, para secundarlo como la vez primera.

Santos Vega se había transformado por completo. Estaba alegre y bullicioso como si se tratara de una fiesta en la que ni siquiera tuviera el peligro de perder unos pesos. Gobernaba el caballo con una maestría y elegancia que arrebataban; acudía a todas partes como si su caballo obedeciera sólo a la presión de algún resorte.

Al sentir la voz de Santos Vega, el alcalde Palacios y su acompañante se lanzaron fuera con el arma en la mano y sorprendidos al ver perdida su primera esperanza. Contaban con que Carmona y Santos Vega huirían ante el número, y se encontraban provocados por el valiente y altanero gaucho.

Todos salieron con ellos, ávidos de apreciar hasta el menor detalle del combate.

—¡Con el arriador, Carmona, con el arriador!, gritaba Santos Vega, ¡para que no digan que los aventajamos!

Y atropellaba donde más numeroso era el número de enemigos, recogiendo las riendas del alazán cuando había hecho retroceder al grupo.

Se puede decir que al pricipio aquella no fué un combate, sino una chacota. Y los curiosos que lo comprendieron así, reían de una manera desaforada al ver retroceder los justicias ante el arriador de los paisanos.

Santos Vega estaba imponente en medio de su jovialidad. Había echado a la nuca su sombrero, sostenido en la punta de la nariz por las borlas del barbijo, y cada vez que apartaba los negros rizos que oscurecían su frente, sus ojos brillaban como relámpagos.

Carmona reía por su lado, acusando una serenidad a toda prueba, y ofreciendo quemar una gruesa de cohetes por el alma de cada uno que entregara el rosquete.

Entonces las armas de fuego eran muy raras en la campaña y completamente desconocidas por la gente de justicia. Se peleaba a arma blanca, a cuchillo generalmente, y la victoria no era del que mejor armado estaba, sino del que más corazón tenía.

Así se vé que un gaucho de corazón tenía a raya a toda la justicia de un partido de campaña y aun en tiempo del remingtón, se ha visto ir una partida de la capital, con esta arma, no a rendirlo, porque hubiera sido imposible, pero sí a matar a Juan Moreira, que no era más que un Santos Vega, menos artista y sin la aureola del poeta, que rodeó a aquel gaucho extraordinario.

Santos Vega fué el primer paisano que en nuestra campaña se atreviera a combatir con una partida, y de ahí viene el terror que éstas le tenían.

Hoy cualquier paisano bravo hace lo mismo, aunque lo hace contra partidas mejor organizadas y que llevan armas de precisión; y de ahí viene que nos hayamos familiarizado con hechos que despertarían el mayor asombro si tuvieran por teatro una capital europea.

Pero no salgamos de nuestra fiel relación, que ha despertado las iras antropófagas del letricida García Merou, revolucionario del parnaso federal, y sigamos la descripción del combate extraño del jovial Carmona.

Los alcaldes y justicias comprendieron que no tenían más remedio que jugar la partida de la manera desventajosa en que se hallaban colocados.

Palacios, que parecía el más bravo de ellos, los animó, cargando, siempre al lado de su compañero, adonde estaba Carmona, con quien se les hacía más fácil la partida.

No pudieron llegar, porque el primero que se movió cayó envuelto en el largo arriador de que se había armado Vega. El combate empezó recién de una manera desesperada por parte de los alcaldes, que se decidieron a terminarlo de una vez. Los paisanos que habían ido a curiosear, armaban un alboroto de todos los diablos, tomando decididamente la parte de los dos amigos y demostrando sus simpatías con las más hirientes pullas y las más saladas ocurrencias.

Como los alcaldes y acompañantes habían tenido que andar saltando de un lado a otro para librarse de los tremendos golpes de "arriador", se encontraban postrados casi por la fatiga cuando afuera sus enemigos estaban más enteros.

—Vamos a voltear dos, hermano, gritó Santos Vega, y en seguida echamos pie a tierra para concluir con el resto.

Y volcando el caballo a la derecha, y tomando el arriador para servirse del cabo como una masa, partió de un golpe la cabeza al que más cerca tenía. Dió vuelta la cabeza cuidando de ponerse fuera de tiro, y miró lo que hacía Carmona.

En aquel mismo momento éste secundaba el golpe de Vega con tan buena suerte, que otro de los justicias rodó por el suelo a un golpe de talero, y fué a caer entre las patas del caballo, que lo pisó horriblemente.

Se disponía a echar pie a tierra, cuchillo en mano, cuando un acontecimiento imprevisto vino a hacer una variante, cambiando casi la faz del combate.

El alcalde Palacios, que había quedado un poco a retaguardia, hizo un tiro de bolas tan feliz, que ató a Carmona los brazos con el pecho, haciéndolo vacilar sobre el recado. De esta manera lograba inutilizar un enemigo.

—¡A ultimarlo! ¡A ultimarlo! gritó Palacios entusiasmado.

Y en vez de quedarse algunos entreteniendo a Santos Vega, todos los cinco se lanzaron sobre Carmona, que hacía esfuerzos sobrehumanos por librarse de aquellas ligaduras, que lo ponían sin defensa a merced del enemigo.

Y aquella ligadura habría sido fatal a Carmona, sin la rápida ayuda de Santos Vega, que como un padre no lo perdía de vista un solo momento.

Rápido y magnífico cerró las espuelas al alazán, y antes que ninguno de ellos hubiera llegado al paisano, de un solo golpe de facón cortó las cuerdas de aquellas fatales boleadoras que embarazaban la acción de sus brazos.

Carmona miró a Santos Vega agradeciéndole su socorro en aquella mirada, y saltó al suelo amenazador y borrando de sus facciones la expresión juguetona que había conservado hasta entonces.

Santos Vega estuvo a su lado al momento, y ambos cargaron sobre los cinco justicias, que habían creído venir a carneada segura.

Una gritería universal se levantó entre los paisanos testigos de aquella verdadera batalla, sobresaliendo la voz de ño Cipriano, que alentaba el esfuerzo de los dos amigos.

El choque fué tremendo y sangriento. Se sintió la voz con que los combatientes ayudaban la acción del brazo, el choque de las armas y algunas palabras amenazadoras e injuriosas. Pero aquello no fué más que un relámpago. El choque era tan terrible, que unos u otros tenían que retroceder.

Y cuando se combate de aquella manera encarnizada, el que primero retrocede lo hace para no avanzar más. La suerte fué fatal a la gente de justicia, que retrocedió rápidamente, dejando en el terreno que abandonaba el cuerpo inerte de un compañero.

—¡Ahora a no dar alce! gritó Santos Vega cargando con el cuchillo bajo y protegiendo el pecho con la manta, pero de una manera tan decidida, que llevó el espanto entre los justicias, que empezaron a retroceder a saltos ya, y mirando al lado donde habían de echar a correr. Carmona por su lado cargaba también de una manera irresistible.

Si los alcaldes no hubieran estado tan asustados, tal vez hubieran podido disputar ventajosamente la victoria: pero en su

afán de buscar un momento oportuno para la fuga, descuidaron la defensa, y esta fué su muerte.

Carmona y Vega cargaron entonces con más bríos que nunca, y otros de los justicias rodó con el vientre abierto de una puñalada terrible.

Otros dos no esperaron una tercera acometida y echaron a huir atropellando cuanto encontraban al paso. Sólo quedó allí el alcalde Palacios, haciendo de tripas corazón y sin atreverse a seguir a los que huían.

Vega se detuvo y lo miró con una especie de conmiseración mal contenida.

—Dos para uno no puede ser por nuestra parte, dijo Santos Vega, y dirigiéndose a Carmona, como si le brindara la vida de aquel justicia, concluyó: si usted gusta, hermano, puede servirse, puesto que fué él quien lo bolió y lo puso a punto de morir.

Carmona no respondió una palabra, pero avanzó decidido a ultimar a Palacios.

Al ver éste que sólo tenía que vérselas con uno y que éste uno no era Santos Vega, sonrió de placer y se preparó para la lucha.

El pobre no contaba con que aún matando a Carmona todavía tendría que vérselas con el temido Santos Vega. Los paisanos hicieron entonces un gran círculo alrededor de los combatientes, mientras Santos Vega se cruzaba de brazos, como dispuesto a ser también un simple espectador.

El alcalde Palacios y Carmona, se miraron sonriendo un momento, como personas que se conocen y no se tienen miedo.

—Siento mucho, dijo el primero, que la suerte venga a ponerlo delante de mí con las armas en la mano, pero es usted quien así lo ha querido, y no yo, que le aconsejé se retirara de estas aventuras.

—Pues yo, replicó Carmona, si antes lo hubiera sentido, ahora no lo siento nada, porque es usted quien empezó por hacerme un tiro de bolas, que si no es por mi hermano, me cuesta caro.

—Porque usted nos acometía y no nos daba alce con el arriador. Yo no he hecho más que defenderme como he podido, y nada tiene que reprocharme.

—Cuando se sacan las armas, las palabras están de más, replicó Carmona. Vamos, pues, al avío que se está haciendo tarde y la gente puede cansarse de esperar.

—Cuando usted guste, concluyó Palacios poniéndose *en facha* con toda soberbia.

Los dos enemigos volvieron a mirarse un momento como esperando el ajeno ataque. Parecía que desconfiara de sus fuerzas, o que de parte del que fuese a atacar estuviera la derrota.

Carmona, que como más joven debía tener la sangre más ar-

diente, levantó el brazo donde tenía arrollado el poncho y embistió con ánimo sereno y sin la menor muestra de ira.

Palacios, a la defensiva siempre, recibió el ataque, volviéndose todo ojos y mostrando no sólo que no era chambón, sino que poseía una habilidad de primer orden.

Santos Vega hizo un gesto de disgusto como si hubiera temido que el resultado de la lucha fuera fatal a Carmona. Este, por su parte, unido a la agilidad natural de su edad, mostraba estar dotado de un valor a toda prueba y de un fuerza hercúlea, segun se podía apreciar en sus paradas, que volcaban siempre el cuchillo de Palacios, y en los hachazos que alquel tenía que parar evitando el cuerpo, por no tener en el brazo fuerzas suficientes para detenerlo en su rápido descenso.

El resultado empezaba a ser en extremo dudoso. Llevaban más de cinco minutos de combate, y ninguno de ellos había logrado hacer el menor rasguño. Unos cuantos tajos en los ponchos era toda la avería causada.

Los paisanos, como sucede siempre en esta clese de aventuras, habían concluído por entusiasmarse, demostrando por medio de paradas más o menos valiosas, sus simpatías pos éste o aquél combatiente.

—¡Voy la ginebra, para todos los presentes, a manos de Carmona! grito ño Cipriano acomodando el mechón de cabellos que ocultaban el costurón de su ojo.

Ninguno tomó aquella parada, lo que según todos la suerte iba a ser fatal para Palacios. Pero aquello no podía durar así mucho tiempo. Uno u otro tenía que lucirse y decidir la lucha de una u otra manera.

Palacios aprovechó un traspié de Carmona, y se le fué al humo con un hachazo tremendo, que felizmente logró amortiguar metiéndole el brazo. Por leve que fuera la herida, y aunque sólo logró romper el cuero cabelludo, la sangre empezó a salir en abundancia, bañándole toda la frente.

Aquella primera ventaja animó a Palacios, que se fué sobre Carmona arreciando los golpes lo más que pudo.

—Ahora, sí, tomo la parada, dijo a ño Cipriano uno de los espectadores.

—No es gracia ahora, porque ha habido golpe. Sin embargo, mantengo y doblo la parada, prosiguió; cuando se juega a manos como las de Carmona, no se roba la plata.

Santos Vega, que había palidecido intensamente al ver herido a su hermano, fué tranquilizándose poco a poco así que vió que le herida no era de consecuencia. Y al sentir que alguien jugaba a manos de Palacios, dió vuelta y gritó:

—¡Toda la plata del mundo a manos de Carmona! juego a ellas hasta mi propio pescuezo, si hay alguien que le ponga un papel de a cinco.

Aquellas palabras debieron entonar a Carmona y hacerlo reponer del golpe sufrido, pues inmediatamente se vió que dejaba de retroceder, para avanzar de una manera decidida.

Ninguno contestó a las palabras de Vega, que siguió atentamente las peripecias de aquel reñido combate.

Tocó a Palacios su turno de retroceder, y retroceder bastante apurado.

Carmona se le venía al humo con empuje irresistible. Tan fuerte fué el ataque y tan precipitada la retirada de Palacios, que sin quererlo fué a dar de espaldas contra el alazán de Vega, que había quedado inmóvil donde lo dejó su dueño.

Tocó aquí a Carmona el turno de aprovecharse, y lo hizo tan bien, que antes que pudieran notarlo los demás, Palacios soltó el cuchillo y se llevó las dos manos al pecho, cayendo sobre una rodilla.

Había recibido dos puñaladas tremendas, por las que arrojaba gran cantidad de sangre.

Carmona se detuvo: enjugó con el poncho el sudor que mezclado en sangre caía por su frente, y se recostó en el alazán para reposar un momento.

Se comprendía que si el combate hubiera durado un par de minutos más, Carmona habría sucumbido a la fatiga. Cuando vió que caía Palacios, el semblante de Santos Vega se disipó instantáneamente.

Por sus labios vagó una sonrisa de complacencia, y exclamó:

—Antes que jugar contra un hombre, es preciso saber lo que vale. Carmona es un valiente que ha peleado como nadie.

Y se acercó a su amigo, a quien estrechó entre sus brazos como podía haberlo hecho un padre cariñoso con su hijo predilecto.

—¿Cómo va lo de la cabeza? preguntó.

—No ha sido nada, contestó Carmona sonriendo con fatiga. Vamos a ver a ese, que creo que muere, porque le he pegado firme.

—Aunque las justicias no son hombres sino perros, contestó Santos Vega, hasta de los perros puede uno condolerse.

Y se acercaron a donde estaba Palacios.

Este no tenía siquiera fuerzas para quejarse. Había doblado la otra pierna, y para no caer del todo, había apoyado en el suelo su mano derecha.

—Hacen bien en despenarme, dijo así que vió se le acercaban los dos paisanos. De todos modos me han asesinado, así es que puñaladas más o menos, siempre viene a ser lo mismo.

—Esa es la canción de siempre, exclamó Santos Vega, de-

jando brillar en sus ojos un relámpago de ira. Uno hace milagros para poder pegarles una puñalada, después de haber recibido un hachazo y viene a resultar que los han asesinado. Ustedes están malditos, continuó, y no merecen que se les tenga compasión.

Palacios no contestó; la pérdida de sangre lo había debilitado en extremo, y las heridas recibidas eran de una gravedad mortal.

Carmona había pegado tan seriamente, que en la primer herida había entrado el cuchillo hasta el mango.

Los paisanos rodearon el grupo, mientras Santos Vega se agachaba a reconocer las heridas, a simple dedo, como se hace en la campaña hoy mismo.

—Yo no soy curandero, dijo, pero soy muy baqueano en esto de heridas. Me parece que todo remedio es aquí inútil; este bicho se muere y bien merecido lo tiene.

Carmona había quedado triste y pensativo.

No estaba habituado a matar, y la muerte de un hombre hecha por su mano, no dejaba de hacerle algún escozor.

—No se aflija, hermano, le dijo Santos Vega, que usted ha matado para no morir. Si Palacios lo hubiera madrugado a usted, todavía estaría ponderando el hecho.

—Me dá lástima, replicó éste, porque era un hombre a quien algunas finezas debía; pero de todos modos, él hizo todo lo posible por matarme a mí, y si no lo ha conseguido, no ha sido por falta de ganas.

—Cuando yo digo una cosa, al pepe es que me retruquen soltó ño Cipriano, dirigiéndose a Carmona. Has peleado hasta dar mil gustos, muchacho. ¡Cuidado que para matarte era preciso valer mucho!

Uno de los paisanos, que había tomado la parada a ño Cipriano, que sin duda era amigo de Palacios, se acercó a Santos Vega con ademán comedido, diciéndole:

—Si usted no se ofende, amigo, y perdone la palabra, yo llevaré a este hombre hasta su casa, porque soy amigo de la familia.

—Nada tengo que ver con esto ni qué dispensarle, paisano, contestó Vega sonriendo; el cuerpo de los justicias, aun vivos, jieden a muerto. Creo, casi, que si usted se lleva a éste, hará un servicio al dueño de casa.

El paisano entonces, ayudado de otros más, cargó con el moribundo Palacios, y lo acomodó sobre la cruz de su caballo, montando en seguida y poniéndose en camino lentamente.

Los otros cadáveres, sin saber quién los había llevado, desaparecieron del campo como por encanto; los paisanos empezaron a entrar en la pulpería a tomar la correspondiente copa y comentar de paso lo sucedido.

Todos estaban asombrados de las agallas del forastero y de la serenidad con que se había conducido durante el combate.

Carmona no había sacado la peor parte en la admiración de los paisanos.

Todos lo conocían como un mozo gaucho y alegre, pero ninguno sospechaba en él la bravura que había demostrado. Don Cosme echó una vuelta general, que ofreció a la concurrencia para beber a la salud de los amigos.

En seguida cada uno por separado empezó a hacer su convidada, de donde resultó que una media docena de ellos tomaron un peludo de mi flor. Empezaba a amanecer cuando los paisanos estaban en lo mejor de la chacota.

No había más enmonados porque la pulpería estaba muy desprovista, que sino hubiera habido tranca para una semana.

Los cumplimientos a Santos Vega salían de punto, pero como éste pasaba los suyos a Carmona, resultó que el verdadero héroe fué Carmona, a quien le salía la satisfacción y alegría por todos los poros.

Hubo guitarra, como era natural, y cuando los paisanos oyeron al payador, la simpatía rayó en delirio y admiración. No tenían idea de una vena poética tan famosa, ni habían oído jamás una voz tan melodiosa y de tan dulce timbre.

Por más alegre que fuese el estilo que Santos Vega tocara, había una cadencia tan melancólica en su pulsación magnífica y un acento tan sentido y tierno en las frases de su canto, que el corazón de los paisanos se conmovía, siguiendo las ondulaciones purísimas de aquella voz majestuosa.

Después de una *firmeza* en que cada nota era un gemido, vino un *triste arribeño* lleno de pasión y de religiosa tristeza.

Era un corazón que se rompía, exhalando sus quejidos por medio de melodías arrobadoras, que hacían vibrar las cuerdas de la guitarra con una expresión sobrehumana.

Es que Santos Vega era un artista de corazón en cuyo espíritu había una chispa divina que hace de ciertos hombres seres que no están al nivel de los demás.

Todos los gauchos tocan la guitarra y cantan con una incalculable fuerza de pasión, porque su alma oprimida está habituada a "retratar lo que siente"; pero los Santos Vega no son comunes, porque era un alma esencialmente artística, y su espíritu iluminado por el resplandor divino.

Salvini y Valero se llaman dos artistas; Esmeralda Cervantes y el pequeño Dengrement son dos artistas también.

Pero en este último, como en el primero, existe la chispa divina del arte, que los otros tratarán de suplir con el estudio, estudio que sólo podía llegar a hacer una parodia más o menos

pasable, pero que jamás podría llegar al corazón que escucha, porque para conmover es preciso sentir, y no se conmueve con estudios y con imitaciones.

Una lágrima para tocar el espíritu del que la ve correr, es preciso que parta del corazón de quien la derrama; si no tendríamos que convenir en esta monstruosidad:

Que las lágrimas que hace brotar la cebolla, son iguales a las que hace brotar el sentimiento más íntimo y delicado. Por esta razón, Santos Vega, cantando con el corazón y con el alma, había sido una revelación para los inocentes paisanos que lo escuchaban.

El les tocaba las fibras más delicadas, hablándoles el lenguaje de la suprema desventura, y ellos extasiados lo escuchaban con el corazón estremecido y los ojos preñados de lágrimas.

Porque Vega, además de ser un poeta y un artista, era un hombre en quien el dolor había hecho presa y una víctima de las injusticias humanas.

Y como su inspiración era inagotable, cantó toda la mañana y toda la tarde, sin que los paisanos se apercibieran que no habían almorzado ni comido.

—Si alguna vez en la vida me cree útil para algo, ocúpeme como ocuparía a un hermano.

Estas fueron las palabras con que se despidieron de Santos Vega los paisanos que habían venido a conocerlo, creyendo que los relatos de Carmona eran una exageración que ni siquiera se aproximaría a la verdad.

Cuando los paisanos se retiraron, ya bastante entrada la noche, don Cosme se fué a recoger dejando a ño Cipriano dormir su centésima mona; Santos Vega se acercó a Carmona y encerrándolo en un arco de hierro fomado por sus brazos de Hércules, le habló así:

—Ahora, hermano, hasta la muerte. No sé qué fuerza íntima y de desconocido cariño me inclina hasta usted, en quien ayer no más veía un indiferente a quien seducía un prestigio de mi vida aventurera. En dos veces que nos hemos encontrado rodeados por la muerte, he visto en usted un hombre de corazón y de prendas. Su exterior juguetón y quemador de cohetes, responde a un carácter firme y un corazón lleno de prendas. Si usted tuviera familia, hermano, si detrás de usted quedara alguien para llorar, yo lo apartaría de mi camino como huyendo de usted. Pero siendo un ser solo en el mundo, que ha probado los sinsabores de la vida, yo acepto su amistad, porque a mi lado vivirá a mi sombra, que aunque envenenado como todo lo que toco, lo ha de acompañar hasta el viaje postrero.

Carmona miró a Santos Vega y no encontrando más palabras

con que expresar lo que sentía, lo oprimió contra su pecho, y le dijo:

—¡Hasta la muerte! Todo será común entre nosotros. Yo nada tengo ni nada valgo, pero si con mi vida se puede comprar un pucho de alegría con que ahogar alguna pena de su corazón, tómela, que yo seré feliz porque le habrá servido de algo.

Aquellos dos hombres acababan de sellar así con aquellas palabras, uno de esos pactos que no terminan sino con la existencia.

Sin decirse una palabra más, con las facciones alteradas por la más íntima ternura, cada uno tendió su recado al lado del otro y se acostó a dormir.

Al día siguiente, con la primera luz del alba, Carmona estaba de pie y despertaba a Santos Vega, para lo que apenas necesitó tocar a una de sus caronas.

—Se trata de marchar, dijo Santos; ya nos estamos haciendo pesados aquí, y no es bueno tampoco acostumbrarse a la vida haragana, en nuestra vida no hay reposo, hermano; se descansa como el ladrón que gasta lo que ha robado, sin que nadie lo vea. Tal vez algún día se canse la suerte de perseguirnos y nos deje cumplir tranquilos este miserable pucho de vida que vamos arrastrando.

—Con lo que aquí ha pasado, contestó Carmona, se habrá alborotado el avispero de la justicia, y no nos van a dejar reposar ni a sol ni a sombra. Por lo pronto, hermano, yo lo convido para que vamos a la estancia de los Castex. Aquella es gente fina y de razón, que miran a los hombres por el corazón que tienen y no por la fama que les dan. En aquella estancia bendecida nunca falta trabajo, y hemos de encontrar que changar, de una manera o de otra, para que no se diga que andamos viviendo de balde.

—Mande la parada, que yo lo sigo hasta el fin del mundo, replicó Santos Vega; donde haya un potro que domar o una tropilla que entablar, no me ocuparán al ñudo; pero ¡quién sabe si querrán proteger a un hombre perseguido por la justicia!

—Cuando yo lo llevo, es porque vamos bien, concluyó Carmona; una desgracia no mancha a un hombre y el que llegue a aquella estancia, no siendo un ladrón, ha de encontrar siempre amparo.

La estacia de los Castex, a cargo del suegro de Juan Cruz Varela hoy, según creemos, era entonces el más rico y el más suntuoso establecimiento de campo de la campaña norte.

La peonada que allí se encontraba era numerosísima, y como pagaban bien y trataban mejor, era un orgullo para los paisanos trabajar en aquella estancia hermosa.

En los inmensos galpones o cocina de peones, se reunían éstos noche a noche, en número suficiente para armar una jarana de las buenas.

Domadores, ovejeros, medianeros y habilitados, todos se juntaban a la noche alrededor del fogón, y tomando el infaltable mate o comiendo un churrasco, se contaban mil fábulas de lo más fantástico, y tocaban la guitarra hasta acalambrarse los dedos.

Carmona, que conocía a fondo aquella gente, convidaba a Santos Vega seguro de que serían bien recibidos por peones y patrones, una vez que conocieran al hombre que les llevaba.

Cuando se levantó don Cosme, los dos amigos fueron a verlo y le anunciaron su inmediata partida.

—Jamás antes de almorzar, dijo el buen viejo, y se fué a carnear un capón que ensartó sobre tablas en el enorme asador.

Ño Cipriano despertó de su tranca, no sin algún trabajo, y vino a tomar parte en aquel almuerzo de despedida. Los ofreciemientos anduvieron por alto, y el capón desapareció entre aquellos cuatro estómagos formidables.

Los dos amigos, después de agradecerlo debidamente, se levantaron y ensillaron, preparándose para la marcha.

—Supongo, dijo entonces don Cosme, que no será esta la última vez que nos veamos. En la buena como en la mala, esta puerta está abierta para los amigos, sin mirar si andan delgados o con el tirador preñado de plata.

—Nunca olvidaré, amigo, respondió Santos Vega, la hospitalidad que usted me ha dado, y que quiera Dios no le cueste caro. Yo no me he de ir del Baradero sin hacerle una visita. Mi corazón no es ingrato, y puede que algún día me ayude la suerte y tenga con que corresponderle.

—Lo que es por mi parte, dijo Carmona, ya sabe don Cosme como soy yo; la plata que yo gano tiene ciñuelo en las pulperías, y habiendo aquí cohetes no la he de gastar en otra parte.

—¿Y yo, seré palenque de mula para que no me hagan caso?, interrumpió ño Cipriano, viendo que los amigos se encaminaban hacia los caballos. ¿Seré palenque de mula para que se manden mudar sin siquiera darme un rebencazo?

—No nos íbamos todavía, contestó jovialmente Santos Vega. Ya vé que todavía no he recogido mi guitarra, y yo no me pongo en camino sin esa prenda querida.

Efectivamente, concluyeron de arreglar los caballos, hizo Vega un par de caricias al Mataco y volvieron a la pulpería donde recogió su guitarra, echándosela a la espalda con respetuoso cariño.

—Tomarán el del estribo, les dijo ño Cipriano, presentándoles un medio frasco que acababa de destapar.

Los amigos echaron un trago moderado, se despidieron por última vez de los dos viejos, y tomaron a caballo con esa desenvoltura peculiar del paisano domador.

Cuando se pusieron en marcha, don Cosme les hizo una señal de adiós, con la mano, enjugó una lágrima que humedecía sus párpados, mientras ño Cipriano echaba atrás la cabeza y acomodaba en sus labios el medio frasco.

Aquél debió ser un beso formidable, porque cuando bajó la limeta, se vió que la había consumido hasta la mitad de la marca. Dos besos más como aquel y ño Cipriano completaba el novenario de aquellos días, pues según aseguraba él mismo, era por novenarios que agarraba las trancas.

Los dos amigos siguieron su marcha al tranquito. La siesta se presentaba formidable y no había por qué fatigar los caballos.

Hicieron una parada a la sombra de unos árboles, donde echaron una siesta, y con la fresca de la tarde se pusieron entonces al galope, pues la estancia de Castex quedaba todavía un poco distante.

Recién caía la noche cuando llegaron a la tranquera, donde los recibió una jauria de perros que al conocer la voz de Carmona cambiaron sus ladridos amenazadores con sendas y apresuradas meneadas de cola.

—Voy a pedir permiso, dijo Carmona desmontando, y en seguida lo vengo a buscar. Los dos perros son mansos, hermano, y ya han conocido que somos gente amiga.

Santos Vega desmontó también, y cruzando perezosamente los brazos sobre el recado, se quedó esperando la vuelta de Carmona, que algo tardó en llegar, de donde dedujo el payador que los galpones estaban algo retirados de la tranquera. Desde allí se sentía el confuso rumor de las guitarras y el vocerío que acusaba una reunión bastante numerosa.

—Es sábado a la noche, pensó el payador, recostándose sobre los brazos, y no extraño que habiendo aquí tanto peón, como dice Carmona, hayan armado jarana.

Y las carcajadas llegaban a su oído como un eco de ajena alegría. Por fin apareció Carmona diciéndole alegremente:

—Hemos caído como llovidos del cielo y a un tiempo que parecemos invitados. En el galpón principal hay una reunión que da envidia. Ha llegado a la estancia el negro Diablo, y con este motivo se ha armado una macuca. El negro tiene la palabra, y cuando él la toma es peor que garrapata.

—¿Y quién es el negro Diablo? preguntó Vega, que no tenía el espíritu muy predispuesto a la alegría.

—El negro es un payador que le dicen el Diablo, porque hasta ahora no ha habido quién le gane, y creen que tenga parte con los malos. Cuando agarra la guitarra y le blanquean en la troya sus dientes de mazamorra, es capaz de estar payando un día entero. Sin embargo, no es por lavarle a usted la cara,

hermano, porque no hay a qué; pero si usted no estuviera en el mundo, yo también creo que el negro sería diablo imaginable. He pedido permiso al capataz para hacer entrar un amigo, porque el patrón sabe Dios dónde anda, y como a usted nadie lo conoce, podrá escucharlo sin compromiso de payar con él si no tiene ganas, que si las tiene, podrá darle cuatro riendas de patente.

—Siento mucho que estén de jarana, porque mi espíritu está triste, replicó Santos; pero, ya que ha pedido permiso, entraremos, aunque más no sea que por dar de comer al pobre alazán.

Ambos tomaron los fletes por el maneador y franquearon la tranquera. Carmona, baqueano de la casa, enderezó a un sitio donde pudieron desensillar y atar cómodamente los caballos.

En seguida se dirigieron al galpón, donde sonaba una salamanca; el estruendo de la algazara con que festejaban las coplas que echaba el negro Diablo, según había dicho Carmona.

Como muchos de los presentes conocían ya al pelo lo sucedido en la pulpería de don Cosme, maliciaron que aquel amigo que traía Carmona no podía ser otro que el payador forastero; malicia que se cambió en plena seguridad, cuando lo vieron aparecer con su semblante bondadoso y jovial, y la guitarra terciada a media espalda.

Fué imposible mantener la incógnita, y no hubo más remedio que destaparse. Los paisanos hicieron mil agasajos al recién llegado, agradeciendo a Carmona que se hubiera acordado de llevarles una visita tan superior.

Cada cual trató de brindarle el vaso o la limeta, y Santos Vega tuvo que beber, porque otra cosa hubiera sido hacer una mala figura.

La alegría, pues, redobló con la aparición del payador.

UN DIABLO MONTADO EN PELOS

El galpón en que acababan de entrar Santos Vega y Carmona, presentaba un golpe de vista magnífico y pintoresco.

Unos treinta o cuarenta paisanos, pertenecientes la mayor parte a la estancia, estaban sentados, ya en los bancos más gauchitos, ya sobre las cabezas de vaca. En medio del galpón, había una gran cantidad de brasas de fuego, donde se cebaba el cimarrón por docenas.

Y en un desorden original, el suelo estaba cubierto de medios frascos, ya llenos, ya vacíos.

Cerca del fogón, y haciendo la figura más espectable, pues todos lo llenaban de consideraciones, había un negro atlético, sentado en un poyo y con una guitarra descomunal.

Este era el negro Diablo, de quien ya Carmona había hecho el retrato.

Era éste un negro de musculatura atlética, de aquellos ejemplares que se han perdido ya entre nosotros, quedando sólo como una curiosa muestra, el hermoso negro García, que nuestros lectores habrán visto cruzar más de una vez por nuestras calles, con un chiripá de seda punzó y su enorme e inseparable garrote de tala. Picado de viruelas, con un aro de oro en la oreja derecha, sus gruesos labios y una enorme cicatriz que le cruzaba la frente, el negro Diablo era un personaje imponente y ridículo al mismo tiempo. Era imposible mirarlo sin recelo y sin una tentación de risa.

A manera de regatón, más bien que de sombrero, el negro Diablo tenía puesto en la cabeza una especie de gorro inglés, cuyas largas cintas le caían a la espalda como una doble cola. Aquel regatón completaba la estampa de sátiro que ofrecía al primer golpe de vista.

Sin duda aquel día habían hablado algo del payador, ponderándolo delante del negro, pues al saber quién era el recién llegado, lo miró fijamente, blanqueando los ojos como si fueran dos claras de huevo duro.

Santos Vega se hizo el desentendido, y ocupó el asiento que le brindaban, como si ni siquiera de mentas conociese al moreno.

—Siga, pues, compañero, dijo al negro uno de los que componían la reunión, que nos hemos quedado con el bocado a medio cortar.

El negro blanqueó de nuevo los ojos, volvió a mirar a Santos Vega, y sonriendo por entre la mazamorra de sus dientes, soltó un preludio como un chicotazo, y siguió cantando una milonga. El canto, el acompañamiento y la guitarra misma, tenían algo de la expresión de sátira grabada en la cara del negro.

Todo en él era ridículo, pero de una ridiculez que nos permitiremos tratar de infernal.

Y con esa finura y disimulo del gaucho que suelta una pulla como si a nadie se dirigiera, empezó a Chocar a Santos Vega. Carmona frunció el ceño, los paisanos, que comprendieron de lo que se trataba, "pararon la oreja"; pero Santos Vega permaneció impasible, haciéndose el desentendido.

Como era natural, las pullas comenzaron a subir de punto, y ya los paisanos tenían que dar vuelta la cara para disimular la risa, pues los versos del negro Diablo eran como cosquillas.

Santos Vega seguía impasible, como si fuera sordo o no entendiera de lo que se trataba.

El negro Diablo, en un par de milongas, dirigiéndose a Vega, aseguró que la gente se andaba volviendo puras mentas, y cuando se trataba de hacerse ver, parecía que los perros le habían comido la lengua.

Carmona miró asombrado a su hermano, extrañado que todavía no hubiese dado el vuelto. Pero aquella mirada pasó aparentemente desapercibida para Santos como las coplas del negro Diablo, que parecía estar decidido a provocarlo de todos modos.

El negro Diablo tenía fama de hombre invencible para el canto; así es que, con el silencio del payador, los paisanos creyeron que éste se consideraba vencido.

El negro siguió cantando y guiñando el ojo, como seguro de aquel fácil triunfo, y Santos Vega haciéndose el distraído.

Por fin, como sintiendo su paciencia agotada, se descolgó la guitarra de la espalda, la puso al unísono con la del moreno y empezó a acompañarlo. Carmona sonrió entonces, como quien dice: "Ahora verán los pies al gato"; y los paisanos pusieron toda su atención en Vega.

Este acompañó durante diez minutos el canto del negro, dejando pasar por alto las alusiones, que eran ya más picantes que un ají cumbarí.

Y cuando creyó que era tiempo de salirle a la parada, soltó su voz magnífica con una cuarteta tan popular ya, que no hay milonga donde no se cante, y que, si mal no recordamos, es así:

— Caigan rayos y centellas,
tras de truenos rejucilos,
que si por mí es la garuga,
ya podía haber llovido.

Tan soberbio fué el efecto de aquella cuarteta y tan espléndida la voz con que fué cantada, que el negro Diablo medio se turbó; pero reponiéndose instantáneamente, le contestó con firmeza:

— No es garuga ni aguacero,
que es tormenta y ventarrón,
yo lo he de echar por delante
poniéndole hasta fiador.

Vega se sonrió maliciosamente, y retrucó sobre el pucho:

— Con su tormenta y su viento
atropélleme no más,
que yo doy la delantera
pero castigo de atrás.

— Le prevengo como amigo,
que se aprete el chiripá,
porque soy pesau de mano
que es una barbaridad.

La milonga empezaba, pues, en un tono nada pacífico. Los payadores iban a tener que agotar su imaginación, pues tenían su fama y su amor propio seriamente comprometidos.

La descripción de esta escena la tenemos de boca de un viejo paisano, vecino del señor Castex, que fué testigo de ella. Por eso es que la podemos narrar con todos sus detalles, transcribiendo esos pocos versos que conserva el paisano en su prodigiosa memoria.

El negro Diablo contestaba siempre a Vega, tratando de herirlo lo más que podía, para hacerle perder los estribos y ver si así le ganaba. Como inteligente y baqueano, había tomado el pulso a su antagonista, y había comprendido que no se lo iba a llevar por delante a dos tirones.

Vega, por su parte, contestaba con cautela y con extraño reposo. No hería al negro Diablo en su amor propio; pero se esmeraba en retrucarle las cuartetas con suma picardía, para quemarle la sangre suavemente y hacerlo servir de risa de los demás.

Aquella milonga parecía interminable.

Habían cantado ya más de tres horas, y en ninguno de ellos se veía el menor signo de fatiga. Por el contrario, a medida que más cantaban, sus fisonomías se animaban cada vez más, y sus versos eran siempre llenos de novedad y de travesura.

Era aquella una payada como nunca se había presenciado y cuyo fin no se podía sospechar.

Los paisanos estaban en el frenesí del entusiasmo, no atreviéndose a pronunciar la menor palabra por temor de interrumpirlos. Carmona trajo un medio frasco de ginebra y se sentó al lado de su amigo. Así, de cuando en cuando, y mientras tocaba cantar al negro Diablo, lo acercaba a los labios de su amigo, que le daba un sonoro beso.

Igual cosa hizo uno de los amigos del negro Diablo, que era un bebedor fabuloso. Tan famoso fué el primer envite que hizo al medio frasco, que éste se perdió hasta la mitad en su gruesa boca, provocando la más franca carcajada de los paisanos.

Entonados por la ginebra, empezaron a cantar con más brío que nunca. Empezaba a amanecer y estaban recién en lo mejor del canto. Ninguno había descansado un solo minuto, ni siquiera para acomodarse el sombrero.

—Parece que con la milonga, dijo Santos Vega, siempre en

verso, se puede cansar la reunión; si quiere que payemos para variar, estoy a su disposición.

—Yo canto por donde me piden, contestó el negro Diablo, mientras Santos daba un beso a la limeta que le alcanzaba Carmona. Lo mismo tiene para mí la milonga que cualquier otro canto.

Acto continuo cambió el movimiento de las guitarras, siendo a Vega quien tocó romper el fuego. El canto tenía una nueva faz, más interesante, si es posible, siendo la payada una serie de preguntas y respuestas, que no terminan sino cuando uno de los dos queda sin saber qué contestar.

Los payadores tienen cuidado de que las preguntas sean bien complicadas y raras, para que las respuestas sean más difíciles y el adversario se encuentre apurado.

Para payar es preciso tener, a más de vena poética, mucho ingenio; y es más que gaucho el paisano que puede resistir tres o cuatro horas sin darse por vencido o prorrumpir en cada desatino como un rancho.

Santos Vega empezaba a encontrar mucha más resistencia de la que se había sospechado, y su amor propio empezaba a picarse cada vez más. Por entre las picaduras de viruelas que cubrían la frente del negro, brotaban sendas gotas de sudor, que corriendo por el lomo o flancos de la nariz, oscilaban un momento en la punta e iban a caer sobre las cuerdas de la guitarra.

Varias veces los paisanos se habían permitido soltar sendos gritos y palmoteos, ya en festejo de alguna pregunta de Vega, ya aclamando la famosa respuesta con que le retrucara el negro Diablo.

Y vino la siesta de ese día y los payadores estaban firmes en la brecha, sin haber sacado ninguno de ellos la menor ventaja. Los ojos del negro brillaban de cuando en cuando en la noche de su piel, como dos relámpagos.

Miraba a su adversario y tenía la nobleza de festejar con una sonrisa de su ancha boca o un movimiento de cabeza, los versos que más llamaban su atención.

Santos Vega, doblado perezosamente sobre su guitarra y mirando con ternura a Carmona, parecía tan entretenido como cualquiera de los testigos de aquella gran payada.

Era muy difícil abrir opinión sobre cuál de los dos sería el vencedor, pues tan entero y risueño estaba el uno como el otro. Los que componían la reunión, que no tenían el menor motivo para perder el apetito, empezaron ya pasada la siesta, a preparar enormes asados.

Cuando éstos estuvieron listos, invitaron a los payadores, pero ambos se negaron a comer hasta no concluir la lucha.

En vano fué toda insistencia: no hubo consideración que les hiciera soltar la guitarra.

Carmona se resolvió a hacer con su hermano lo que había hecho para hacerle tomar la ginebra y unos cuantos mates. Se puso a cortar bocaditos de asado, que se los ponía en la boca cuando al negro Diablo le tocaba cantar. No faltó quien con éste hiciera lo mismo, de manera que pudieran seguir con toda comodidad sin que nada les faltara.

A eso de la oración, la payada estaba en su mayor apogeo.

El negro Diablo mantenía su reputación en toda regla, y se veía que tenía esperanzas de salir victorioso. Hacía ya veinticuatro horas que aquellos dos hombres payaban: era verdaderamente admirable.

Como la payada de Santos Vega y el negro Diablo ha pasado a ser una tradición incuestionable, la narramos tal cual fué, sin temor que se nos trate de exagerados.

El capataz fué en busca de los señores Castex para que vinieran a escuchar a aquellos dos *tigres*; y con la presencia de los patrones, la payada se convirtió en una verdadera fiesta, porque al verlos llegar los payadores se esmeraron más y pusieron todo su afán en lucirse.

Se trajeron al galpón dos frasqueras de ginebra cuya vista hizo relampaguear los ojos del negro Diablo. Como el negro Diablo era del pago, y asiduo concurrente a la estancia, los paisanos tenían en él entera fe, y deseaban de corazón que saliera victorioso.

—Y a la larga, dijo el capataz, si el negro no se mama, va a dar al forastero una revolcada que no va a haber más que pedir.

—Pues que no le den más bebida, dijo Castex, que como no puede interrumpirse para ir a buscarla, no podrá emborracharse.

El paisano que le acercaba la limeta, se retiró por orden del patrón, y desde ese momento el negro no pudo tomar ni un solo trago. En vano se deshacía a señas, y llamaba la atención de sus amigos golpeando el suelo con las espuelas: no había quien le diera oídos.

Y era tal su desesperación, que Castex tuvo que decirle que no se afligiera, que a su tiempo él le haría dar un par de tragos. El negro sonrió y siguió payando.

Amanecía el día lunes, y ninguno de ellos había aflojado. Lo más que se habían permitido, era descansar las manos por turnos, puesto que acompañaban a dos guitarras y no por esto se interrumpía el canto. De otro modo no hubieran podido seguir, porque las manos se les habrían acalambrado cincuenta veces.

Estaban payando desde el sábado al obscurecerse y todavía ninguno de ellos se mostraba fatigado. El verso de Santos era más picaresco y correcto, lo que no sucedía con el negro Diablo,

que con frecuencia soltaba uno que otro manco o cojo como nuestro crítico federal García Merou.

Al amanecer del lunes, el negro Diablo empezó a dar muestras de algún desaliento y a turbarse algo para concluir los versos. Notó esto Santos Vega y empezó a apretar la mano como si recién empezara, causando la admiración de todos.

La derrota empezaba a pronunciarse del lado del negro Diablo, que comprendiéndolo así, comenzó a dar muestras de la mayor desesperación, pidiendo que le dieran un trago de ginebra. Y tal fué el que se tomó, que entreabrió la troya para mitigar el ardor.

El semblante de Carmona se despejó por completo, mostrando en sus ojos la más infantil alegría. Era indudable ya que Santos Vega saldría vencedor.

El negro Diablo siguió mascando los versos y haciéndolos cada vez más defectuosos, hasta que comprendió que ya no podía más. Había agotado y exprimido todo su ingenio.

Cuando se consideró incapaz de producir la más incompleta cuarteta, levantó la guitarra con su brazo de Hércules y la estrelló contra el suelo haciéndola mil pedazos.

—Me ha vencido, dijo. ¡El Diablo me ha abandonado por proteger al amigo!

—¡Cuando yo les dije que en el mundo no había más que un Santos Vega!, saltó Carmona, para competir con éste, es preciso traer versada de tiro, y así mismo habrá mucho que ver.

Al negro Diablo no le había quedado más que ser grosero. Había perdido en tres noches su fama de cantor, capital conquistado en veinte años de pulpería y de payador, acontecimiento que bastaba para doblar el espíritu del gaucho mejor templado.

Santos Vega, después de su triunfo, se quedó tan fresco y sereno como cuando estuvo escuchando las primeras impertinencias del negro. Recorrió el diapasón de la guitarra en un bordoneo maestro, y como de yapa, y para hacer alarde de que no estaba cansado, soltó unas cuatro décimas que eran una crítica clásica de lo que sucedió al negro por meterse a provocar a quien nada le decía.

El negro Diablo, mordiéndose los labios de pura rabia, agarró la primera limeta que encontró a mano y se la empinó con ansiedad.

Pero la limeta no contenía ni una sola gota de bebida, lo que concluyó de irritarlo. Levantó el frasco en el aire y mirando a Santos Vega, lo estrelló contra los pedazos de la guitarra, como quien dice: "Ya que con él no puedo partirle el alma, me contentaré con hacerlo pedazos".

Santos Vega lo miró siempre sonriente, y siguió preludiando la guitarra. Aquella tranquilidad irritaba al negro más que si el payador hubiera prorrumpido en todo género de injurias. La actitud moderada asumida por Santos Vega después de su triunfo, concluyó de captarle la general simpatía.

El mismo Castex, que escuchándolo había pasado dos malas noches, se acercó al paisano haciéndole mil ofrecimientos:

—Puede usted parar aquí, paisano, todo lo que quiera, que trabajo, si usted lo busca, no ha de faltarle.

Vega se levantó y agradeció, siempre en décimas, el favor que se le hacía, asegurando que siempre estaría a él reconocido.

En seguida se informó por Carmona del payador y se alejó después de haberle reiterado sus ofrecimientos. Los ojos del negro Diablo refucilaban de ira al ver las distinciones de que era objeto su rival vencedor.

Derrotado en aquella payada, se consideraba perdido y lo que es peor, degradado, pues ya no lo mirarían como el primer cantor del pago, ni lo agasajarían con el empeño de antes.

Todo su prestigio y valor pasaba a Santos Vega; que acababa de vencerlo después de payar tres días, y que, como por lujo y de yapa, se le acomodaba todavía a una docena de décimas inspiradas.

—Es justo que ahora querran de comer, dijo el capataz apareciendo con un matambre ensartado en el asador, porque supongo que de canto sólo no ha de alimentarse un cristiano.

—De mil amores, contestó Vega saliendo al encuentro del capataz, porque si he de decirle la verdad, tengo más hambre que un mancarrón al que en tres días no se le ha sacado el freno.

—Yo agradezco la fineza, contestó el negro Diablo de mal talante, pues no tengo ganas de comer.

—No se irrite por tan poco, siguió diciendo el capataz, el que a uno le ganen a payar no es un insulto ni deshonra. Acomódesele no más al matambre, que otra vez ganará usted y quedarán a mano.

Santos Vega había cortado una lonja de matambre, que se puso a comer con verdadera voracidad. Se puede decir que hacía dos días que estaba a mate y ginebra.

El negro Diablo se sentó junto a otros paisanos y se puso a tomar ginebra sin dejar de mirar a Santos Vega de una manera sombría. Parecía que tuviese el deseo de coserlo a puñaladas. El payador siguió comiendo tranquilamente sin dejar de contestar a mil preguntas que le dirigían los que lo rodeaban.

Había caído en gracia entre aquella gente, que poco antes hubiera deseado verlo vencido por el negro Diaglo, y era objeto de todo género de agasajos y ofrecimientos.

El negro Diablo no pudo mirar impasible la consideración de que era objeto Vega, y trató entonces de buscarle cámorra. Si su fama de cantor había sido envidiable, no era menor la que lo rodeaba como cuchillero.

Y es que una cosa trae consigo la otra, pues de las coplas picantes se pasa insensiblemente al cambio de palabras agrias y a las cuestiones, que se resuelven siempre por medio del cuchillo.

El negro Diablo era, pues, "de hechos", y mozo que para el facón, muy rara vez había hallado quién lo acompañara. Los paisanos, temerosos de que fuera a armarse una camorra, que creían fatal para el payador, trataron de apacigur al negro Diablo, pero esto fué para peor.

El negro comprendió que le tenían miedo, y creyó que el cuchillo podría darle el desquite que no le daría jamás la guitarra.

—¡Si lo agarra el negro Diablo, decía el capataz a uno de sus amigos, no le va a dejar con ganas de cantar en su vida; y a la verdad que sería una gran lástima!

—No crea, amigo, contestó Carmona, que por casualidad había escuchado lo que decía; Santos Vega es para el cuchillo lo mismo que para la guitarra. Tiene más entraña que un toro, y ni en veinte años logra el negro Diablo meterle una puñalada. Que no se meta con él, porque no va a salir en su plata.

—De todos modos, es una lástima, añadió el capataz; porque el negro Diablo es verdaderamente el Diablo para el cuchillo.

—Es que Santos Vega es como diez diablos, contestó Carmona con soberbia, y la prueba de ello es lo que ha hecho con los alcaldes de Baradero, después de haberse limpiado las manos con los justicias.

—¿Sabe, amigo, que tiene hambre? dijo en ese momento el negro Diablo dirigiéndose a Santos Vega. Parece que está comiendo con la intención de llevar a los tientos de las muelas comida como para un mes.

—Comiendo gasto mis muelas, replicó alegremente el paisano, y mato mi propia hambre. Como a nadie ofendo con esto, nadie se tiene que dar por resentido.

—Es que da fiebre verlo comer con tanta angurria, insistió el negro Diablo; ¡parece que nunca hubiera comido!

Santos Vega soltó una carcajada, como si le hubieran hecho cosquillas, y cortando una nueva tajada de matambre, repuso:

—Si la carne es de usted, avise para pagársela, y si no, deje que me haga provecho, que harto lo necesito.

Aquella flema, en vez de apaciguar al negro, lo irritó más tolavía.

—No se crea que todas son payadas, repuso, ni que conmigo se va a armar haciéndose el gracioso. No aguanto pullas de nadie y mucho menos de quien no conozco.

—Será, amigo, como usted dice, contestó Santos, dando por terminada la cuestión.

No sólamente el negro, sino muchos de los paisanos, creyeron que Vega tenía miedo y trataba de evitar toda cuestión. Así es que, envalentonado con esta creencia, cargó la mano diciendo:

—No está de más tener miedo, porque el miedo es prudente. Lo que hay es que, cuando uno tiene miedo, no debe soltar la lengua, para no verse después en compromisos de los que no han de saber cómo salir.

—Yo no tengo miedo a nadie sino a Dios, amigo don Diablo o don Infierno, contestó Santos Vega con igual tranquilidad y sin dejar por esto de comer asado. Sólo a Dios temo, y eso es porque soy buen cristiano: así es que lo que usted dice, no pasa de un bolazo mal tirado.

—Pues entonces menos palabras y vamos a ver si tiene el corazón tan bien templado como la guitarra y la voz, contestó el negro Diablo, sacando a relucir la daga y preparándose para el combate.

Aunque una pelea entre aquellos dos hombres era cosa que a todos seducía, tanto el capataz como los peones se interpusieron, tratando de demostrar al negro que no había ningún motivo para pelear.

Pero el negro no entendía razones y sólo quería andar a puñaladas.

—Déjenle el paso libre, que le voy a hablar dos palabras, dijo Santos Vega, poniéndose de pie. Si después de oirme persiste en pelear, que sea lo que Dios quiera.

Los paisanos se hicieron a un lado, y Santos Vega, avanzando sobre el negro Diablo, le habló así con voz conmovida:

—Amigo, desde que acabamos de cantar, he notado que usted me provocaba; pero no le he hecho caso; primero, porque yo no peleo en casa ajena, y segundo, porque he jurado no sacar mis armas sino entre gente de justicia. De otro modo, no crea que hubiera tolerado que me rompiera la guitarra y la limeta, como quien dice en las narices. Sin embargo, mi juramento no llega hasta dejarme hacer banco por el primer hombre que se le antoje tener ganas de pelear. Yo creo que en nada lo he ofendido, y si lo ofendí, ha sido sin querer, y le pido perdón: más no puedo hacer. Mi puñal no sale de la cintura sino para pe-

lear con la justicia o para defender mi vida. Ni usted es justicia, ni quiero creer que tiene intención de matarme. Deje, pues, las cosas donde están, y no turbemos la paz de esta gente tranquila, con una pelea sin motivo.

—Tiene razón, dijeron todos; tiene razón, y el negro Diablo no debe buscar más cuestión después de lo que ha dicho Santos Vega.

Pero el negro Diablo estaba con toda la negrada en la cabeza y no había razón capaz de convencerlo.

—Cante, que tiene miedo, dijo, y dejémonos de pretextos y juramentos al ñudo.

—Yo no tengo miedo sino a Dios, replicó Santos Vega, pero no habrá un hombre capaz de hacerme pelear cuando yo no quiero. Todo lo que me diga es al cohete, amigo, conque puede hablar hasta mañana, en la seguridad de que no le voy a hacer caso.

Y se sentó de nuevo a comer un matambre.

—Pues ha de pelear, gritó el negro trémulo de coraje, o de confesar que tiene miedo.

Y llegando hasta donde estaba Santos, le arrebató el asador y con "matambre y todo", lo hizo rodar al medio del galpón.

Santos Vega palideció como un cadáver, pero mirando al negro y al asador, se quedó sin decir palabra. Movió la cabeza simplemente como quien se conforma a los sucesos, y tomó un vaso de vino que le había servido el capataz cuando le acercó el asado.

El negro Diablo no lo dejó llevar a la boca, haciéndolo rodar de un revés. Y en seguida se puso en actitud de recibir el ataque que indudablemente debía seguir a aquella injuria.

Santos Vega se puso lívido y permaneció más de medio minuto en la actitud que lo sorprendiera la acción del negro.

Carmona había asimilado su espíritu con el de Vega, de tal manera, que estaba tan pálido como él. Se hubiera dicho que él había recibido el revés del negro.

—Está bien, dijo Santos Vega, parece que el amigo se empeña en que no coma ni beba. ¡Sea todo por el amor de Dios!

Era tal el silencio que reinaba en el galpón, que se sentía el leve ruído que producían las hojas de los árboles suavemente agitadas por la brisa.

El valor de Vega les había impuesto.

El semblante magnífico del joven retrataba toda la soberbia voluntad de su alma; así es que nadie se atrevía a suponer que su conducta fuera debida al miedo. Miró al negro conteniendo la expresión amenazadora de sus magníficos ojos, y se dirigió a su guitarra.

—Ya que no le agrada que coma o beba, tocaré, dijo, y fué a sentarse.

El negro saltó entonces sobre él levantando el cuchillo con la marcada intención de cortarle las cuerdas.

—Eso sí que no, gritó Santos Vega entregando la guitarra a Carmona. ¡Conmigo todo lo que se quiera, pero Dios libre al que toque mi guitarra!

—Pues la he de tocar yo, contestó el negro Diablo lanzándose sobre Carmona.

Pero Santos Vega le cerró el paso, trémulo y amenazador. Se había armado la jarana, y el negro Diablo se echaba un enemigo como no se había imaginado.

El capataz, ayudado de uno que otro paisano bien intencionado, trataron de mediar haciendo el último esfuerzo para evitar la lucha, pero no había remedio. Santos Vega había concluído su último pucho de paciencia y estaba decidido a castigar al negro.

—¡Déjenlo no más, déjenlo no más!, gritó Carmona, después de haber acomodado en su mano la guitarra de su amigo. Tanto ha hecho esa maula, que al fin ha encontrado quien lo dome; los que no me han querido creer, van a ver ahora quien es Santos Vega.

El capataz y los peones se apartaron, y el negro Diablo se vino sobre el payador cuchillo en mano.

—¡Todavía no!, exclamó éste dando un salto vertiginoso hacia atrás. Para pelear y hacerse golpear al botón no hay necesidad de faltar al respeto a la casa en que se está. Vamos al campo, señor Diablo, que yo voy a cortarle las orejas y la cola, si en ello tiene empeño.

A duras penas logró sujetarse al negro, y rumbió al campo en seguimiento de Santos, que había saltado ya sobre su alazán y enderezaba a la tranquera.

Los paisanos, haciendo punta también, salieron en seguimiento de los combatientes, ávidos de ver aquella lucha, que prometía ser la más interesante. Ya en el galpón, el payador había dejado ver una gran ventaja que tenía sobre el negro, su calma imponderable.

Mientras su adversario estaba enceguecido por la ira, él permanecía tan sereno como cuando el primer preludio de la guitarra.

Sin embargo, era tal la fama del negro Diablo, que a pesar de esta ventaja fabulosa, dieron ya por muerto a Santos Vega. Conforme franqueó éste la tranquera, se dejó caer de su caballo al suelo, y dobló su manta en la mano izquierda conservando enrollado en la derecha su formidable arriador.

El negro se lanzó también al suelo y se le fué al humo como una centella.

—He dicho que yo no derramo sangre sino de justicias, excla-

mó Santos Vega sacando el cuerpo a las puñaladas y dando saltos de un lado a otro. Pero esto no importa que yo castigue al que me provoca como lo ha hecho usted.

—¡Toma, maula, tomá, flojo, tomá, sarnoso! exclama el negro rechinando los dientes a cada puñalada que tiraba.

Pero por más que ponía en ellas todo su cuidado, el puñal no lograba tropezar nunca con el cuerpo de Santos Vega, que se movía con pasmosa agilidad. Los paisanos habían hecho una gran rueda en cuyo centro estaban los combatientes. Y era tal la tranquilidad de aquel hombre, que esquivaba el cuerpo con tanta gracia, que de ella empezaron a participar todos, riendo como unos locos cada vez que lo veían tenderse de barriga y volverse a parar como si hubiera tenido resortes en los pies.

El negro había llegado al colmo del furor.

Más pesado, no podía moverse con la misma agilidad de su adversario y perdía pie con frecuencia, como si fuera a caer de boca. La lucha de esta manera tenía que ser interminable.

Santos Vega no sacaba su cuchillo ni hacía uso de su arriador, y con sólo sacar el cuerpo a los golpes que le tiraban, no era posible salir airoso. Si su mente era fatigar al negro, había errado el cálculo, porque moviéndose él mucho más, tenía que fatigarse primero, y entonces la ventaja quedaba por el negro Diablo.

Carmona presenciaba la lucha como si supiera de antemano que el triunfo era de su amigo.

—¿Tanta fe tiene?, preguntó el capataz aproximándosele.

—Tanta, contestó Carmona, como me tendría a mí mismo peleando con una criatura.

—Pero mire que el negro no ha mermado en calor y está tan fuerte como cuando comenzó.

—Parece así, pero Santos Vega ya lo ha probado, y ahora verán su juego maravilloso.

En aquel momento se empezaban a colegir algo las intenciones del payador.

Creyéndolo quebrado al negro, o en la creencia que lo estaba, ya no se movía tanto, y esperaba con más calma las puñaladas o los hachazos, que paraba ya con el poncho, ya con el cabo del arriador, con una limpieza y una seguridad que no dejaban la menor duda sobre la superioridad de su manejo.

Cuando paraba con el cabo del arriador, tiraba un ponchazo a la cara del negro, tratando de golpearlo en seguida en la mano del facón. Pero como el negro la retiraba inmediatamente después de sentir parado el golpe, no había podido lograr su afán.

Fuera de toda duda, la intención de Santos Vega era desarmar al negro para buscarlo en seguida.

Venía amaneciendo el día y con las últimas claridades de la luna y los primeros albores de la mañana se podían ver las fisonomías de los combatientes sin perder el menor de sus movimientos. Ambos estaban fatigados y sudorosos.

Sus movimientos eran más lentos y pesados, y las puñaladas del negro mucho menos frecuentes.

Ya había sido azotado unas cuantas veces por el poncho de Santos Vega, pero éste no había aún podido golpearle la mano con el cabo del arriador que era su intención.

Aburrido el negro y sintiendo sin duda que las fuerzas lo abandonaban, decidió terminar el combate de una manera u otra. Protegió la cabeza bajándola tras del poncho que tenía arrollado en el brazo izquierdo, y se vino encima del payador con una puñalada mortal dirigida al vientre.

Tal fué el empuje que le dió, que no pudo retirar el brazo una vez errada, y aquí fueron los apuros. Santos Vega metió adentro el vientre, formando con su cuerpo una especie de media luna, y dió con el arriador un formidable golpe en la mano del negro que sonó como el choque de dos huesos, mientras que con el poncho le azotaba la cabeza, haciéndola tambalear a impulsos del golpe. El negro dió dos o tres traspiés, pero volvió a pararse firme. Y por pronto que acudió Santos Vega, ya había pasado el facón a la mano izquierda, mientras la derecha caía inerte a lo largo del cuerpo.

Un clamoreo infernal se levantó entonces entre el paisanaje, que aplaudía frenético, y el temple de espíritu de Vega y el valor del negro Diablo, que no se consideraba vencido a pesar de aquel contratiempo inminente, que casi lo hacía fuera de combate.

—¡Basta, basta! gritaron muchos de ellos; ya han peleado bastante para probar que los dos son guapos.

Santos Vega dió un salto al costado, poniéndose fuera del alcance del negro, y miró sonriendo al paisanaje. Era la mayor prueba del valor y de serenidad que podía dar después de todo lo que llevaba hecho. Abandonaba la lucha cuando tenía la victoria segura. Pero si el negro nada había podido contra él teniendo sus dos manos, menos podía hacer ahora que tenía la derecha inutilizada.

—Por mi parte, dijo, no tengo inconveniente en retirarme. Todos saben que yo he venido a pelear obligado por todos modos y contra mi voluntad. No tengo, pues, por qué seguir hasta lo último

Pero el negro no fué de la misma opinión.

Y acometió de nuevo a Santos Vega, esta vez sin cubrirse, puesto que no disponía más que de una sola mano.

—Dejate de tonteras, moreno, dijo el capataz irritado por la tenacidad del negro Diablo y pretendiendo tomarlo de un brazo.

Ya está visto que no eres enemigo para ese hombre, que ni siquiera te ha hecho el favor de sacar el cuchillo. ¿A qué te vas a hacer golpear de vicio?

Pero tuvo que retroceder más que ligero abandonando su intento. El negro, enfurecido con sus palabras, le tiró una puñalada que se vió en figurillas para evitar.

—Pues, andá que te lleve tu tocayo, le dijo, y volvió a pararse delante de Carmona que, lleno de cariño, saludaba a su hermano.

El negro Diablo acometió de nuevo a Santos Vega con puñaladas tan firmes y rápidas, que probaban que para él lo mismo era la mano izquierda que la derecha. Santos Vega empezó a desesperarlo y a jugar con él, como jugaría un gato con un ratón que se permitiera disputarle el triunfo. Abría los brazos pasando las puñaladas con un simple movimiento de cuerpo hacia atrás y le amenazaba a todas partes con el arriador ,sin pegarle en ninguna.

El negro Diablo estaba fuera de sí. Sus ojos desmesuradamente abiertos y la boca jadeante de fatiga, le daban un aspecto espantoso. Más que un hombre, parecía una fiera.

Era preciso terminar de una vez; el sol ya se había levantado sobre el horizonte, y era necesario atender a los trabajos de la estancia descuidados durante el lunes a causa de la payada.

—¡Dele una vez en la cabeza, amigo, para que escarmiente! gritó el capataz, a quien la puñalada que le tiró el negro le había enconado. Dele en la cabeza, que ya es tarde; no sea que venga el patrón y nos rete.

Tan fuera de sí estaba el negro que no pudo ni siquiera balbucear la maldición que se vió brillar en sus ojos. Santos Vega esperó sereno y sonriente una puñalada a fondo y tomándole el tiempo le dió en la mano un segundo talerazo tan terrible, que esta vez le hizo saltar el cuchillo a muchas varas de distancia.

El negro quedó completamente a merced de su adversario, que sonrió de una manera particular ante la horrible fealdad de su fisonomía.

—¿Qué tal, compadre?, le preguntó. Tenía hecha la intención de cortarle las orejas y darle una vuelta de rebencazos, pero tiene bastante con lo recibido. Otra vez llevará la yapa, porque presumo que va a ser mi marchante.

El negro no respondió una sola palabra. Sus ojos se llenaron de lágrimas, arrancadas por la desesperación de la impotencia; se estremeció en una especie de convulsión, y avanzó hasta Santos Vega, mirándolo con un rencor infinito. Parecía que en aquella mirada terrible le quisiera enviar la muerte.

—¡Pobre diablo!, exclamó Santos Vega; ahora le va a venir mejor el álias de sacristán. Caballeros, agregó dirigiéndose a los demás, ustedes son testigos de que él me obligó a pelear cuando

yo no quería; de consiguiente el sólo tiene la culpa de lo que ha sucedido.

—Es verdad, es verdad, dijeron aquellos a quienes el asombro de que todos estaban poseídos les permitió el uso de la palabra. Y demasiado ha hecho usted con no quererlo herir y haberle sólo volteado las manos.

Carmona se acercó a Santos Vega y lo estrechó tiernamente entre sus brazos.

—Sabía lo que le iba a pasar al negro Diablo, le dijo, pero no creí que la sacara tan barata. ¡La pucha, hermano! usted es de lo que no se vé por el mundo, sino cuando nace un papa. ¡Qué vista de condenao!

Vega sonrió a su amigo con infinita dulzura y enjugó el copioso sudor que caía de su frente hermosa.

—Me ha dejado jadeante, dijo. Enemigo trabajoso había sido el negro Diablo; no es para pelearlo todos los días.

El negro lo miraba y escuchaba con desesperación creciente. Había perdido cuanto poseía en el mundo, su fama de cantor y su fama de invencible.

Aquel joven se había divertido con él de todos modos, y no lo había matado de pura lástima. Vencido por el dolor y la desesperación, se dejó caer al suelo y se puso a llorar de una manera desesperante.

Y era algo de fantástico el llanto de aquel hombre, atlético y terrible en la expresión de su rostro de ébano. ¡Parecía el Diablo llorando la ruína del infierno!

Los paisanos se apartaron de él fuertemente impresionados y se dirigieron al galpón.

—Usted es como de la casa, dijo el capataz a Santos Vega, pues así lo ha recomendado el patrón. Puede decir qué es lo que sabe o quiere hacer, que se le dará trabajo.

—Mi hermano es domador, y de los buenos, dijo Carmona apresuradamente, temiendo que Santos fuera a decir que no sabía hacer nada.

—Pues casualmente, hay agarrados una media docena de potros que puede ensillar con el fresco de la tarde, porque me parece que ahora no estará para esas misas.

—Como guste, respondió el payador, y fué a tomar las riendas de su alazán, siguiendo a los paisanos que entraban a la estancia.

El capataz, que en vista de la desgracia sucedida al negro Diablo, había olvidado la puñalada que le tirara, se acercó a él convidándolo a entrar y consolándolo como mejor pudo.

El negro se dejó conducir como una criatura sin oponer la

menor resistencia. Tenía las manos horriblemente hinchadas y caminaba con mucha dificultad.

El capataz lo llevó a otro galponcito para librarlo de la presencia de Santos Vega que debía serle odiosa, y allí lo curó envolviéndole las manos con unos trapos mojados en caña, dejándolo que descansara, pues como la serie de malas noches era larga, y profundo el cansancio de la lucha, el sueño no había de tardar en vencerlo.

En seguida volvió al galpón donde estaban los peones comentando, en medio de la mayor algazara, lo sucedido al negro Diablo.

Todos estaban vencidos por el sueño consiguiente a las pasadas malas noches y era cosa inútil emprender cualquier trabajo Así lo comprendió el capataz, que no era más despabilado, y les dijo:

—Menos charla, y vamos a dormir un poco para siquiera poder recoger las haciendas a la tarde. Santos Vega verá los potros, y mañana los ensillará, si le parece.

Como en el campo no se hace nada sin el mate correspondiente, en el acto, y como por vía de encantamiento, brillaron diez fogones, y los paisanos empezaron a cimarronear comentando éste o aquel golpe tirado por el negro Diablo y parado por Santos Vega.

Todos estaban maravillados con el payador, que, como se dice, les había ganado el lado flaco.

Nunca habían escuchado cantar de aquella manera, ni se sospechaban que existiera sobre la tierra un cuchillero de las agallas y vista de aquél. El asombro había llegado al colmo .

Carmona estaba más alegre que si él mismo hubiera sido objeto de general admiración. Aprovechando la distracción de los compañeros, montó a caballo, yéndose a la próxima pulpería, de donde vino con unas cuantas gruesas de cohetes, que quemó en prueba del más íntimo regocijo.

Santos Vega quedaba dueño del terreno y de la fama que hasta entonces había acompañado al negro Diablo, aumentado con la suya propia.

A medida que el sueño los postraba, los paisanos iban quedando tendidos alrededor de los fogones. Pronto no quedaron en pie más que Carmona, Santos Vega y el capataz, cuya resistencia era asombrosa.

—Bueno, dijo el último, pueden dormir hasta después de la siesta, porque desde el sábado no se hace nada, y hay que señalar una punta de corderos de la majada grande.

—Buenas tardes y buena siesta, exclamó retirándose y dejando a los dos amigos cimarronear a su gusto.

El capataz no iba a dormir, sino a dar cuenta al señor Cas-

tex de lo que había sucedido. Y éste, para creer lo que se le decía, tuvo que venir a ver al negro Diablo, porque conociéndolo le parecía increible que hubiera un gaucho capaz de hacer con el negro lo que se le había contado.

El negro dormia profundamente, soñando sin duda que aún peleaba con Santos Vega, pues a cada momento se le veía estremecerse y balbucear palabras ininteligibles.

UN DOMADOR COMO HAY POCOS

Santos Vega y Carmona estuvieron mirándose un largo rato y conversando sobre lo que les había pasado.

—Estoy apenado de lo que ha sucedido, dijo el payador, porque aunque la pelea ha sido en el campo, puede ser que el patrón se disguste y nos eche con el viento fresco. ¡Es una maldición la que me acompaña, que no ha de dejarme llegar en paz a ninguna parte!

—No crea hermano, contestaba Carmona; el patrón de aquí, además de ser un hombre buenazo, ya sabrá lo que ha pasado por boca de sus mismos peones y capataz. Lo que ha sucedido no lo hubiera impedido ni usted ni nadie, porque no hay un sólo hombre que esté dispuesto a dejarse hacer blanco por el primer sinvergüenza a quien se le antoja chupar una copa de más.

—Sin embargo, insistió Vega, como la suerte me persigue a no darme descanso, no sería extraño que las cosas llegaran a sus oídos al revés de lo que han sucedido. De todos modos, concluyó, poco me importa lo que suceda, porque desgracia más o menos, todo viene a ser lo mismo. Se me hace que yo estoy curtido para el dolor, y hasta que yo tengo mache. Desgracia más o menos no me ha de hacer pensar más.

Los dos amigos tomaron todavía un par de mates más, y acurrucándose en los ponchos se pusieron a cabecear, quedándose muy pronto profundamente dormidos.

Serían aproximadamente las tres de la tarde, cuando despertaron amistosamente sacudios por el capataz, que acababa de hacer lo mismo con toda la peonada.

Y mientras unos ensillaban para ir a recoger la hacienda y otros se preparaban a llenar sus distintas obligaciones, Carmona y Santos acompañaron al capataz a revisar las yeguas para apartar los potros.

En el campo y seguido de algunos peones encontraron al señor Castex, qu se incorporó a ellos preguntándoles qué hacían.

—Estamos entresacando algunos potros, respondió el capataz, que este mozo va a domar.

—¡Caramba, paisano, le dijo al joven, si tiene tan fuerte las piernas como las manos, difícilmente habrá potro que corcobee mucho! Me parece que en todas las manadas no habrá un potro tan chúcaro y retanero como el negro Diablo.

—Ha sido una desgracia que no he podido remediar, dijo Santos tratando de disculparse. El hombre estaba tan empeñado en pelear, que no quiso hacer caso de mis palabras, y fué preciso pelear para que no me golpeara. Perdóne pues la falta, patrón, que no ha sido por culpa mía. Todo es la suerte fatal que me persigue.

No se aflija, paisano, que ya me han contado lo que pasó y sé que usted no es culpable, replicó con bondad el señor Castex. Yo lo felicito de corazón, porque quien ha vencido al negro Diablo en el canto y el cuchillo, puede estar orgulloso.

—¿Y vos que andas haciendo por aquí, buena pieza?, preguntó a Carmona.

—Ya lo vé patrón, contestó éste, acompaño a mi hermano buscando trabajo.

—¿Y desde cuándo ha nacido esta hermandad?

—Desde que nos topamos, patrón; nos hemos juntado, y hemos hecho una amistad hasta la fin del mundo.

Hablando así llegaron hasta donde corría una manada de la que apartaron un potro obscuro rosado, tipo criollo puro, de los que ya sólo tiene don Matías Ramos Mejía en su soberbia estancia de "Marihuincul".

Era éste un potro magnífico, de largas crines y de cabeza inteligentísima.

En cuanto lo apartaron, el señor Castex y el capataz se echaron una mirada y se guiñaron el ojo.

—No importa, dijo Santos Vega sonriendo, que había visto y comprendido la guiñada. Aunque sea más malo que el mismo infierno, lo hemos de rodomonear.

Castex sonrió a su vez al apreciar la sagacidad del paisano, y confesó la partida.

Aquel era un potro reservado desde hacía más de seis años, al que ningún domador había podido quebrar.

—No importa, niño, dijo Santos Vega; puede ser que no pueda doblegarlo en uno ni en dos galopes, pero a la larga se tiene que dar, o confesaré que no sirvo para nada. Puede recoger un par de potros más, porque desde ya le aseguro que este

solo, por más reservado que sea, no me va a dar mucho trabajo.

A pesar del aire de seguridad con que hablaba Santos Vega, tanto Castex como el capataz dudaron de que el payador saliera airoso.

Aquel potro había basureado a más de un buen domador, y lo conservaban en la estancia como para probar a los que de tales se daban corte.

Conversando alegremente, trajeron al corral el overo rosado y dos potros más, fuertes y gordos.

—El patrón se ríe, decía Santos Vega mirando la expresión traviesa del rostro de Castex, y no cree que yo doblegue su potro. Pronto va a salir de dudas.

Conforme llegaron al corral, Santos Vega bajo el apero a su alazán y se preparó a ensillar el overo, pidiendo solamente un par de riendas más gruesas de las que él tenía.

A la noticia de que Santos Vega iba a ensillar el potro overo rosado, la paisanada se amontonó a la puerta del corral, haciendo apuestas de que si lo volteaba o no.

—Mirá, paisano, dijo Castex; la domada de este potro yo la pago aparte. Si no te voltea, te regalo cien pesos (suma fabulosa en aquellos tiempos), y si logras domarlo te doblo la suma.

—Pues vaya aflojando la mosca, contestó el paisano, y revoleando el lazo con suma elegancia, lo puso en el pescuezo del overo rosado.

Con muy poco trabajo logró ponerle el bocado, pero cuando se trató de ensillarlo, el overo rosado bufó y empezó a mezquinar el cuerpo.

Inútil fué toda tentativa cariñosa. Vega perdió más de media hora sin lograr poder ponerle una carona.

—Es mañero por demás el niño, dijo; pero para todo hay remedio en esta vida.

Y ayudado por Carmona, echó al potro un pial y lo amarró como para que no se moviera. En seguida empezó a ensillarlo, no sin trabajo enorme, pues el animal se revoleaba bufando sin poder deshacerse de las ligaduras.

Cuando el potro estuvo bin ensillado, el payador se secó el sudor que bañaba su frente y le quitó las trabas. El potro se paró bufando y estremeciéndose; parecía que empezaba a tener miedo.

Santos Vega intentó montarlo de un salto, agarrándolo por la oreja, pero tuvo que desistir. El potro no lo dejaba acercar a media vara del estribo.

Fué preciso que Carmona y el capataz se lo tuvieran de las orejas y bien amarrado.

Santos Vega se arrugó las botas de potro después de ha-

berse sacado las ligas, miró franca y jovialmente a Castex y saltó sobre el caballo.

El animal, al sentir el peso del jinete y la presión de sus músculos de acero, dió un bufido y se quedó parado, como indeciso sobre lo que había de hacer.

Carmona montó también inmediatamente, y se preparó a apadrinarlo, lleno de ansiedad.

Los paisanos empezaron a hablar todos a un tiempo, redoblando las apuestas sobre si lo bajaba o no el potro.

—¡Campo! gritó Santos Vega, clavando las nazarenas en los flancos del potro, y bajándole el rebenque.

Y el animal, enfurecido, salió del corral corcobeando de una manera terrible. Santos Vega, admirablemente sentado, castigaba a dos manos y reía como si le hicieran cosquillas cada vez que el animal daba algún corcobo peligroso.

—Si no lo ha volteado ya, no lo voltea en toda la tarde, exclamó Castex mirando el reloj. Hace ya siete minutos que corcobea.

Convencido tal vez el potro de que se cansaría sin haber logrado bajar al paisano, se paró de repente, metió la cabeza entre las manos, y empezó a bellaquear de una manera desesperada.

Santos Vega no se conmovió sobre el recado, ni dejó de castigar un sólo momento.

—¡A que lo baja!

—¡A que no!

—¡A que charquea! ¡Ah, criollo! ¡En la vida!

Estas eran las palabras que se oían de todos lados. Y el payador, sereno y mirando a todas partes, sonreía como quien dice: "¿No ven que no me voltea?"

Fatigado de sus inútiles esfuerzos, el potro lanzó una especie de quejido y se tiró al suelo.

Era su último recurso.

El payador abrió las piernas y quedó parado, sin perder su posición sobre la montura. De modo que cuando el potro se levantó y empezó una nueva serie de corcobos, su jinete volvió a quedar como pegado al lomo.

Un clamoreo tremendo se levantó entonces entre el paisanaje, mientras el overo se lanzaba en una carrera vertiginosa, acompañado siempre de Carmona, que no se despegaba del lado de su amigo.

El animal disparó unas veinte cuadras, lo dió vuelta Carmona, y volvió, sin dejar de corcobear un momento, hasta la puerta del corral, donde se echó jadeante de fatiga.

Vega desmontó entonces, le paseó el rebenque por la cabeza y el cuello, lo palmeó en las paletas, y viendo que el animal estaba completamente entregado por el momento, se acercó a Castex diciendo:

—Ya vé, niño, si usted no tiene otro más malo que éste, poco habrá que ver.

Castex, por toda respuesta, sacó los cien pesos y los entregó al payador.

—Lo prometido es deuda: otros cien si me lo entregas caballo.

Y se retiró complacido de la habilidad de aquel interesante gaucho.

El paisanaje estaba maravillado. Todos los que habían montado aquel potro, se habían sostenido más o menos tiempo, pero al fin habían concluído en el suelo.

El animal, habituado a esto, había hecho todo lo posible por librarse de aquel jinete de músculos de acero, pero ya hemos dicho que todo fué inútil.

Los otros dos potros fué necesario dejarlos para la mañana siguiente. Empezaba a anochecer y ni aún de ensillarlos había tiempo.

Los paisanos se retiraron a la cocina a cenar, y se armó una algazara de todos los diablos. Santos Vega era el objeto de todos los brindis y el tema de la conversación general.

El capataz había ido a ver el estado del negro Diablo y no debía tardar con noticias.

El negro Diablo, según dijo, estaba bien, pero aunque la hinchazón disminuía, los dolores seguían cada vez más intensos.

—Aquel bagual, decía, me ha deshecho las manos hasta el punto de que no las siento en las muñecas; pero espero en Dios que mañana podré montar a caballo.

Se armó jarana de guitarra como en las noches anteriores, salvo que Santos Vega no tuvo quien le llevara el apunte. El payador cantó entonces unas décimas cuya ternura era infinita.

El negro Diablo había sido relegado al olvido y nadie se ocupaba más que de Santos Vega, para ponderarlo en todas las cosas en que se había mostrado.

Como el trabajo andaba algo atrasado, era necesario madrugar. Por esto todos se retiraron temprano a dormir, con gran pena general, pues los paisanos habrían deseado estar oyendo cantar a Vega hasta el día del juicio final.

—Lo poco agrada y lo mucho enfada, dijo el payador, y se salió con Carmona a dormir afuera.

Con el primer resplandor del alba, los jóvenes estaban de pie, de modo que cuando vino el capataz los halló con el fuego encendido y el agua caliente.

Cimarronearon un rato y ensillaron luego para ir a buscar otros

dos potros, pues según lo manifestó Santos, con los dos que había atado la noche anterior, apenas tendría para un momento.

El día anterior Castex contando las proezas de Santos Vega, había invitado a varios amigos para que lo vieran domar por la mañana y lo sintieran cantar a la noche. De modo que, cuando los paisanos llegaron al corral con cuatro potros que habían apartado, Santos Vega se sorprendió al ver la concurrencia que lo esperaba.

—No te alarmes, buena pieza, le dijo el patrón, que mis amigos vienen a verte lucir.

—Siento la costeada, replicó el paisano, porque no van a ver nada nuevo. Hay cincuenta peones en cada estancia tan buenos como yo.

Y sin andarse con muchas pinturas y ayudado de Carmona, ensilló el primer potro de los agarrados el día anterior. O el caballo era manso por naturaleza, o tomó el peso del jinete. El hecho es que apenas tiró ocho o diez corcobos, salió al trote largo como si en toda su vida no hubiera hecho otra cosa.

El segundo potro fué más o menos como el primero. Sólo corcobeó unos cinco minutos, no fué fuerte, y se entregó a discreción.

—Lo conocen los potros, decían los paisanos, porque el más manso de la tropilla de los picasos, ha bellaqueado un día entero, y estos dos apenas se han movido.

Santos Vega ensilló dos potros más que le dieron algún trabajo, pero por más que corcobearon no salieron de la generalidad de los potros malos que dominan diariamente en las estancias.

Aunque Santos Vega montaba con una elegancia poco común, no hizo hazaña alguna que valiera la pena de haberlo venido a ver.

—Que vuelvan a traer el overo rosado, dijo el señor Castex, para que le dé un segundo golpe. Vamos a ver, si se ha entregado un poco.

—Ese ni siquiera va a mosquear, exclamó sonriendo el paisano; en cuanto me tome el olor se va a echar en el suelo acordándose del galope de ayer.

—Lo mismo han creído otras veces, dijo a su vez el capataz, y han tenido que soltarlo después de tres o cuatro galopes, convencidos de que no hay jinete que le venga bien.

El overo rosado fué traído al corral, y como el día anterior, fué necesario amarrarlo y ponerle dos trabas gruesas para poderle ensillar, porque se hacía pedazos contra los postes del corral, sin permitir que se le acercaran a dos varas de distancia.

—Parece que no te reconoce, dijo Castex, y que se prepara a hacerte medir el suelo.

—No crea, niño: en cuanto sienta el peso de la mano y las pinchaduras de las espuelas, se ha de acordar y no dará mucho trabajo.

Pero este nuevo cálculo del paisano también salió equivocado, pues apenas sintió el potro el peso del jinete, empezó por donde la tarde anterior había concluido.

Metió la cabeza entre las manos y se agachó a bellaquear de una manera asombrosa. Parecía que hubiese conocido al jinete y que hubiera unido todos sus esfuerzos para tomar un desquite de la tarde anterior, tal era la desesperación y el enfurecimiento con que corcobeaba.

Santos Vega parecía clavado al animal. Ni se movía un punto sobre el recado: el bagual no salía del pedazo de terreno que había elegido para basurear al jinete.

Y su desesperación crecía al ver que todo su poder no bastaría para librarse de aquel hombre que se había adherido sobre su lomo. Era aquel un espectáculo magnífico.

El animal, en el colmo del furor, hacía esfuerzos terribles para librarse del jinete, bufando cada vez que se paraba a descansar. Y éste, sentado sobre su lomo, como podría hacerlo sobre una silla, se reía alegremente de la impotencia del bruto, y ya no lo costigaba con el rebenque, sino a ponchazos en la cabeza.

Aquello no podía concluir sino con la postración del overo rosado, y todavía parecía tener fuerzas para bellaquear hasta la tarde. Tal vez convencido de que no habría corcobo capaz de librarlo de aquel jinete, el animal recurrió a su último esfuerzo, y dejando de corcobear, se preparó a bolearse, recurso formidable a que apela un potro en el último trance de la desesperación, y que consiste en alzarse sobre las patas y dejarse caer de espaldas, para aplastar al jinete de quien no se puede librar.

Santos Vega, que conoció la intención del potro, le ganó el tiempo, de modo que cuando el overo rosado se enderezó sobre sus patas y se dejó caer hacia atrás, Santos Vega no sólo se había dejado resbalar por el anca, sino que había tenido tiempo de dar un buen salto de costado.

El animal cayó de espaldas, y al sentirse libre del jinete, se volvió a parar, magnífico de soberbia y bríos. Pero ya el domador, que lo había calculado todo en un sólo golpe de vista, se le había declarado hipoteca de una oreja, y lo volvió a saltar como riendo de una gracia.

Santos Vega no tuvo tiempo de sentarse bien, porque saltó al mismo tiempo que el potro, sintiéndose agarrado de una oreja, se agachaba a bellaquear de nuevo; pero aprovechó los mismos corcobos para acomodarse de nuevo sobre el recado, por el mismo movimiento que a su cuerpo imprimían los saltos del caballo.

Fué aquella la parte más interesante de todo el espectáculo, y en la que el payador estuvo admirable.

Desesperado y no encontrando qué hacer, dió un bote formidable y partió en una rápida carrera.

Santos Vega dejó de golpearlo en la cara con el poncho, y tomando el rebenque que colgaba de su muñeca, le bajó la mano en regla, clavándole las espuelas con brío.

Carmona partió como una centella para acompañarlo y darlo vuelta en cuanto su hermano se lo pidiera.

El overo rosado disparó tanto, y siempre bellaqueando, que para no perder las peripecias de la carrera, tanto Castex como los paisanos, tuvieron que apurar sus caballos.

Carmona, obedeciendo la indicación de su amigo, fué a dar vuelta el potro, pero ya era tarde: el animal, habiendo agitado todas sus fuerzas, caía desfallecido, cubierto de sudor y jadeante. Había sido vencido nuevamente, y, como la tarde anterior, se entregaba a discreción. Santos Vega comenzó entonces a acariciarlo, sin que el potro se atreviera a hacer el menor ademán hostil. Los paisanos rodearon a Santos Vega, declarándolo domador como ninguno; lo que es mucho decir en el campo, donde cada gaucho es un centauro.

Fué necesario desensillar allí mismo el overo rosado, porque era imposible hacerle dar un paso más. Estaba materialmente aplastado.

—Esta noche habrá diversión de guitarra, supongo, dijo el señor Castex. Yo pago el gasto de la bebida en obsequio a Santos Vega, que bien se lo ha ganado.

Esta noticia fué acogida con una alegría igual a la que experimentan los colegiales al saber que el maestro se está muriendo.

Los paisanos sabían que cuando el patrón prometía pagar el gasto de la bebida, equivalía a decir que se hacía cargo de la fiesta, de modo que ya entreveían una diversión en regla.

Castex tenía interés en hacer cantar al payador, para que sus amigos lo escucharan y completaran el día. La dificultad estaba en que el payador no tendría quién lo acompañara, pues con lo sucedido al negro Diablo, no habría quién le llevara el apunte.

—Busque gente, dijo Castex al capataz, y trate de que vengan buenos cantores y buenas guitarras, que yo voy a mandar lo que haga falta.

Nadie durmió la siesta aquel día, pensando en lo que se iba a armar en la noche. El capataz despachó gente a todos lados en busca de "piernas", y se desocupó el galpón grande para que pudieran estar con entera comodidad.

A la tarde llegó un carrito cargado con varias frasqueras de ginebra y una docena de damajuanas de vino. Era el contingente que mandaba para la fiesta el señor Castex.

Carmona sacó de entre el seno la gruesa de reserva que siempre llevaba consigo, y le prendió fuego para celebrar tan famoso acontecimiento.

El capataz, que en todo estaba, se fué a ver el estado del negro Diablo, y lo encontró ya bastante aliviado. Los golpes no habían tenido mayor consecuencia que el gran dolor y la hinchazón que empezaba a pasar. El capataz creía encontrar al negro todavía enconado con Santos Vega, y deseando sanar para buscar desquite, pero lo halló más manso que un cordero.

—El patrón ha estado conmigo, le dijo, y me ha demostrado que he hecho una barbaridad, pues el hecho que el forastero me hubiera ganado a payar, no era motivo para que yo le hubiera buscado camorra. Ahora siento lo que he hecho, pero ya no tiene remedio.

—Lo tiene, contestó el capataz, tocante a que Vega no será nunca su enemigo. Ha olvidado ya lo que pasó, y estoy seguro que todavía será capaz de disculparse. ¡Por Dios que es un gaucho que da envidia!

—Me ha dicho también el patrón, que esta noche va a haber una fiesta, y que como él va a estar allí, yo puedo ir si quiero, con el compromiso de que no se me ha de ir la mano en la bebida; pero ¿qué quiere? después de lo que ha pasado, me va a dar vergüenza, pensando que alguno puede reirse de mí.

—No tenga cortedad, y vaya no más; mire que aquel hombre, lejos de buscar malquerencias, trata de hacer amigos a todos los que se le acercan. Se ha visto que para que se le hiciera caso, ha tenido que provocarlo de todos modos.

—Allí veremos, concluyó el negro Diablo; puede que me anime y puede que me deje estar; de todos modos poca o ninguna falta hago.

A eso de la oración comenzaron a llegar los invitados, que eran los puesteros y peones de los alrededores. Algunos caían con las familias a las ancas, otros la traían *de tiro,* pero la mayor parte venían solos, sin más compañera que la guitarra terciada a media espalda.

Se había abierto una frasquera y se recibía a los invitados con copa, de modo que de llegada no más, se entregaban a la mayor alegría.

Como cada uno de los peones que salió a invitar había hecho en todas partes la relación de lo sucedido con Vega y el negro Diablo, todos venían conociendo de mentas al payador, y deseando hacer amistad con él, de modo que apenas desmontaban, ya preguntaban cual era y se acercaban a saludarlo.

El payador había hecho una revolución en el paisanaje.

—Como no caiga a descomponer el baile alguna leva que lo ande buscando, decían unos, no estará malo.

—Si fuera en una pulpería cualquiera, no hay duda, respon-

dían otros; ¿pero cuándo se van a atrever a la estancia del patrón?

—Ni aquí ni en las pulperías, interrumpió Carmona. Cuando la justicia sepa que mi hermano está aquí, a la fija lo va a buscar al extremo opuesto del partido.

Y Carmona no se equivocaba en su acertijo, porque los justicias sabían perfectamente donde se hallaban Vega y Carmona, y no habían soñado en venirlos a buscar. Su extreno había sido demasiado terrible para que intentaran salirle al encuentro, por lo menos hasta que no pudieran reunirse en un número regular.

Cuando se encendieron los candiles, la reunión era bastante numerosa, reinando entre ella la mayor cordialidad y alegría.

Sin embargo apenas sonaban las guitarras, pues el patrón y sus amigos no habían llegado todavía, y sin ellos no había fiesta posible.

Un paisano medio vejancón, que había caído con sus dos hijas, la Benita y la Emeteria, templó su guitarra y saludó al payador con un par de décimas de primer orden, con las que le decía que ojalá llegara al Baradero un hombre como él todos los años.

La concurrencia gustó, y al amigo *Gabriel*, que era el que había cantado lo siguieron varios otros, todos saludando a Santos Vega y deseando que jamás saliera del pago.

Santos Vega recorrió con un sentido preludio el diapasón de la guitarra, y en un estilo elegante, y lleno de ternura agradeció a cada uno de los que habían cantado los cumplimientos que le tributaran, concluyendo con una décima en que decía que, habituado a la crueldad y perfidia de los hombres, una palabra cariñosa era para él una prenda inestimable.

Una vez empezado, Santos Vega no concluía nunca, de modo que a aquellas décimas, obligadas puede decirse, siguieron otras muchas dedicadas a las mozas presentes, en las que hacía un gran elogio de las facciones de cada una de las que más le habían llamado la atención.

A la Benita, que sin duda fué la que más le gustó, le dedicó cuatro décimas que la hicieron poner colorada y reventar de orgullo.

Emeteria tuvo también su parte apasionada, pero fué por cuenta ajena, Vega dijo que cantaba por cuenta de Carmona que estaba prendado de la belleza de aquella niña.

Aquí tocó el turno a Carmona y Emeteria de ponerse colorados como una brasa. Carmona no había hecho semejante encargo, pero como Emeteria era una moza más que linda, aceptó gustoso las palabras de su hermano y le guiñó el ojo agradeciéndoselas.

Si revolución hicieron entre los hombres la voz y las décimas del payador, en las mujeres produjo fanatismo.

—¡Ay! ¡Si es una cosa que dá gloria el oírlo cantar! decían y se componían el vestido, provocando la inspiración del paisano.

Con el aire de la más refinada travesura, Santos cantó otras décimas al amigo Gabriel, felicitándolo de tener dos hijas como aquéllas.

—¡Cómo será la madre!, concluyó, porque lo que es a usted, dispense, amigo, pero no se le parece ni en el blanco de los ojos.

El amigo Gabriel, que tenía más chaguara que un trompo, festejó la ocurrencia con sendas carcajadas, acompañadas de un coro infernal.

—Si será maldito, exclamó, por poco me dice que soy más fiero que un susto.

Iba a seguir Santos Vega, cuando se apareció en el galpón Castex seguido de sus amigos. Habían oído desde afuera las últimas décimas y venían riendo alegremente. Santos Vega al verlo venir cambió de tono y parándose los saludó en toda regla, asegurando que aquel hombre era el mejor patrón que había nacido de vientre de mujer.

Concluída la primera frasquera, se destapó otra, y la alegría general entró al período más entusiasta. Se pidió a Santos Vega que payara, pero nadie se animaba a acompañarlo.

—Como no es por querer competir ni hacerme el bueno, dijo el amigo Gabriel, sino por hacer el gusto al patrón, yo le voy a acompañar amigo, hasta donde me lleguen las fuerzas.

Y templando su instrumento de puro compadre, porque templado estaba,, se puso a payar con Santos. El amigo Gabriel no había sido de los muy lerdos, pero apurado por el payador apenas tuvo para media hora.

Animado por la llaneza del paisano, otro salió al encuentro, pero un cuarto de hora después tuvo que darse por vencido y cederle el campo a un tercero que corrió igual suerte.

En seguida y a pedido de Castex, viendo que no había más competidores, se rompió el baile con un cielo que no había más que pedir, tocado a ocho guitarras. Carmona y Santos Vega, por supuesto se largaron con la Emeteria y la Benita, siendo la dos parejas más notables.

Al cielo siguió un pericón, y al pericón un gato, en el que se destapó Carmona zapateando como ninguno. Hubo un momento en que el mismo Santos se detuvo para verlo escobillar.

El baile iba a seguir con creciente entusiasmo, cuando la presencia de un nuevo concurrente vino a llamar la atención de todos, produciendo un movimiento de bastante desagrado.

El recién venido era el negro Diablo, que no había podido contenerse, sacando fuera de sus casillas por el bordoneo de las guitarras.

Los paisanos temieron que el negro volviese a buscar una

nueva camorra al payador, camorra que echaría a perder tan lucida fiesta.

Santos Vega miró al recién venido sin la menor muestra de rencor y fué a sentar a su compañera. Había creído lo mismo que los demás, y no quería que un ataque del negro lo agarrara desprevenido.

El negro Diablo se detuvo con pena del recibimiento que se le hacía.

—Siga no más el baile, dijo el señor Castex, que nadie se atreverá a turbarlo estando yo aquí, y mucho menos el negro Diablo.

Santos Vega se acercó resueltamente al negro, y le dijo:

—Si usted siente lo que ha pasado, más lo siento yo, y usted sabe lo que aguanté por no ir a las manos. Yo no tengo reparo en ser su amigo, porque veo que todo aquello no es más que hijo de un mal momento. Venga, pues, esa mano, y seamos amigos, dijo, y si usted lo quiere.

—¡Y decir que yo he provocado a este hombre!, exclamó el negro Diablo, ¡tan humilde en la amistad como soberbio en la pelea! Haga de cuenta, amigo, que recién me conoce, y que lo que pasó conmigo no ha podido suceder sino con algún negro loco, que tomó mi nombre para hacer una embarrada.

Y los dos paisanos se dieron un abrazo con la mayor sinceridad. Aquella inesperada reconciliación vino a hacer más alegre y animada la jarana. El negro algo quebrado, tomó parte activa en la fiesta, y en el consumo de la ginebra sobre todo, durando el baile hasta cerca del amanecer, hora en que se retiraron Castex y sus amigos previniendo, que no por retirarse él concluía la fiesta.

Siguieron, pues, el baile y la chacota hasta más de las ocho de la mañana. Santos Vega y el negro Diablo siguieron como si entre ellos no se hubiera cambiado jamás una palabra de disgusto.

Cuando se retiraron a acostarse eran los mejores amigos de este mundo.

Los paisanos que vivían más inmediatos, se retiraron después de almorzar. Los que estaban más distantes se quedaron hasta la mañana siguiente.

Entre los últimos quedaron Gabriel y sus dos hijas, con gran alegría de Carmona y Vega, que siguieron cortejándolas de todos modos, pero con tan buenas maneras que el amigo Gabriel no se dió por ofendido.

Vega y el negro Diablo payaron toda aquella noche, sin dirigirse ni una pulla ni palabra descomedida, dejando de cantar de cuando en cuando para prenderle a un gato o a un pericón.

A la mañana siguiente el resto de los convidados se retiró a su

respectiva población y la estancia de Castex quedó en su estado normal de trabajo.

Después de concluídas las faenas del trabajo los peones se juntaban en la cocina, y allí al amor de la lumbre, se contaban los más curiosos cuentos y "casos" alternados con las trovas del payador Santos Vega.

La Emeteria y la Benita que fueron las últimas en retirarse, llevaban un infierno en el corazón; infierno que sólo podían convertir en paraíso los dos paisanos, a quienes el amigo Gabriel ofreció un pobre rancho, rogándoles le hicieran una visita de cuando en cuando.

—Hemos de ir, le dijo Santos Vega, porque usted tiene una carnada, que no es capaz de tragar sabiendo que abajo está el anzuelo.

La Benita se puso pálida primero y después tan colorada que tuvo que bajar la cabeza para disimular su turbación. La Emeteria miró intensamente a Carmona, que sacó del tirador una gruesa de cohetes y la quemó en señal de despedida.

EL CORAZON ENAMORADO

Santos Vega y Carmona quedaron en la estancia de Castex, domando unos veinte potros que allí había. El amor propio del payador estaba empeñado en el overo rosado; se había comprometido a amansarlo, y tarde y mañana lo ensillaba y andaba en él hasta dejarlo postrado.

Pero el potro, según la expresión de los paisanos, era perro hasta darle con un garrote. Cada vez que lo ensillaban corcobeaba de tal manera, que hubiera dado en tierra con cualquier otro dodomador que no hubiera sido Santos Vega.

—Lo he de domar, decía éste, lo he de domar y lo he de entregar más manso que un cordero.

Y se pasaba el día entero palmeándolo y haciéndole mil caricias.

—No lo va a domar nunca amigo, le decía el capataz. Este animal ha cansado a los hombres de más paciencia.

—No digo que no, pero a mi no me va a cansar.

Y efectivamente, el animal se fué dando poco a poco con gran asombro de todos, hasta que llegó a ser, sino el mejor, uno de los buenos caballos que había en el establecimiento.

Las mentas de Santos Vega, andaban de pago en pago y de puesto en puesto, con gran asombro de todos, hasta que llegó a ser más conocido en el Baradero que en el mismo Dolores, donde se había criado y hecho sus primeras hazañas.

La justicia no se había metido con él hasta entonces, sin duda esperando algún buen momento para caerle sobre seguro.

Como el trabajo que tenía en la estancia era bastante aliviado, pues últimamente sólo tenía que redomonear el potro overo rosado, continuamente andaban de parranda, ya en el puesto del amigo Gabriel, donde tenían una banca fabulosa, ya en alguna otra población o pulpería donde los convidaban.

La Benita y la Emeteria habían perdido la chaveta con su Carmona y Santos Vega. Y no eran solamente la Emeteria y la Benita, sino la mayor parte de las mujeres que los conocían.

Había en Santos Vega una delicadeza y una finura natural, que lo hacía fuertemente simpático a toda mujer a quien se acercara.

Y unido esto al prestigio que lo acompañaba, a su talento poético y a su voz espléndida, Santos Vega era un don Juan de nuestra campaña. Altivo hasta la exageración, no sonreía casi nunca y cuando llegaba a hacerlo, vagaba en su sonrisa un lamento, algo de gemido, que conmovía sin poderse explicar el por qué.

Cuando alguien le buscaba querella, ofendido por la preferencia de alguna mujer, el payador repetía su frase eterna:

—Yo no peleo sino con la justicia.

Algún rival solía insistir, llegando hasta injuriarlo, pero entonces la mirada del payador adquiría un brilo terrible, la expresión de desdén pintada en su fisonomía se volvía amenazadora y el rival se retiraba no insistiendo en la querella.

La historia del negro Diablo estaba muy fresca como para que ninguno de ellos quisiera correr la misma suerte.

Y aquel paisano jamás abusó de la supremacia que había adquirido sobre los demás.

Siempre era afable y comedido con todos, hasta el extremo de quedarse sin poncho varias veces por socorrer a un necesitado. A pesar de ser siempre un gaucho pobre, que apenas tenía para comprar un naco o un medio frasco de cuando en cuando, no había pulpería donde no tuviera crédito.

Y esto es porque los pulperos sabían que el paisano dejaría de comer antes que dejar de pagar lo que debía. Por aquellos tiempos hubo una yerra como pocas en la estancia de un rico hacendado de la localidad.

Omitimos los nombres propios de esta aventura, porque aún existen deudos de aquella familia, que ocupan una posición ven-

tajosa y quienes no es nuestra mente herir. Aquello fué tan público por lo espectable del estanciero que nos ocupa, que la mayor parte de nuestros lectores, aunque vagamente, lo conocerá.

Llamamos simplemente don Ramón al dueño de la estancia y Dolores a su bella consorte, protagonista en aquel drama.

La yerra iba a tener lugar en los primeros días de noviembre, y ya en octubre, la estancia estaba llena de invitados que acudían de todas partes, incluso de la misma ciudad.

Era una de aquellas fiestas que tienen lugar en las estancias muy de tarde en tarde, y en la que, quien las dá, se dispone a echar la casa por la ventana.

Los paisanos contaban que don Ramón había llevado de la ciudad una pipa de vino y una *temeridad* de frasquera de ginebra, y que la fiesta iba a durar hasta que en las limetas no quedara una gota de bebida.

Don Ramón era entonces un hombre joven, de una inmensa fortuna, y que había hecho de su estancia un delicioso sitio de placer. Aquel verano había ido a la estancia acompañado de su esposa Dolores y de dos niñitos de tierna edad, a los que amaba con delirio.

Dolores era una mujer de veinticinco años, y de las que generalmente se dice: "es una mujer divina". Tenía un espeso manto de cabellos rubios, que caían sobre su espalda formando mil ondulaciones voluptuosas, y en su rostro de alabastro y de líneas perfectas, brillaban dos ojos negros llenos de pasión y de inteligencia.

Los paisanos se extasiaban en la contemplación de aquella mujer hermosísima, a quien llamaban la "Virgen rica", y se hubieran dejado cortar la cabeza por satisfacer el menor de sus deseos.

Y es que la Virgen rica, cada vez que iba a la estancia, su casa era el albergue de los pobres, a quienes socorría con dinero y hasta con pequeñas puntas de hacienda a los que tenían familia. Así es que no había paisano de los alrededores que no hubiera acudido a la yerra desde que se anunció.

Espíritu sencillo y apasionado, doña Dolores oyó narrar las desventuras de Santos Vega, y se sintió impresionada, deseando conocer al melancólico trovador. Amante de la música hasta el delirio, al sentir que los cantos de Vega conmovían hasta arrancar lágrimas, se propuso conocer al paisano a toda costa, y encargó a sus peones que se anoticiaran dónde estaba, para mandarlo buscar.

—Es que Santos Vega no va a ninguna parte sin su hermano Carmona, le dijo un paisano, como si esto hubiera sido una dificultad insuperable.

—Que venga su hermano también, manifestó doña Dolores; así tendremos dos convidados más.

—Pues aquí hay un paisano que lo conoce, como que tiene amores con su hija, dijo el peón saliendo a llamar al conocido, que no era otro que el amigo Gabriel.

Doña Dolores envió en el acto a buscar al payador, pero había un inconveniente en el que no había caído, inconveniente que era esta vez algo serio.

A la fiesta de don Ramón había acudido toda la justicia del Baradero, y era imposible que viniera Vega, sin por lo menos provocar una escena de sangre que echara a perder la fiesta. Tanta dificultad había irritado el deseo de doña Dolores, quien se propuso a todo trance hacer venir a Santos Vega.

—Yo arreglaré las cosas de modo, dijo, que la justicia no se meta con él para nada. Se harán los que no lo han visto y lo dejarán tranquilo.

—No es que él tenga miedo, insistió el paisano, es que la vista de la justicia lo irrita, y no puede prescindir de pelear.

—No importa, concluyó doña Dolores, gozando del imperio que tenía sobre los paisanos. Díganle que yo lo mando llamar, y que junto con Ramón hemos de arreglar todo.

El amigo Gabriel partió a cumplir su comisión, y doña Dolores, acompañada de su esposo, se vino a hablar con los alcaldes y demás gentes de justicia que había en su casa. Poco trabajo le costó arrancar a aquéllos la promesa de que no dirían una palabra al payador y su amigo, haciéndose los que no lo conocían.

Haremos por usted este sacrificio, dijeron, congratulándose de encontrar este pretexto para disimular el temor que les inspiraba la presencia de Santos Vega. Y si en algo se propasa, nos haremos los desentendidos.

Desde aquel momento, doña Dolores no pensó más que en Santos Vega. Tenía verdaderos deseos de verlo llegar.

El amigo Gabriel se fué en derechura a la estancia de Castex, donde tenía seguridad de encontrar al payador.

Allí lo encontró, en efecto, ocupado en dar una manoseada al overo rosado. Vega, como todos los paisanos del partido, sabía perfectamente bien que en la estancia de don Ramón había gran fiesta, pero no se dió por entendido. No quiero saber nada con ricos, según manifestó a Carmona, y se quedaron solos en la estancia. El capataz hizo todo género de esfuerzos por llevarlos, pero todo lo que se le dijo no fué bastante a hacerlo consentir.

Los ricos son sinónimo de justicia, dijo, porque entre los ricos eligen a los que nos sacrifican continuamente de todos modos. El rico desprecia al gaucho, porque no es de su linaje, y sólo lo llama

cerca de sí para que le divierta. Yo no soy mono de nadie, y aquí nos quedamos con Carmona. Además, concluyó, en la estancia de don Ramón han de estar los justicias que quedan; y ya ve que no puedo ir, no porque los tema, sino porque echaría a perder aquella hermosa fiesta y no hay porque hacer mal a nadie.

Convencido de la razón que le asistía al payador, el capataz no quiso insistir en sus ruegos, y se fué con el resto de la peonada.

—Usted queda dueño de la casa, le dijo, y libre de hacer lo que mejor le parezca.

En esta disposición de espíritu halló al payador, el amigo Gabriel.

—Es inútil que me insista, porque he resuelto no ir, contestó de una manera que cortaba toda réplica.

Y expuso en seguida las mismas razones que había dado al capataz.

—Yo no vengo en mi nombre, contestó el amigo Gabriel algo apurado, sino en el de prendas que han de poder algo con usted.

Carmona palideció sospechando otra negativa de su amigo, pues creyó que aquellas prendas sólo podían ser las hijas del amigo Gabriel.

—Pues no invoque su nombre, porque no hay fuerza que me obligue a ir donde sólo puedo servir para divertir a un rico soberbio, o armar una de a pie con la justicia que allí habrá acudido.

—Perdone, amigo Vega, y se lo pido de todo corazón, insistió el paisano; yo me he comprometido a llevarlo con personas a quienes no puedo decir no, y es preciso que vayamos, o me quedo yo aquí, pues por nada de este mundo sería para ellas portador de un desprecio.

Toda la altivez de Santos Vega se había sublevado, al pensar que le querían en la estancia de don Ramón, sólo para divertirse con sus trovas. Y él, que sólo pasaba dos o tres días cantando alrededor del fogón entre una rueda de paisanos, por nada de este mundo habría pisado una sala para cantar una sola décima.

—Puede decirles que estoy enfermo, dijo, no hay necesidad de mostrar que no quiero ir.

—En primer lugar, insistió el amigo Gabriel sudando a mares, pues se le iba haciendo imposible hacer ceder al paisano; en primer lugar la Emeteria y la Benita me han pedido por todos los santos que le pida las acompañe; y segundo, doña Dolores, la mujer de don Ramón, me ha ordenado que lo busque donde quiera que lo encuentre, y le diga de su parte que no desea otra cosa que tenerlo entre sus invitados. La pobre anda con deseos de oirlo cantar, por lo mucho que se lo han ponderado, y creo que si usted no va, es capaz de enfermarse. Búscalo, me dijo al salir,

búscalo, y dile que yo le ruego venga con su amigo; porque ella, que todo lo ha averiguado, sabe que Santos Vega no anda jamás sin Carmona.

A medida que el amigo Gabriel hablaba, un fulgor siniestro iluminaba la expresiva mirada del payador. El sabía que la belleza de doña Dolores era algo de otro mundo para él, como sabía también que era el apoyo de los desgraciados. Por lo que había oído conversar, su corazón artístico había comprendido aquella belleza gentil y sencilla, había decidido conocerla, aunque sólo fuera saliéndole al camino, al ausentarse del Baradero. Pero la invitación directa y expresiva de que había sido portador el amigo Gabriel, venía a modificar todo su plan.

—Iré, pensó, aunque no sé qué voz secreta me dice que la desgracia irá también conmigo. ¡Dios lo habrá querido así!

Y dirigiéndose al amigo Gabriel que, todo tembloroso, esperaba una respuesta, le dijo:

—No puedo negarme a tanto pedido, porque ya parecería que me hago rogar mucho. Dígales a la Benita y a la Emeteria que mañana a la caída de la tarde, estaremos allí.

Demasiado malicioso Santos Vega disimulaba el verdadero motivo que tenía para ir a la yerra, y se hacía el que cedía sólo al pedido de las hijas del paisano.

—¿Y por qué no vamos juntos?, se atrevió éste a preguntar. Así haremos el camino más entretenido y no habrá lugar de que pueda echarse atrás.

—Cuando yo prometo cumplo; contestó el payador. Puedo asegurar que mañana a la caida de la tarde, estaremos en la estancia de don Ramón, porque antes tenemos aquí algo que hacer.

El paisano volvió a lo de doña Dolores, y los dos amigos quedaron hablando así: ,

—Tengo un desasosiego, dijo Santos Vega, una especie de angustia, que sólo me acomete cuando ha de sucederme alguna gran desgracia. Parece que algún puñal se me hubiera clavado en el corazón y no lo dejara latir a su entero albedrío. Siento como que la angustia me ahoga, y algo que dice que doña Dolores va a serme más funesta que todas las mujeres a quienes me he acercado en mi vida.

—No haga caso hermano; ha de ser la emoción de verse buscado con tanto apuro por una mujer tan linda.

—Es que yo me conozco, hermano; parece que en mi corazón se ha levantado como una tormenta que en él dormía desde hace mucho tiempo. La fuente del cariño se desborda en él, y me llama a la vida con cada golpe de latido, que lleva toda mi sangre a la cabeza. Dicen que esa mujer es muy linda, hermano Car-

mona, y empiezo a tener miedo de mí; porque antes de conocerla la quiero, y temo que, viéndola, el cariño aprete la mano. Los ricos nos tratan peor que animales. Sus perros duermen sobre la alfombra, al lado de la cama, y, sin embargo, si llegan a tocar la mano de un gaucho, parece que hubieran tocado veneno. El gaucho es una canalla a quien el rico desprecia, como si las prendas del corazón se midieran por el lujo del tirador o chapeado del apero. El gaucho no puede pasar de la cocina, porque si lo hiciera, el patrón, le daría con la punta de la bota o el cabo del arriador. Y esta verdad dolorosa, la aprendí en mis primeros años, en mis primeras desventuras, que tuvieron su orígen en haberme querido igualar a la hija de don Rafael. El gaucho lleva una maldición encima, hermano Carmona, y esta maldición va envuelta en su chiripá, que parece fuera la marca del canalla.

—Pero todos los hombres no son iguales, Santos; en el rico como en el pobre, hay bueno y malo. Una prueba de ello es el dueño de la estancia en que paramos. Don Ramón es un hombre bueno y bastante criollazo, para medir a los hombres por el corazón y no por el chiripá. A su mesa alternan tanto el pobre como el rico, el paisano como el hombre del pueblo.

—Lo mismo era don Rafael, hermano; parecía el hombre más sencillo y más acriollado de este mundo, como se lo referí en la pulpería de don Cosme. A su mesa, como a su tertulia, iba yo sin reparo alguno; me parecía que iba a mi propia casa. Pero cuando llamé a su puerta como un igual, cuando tiré mi corazón a los pies de su hija, dejé de ser el amigo para ser el gaucho insolente, cuya osadía llegaba hasta poner los ojos en su hija, como si ella no hubiera sido persona de este mundo. La soberbia del señor vió un ultraje, en el amor honrado del gaucho a quien debió toda su fortuna, y fué tratado no sólo como el último bandido, ¡sino como al último animal de la tierra! ¡Ah! ¡hermano Carmona! El hombre no es igual al hombre, mientras uno lleva chiripá y bota de potro y el otro pantalón y botín de charol. Si don Ramón hubiera venido en persona a pedirme de rodillas que fuera a su casa, el hubiera dicho que no, y cien veces no; pero el pedido viene de doña Dolores y no he tenido firmeza. He sido un cobarde, hermano, y Dios quiera que no me pese.

Carmona quedó callado respetando el silencio en que había caído su amigo. Encontraba justas sus razones: él también había tenido que sufrir el desprecio y la injuria de los otros, sin haber profundizado la causa, como su amigo. De pronto éste alzó la juvenil cabeza y miró a su amigo Carmona con el cariño de un verdadero hermano.

—Ya me pesa el haberme comprometido, pero no hay más re-

medio que aguantarse. El hombre hace costumbre de todo en esta vida, y yo la he hecho ya del sufrimiento. Será porque estoy curtido, o porque para mí todo es lo mismo. El hecho es que por evitarme una desgracia no me tomaría la pena de mudar caballo. Daremos ese galope, que me servirá para concluir de arrocinar el overo.

Los dos paisanos se arreglaron con sus mejores pilchas, que consistían en un chiripá nuevo y una camisa que habían comprado esos días, y se dirigieron a la estancia de don Ramón. Santos Vega parecía más bien ir a un entierro que a una fiesta. Carmona, cuyo espíritu jovial se sobreponía a todo, a medida que se iba acercando al lugar de la fiesta había ido olvidando todas las tristezas y ya sólo pensaba en la Emeteria y lo que se iba a divertir. Y como se demoraran algo en el camino a causa de que el payador montaba el overo rosado, llevando de tiro al alazán en vez de la caída de la tarde llegaron a la estancia, ya bastante entrada la noche.

El golpe de vista que ésta ofrecía era encantador. Por todas partes se veían grupos de paisanos, fogones encendidos y gente que iba y venía en todas direcciones.

Multitud de galpones iluminados por más de cuarenta candiles, dejaban traslucir la inocente alegría de los que estaban adentro. Las guitarras sonaban alegremente por todas partes, y la voz de los paisanos que cantaban sus quejumbrosos estilos, hacían de aquel paraje un mundo de especial alegría. La casa de los patrones, donde estaban los invitados de categoría, presentaba un aspecto soberbio.

Se conocía que don Ramón había apurado todos los recursos del buen gusto y del dinero para complacer a su hermosa señora. Todas las comodidades de que se podía disponer en aquella época, estaban allí reunidas. Y las damas invitadas y llevadas desde el pueblo por doña Dolores, daban vuelta el salón improvisado, del brazo de sus caballeros, entre los que figuraban los más acaudalados estancieros del partido y uno que otro de los vecinos.

Allí no había paisanos. Estos formaban mundo aparte, ya en los galpones, ya diseminados en los grupos y fogones del campo.

Doña Dolores, sencilla y buena, había llevado al salón las paisanitas mejor parecidas y ataviadas que no sabían cómo estar en medio de tanta gente y tanta grandeza.

La aparición de Santos Vega y Carmona fué saludada con general aplauso y regocijo. La noticia circuló al momento en todos los fogones y en todos los grupos con gran algazara. De todas partes lo saludaron con alguna décima, demostrándoles el placer con que por todos eran recibidos.

Como había pasado ya la hora a que les anunció el amigo Gabriel, muchos desesperaban verlo llegar, porque el capataz de Cas-

tex aseguró que no vendrían y entre éstos se contaba doña Dolores, que no ocultaba el disgusto que tenía.

No bien concluyeron de desensillar y arreglar los caballos, se les acercó el amigo Gabriel, encargado de presentarlos a don Ramón y doña Dolores.

Aquél, que sólo pensaba en la completa felicidad de su compañera, recibió a los paisanos con muestra del mayor agasajo.

En la fisonomía de doña Dolores se sintió una alegría infantil e íntima al verlo llegar; alegría que no trató de ocultar un momento.

Santos Vega se descubrió silencioso y altivo y se acercó a doña Dolores rodeada por toda la gente del pueblo, ávida de conocer el payador, de quien oían hablar desde que llegaron. Y todos ellos se sintieron impresionados por aquel aspecto hermoso y aquel aire de profunda melancolía.

El payador estaba pálido y algo conmovido, pero no se mostraba asombrado ante la gente, que no quitaba de él los ojos. Parecía un hombre habituado a aquella clase de espectáculos. Sólo cuando doña Dolores le habló con su voz suavísima y melodiosa fijó en ella la mirada de águila, y pudo verse cómo su fisonomía cambiaba gradualmente la expresión. Abrió los ojos desmesuradamente, que lucieron como dos relámpagos, entreabrió los labios, como si fuese a dejar partir una expresión de asombro, y quedó arrobado en la contemplación de aquella mujer de soberbia hermosura.

Y había en su mirada lívida y profunda, algo como la admiración que despierta la revelación de lo desconocido.

—Mucho ha sido preciso buscarlo, amigo Vega, le dijo doña Dolores, y mucho ha sido preciso rogarlo, pero todo esto queda olvidado con el placer de verlo aquí, porque francamente, ya no lo esperábamos.

Santos Vega guardó silencio un momento, siempre arrobado en la contemplación de aquella mujer bellísima, mucho más de lo que él se había imaginado. Pero al cabo de un momento, sin la menor vacilación y como podía haberlo hecho un viejo cortesano, se acercó un paso hacia la mujer que de aquella manera lo deslumbraba y le dijo con una voz llena de cadencia:

—Perdone mi turbación, señora, turbación que me corta la palabra; es la primera vez que yo oigo hablar un astro del cielo.

Aquella salida delicadísima del paisano, dejó asombrados a cuantos la oyeron. Aquella frase sencilla era la pintura más clásica del asombro que había producido en Santos Vega la belleza de aquella mujer. Doña Dolores se puso tan colorada como la púrpura de sus labios, y temiendo una nueva frase de ese género, se contentó con decir:

—No nos habían engañado los que dijeron que era usted un poeta. Gracias por el cumplimiento.

—Las gracias déselas a Dios, señora, que le ha dado esa cara

divina. En cuanto a lo de poeta yo no sé lo que es eso, pero si es cosa buena, no lo extraño. ¿Quién no siente el alma elevarse bajo el cielo de sus ojos?

Y dirigiéndose a don Ramón, añadió prontamente:

—Disculpe, señor, lo que digo, si es inconveniencia, pero como usted se ha casado con un astro, oirá de estas cosas todos los días

Don Ramón y sus amigos rieron mucho de esta salida del paisano. Pero en el eco de su voz había algo que no escapó a la asombrosa penetración de doña Dolores, que sintió helarse la risa en sus labios, y fijó más su atención en el conjunto de aquel hombre, diferente a todos los paisanos con quienes hasta entonces había hablado. Carmona estaba detrás de Santos Vega asombrado de todo lo que veía y escuchaba. Para él aquello era un mundo nuevo del que no tenía le menor idea.

—¿Y tú, qué dices, le preguntó don Ramón, que estás ahí silencioso con cara de zorro asentado?

—Yo no digo nada, contestó Carmona con su habitual aire de truhanería, y si algo digo es que me voy, porque aquí me encuentro como gallina en corral ajeno.

Una estrepitosa carcajada acogió la franca salida de Carmona que enfiló a la puerta apresuradamente.

—¡Eh no te vayas, no te vayas, hombre, le gritaron, que no te vamos a comer!

—No es por eso, que yo debo tener gusto a potro, contestó el paisanito. Es que yo no soy como Santos Vega que tiene labia para todo; y retrocedió sonriendo.

Y todos reían de la cordialidad y franqueza con que respondía Carmona, que concluyó por hacérseles fuertemente simpático.

—Me han dicho que usted canta divinamente, exclamó doña Dolores dirigiéndose al payador, y que usted mismo se hace los versos.

—Yo no canto, contestó Santos Vega, cuento lo que pasa por mí, y como yo mismo no soy más que una desventura andante, mis cuentos gustan y dicen que canto bien.

Y su fisonomía fué perdiendo poco a poco el asombro que había reflejado en ella la suprema belleza de Dolores, y pintándose en ella su habitual tinte de melancolía.

—¡Y, cosa rara! don Ramón que trataba a los paisanos de tú, como la mayor parte de los estancieros, hablaba a Vega, con cierto comedimiento y algo de respeto. Es que la fisonomía de Santos Vega, nada vulgar, imponía a primera vista, haciendo nacer una fuerte simpatía al observador más indiferente.

—Puede ir a comer y descansar, amigo, le dijo, al galpón de los peones y cuando descanse, yo le llamaré para que eche una versada.

Santos Vega alzó su magnífica cabeza y miró a don Ramón con una altivez infinita. De sus ojos inteligentes partió una lágrima, que fué a morir en el nacimiento de la barba, y su frente pensativa se obscureció por una de aquellas nubes que anuncian una gran tempestad en el espíritu. Tal vez iba a contestar alguna impertinencia a aquel hombre, que, como un criado lo mandaba entre los peones; pero miró a doña Dolores y se vió contraerse su fisonomía, como si hubiera hecho un gran esfuerzo por contener su indignación.

—Vamos Carmona, dijo a su amigo: Vamos á la cocina, que la sala no es para nosotros.

Don Ramón, viendo que había ofendido al paisano sin desear hacerlo, lo quiso detener. Pero ya era tarde. Santos Vega y Carmona se habían perdido entre los grupos de paisanos que rodeaban el rancho del patrón.

—¡Qué hombre raro!, exclamó doña Dolores pensativa; tiene toda la altivez de un caballero y la soberbia de un potentado. Parece que este hombre no fuera lo que indica su traje.

—Hay paisanos muy soberbios, contestó don Ramón, habituados a alternar con algún patrón que los considera, creen que con todos pueden hacer lo mismo. Ya se le pasará el mal humor.

—Siento mucho que así no fuera, respondió doña Dolores, porque puede no querer cantar y privarme así de ver cumplido mi mayor deseo.

La interrumpida alegría volvió a todos los espíritus, y poco después nadie se acordaba de aquel incidente pasajero.

Doña Dolores fué la única que quedó pensativa y como pesarosa de lo que había pasado. A su espíritu sensible y delicado no habían escapado aquellas dos lágrimas que cruzaron el rostro de Santos Vega cuando su esposo lo envió a la cocina, ni la expresión de infinita amargura que se dibujó en él cuando volvió a ella su mirada, como si quisiera preguntarle si también lo enviaba a la cocina.

—Voy a mandarle una botella de vino, si tú quieres, dijo a su esposo; así tendrá más voluntad de cantar cuando se lo pida.

—Haz lo que quieras, respondió bondadosamente don Ramón, y siguió hablando con sus amigos de la yerra que debía dar principio al siguiente día.

Doña Dolores tomó de sobre la mesa una botella de coñac, y la envió en su nombre a los dos paisanos, temerosa de que ofendidos, se hubieran ido de la estancia; porque en la mirada de Santos Vega había visto reflejarse toda la desesperación que puede sentir el que recibe una ofensa que está privado de devolver.

Y al obrar así, experimentó una sensación de placer, como si su espíritu se viera libre de algún disgusto que lo hubiera opri-

mido. Santos Vega y Carmona salieron precipitadamente de la sala de la estancia y se dirigieron hacia sus caballos, delante de los cuales se detuvieron.

—¡Siempre la misma soberbia!, exclamó Santos Vega cruzando en magnífica expresión sus brazos hercúleos sobre su pecho atlético. Se creen superiores a uno porque tienen más dinero y porque hacen su voluntad sin pedir permiso a nadie. Ya lo sé hermano Carmona, nos echan a la cocina, no como quien convida a comer, sino como si no quisieran mancharse con nuestro contacto. A sus yerras y a sus fiestas concurre la autoridad, y si uno quiere marcar un animal suyo, tiene que pedir permiso, porque sino ya lo multan y si protesta le pegan una "cepiada". ¡Cómo si no fuéramos todos hombres y no nos hubieran de comer los mismos gusanos al fin de la jornada! Tiene el orgullo de la plata, como si hubiera plata capaz de pagar la injuria que un hombre recibe. ¡Maldito sea el necio orgullo, hermano Carmona, concluyó, que hace dos hombres nacidos para ser amigos, dos enemigos a muerte!

Carmona escuchó a su amigo sin responder una palabra, y cuando calculó que éste había concluído, levantó las caronas, que puso a su caballo, y preguntó sencillamente:

—¿Nos vamos?

—Era esa mi intención al salir, pero al ir a ejecutarla, no sé qué fuerza íntima, partiendo del corazón, detiene mi voluntad. Quiero alejarme, pero no puedo. Parece que algo me detuviera, y siento como una voz que me manda quedarme de una manera que no admite negativa.

—Pues quedémonos, repuso Carmona indiferente, y lo que sea, será.

Los dos arrollaron su apero y se sentaron encima a contemplar el espectáculo que ofrecía la estancia.

En todos los fogones reinaba la más cordial alegría. Las guitarras sonaban por todas partes, unidas a las carcajadas con que los paisanos festejaban algún verso malicioso y picante. En alguno de los galpones se sentía bailar de una manera entusiasta, y ya Carmona empezaba a sentir un contagio invencible, pero no quiso decir nada a su amigo, por no turbarlo en sus meditaciones. De pronto, Santos Vega se estremeció como si lo hubiera picado una culebra. Dió vuelta el rostro y miró severamente a un hombre que acababa de golpearle el hombro con ademán cariñoso. Pero el ceño de su frente se despejó instantáneamente al conocer que el que así lo interrumpía, no era otro que el amigo Gabriel.

—Hace ya como obra de un día, le dijo, que lo ando buscando. Allí, en el galpón donde estamos los amigos, hay una lonja de carne con cuero y vino a discreción.

—Es el caso que yo no tengo hambre, contestó el payador, ni tengo a qué ir al galpón.

—Esta noche no está en vena el amigo, pero no le hace, venga, que allí entre la Benita y la Emeteria, le harán pasar la cancamuria.

Carmona sintió como si le quemaran una gruesa de cohetes en el corazón; miró a su amigo, pero no quiso añadir una palabra, pues por nada de este mundo hubiera contrariado la voluntad de su hermano.

—Vamos, pues, insistió el paisano, que allí lo están esperando con regalo de doña Dolores.

El payador miró con fijeza al amigo Gabriel, como preguntándole si aquello era cierto; pero de pronto soltó una carcajada al verlo tan achispado que apenas podía hablar.

Y realmente la mona del amigo Gabriel le daba la facha más ridícula que pueda imaginarse. Tenía el tirador medio desprendido, y por el seno de su ancha camiseta se veía asomar el apoplético cuello de un medio frasco de ginebra.

—Estamos bien aquí, contestó Santos Vega cuando le hubo pasado el acceso de risa, y ni falta que hacemos en ninguna parte.

Pero el amigo Gabriel se puso serio, y repuso:

—Le digo, amigazo, que en el galpón lo espera un peón de doña Dolores, que le trae un recado y un regalo.

Santos Vega volvió a ponerse densamente pálido, se estremeció de una manera más poderosa y se alzó de sobre el recado.

—Si es así, dijo, vamos, sino avíselo con tiempo, porque hay chacotas que no las sufro.

—Lo que digo es cierto, y usted sabe que yo no embromo nunca.

—Pues vamos entonces, concluyó el payador preparándose a marchar.

Carmona sintió una alegría que le daba un vuelco en el corazón, y si hubiera tenido a mano una gruesa de cohetes, allí mismo la hubiera quemado para festejar la resolución de su amigo.

Los dos paisanos siguieron al amigo Gabriel, que pasó por entre los grupos haciendo el peludo y en medio de las chuscadas de los paisanos.

Cuando llegaron al galpón, el amigo Gabriel, y su poderosa tranca, se detuvieron delante de un peoncito, sirviente de doña Dolores, a quien dijo:

—Este es el payador Santos Vega, le dijo, a quien andás campeando desde hoy.

El peoncito miró a Vega, y con aire picaresco le preguntó:

—¿Usted es Santos Vega, amigo?

—Para lo que guste mandar, amigo, ¿qué se le ofrece?

—Me ha encargado la señora que le traiga esta botella, para que asiente el mate, y le diga que la reciba en su nombre.

El payador tomó la botella con mano temblorosa y mandó dar las gracias a doña Dolores.

—Dígale, agregó, que la he de tomar hasta la última gota, porque Dios la conserve tan hermosa y tan buena como el presente; y que si no la bebo de una hebra, es por no ponerme pesado, y poderla complacer en lo que guste pedirme.

El peoncito ya se había retirado, y Santos Vega permanecía aún tembloroso con la botella en la mano.

—Ese ha de ser del bueno, exclamó Gabriel relampagueando los ojos; como de la mano que viene; destape, pues, y convide.

Santos Vega abrió la botella con la punta del puñal, se la llevó a los labios y estuvo mirando al cielo un buen momento.

En seguida se compuso el pecho y la pasó a Carmona, que a su vez le dió un largo beso, pasándola a Gabriel, que se le durmió como ajeno.

Santos Vega fué recibido en el galpón con muestra de la mayor alegría. En el acto le hicieron sitio y lo invitaron a que tomara parte en el baile.

—Yo no bailo por un momento, respondió; pero mi hermano Carmona, que es una buena pierna, bailará por los dos.

Y Carmona, que no quería otra cosa, brincó al lado de Benita, que salió más colorada que un tomate.

Poco a poco fué perdiendo Santos Vega su expresión meditabunda. Se descolgó la guitarra de la espalda, y templándola al unísono de las que tocaban, se puso a cantar con su voz magnífica la *huella* que se bailaba.

Cinco minutos después, a la puerta del galpón donde cantaba Santos Vega, se había aglomerado una gran cantidad de gente.

A la huella siguió un *triunfo* y a éste un *cielo*. Y Santos Vega no dejó de tocar y cantar ni un solo momento, haciendo reir con sus originales ocurrencias a su numeroso auditorio.

De pronto su semblante se animó de una manera notable, echó a la espalda los rizos de sus cabellos con un movimiento de su hermosa cabeza, y en sus versos empezó a hacer apología de los ojos negros.

Es que en la multitud que se aglomeraba en la puerta, había visto brillar los espléndidos ojos de doña Dolores. La voz de Santos Vega la había atraído desde el salón donde atendía a sus invitados, quienes salieron también atraídos por aquella voz poderosa.

Santos Vega estaba verdaderamente inspirado. Sus versos de traviesos y alegres, se habían vuelto tristes, y el paisano dejaba ondular un tinte de inmensa ternura. Aquel espíritu artístico

comprendiendo que interesaba, se dejaba llevar mansamente en la corriente de su lánguida inspiración.

El *cielo* había concluído y el paisano seguía cantando. Los bailarines, arrobados, quedaron parados en medio del galpón, al lado de sus compañeras, como si no quisieran producir el menor ruído.

Y doña Dolores, extática entre el grupo de paisanos que la rodeaban, estaba allí pendiente el espíritu de la palabra inspirada del payador. Nunca había oído cantar con tanta ternura ni con tanta fuerza de inspiración. La voz del payador sonaba en su corazón con su timbre melodioso, despertando en sú espíritu sentimientos que hasta entonces no había experimentado.

Los primeros rayos del día empezaban a empalidecer la luz de los candiles, cuando Santos Vega echó su despedida. Y como si recién viese a doña Dolores, a ella dedicó lo que había cantado, con el infalible "dispense, doña Dolores". El payador, después de aflojar la *prima* y la *cuarta*, se echó la guitarra a media espalda y contempló con vivo placer la emoción de que aun eran presa los que lo habían oído cantar. Y vió con inmensa alegría como doña Dolores enjugaba dos lágrimas que habían asomado a sus ojos, y se retiraba con el corazón oprimido.

Todos salieron a respirar el delicioso aire de la mañana, y la alegría volvió a reinar en todos los fogones, expirantes ya, a causa de que los paisanos, entretenidos en el canto del payador, no les habían renovado la leña.

Los peones de la estancia, ayudados de algunos comedidos, se fueron a echar las vacas y los bueyes que se habían de herrar, a sus respectivos corrales.

La fiesta tomó un nuevo aspecto, más pintoresco si es posible.

Muchos de los grupos mudaron su campamento más próximos a los corrales, donde empezaron a humear los fogones que debían servir para calentar las marcas.

Se habían encerrado unos cien toritos y terneras y otros tantos animales yeguarizos que se habían de marcar aquel día. No se esperaba más que se levantaran los patrones y la gente pueblera para empezar el trabajo. Pero éstos se habían recogido recién a la madrugada, y era muy difícil se levantaran antes de la siesta por lo menos.

Todo aquel tiempo lo emplearon los paisanos en churrasquear y jugar ya a la taba, ya al *palo*, juego que ha caído ya en desuso, pero que antes era uno de los favoritos del paisano.

Poco antes de la siesta, y como una visión del infierno, se apareció en la estancia el negro Diablo.

La aventura con Santos Vega, divulgada por los peones de Castex, había circulado ya en todos los fogones; así es que, con la

presencia del moreno, creyeron que sucedería algo; pero bien pronto se tranquilizaron perdiendo todo temor.

Aquél recorrió todos los grupos contestando a los saludos que de todas partes le dirigían, y se detuvo en el fogón donde estaban Carmona y el payador.

—Maliciaba que andaría por aquí, le dijo, y me vine buscándolo. Parece que la fiesta está de regular arriba.

—Así es, respondió Santos; y entre ellos y Carmona se armó en seguida el terceto mas alegre de toda la estancia.

—Usted vendrá a echar su pial, dijo el negro a Santos Vega, tomando un mate que éste le alcanzaba.

—He venido de mirón; pero si se ofrece algún buen golpe, le diremos *quiero*, aunque no sea más que por compromiso.

La voz de que los patrones venían al corral, circuló por todas partes; y cada uno no se preocupaba más que de ensillar bien su caballo y preparar sus lazos, bolas y demás útiles del caso.

Una yerra, y sobre todo habiendo ganado bravo, es uno de los espectáculos más curiosos que tiene la vida del campo.

El paisano se multiplica en actividad; pone todo su esmero en hacer el mejor tiro de lazo o echar el más lucido pial de volcado, y los alrededores del corral ofrecen los mismos lances que tanto se aplauden en una plaza de toros.

Con la diferencia que el paisano lucha positivamente con el novillo y la vaca brava, sin tener capeadores que lo salven de un apuro, barandas que saltar, ni pantorrilleras de fierro que protejan sus piernas.

Entre un millar de astas, el paisano pone su lazo en las del animal que ya va a agarrar, con una elegancia y una seguridad pasmosas. Allí lo tumba en un momento, lo estira, y con una rapidez incalculable, el encargado de hacerlo, le pone la marca, ya en la paleta, ya en el anca.

El novillo brama de una manera imponente; el fuego de la marca, mil veces peor que un par de banderillas, lo enfurece. Rueda, el ojo inyectado en sangre, como eligiendo el grupo que va a embestir, y conforme le sacan el lazo, sale del corral tirando cornadas en todas direcciones.

El enlazador, impasible, prepara nuevamente la armada y elige el animal que ha de enlazar; y con una sangre fría inalterable, pasea por entre la hacienda enfurecida, como si tuviera la seguridad de que nada ha de pasarle.

El novillo o la vaca que sale del corral atropella a los grupos que va encontrando en el camino, pero aquí empieza un especie de suerte de capa mucho más peligrosa y difícil, donde el paisano tiene el campo para mostrar sus habilidades. Mientras unos le sacan el cuerpo o le hacen un tiro de bolas, otros le echan un

pial, que consiste en enlazarle las manos y con una fuerza prodigiosa, recogen el lazo, haciendo caer la res de rodillas o haciéndole *arar* el suelo con la cerviz.

El novillo se defiende de una manera desesperada de tanto enemigo que le sale al paso, hasta que por último, jadeante y acobardado, tiene que huir en medio de la rechifla y palmoteo general. Hay novillos o toros más bravos que acometen siempre, logrando cornear caballos y jinetes o a algunos de los paisanos que están pialando de a pie. A estos se les echan dos lazos, uno de cada lado, que les impide ofender a los enlazadores, salvaguardados en el lazo opuesto. Y de esta manera es sacado lejos y abandonado en medio del campo.

Algún paisano travieso lleva muchas veces la chacota hasta dejarse caer desde la marona del corral sobre el animal, que sale enfurecido, y entonces el general entusiasmo llega hasta el delirio.

Y es una rareza que en medio de tanto peligro como ellos mismos provocan, concluya una yerra sin causar a ninguno de ellos el más mínimo rasguño o contratiempo desagradable.

Suele alguno de ellos sacar corneado el caballo que monta, pero esto mismo no es general.

Sucede rarísimas veces, porque el paisano, que con esta clase de trabajos monta su mejor pingo, cuida más a su caballo que lo que se cuida a sí mismo.

La yerra de animales yeguarizos no es tan entretenida para el espectador, aunque no deja de tener su encanto.

Allí el paisano muestra otro género de habilidades, y se luce como jinete, como *parador* y como hombre de campo verdaderamente.

Su lujo entonces es montar el padrillo de la manada con rebenque y espuelas, hacérselo bolear o pialar en medio de la carrera y salir parado cuando rueda el animal.

Pero esa prueba no la hacen todos los paisanos, ni aún todos los paisanos domadores.

Se necesita una destreza asombrosa y un tino especial para calcular el momento de abrir las piernas y no caer envuelto en el animal.

Y como no hay el peligro del animal vacuno que acomete y destroza cuanto llega a agarrar con las astas, las suertes son más lucidas y el espectáculo más agradable.

El espíritu está en reposo, porque no existe la eterna amenaza de ver el paisano más juguetón y barullero ensartado por un novillo o despedido a seis u ocho varas de distancia.

El peligro más serio es que algún paisano que haya empinado

demasiado el codo, se meta a hacer más de lo que puede y le cueste caro su atrevimiento. Pero entonces queda a cargo del capataz que dirige el trabajo no permitir la entrada al corral a ningún paisano divertido.

El paisanaje se habia pues, propuesto *echar el resto* aquella tarde en la estancia de don Ramón. Sabían que la patrona asistiría a la yerra, y cada cual se proponía desarrollar su destreza para lucirse y entretenerla mejor.

Cuando los puebleros llegaron al corral, ya las marcas estaban calientes y los paisanos estaban "saliéndose de la vaina".

Doña Dolores montaba un magnífico caballo oscuro, tapado, que gobernaba con deslumbradora elegancia y liviandad. Venía rodeada de sus invitados, y al lado de don Ramón, que por hacerse ver, había ensillado un caballo colorado lleno de brío y de soberbia.

La comitiva se aproximó, situándose al lado derecho del corral, a bastante distancia para no ser atropellada por animal alguno.

Así que estuvieron cómodos, don Ramón, hizo una seña al capataz y los trabajadores empezaron.

Santos Vega y Carmona se aproximaron al grupo, y mientras Santos Vega miraba intensamente a doña Dolores, su amigo dijo, quitándose el sombrero:

—Dispense, patrona, nosotros venimos aquí por si acaso se ofrece algo.

Y desató de los tientos su largo lazo, quedando así preparado a lo que pudiera sobrevenir.

El primero y segundo torito fueron volteados y marcados sin el menor incidente. Los paisanos estaban todavía friones, y necesitaban algún entusiasmo para comenzar sus juegos.

Al tercer animal empezaron a animarse un poco, y ya al quinto no había más que pedir. Era este un torito gayuané, como de tres años, de una viveza extraordinaria.

Dió mucho trabajo para voltearlo, y cuando sintió el fuego de la marca y se vió libre de los lazos, rugió de una manera amenazadora, y, magnífico de bravura, se lanzó *puerta afuera*, acometiendo a todo con una rapidez incalculable.

Una gritería infernal mezclada a las más sonoras carcajadas saludó la salida del torito, que recibió diez doce tiros de lazos en el primer trayecto recorrido.

El animal enfurecido, se paró un momento, y miró, moviendo rápidamente la cabeza, a sus numerosos enemigos, y se lanzó como una saeta hacia el grupo donde estaba doña Dolores; grupo pacífico, donde iba a hacer un gran desparramo.

Doña Dolores palideció, y la angustia más desesperante, se pintó en su hermoso rostro.

Uno de los paisanos se lanzó detrás del torito, y como a unas diez varas antes de llegar al grupo le hizo un tiro de lazo, que tuvo la desgracia de errar, pues estaba fuera de tiro.

El torito, sin tener ya quien se lo impidiera, siguió corriendo hacia el grupo y en dirección a doña Dolores.

Aquel fué el momento supremo para todos, aunque sólo duró algunos segundos.

Carmona revoleó su lazo, pero a un ademán de Santos Vega, se detuvo y bajó la mano. Y cuando el toro llegaba ya al grupo bajando la cerviz, el payador cerró las espuelas al alazán, y dió al torito tal pechada en las costillas, que lo hizo perder pie y caer del lado izquierdo.

El animal volvió a levantarse, más enfurecido que nunca; pero el payador estuvo encima de él y en dos pechadas más concluyó de desviarlo de la dirección que tenía.

Una lluvia de lazos, tirados por los paisanos que venían en seguimiento del torito, lo aseguraron y lo llevaron lejos de allí.

Santos Vega, como si nada hubiera hecho y como si se tratara de la cosa más natural de este mundo, fué a situarse en el paraje donde estaba antes, a dos varas del grupo que acababa de librar de un peligro inminente.

—Diablo de torito, dijo a Carmona, por poco hace aquí un zafarrancho.

El terror había embargado de tal modo a los que estuvieron amenazados de aquel peligro, que recién cuando éste volvió a su puesto, se apercibieron de lo que había hecho y pudieron apreciar.

—Gracias, Santos Vega, nos ha salvado de la muerte.

—No hay de qué, mi señora, respondió el payador, más pálido todavía que Dolores; he hecho lo que he podido y lo que debía. Y miró intensamente a la esposa de don Ramón, aunque aquella mirada sólo duró lo que dura un relámpago.

La yerra siguió desde entonces cada vez más entretenida, sin que ningún accidente nuevo viniera a turbar la general alegría.

Doña Dolores era la única que parecía no tomar parte en la alegría general, lo que se atribuyó al miedo que le había causado el peligro de que tan a tiempo los libró Santos Vega.

Los mil incidentes graciosos y curiosísimos no fueron bastantes a borrar de su fisonomía la expresión de disgusto que la iluminaba.

Y Santos Vega, fijo allí como si nada tuviera que ver en todo aquello, aprovechando la distracción de los demás, fijaba de cuando en cuando su mirada en Dolores con una admiración siempre creciente. Parecía que la belleza de aquella mujer absorbía su espíritu por completo.

La concurrencia y los peones, se dirigieron al otro corral don-

de estaban los animales yeguarizos. Este espectáculo era más tranquilo y de menos emociones que el que había terminado.

Doña Dolores y sus acompañantes se colocaron en un paraje desde donde podían verlo todo.

Santos Vega y Carmona, que de nada podían servirles, puesto que ningún peligro corrían allí, se retiraron entre los grupos, colocándose en paraje desde donde podían mirar a su antojo, sin que ningún curioso viniera a incomodarlos.

Entre la manada encerrada en el corral, había un azulejo que desde el primer momento llamó la atención de todos. Era un padrillo de tamaño poco común y de formas esculturales.

El azulejo era el padrillo de más estimación que había en la estancia, y como tal, estaba espléndidamente cuidado y mantenido.

Se comprendía que jamás había sido ensillado, pues cada vez que por su lado pasaba algún jinete o veía armar un lazo, se tendía a todos lados irguiendo su hermoso cuello y haciendo todo género de cabriolas.

La yerra principió, y junto a ella, los episodios más risueños y originales.

Doña Dolores había recobrado su perdida alegría y aplaudía con infantil regocijo algún pial lucido que los paisanos le dedicaban a los corcobos de algún potrillo, al que un paisano saltaba al salir del corral.

Estas jineteadas terminaban siempre con la caída del pequeño jinete, que no bien se levantaba, salía en busca de algún nuevo pingo.

Terminada la yerra, se trató de abrir las puertas del corral para dejar salir la manada; pero don Ramón preparaba un nuevo espectáculo que no estaba en el programa.

—¡Al azulejo!, gritó; ¿quién se anima a montar el azulejo?

Más de diez paisanos preparaban sus lazos, y poco después el azulejo era volteado y ensillado, a pesar de sus desesperados esfuerzos.

Pero no hubo quien lo pudiera montar, porque no hubo quien lograra hacerlo poner en pie. El soberbio potro se revolcaba en el corral, impidiendo así que se pudiera montarlo de ningún modo.

—Caballeros, pido el barato, dijo el negro Diablo acercándose al grupo que se debatía por hacer parar el potro.

El negro Diablo, montado en el caballo más compadrito que se haya visto jamás, daba vuelta alrededor del azulejo como esperando se lo dejaran.

—Déjenlo montar al negro Diablo, gritó de nuevo don Ramón, a ver qué tal jinetea, ¡por el infierno! Me parece que aquí lo van a basurear.

El negro sonrió y miró a don Ramón, diciendo:

—Todavía no hay un mancarrón que pueda vanagloriarse de haber volteado al negro Diablo.

Los paisanos se agruparon alrededor del corral, mientras don Ramón decía a sus amigos:

—Esto va a ser lo más entretenido del día, pues aunque el azulejo es lo más perro que he visto en mi vida, el negro Diablo es un domador en regla; es el mejor jinete que se conoce en el Baradero.

Santos Vega, que como los demás, se había aproximado a ver jinetear al negro, oyó las últimas palabras de don Ramón y poniéndose a su lado le observó:

—Me alegraría que el negro Diablo comprara terreno para demostrar que hay quien monte mejor que él.

Al oir aquella voz doña Dolores dió vuelta al semblante y conociendo a Santos Vega, dijo a su vez:

—Desearía verlo montar, Vega, pues ya me han dicho que a jinete y a cantor no hay quien le gane.

—No digo tanto, contestó turbado el payador, pero deseo probar a don Ramón que hay quien monta más bien que el negro Diablo.

—Diré que le dejen el potro, paisano.

—Entonces no tendría gracia; es preciso que el azulejo voltee a ese jinete a quien usted tiene tanta fe.

Desmontó el alazán y se acercó de pie a la puerta del corralón

El negro hacía en aquel momento desensillar el azulejo, de donde se suponía iría a montar en pelo.

Cuando el azulejo se sintió desembarazado de todo el pilchaje que le habían puesto encima, dió un bufido, enderezó las orejas y se lanzó al centro de la manada, retozando por el triunfo obtenido.

El negro Diablo empezó a ponérsele a la par con toda suavidad y picardía.

—¡No, no muenta!, decían los peones de don Ramón. Al cuete son todas las posturas.

—El negro Diablo es capaz de ensillar al mismo mandinga y salir en él de parranda después de haberse puesto en pepe, decían otros.

—¡El moreno es más curtido que un par de botas!.

Entre tanto el negro se iba aproximando cada vez más al azulejo, que esquivaba el cuerpo con todo género de brincos y corcobos. Todos tenían fija en él la mirada y el espíritu pendiente de lo que iba a hacer.

El moreno perdió más de un cuarto de hora en dar vueltas

inútilmente alrededor del potro, hasta al fin, cuando nadie lo esperaba, logró ponérsele a la par, y con un movimiento lleno de gracia y seguridad, se trasladó de su caballo al lomo del azulejo El animal empezó a hacer todo género de esfuerzos por verse libre de aquel jinete infernal, que le cerraba las espuelas sobre los lomos, humillando su soberbia con repetidos golpes de rebenque. y delante de las yeguas, de que era su único señor.

Y el negro, sonriendo como un sátiro, parecía pegado al lomo del azulejo por sus piernas, que lo oprimían como un torniquete de fierro.

Y era aquel verdaderamente un espectáculo interesantísimo, ver al moreno seguir con su cuerpo las ondulaciones violentas que el imponían los corcobos del azulejo.

En cuanto aflojara las piernas, seguramente iba al suelo, porque el animal no le daba alce. Pero él, que lo comprendía así, oprimía en sus flancos las negras piernas, a través de cuya piel, habiéndosele caído las botas de potro, se veía una soberbia musculatura.

Doña Dolores miraba asombrada, embargada por aquel espectáculo que contemplaba por primera vez.

Los paisanos estaban pálidos, y con el espíritu pendiente de aquel jinete, en cuyo rostro podía leerse la mayor tranquilidad. Y en la puerta del corral, con el semblante lívido y fijando en el negro una mirada que parecía quererlo arrancar del caballo, estaba el payador Santos Vega.

Si el negro hubiera bajado entonces, hubiera obtenido un gran triunfo. Pero confiado en su fuerza y destreza, quería fatigar al animal y hacer que se entregara.

Cuando acordó, notó que sus músculos de acero empezaban a fatigarse y que en sus piernas no había ya las suficientes fuerzas para sostenerlo.

Intentó apearse entonces; pero este acto, que al principio hubiera ejecutado con facilidad, le fué entonces imposible. ¡En cuanto abriese las piernas iba a ser sacado por el azulejo, sabe Dios con qué desventajas!

Había llegado para el negro Diablo un momento supremo. La más cruel angustia se pintó en su rostro de ébano y se le vió vacilar sobre el caballo.

Un momento más y en un corcobo desesperado el negro perdió el equilibrio; sus piernas se aflojaron y cayó pesadamente en el suelo después de haber chocado contra los palos del corral.

Un grito terrible partió del grupo donde estaba doña Dolores, mientras en el corral resonó una estrepitosa carcajada, lanzada por todos los que allí estaban.

Cada uno tenía su diverso modo de apreciar aquel porrazo descomunal. El negro Diablo no pudo moverse del sitio donde cayó. Había quedado sin sentido a causa de haber chocado la cabeza contra los palos. En el acto lo alzaron entre tres o cuatro peones y lo sacaron del corral.

Todos lo rodearon en el momento para averiguar qué clase de daño se había hecho. Y viendo que no eran más que contusiones en la cabeza y las costillas, se concretaron a darle una simple *flotación* de ginebra y dejarlo a la sombra para que volviese en sí. Entretanto, Santos Vega había mirado triunfante a don Ramón y le había dicho:

—Ahora me toca a mí. Deje que descanse un poco el potro, para que tenga bastantes bríos.

—¡No, por Dios!, exclamó doña Dolores, ¡lo va a matar!

—No se aflija, mi señora, respondió el payador con forzada sonrisa. Los potros me conocen a mí y pronto hacemos amistad.

Mientras los paisanos atendían al negro Diablo y Vega hablaba con don Ramón, el azulejo tuvo tiempo de reponerse más de lo que necesitaba, pues con el negro Diablo apenas había trabajado un momento.

—¡Qué! ¿va a montar el payador?, preguntó con aire de duda e incredulidad el capataz de la estancia.

—Ya lo creo que sí, respondió Santos picado.

—¿Quiere que se lo enlacemos, o lo va a montar como el negro?

—Ni una cosa ni otra, respondió el payador con suprema altanería. ¡Abran las tranqueras para que salga!

Y con increible velocidad se subió a los palos, se puso el rebenque entre los dientes y se colgó de la maroma.

Carmona se echó al suelo y a toda prisa revisó el apero y la cincha a su caballo. Sabiendo lo que su amigo iba a hacer, se preparaba a ayudarlo apadrinándole el "flete".

Los enlazadores sacaron las tranqueras, y arrimaron la manada que salió a toda disparada.

En medio de las yeguas iba el azulejo cada vez más soberbio y altanero. Parecía hacer gala del triunfo que acababa de obtener. Pero al ir a salir soltó Santos Vega la maroma y cayó como clavado en el azulejo.

El animal sintió oprimir sus flancos por la espuela de aquel jinete invencible, que como llovido del cielo, había caído sobre su lomo; se lanzó en una carrera frenética, corcobeando de una manera vertiginosa.

Santos Vega se había sacado el rebenque de entre los dientes y castigaba al bagual como si quisiera hacerle ver su superioridad. Y miraba a todas partes y principalmente al grupo dendo estaba don Ramón, con una soberbia magnífica.

Aquel grupo formado por Santos Vega y el azulejo, confundiéndose entre las medias tintas de la tarde, tenían mucho de fuertemente fantástico.

¡Y con qué elegancia acariciaba el cuello del noble animal, haciéndole sentir su poder! Santos Vega, acompañado siempre de Carmona, concluyó por perderse de vista.

Al poco rato se volvió a divisar, disparando en dirección al corral. El azulejo venía en dirección al grupo formado por doña Dolores y su comitiva, hábilmente empujado por Carmona. Parecía que no había cesado de bellaquear un momento, pues volvía corcoheando con el mismo brío que había salido.

Un inmenso clamoreo se levantó entre el paisanaje, que con entusiasmo febril saludaba al payador. El negro Diablo había vuelto en sí, pero felizmente para él, no estaba en estado de apreciar lo que sucedía.

De un grupo formado por varias paisanitas, salían las voces de la Emeteria y la Benita, que victoreaban al payador hasta romperse las cuerdas vocales.

Este entusiasmo no pasó desapercibido para doña Dolores, que a pesar de estar embebida en la contemplación del paisano, no pudo reprimir un gesto de disgusto.

El payador, inconmovible sobre el azulejo, con los rizos esparcidos por el viento alrededor del altivo semblante, ofrecía un golpe de vista capaz de entusiasmar al más indiferente.

En medio de tan frenética carrera y al llegar adonde estaba doña Dolores, Santos Vega dió vuelta al rebenque, y golpeó enérgicamente con el cabo la nuca del azulejo, al mismo tiempo que abría las piernas.

El animal se hizo un ovillo sobre las manos y vino a quedar de espalda en el suelo. El payador, como si tuviera alas, salió por sobre las orejas del caballo, echó a correr apenas pisó en el suelo y se detuvo a pocos pasos de la hermosa Dolores.

—Aunque no somos el negro Diablo, dijo a don Ramón, ya ve que no lo hacemos tan mal.

Y comenzó a levantar las cañas de sus botas, que se le habían arrollado sobre el tobillo.

—Quédese de peón domador en casa, dijo don Ramón a quien el paisano había concluido por cautivar. Tendría aquí más ventaja que en cualquier otra parte.

—Yo no soy peón de nadie, contestó el payador con imponente soberbia. Libre como los pájaros que cruzan el aire, no hay ventajas que sean capaces de comprar mi voluntad.

—¿Pero, no es peón en la estancia de Castex?

—Jamás lo he sido. Paso en casa de ese hombre libre de or

gullo, y domo los potros por no estar de vago, pero hasta el presente, Santos Vega no ha tenido patrones.

La luna empezaba a irradiar su lánguida y pálida luz, cuando todos se pusieron en marcha hacia lás casas. La yerra, por aquel día había terminado.

En las habitaciones de doña Dolores, esperaban las otras damas que no habían querido ir a la yerra, acompañadas de algunos caballeros.

Cuando llegó doña Dolores y sus amigos, se refirió la aventura del torito y la hermosa acción de Santos Vega, a cuyo valor sereno debían su salvación.

Aquel fué el tema de toda la noche, no pudiendo doña Dolores librarse del recuerdo del payador, que la perseguía de una manera tenaz. Don Ramón hacía los honores de su casa espléndidamente, tratando de que todos se divirtieran en regla.

Santos Vega y Carmona, apartados del bullicio general de los fogones, habían hecho el suyo a la derecha de la casa, y allí, entre mate y mate, charlaban con una jovialidad y alegría envidiables.

El vino y la carne con cuero estaban a la disposición de todos, y como el refrán: "asegura barriga llena corazón contento", por todas partes se oía el bordoneo de las guitarras y el eco de las carcajadas.

—Me parece, hermano, que a usted le han cazado de pico, dijo Carmona a Santos Vega, echándose al gañote el más morrudo trago de vino.

—Si no me han cazado del pico, me han cazado de la punta del corazón, respondió el payador. ¡Es muy linda aquella mujer, hermano Carmona!

—Es muy linda, a la verdad, afirmó el joven cuyos ojos empezaban a lucir a causa de los frecuentes tragos; pero se me hace que no es comida para esa boca.

—¿Y si lo fuera?, exclamó el payador, dando un precioso tajo en la carne con cuero que tenía por delante. La mujer es caprichosa, hermano, y siempre desea obtener aquello que más lejos de ella está. Y por otro lado, los impulsos del corazón no se contienen, por más esfuerzos que haga la voluntad de su latido, viene a repercutir en la causa de aquel efecto espontáneo. No se manda al corazón, Carmona. El quiere, y es preciso dejarlo querer, para que no estalle de una manera dolorosa. Yo he visto en la mirada de doña Dolores lucir una chispa que brota tan sólo al eslabón del cariño. Y al decir esto, Santos Vega se aproximó al oído de Carmona como si temiera ser escuchado de alguien.

—Yo no me equivoco nunca, siguió diciendo el payador a

este respecto. Muchas mujeres me han mirado, no sé si por suerte o por desgracia, y he aprendido a ver cuando el corazón salta a la mirada, revelando lo que el labio se empeña en callar. Yo sé que no puedo llegar hasta esa mujer, y me han dado tentaciones de irme, porque mi corazón emponzoña cuanto toca; pero no sé qué fuerza misteriosa me sujeta aquí. Tengo el presentimiento de que vengo a turbar esa vida de placeres y de felicidad; pero no encuentro suficiente voluntad para arrancarme del foco su mirada. Soy la mariposa que gira alrededor de esa llama, y que no se retira aún con la conciencia de que va a morir. Yo no pongo nada en ello de mi parte. La ráfaga de mi destino me ha traído hasta ella. ¡Sabe Dios cual será el final que me prepara mi mala estrella!

Y al decir esto, el payador dejó caer de la mano el cuchillo, y volcó sobre su palma su frente pensativa.

Carmona, que todo lo veía a través del vino, miró a Santos Vega dueño de aquella estancia soberbia y del amor de doña Dolores; se figuró que don Ramón no era más que un peón del establecimiento, y que con una sola palabra podía hacer su fortuna.

—Habilite, pues, con algo, hermano, le dijo con su habitual travesura. El amor de doña Dolores bien vale pagar unas buenas albricias.

El payador levantó la cabeza, e iba sin duda a hacer algún reproche a su amigo, cuando divisó tres sombras, que ya caminaban muy próximas al moribundo fogón.

—Quiera Dios que nada hayan oído, dijo el payador levantando apresuradamente su cuchillo y un pedazo de carne con cuero, que se puso a comer como si no hubiera estado haciendo otra cosa.

Los tres recién llegados saludaron alegremente a Carmona y al payador que hacía inútiles esfuerzos por dominar la turbación que había experimentado con la presencia de los inesperados visitantes.

Estos no eran otros que el amigo Gabriel y sus dos hijas.

AMOR

El amigo Gabriel, que venía bastante divertido, se sentó en una mitad de cojinillo, al lado del payador, a quien golpeó amigablemente en el hombro.

—¡Jesucristo!, exclamó, ¡qué se hace de rogar el niño! ¡En todas partes lo buscan, todos preguntan por él, y para verle esa cara, hay que venir a buscarlo, uno a uno para casamiento!

—Es que Santos Vega no anda sino en las salas, dijo Benita con un marcado acento de despecho. Le tiene asco a los fogones y no alterna sino con los señores. Parece que doña Dolores lo tiene ahora de peón para que la divierta.

Santos se puso encendido al verse descubierto y lívido de ira al ver algo de amenaza en las palabras de Benita, temió dar a comprender su juego si se dejaba llevar por la ira y guardó silencio.

Carmona empezó a tragar saliva y era tal el cerote que lo dominó, que empezó a sentir más despejada su cabeza.

Es que tanto Benita como Emeteria, eran dos mozas bravías, capaces de vérselas con el mismo diablo, y temían que estas fueran a comprometer la cosa.

Las muchachas tenían o no razón en celar a Santos Vega y su amigo, por lo que entre ellos había mediado.

El hecho es que Benita hablaba con altanería que rayaba en insolencia, y que de los ojos de Emeteria salían chispas de reconcentrada ira. El amigo Gabriel se había pegado a la botella de Carmona y parecía indiferente a lo que allí pasaba.

—El señor don Santos, siguió diciendo Benita, no ha sido capaz de dejarse ver por donde estamos nosotros, porque allá, muy ocupado en arrastrar el ala a quien no puede llegar a la suela del botín. Eso no me importa a mí, siguió diciendo, pero quien mira tan alto no debía venir a engañar a quien nada le pide ni en nada le molesta.

Santos Vega, lívido de emoción, miró alternativamente a cada una de las personas que tenía a su lado, y con un reposo incierto, dijo a Benita:

—Estás enojada, mujer, y no tenés razón. Ya sabés que si yo me quedo solo con Carmona, es porque me gusta huir de los otros y buscar la soledad de mis recuerdos. Si no he ido al fogón de ustedes, tampoco he ido a ninguna parte, y no es justo que se me venga a condenar por faltas que no he cometido.

—Eso estaría muy bueno para que lo hubiera dicho ayer, terció la Emeteria, que era la más brava de las dos, pero no ahora, después de lo que hemos oído hablar. ¡Mire qué figura para ser el dueño de toda esta maravilla y el gaucho de doña Dolores! La única disculpa que tendrían sería el estar borrachos, y lo que es Santos Vega, me parece que está en entero juicio.

Mientras las muchachas se desahogaban de aquella manera, el payador había reprimido toda la ira que sintió al principio, comprendiendo que la única manera de conjurar la tormenta que le venía encima, era engañar a las muchachas poniendo en juego todos los recursos de su ingenio travieso.

—¡Adiós, mi plata!, exclamó. No hay como andar en amores

para perder los estribos. Ustedes han oido hablar a Carmona, que está medio divertido, y han tomado como cosa formal lo que ha dicho! En Emeteria, no lo extraño, porque es así, medio cascos a la jineta; pero en Benita, no lo perdono. Dios me es testigo que le he dado el corazón, y ella sabe bien que el pobre Santos Vega no tiene más que una palabra.

Y al concluir de hablar dió con todo disimulo a Carmona un codazo, que por poco le saca una costilla.

Carmona soltó una estruendosa carcajada, para lo cual necesitó hacer un gran esfuerzo.

—No hay peor consejero que los celos, dijo, y si ustedes son celosas, mala vida les auguro, porque un día son capaces de celarlo a éste hasta con la guitarra, que tanto quiere. Si hubiera empezado por donde han concluído, no habría habido necesidad de alegar tanto.

Los celos son mala comida y peor amigo, tartamudeó el amigo Gabriel después de un prolongado beso a la botella de vino. Un día se me antojó que la madre de éstas andaba jugando sucio con un cura que nos casó por veinte vacas y cinco caballos. En vano ella me juró una tarde que el fraile no había hecho más que confesarla. Yo tenía las cosquillas muy largas, y se me había puesto otra cosa. De modo que una noche, antes de salir el lucero, por si acaso tenía razón, dí al fraile una vuelta de azotes que todavía se ha de estar lamiendo. Poco después supe que había hecho una bestialidad, porque aquel cura no había tenido malas intenciones, y tuve que andar más de un año huyendo de la justicia, hasta que con ella me compuso un alcalde amigo.

La Emeteria y la Benita habían quedado pensativas.

Amaban a los paisanos con aquella inocencia primitiva del paisano, siendo fáciles de convencer. Podían equivocarse también, y aunque con alguna resistencia por parte de la Benita que era la más ladina, se dejaron derrotar y aceptaron las protestas ardientes de Santos Vega y Carmona. Pero el espíritu de Benita no quedó completamente tranquilo. Ella había visto cruzarse entre doña Dolores y el payador miradas que eran una leyenda de amores.

Vega no había tenido ojos más que para mirar a aquella mujer de sobrehumana hermosura, y hacía cerca de dos días que no se le acercaba ni para darle las buenas tardes.

A medida que iban ganando terreno, las negras nubes que lo cargaron al principio, fueron disipándose del espíritu de Santos Vega, que concluyó por lanzar una sonora carcajada.

—Doña Benita está de mal humor, dijo, y se le ha hecho bueno el partido conmigo. ¡Qué le hemos de hacer! Ya que no podemos pelearla, le aguantaremos, que al fin verá que no ha tenido razón.

Entre tanto, en las habitaciones de don Ramón se comía y se charlaba en medio de la mayor alegría. Sólo doña Dolores permanecía pensativa y como absorta en alguna preocupación íntima.

Se había hablado de Santos Vega, de sus trovas y de su socorro prestado en una manera tan inesperada cuando el torito aquellos amenazó de muerte. Y doña Dolores no había podido menos que demostrar el interés que le inspiraba el payador.

Concluída la comida, don Ramón mandó a buscar seis guitarras, y empezó el baile cuando ya en los galpones se echaba el resto.

Y el estruendo de la fiesta llevó alrededor de la pieza de don Ramón, a la mayor parte del paisanaje.

Muy entretenido estaba Santos Vega con las hijas del amigo Gabriel, cuando llegó a llamarlo de parte del patrón un peón de la estancia. Santos Vega se puso de pie como movido por un resorte.

Benita se puso mortalmente pálida y miró al payador con una angustia indescriptible. Parecía que en sus palabras esperara una sentencia de muerte.

—Parece que la señora tiene muchos deseos de oirlo, continuó diciendo el peón, viendo que nadie le contestaba; y por esto don Ramón me encargó que lo buscara y le dijera fuese un momento.

—Puede decirle que ya voy, dijo el payador con voz conmovida. No tardo en seguirlo, amigo.

—¡Y ella es la que lo busca!, exclamó Benita cuando el peón se hubo alejado. Estas vecinas se creen que todo se lo merecen, y mandan llamar no más, sin averiguar antes si uno está o no en disposición de ir. Y como el señor don Vega no anda queriendo otra cosa, ya se ve que ha de ir sin fijarse en lo que deja atrás.

—Pero, hija mía, respondió el payador con una dulzura forzada y tratando siempre de apaciguar a Benita; no se puede ser grosero con quien no da motivo. Esa gente tiene el comedimiento de mandar llamar, y es preciso hacerle el gusto, aunque sea contra el deseo de uno.

—¿De cuándo acá Santos Vega anda esperando el favor de nadie?, exclamó Benita tratando de herir al paisano en su amor propio. Si no tuviera un interés particular, muy bien que habría de encontrar pretextos para no ir.

—Estamos en su casa, dijo Santos Vega, sintiéndose apretar la mano. En su casa estamos, comemos y nos divertimos: ¿por qué ha de pagar uno tanta fineza con una grosería tan al ñudo? Benita habla porque no nos hemos acercado a su fogón, y está despechada. De otro modo, no diría cosas de tan notable injusticia.

—Tiene mucha razón el amigo don Vega, interrumpió Gabriel, concluyendo de un trago arzobispal el contenido de la botella.

La cortesía no es un negocio para que uno lo ande escondiendo como bienes robados. Si a él lo mandan llamar, debe ir, aunque para ello no tenga gusto. Nunca está demás ser comedido; y como a mí me ha dicho la señora que venga cuantas veces quiera, allí me voy con el amigo, si ustedes no me quieren acompañar.

—Sí que vamos, exclamaron casi a un tiempo Emeteria y Benita. Queremos oir cantar a Santos Vega porque también tenemos orejas, y él sabe ya lo que nos gusta cuanto dice.

Los cinco se pusieron en camino para la casa del patrón, teniendo que abrirse paso a codo, pues las cercanías estaban llenas de paisanos, que acudieron con el deseo de ver bailar a la gente pueblera.

El payador iba algo desconcertado, pues en su arte no encontraba la posibilidad de contentar a dos mujeres en un mismo momento. Si le cantaba a doña Dolores, Benita podía alzarse con el santo y la limosna, y el payador la conocía muy capaz de hacer una brutalidad. Si le cantaba a Benita era desairar a doña Dolores, y ofenderla directamente, puesto que ella lo había mandado buscar.

Podía no cantar a ninguna de las dos, pero esto era someterse de hecho a una voluntad ajena, contrariando los impulsos de su corazón, que lo llevaban del lado de Dolores con una fuerza irresistible.

Y a medida que se iba acercando a las habitaciones, se encontraba más indeciso en el partido que había de adoptar.

Carmona, por su parte, comprendía la situación de su amigo, lo que lo tenia algo acongojado, y deseando encontrarse a veinte leguas de aquel sitio.

—El podrá engañarme, decía Benita a su hermana, porque al fin y al cabo este es el pago que dan todos los hombres; pero si lo hace no se ha de quedar riendo, pues ya sabe que soy mujer capaz de partirles a los dos el corazón.

El amigo Gabriel caminaba ajeno a todo lo que sucedía. La tranca no lo dejaba pensar más que en el número de botellas que vaciaría esa noche, y cada traspiés que daba amenazaba venirse al suelo.

Así llegaron los cinco hasta las piezas donde estaba la gente pueblera.

—Quédese, hermano, con ellas, lo más lejos que pueda, dijo rápidamente Santos Vega a Carmona antes de entrar, y al primer desatino que quiera hacer la Benita le tapa la boca y se la echa al hombro.

Más tranquilo por este lado, pues sabía que Carmona ejecutaría exactamente lo que le había dicho, el payador se quitó el

sombrero y entró a la pieza, siendo recibido por el mismo don Ramón, que le dijo:

—Creí que estaba resentido con nosotros, paisano, por lo que se pierde, hasta el punto de tener que mandarlo campear.

—No puedo estar resentido desde que nada me han hecho, respondió. Estaba en la cocina matando el tiempo con los demás compañeros.

Y realzó estas últimas palabras de una manera tal, que su intención no pasó desapercibida ni para doña Dolores ni para don Ramón. Mientras éste quedaba hablando con el payador, doña Dolores llamó a Carmona, cuya hermandad conocía ya.

Quería tener algunos datos sobre la vida de Vega, y nadie mejor que el paisano se los podía dar.

Este con un tino que parecía ser aleccionado por su amigo, contó parte de su historia, aquello que no pudiera dañar los planes que su amigo le había revelado y que recordaba a pesar de la *chupa* con que los había escuchado.

Dijo cómo Santos Vega era un mozo rico, refirió todos sus amores con la hija de don Rafael, y cómo esto lo puso mal con la justicia, tuvo después que andar a monte para defender su cabeza, lo que no hizo más que agravar su causa, pues con frecuencia había tenido que pelear duro con las partidas.

—Trataré de componerlo con la justicia, dijo doña Dolores, dando por terminada su conversación con Carmona, pues es lástima que un hombre así ande rodando por el mundo. Y se aproximó adonde su esposo conversaba con el payador.

Carmona había callado todos sus otros amores, calculando que doña Dolores estaba empeñada por su amigo, y que semejante relato pudiera haberle hecho mal.

La Benita y la Emeteria quisieron hacer desembuchar a Carmona lo que había estado conversando, pero él se disculpó como pudo, y salió del paso con un par de mentiras.

Doña Dolores, entre tanto, y con grandes iras de Benita, había entablado conversación con el payador.

—Es lástima que un hombre como usted, que dice Ramón sería tan útil en una estancia, tenga que andar rodando por andar mal con la justicia. ¿No quiere que yo lo ponga bien con ella para que pueda trabajar libremente?

—Es inútil, respondió el payador, es inútil, mi señora, para los hombres de justicia el gaucho es todavía un poco menos que el perro sarnoso: lo matan para librar al mundo de un animal dañino y contagioso.

—Ese es su modo de apreciar las cosas, y nada más. En todas

partes hay hombres buenos, Vega, y no hay por qué creer el último extremo de las pasiones.

—A mí, los hombres de la justicia me han pisado el corazón, señora, contestó el payador conmovido hasta las lágrimas. Me han pisado el corazón para condenarme a la miseria y tratarme de gaucho, como quien da una cachetada. Y éstos eran hombres que me debían dinero y una amistad franca y sin doblez. Pero yo tuve la insolencia de olvidar que era gaucho y un perro sarnoso; soñé que era un hombre igual a los demás y entonces, en cada rico encontré un enemigo que me esperaba con el látigo alzado, y en cada justicia un sable y un puñal que me buscaba el corazón agobiado por todo género de pesares y desventuras. El hombre es malo, señora; pero el hombre de justicia es una fiera que sólo vive de la desgracia ajena. ¡Yo no sé qué se figura esta gente llena de orgullo! Uno trata a Dios como trataría a su hermano, y le habla tuteándolo como a su más viejo amigo. Y si un gaucho va a hablar con el más ruín de los alcaldes, como quien habla con un hombre, sin humillársele como un esclavo, ya pone su cabeza en peligro y puede hacer de cuenta que se ha echado encima todas las desgracias de la vida.

Doña Dolores estaba conmovida ante la amargura que destilaban las palabras de Santos Vega.

Santos Vega hablaba en un lenguaje sencillo y descarnado de todo aparato y deseo de hacer efecto; y aquel lenguaje en el que se reflejaban todos los sentimientos nobles que pueden adornar un corazón humano, conmovían su espíritu de una manera poderosa.

Don Ramón escuchaba también sin despegar los labios. Comprendía la razón que asistía a Santos Vega al exhalar su queja y callaba, pues sabía que no había una razón que poder aducir a la sencilla argumentación del paisano.

—Yo lo voy a poner bien con la justicia, por lo menos del Baradero, dijo de pronto doña Dolores, y usted va a dejar de padecer.

—No lo intente, por Dios, señora, exclamó precipitadamente el paisano. En cuanto usted se fuera, volveríamos a las mismas, porque la justicia no me puede perdonar lo que he hecho. Y además, yo he jurado por la memoria de mis padres, no descansar hasta no haber tomado desquite, siquiera, de la mitad del mal que me han hecho.

Doña Dolores comprendió que toda insistencia sería inútil, y vencida por la pena que había infiltrado en su espíritu la conversación con el payador, se retiró al asiento que antes había ocupado.

El recuerdo de sus desventuras y la contemplación de aquella

mujer ideal, un imposible tal vez para él, por las mismas razones que había expuesto, habían bañado su fisonomía expresiva con un tinte de melancolía y ternura que lo hacía más interesante aun como tipo de su raza; tipo tan noble, que muchas veces parecía un señor que momentáneamente hubiese adoptado aquel traje.

Doña Dolores miraba de cuando en cuando al payador. Y en la prisa con que de él apartaba la mirada, se hubiera dicho que tenía miedo de los sentimientos que experimentaba.

Santos Vega estuvo hablando con don Ramón un momento y fué a mezclarse en seguida con los guitarreros que desde su entrada habían dejado de tocar.

Los amigos de don Ramón no podían disimular el fastidio que experimentaban con la presencia de aquel gaucho, que había venido a turbar la general alegría.

Y este fastidio no escapó a la penetración del paisano que miró a doña Dolores como quien dice:

—¿Lo vé?, sólo mi presencia causa en los demás un hastío invencible.

Las guitarras volvieron a sonar aumentadas con la de Santos Vega, y la general alegría renació poco a poco.

—Quisiera ver bailar un gato con relación, dijo doña Dolores haciendo visibles esfuerzos por vencer la tristeza que la había invadido. Los bailes del campo tienen para mí un atractivo tal, que estaría toda la noche viendo bailar aunque fuera un marote.

En el acto, y por complacer a la patrona, seis parejas salieron al medio de la sala dispuestas a echar el resto por lucirse. Santos Vega era el que dirigía el baile. Los demás guitarreros no hacían sino rasguear cuando terminaba cada verso.

Las seis parejas que salieron a bailar, eran como si las hubieran elegido, las seis mejores que había en el partido, siendo excusado decir que entre ellas figuraba Emeteria con Carmona, que zapateaba como si sus pies fueran de resorte y se movieran automáticamente. Siendo las relaciones con bastante sal y pimienta, todos reían hasta sentir calambres, y la misma doña Dolores olvidó por un momento sus tristes preocupaciones.

Concluído el gato, pidieron a Santos Vega que cantara, y al verlo templar su guitarra y prepararse a complacer a los que se lo pedían, reinó en la sala un silencio de muerte.

Todas las miradas se dirigieron al payador, que contemplaba a doña Dolores; recorrió el diapasón con un preludio tiernísimo y cantó una de las trovas que más célebre lo hicieron.

Su voz gemía en la melodía del triste quejumbroso, y las cuer-

das estremecidas por aquella pulsación íntima y vigorosa, acompañaba la voz de una manera lánguida y apasionada.

En cinco décimas magistrales, Santos Vega hizo la pintura de su corazón, concluyendo con aquella sentencia que siempre repetía:

Todo en el mundo es engaño.
¡Sólo la muerte es verdad!

Cuando Santos Vega concluyó de cantar y dedicó sus décimas a doña Dolores, reinaba en la sala el mismo silencio que cuando principió. Todos los ojos estaban húmedos y los corazones agitados.

Todos, menos los ojos de Benita ,que semejante a dos tizones, brillaban en el fondo de la sala con un fulgor siniestro. El payador sintió aquella mirada, e hizo lo posible por no encontrarse con ella. Tenía miedo del estallido de los celos de aquella mujer, y estaba violento.

—Dispense, doña Dolores si molesto su atención, dijo al levantarse, colocando en el rincón la guitarra, que gimió en el último estertor del postrer acorde.

En los ojos de doña Dolores brillaban dos lágrimas arrancadas por el apasionado canto del payador.

Benita, que no perdía el menor detalle de aquella escena muda, no pudo, sin duda, resistir por más tiempo los celos que la devoraban, y salió de la sala haciendo esfuerzos para contener sus sollozos.

La Emeteria y Carmona la siguieron: éste último para precaver a su amigo de una mala parada. Y como el amigo Gabriel quedara en la sala pegado a la *mona* que lucía, ellas se fueron a uno de los fogones abandonados por el paisanaje que había acudido al baile de los patrones.

Allí Benita se puso a llorar desesperadamente, asegurando que los hombres eran una *punta* de canallas, a quienes no se debía creer una sola palabra.

Carmona trataba de apaciguarla y de mostrarle que no había motivo para alarmarse y echarse en ancas de la desesperación. Pero sólo lograba con ello alterar las iras de la celosa paisana.

Emeteria miraba en silencio, pero profundamente, a Carmona. La tristeza más tocante afluía a su amorosa mirada que volvía a comenzar en la sala.

Benita alzó el hermoso semblante, y mirando en aquella dirección, dijo con acento que hizo estremecer a Carmona:

—Puede engañarme el canalla, si así es su voluntad. Pero ¡pobre de él y pobre de ella si tal sucede! ¡Todavía no saben quien es la Benita!... Y volvía a caer en su sombrío abatimiento.

Emeteria alzó hasta Carmona su límpida mirada, y poniéndole cariñosamente la mano en el hombro, dijo:

—¡Si también me has de hacer apurar tragos como éste, vale más que te apartes de mi camino y no te acuerdes más de mí!

—Yo soy fiel a mi palabra como lo es Santos Vega, respondió el paisano; Benita se asusta de cualquier fantasma, y piensa lo que quiere. Yo garanto la buena fe de mi hermano, porque lo conozco y sé que jamás ha echado una mentira.

—¿Y entonces, preguntó Benita precipitadamente, a que viene lo que ustedes hablaban en el fogón cuando nosotros llegamos? ¿Por qué decía Santos Vega que la hermosura de doña Dolores se le había metido en el corazón; que quería irse porque tenía miedo, pero que una fuerza superior lo retenía aquí? ¡Ay, Carmona! Yo sé que Santos Vega está enamorado de doña Dolores, y que trata de engañarme todavía, porque me tiene miedo. Pero no sé si doña Dolores está tan dejada de la mano de Dios, que descienda de su orgullo hasta corresponderle. Trás de saberlo, camino; pero si resulta cierto, he jurado que se han de acordar de mí mientras vivan. A mí no me importa el valor de Santos Vega. Me he de vengar y de una manera que ustedes no se la han soñado.

Carmona estaba que no sabía qué hacer. Pero por el acento de Benita comprendía que era cierto cuanto dijo. Quería hacer todo lo posible por evitar alguna brutalidad de Benita, pero no encontraba a mano argumentos capaces de convencerla que estaba en error. Resolvió entonces estar a la mira y prevenir a su amigo de cualquier violencia que aquella intentara. Guardó silencio para no dar a desconfiar nada y se puso a meditar sobre la situación en que aquellos amores los había colocado.

—Es indudable, pensó, que Santos Vega está perdido por doña Dolores, como es indudable también que Benita hará todo lo que acaba de decir. Si mi hermano no compone ésto, sabe Dios en lo que vendrá a concluir; y presiento desde ya que no puede ser cosa buena.

Entretanto, y a indicación de don Ramón, las guitarras habían comenzado de nuevo y con más brío que nunca.

La impresión que dejó la trova de Santos Vega amenazaba concluir con la fiesta de aquella noche, pues doña Dolores era la más triste de todas.

Así es que se habían apresurado a hacer renacer la alegría.

Las copas circularon adentro, las limetas entre los concurrentes de las puertas, y bien pronto las décimas fueron de todos olvidadas, menos de doña Dolores, que no se la volvió a ver sonreir siquiera en todo el resto de la noche.

Se bailó un par de polkas con bastante entusiasmo, y las guitarras callaron de nuevo.

—¿Qué quieres que toquen ahora?, preguntó don Ramón a su consorte, cuya tristeza le hacía daño.

—Puedes pedir a los paisanos que bailen algo campestre, contestó aquella, estremeciéndose como si hubiera sido sorprendida en algún delito. Las escenas de hoy me han traído un poco de dolor de cabeza, y creo que distrayéndome se me pasará.

Don Ramón se acercó a su capataz para que organizara un gato o cualquier otra cosa; y éste, después de hablar con algunos y pedir a Vega lo *punteara*, dijo que iba a bailarse una *firmeza*.

Doña Dolores miró al payador, éste miró a doña Dolores; y mientras aquél se ponía tan pálido como un cadáver, ésta sentía afluir toda la sangre al semblante.

Nadie notó este cambio de color, y si lo notó alguno, no supo apreciar la causa que lo motivaba; tal vez la misma doña Dolores no supo darse cuenta al momento de aquel cambio repentino.

Santos Vega se sentó entre los guitarreros, y cuando vió que las parejas estaban prontas, se puso a *puntear* con magnífica elegancia exclamando:

—¡Ya se acabó la firmeza! Tan sólo Dios paga bien.

Doña Dolores había posado sobre él la ardiente mirada, que no apartaba ni un momento. Y el payador, como turbado por el rayo que brotaba de aquellas dos pupilas, había bajado las suyas sobre la guitarra. De cuando en cuando levantaba los ojos, y después de recorrer a toda la concurrencia con una mirada inquieta se detenía en doña Dolores, a quien contemplaba un momento con una mansedumbre y cariño que le hacía estremecer.

Si todos los demás no hubieran tenido la atención fija ya en Santos Vega, ya en los que bailaban, podrían haber notado algo de la extraña fijeza con que doña Dolores miraba al payador y la suprema caricia que iba envuelta en cada mirada de éste.

La guitarra de éste sonaba con notas que parecían de cristal, por su afinación y su pureza. Y las cuerdas vibraban bajo la carne de sus dedos con un sentimiento que revelaba su alma artística.

El espíritu de Santos Vega estaba perfectamente tranquilo con respecto a Benita. La había visto retirarse seguida de su hermana y Carmona, y tenía la seguridad que éste sabría impedir cualquier desatino que la primera intentara. Y a medida que iba creciendo su amor por doña Dolores, s ucorazón empezaba a llenarse de un odio invencible hacia don Ramón. Mientras más lo miraba, se le hacía más antipático, y en vano quería dominar este sentimiento extraño, cada vez sintiéndolo con mayor violen-

cia. Y pensaba que aquel hombre era el dueño de la mujer querida cuya belleza deslumbraba como la faz de un astro. Y pensaba que de ella había recibido la primera caricia y el primer juramento; que se había embriagado con el perfume purísimo de aquellos labios purpúreos; que se había sentido morir de felicidad bajo el ala de aquel ángel. Y tenía tentaciones de saltarle al cuello y arrancarle de las entrañas hasta el último recuerdo de tanta ventura.

Santos Vega tenía celos; celos terribles del pasado de aquella mujer, que le parecía nacida exclusivamente para él, y sufría un mundo de torturas.

Tan pronto su mirada tomaba una expresión terrible y amenazadora, como suave y cariñosa, tan pronto asomaba a sus ojos dos lágrimas, arrancadas por el sentimiento más puro, que se secaban como al contacto de una brasa de fuego. Y esto era según miraba a doña Dolores o a don Ramón.

Si éste se hubiera sentido mirar de aquella manera una sola vez, indudablemente habría arrojado de la estancia a aquel hombre, pues hubiera adivinado en él a un enemigo. Pero don Ramón, entretenido con sus amigos en los comentarios de aquel baile original y en la manera cómo la punteaba el payador, no había observado la funesta mirada de éste. Y concluyó el baile sin que doña Dolores hubiera retirado de él los ojos un solo momento.

Santos Vega volvió a colocar en el rincón la guitarra, y se retiró entre los paisanos que se agrupaban a las puertas.

Don Ramón llegó entretanto hasta su esposa, preguntándole si le había gustado el baile.

Doña Dolores disimuló sus sentimientos, tal vez por la primera vez en su vida, y respondió con infantil alegría, que estaba complacidísima. ¡Pobre don Ramón!

¡Quién le hubiera dicho que en aquel corazón noble y sencillo, su imagen se iba borrando, mientras en él se abría camino el sombrío y hermoso payador!

—¡Tal vez, dijo, porque lo mandé a la cocina aquella primera noche que llegó, he observado que este hombre nada quiere aceptar de mí! Obséquialo tú con una copa para tenerlo contento en pago de lo que nos entretiene.

Doña Dolores, que otra vez hubiera hecho en el acto lo que se le pedía, vaciló un momento y se estremeció por primera vez bajo la severa mirada de su esposo. Pero pensó que su negativa podría engendrar alguna sospecha, y se levantó rápida dirigiéndose a la mesa de los refrescos, de donde tomó una copa, que llenó de vino.

—Poca cosa es la que ofrezco, pero la puede beber como prueba de mi expresión más amistosa.

Si la mano de doña Dolores temblaba al ofrecer la copa, mucho más temblaba la del payador al recibirla. Volcó la mitad del contenido al llevarla a sus labios, y apuró el resto sin quitar la mirada de aquella mujer hermosa. Se hubiera dicho que bebía en sus ojos.

—Es un gran honor para el pobre gaucho la distinción que recibe, dijo con la voz alterada por la emoción. Pero no es extraño, los astros derraman su luz por el mundo, tanto para el poderoso como para el miserable.

La firmeza de aquel lenguaje no estaba en armonía con el traje del gaucho, así es que los que escucharon la galantería, la festejaron con verdadero asombro. No sabían que Santos Vega era un poeta y un artista.

Doña Dolores, aunque disimulando lo mejor que podía, volvió a su asiento bastante turbada.

Cuando una mujer siente la necesidad de disimular, es porque se considera culpable, y en esta creencia está verdaderamente perdida. Porque la mujer no obedece jamás a la razón sino a sus sentimientos.

Su organismo, mucho más delicado que el del hombre, parece estar construido más para sentir que para razonar, y si alguna vez razona, el sentimiento concluye por sofocar la razón. Así se ve que una madre no retrocede ni ante la vergüenza del hijo por conservarle la vida, y una mujer escuda en su cuerpo el del amante para protegerlo del marido mismo.

La razón, que en el hombre ahoga el sentimiento, por íntimo que sea, no basta en la mujer, a pesar de su sagacidad, para iluminar las tinieblas del abismo a que rueda.

Así doña Dolores, en su inocente sencillez, iba caminando por una pendiente tremenda, sin hacer el menor esfuerzo por contener su pisada.

El baile siguió en medio de la mayor alegría hasta una hora muy avanzada. Y como al otro día iban a asistir a la fiesta de la yerra, don Ramón despidió a los paisanos, y sus invitados se fueron a descansar de las fatigas del día.

Santos Vega, acompañado del amigo Gabriel, salió a buscar a Carmona, ansioso de saber lo que había sucedido, mientras aquél campeaba a sus dos hijas, que no tardó en encontrar en el mismo fogón en que las dejaron.

Benita lloraba aún, en medio de la desesperación más tocante. Se había asomado varias veces a la sala, y había comprendido en un momento lo que los demás no vieron: el inmenso amor que irradiaba en la mirada de Santos Vega.

—Santos Vega adora a esa mujer, pensó, como decía quererme a mí; la adora con la más pura pasión de su alma.

Y buscó y halló en la mirada de Dolores la correspondencia a aquel amor inmenso.

Una mujer no se equivoca nunca cuando se trata de saber si otra le roba el amor del hombre querido. Y Benita había visto en doña Dolores, no sólo una rival, sino una rival triunfante por su hermosura y el prestigio de su posición.

Santos Vega debía quererla con idolatría, y por esta misma razón olvidarse de ella completamente. Y los ojos de doña Dolores, fijos en el payador, le estaban mostrando claramente que era correspondido con la misma vehemencia y el mismo imperio del corazón.

—Ella también lo quiere, murmuró. Ella también lo quiere; roba a mi corazón la fuente de felicidades donde palpitaba tranquilo. Pero yo me vengaré de los dos de una manera terrible, aunque Santos Vega después me cosa a puñaladas. No ha de gozar tranquila la felicidad que me roba.

Y en seguida se había retirado al sitio donde estaba su hermana y Carmona, quedando en la actitud que la encontró el payador.

Conforme lo sintió llegar lo conoció sin duda en las pisadas, porque levantó la cabeza y lo miró al través del velo de lágrimas que beñaban su semblante.

Al ver aquel dolor, el payador bajó la cabeza sin coraje para salir al encuentro de aquella mirada.

—Ahí está la hazaña que ha hecho, dijo la Emeteria. Hay hombres que creen que es una hazaña el hacer llorar una mujer. Si eso es así, Santos Vega puede estar orgulloso, porque no puede haber éxito más completo que el que acaba de obtener.

—Yo no he hecho llorar a nadie, replicó el payador levantando lentamente la mirada hasta fijarla en la de Emeteria. Si Benita llora es porque se le ha puesto en la cabeza lo que no existe. Ella cree que yo la he engañado, y tiene celos de doña Dolores; pero son celos que no tienen más fundamento que el capricho de Benita.

—¿Quiere decir que yo estoy loca y que no sé lo que me digo? ¿Quiere decir que por poco no te has derretido en su mirada y que no has cesado toda la noche comiéndotela con los ojos? ¡Ah, Santos Vega! ¡el mal que me has hecho no puede quedar así; y Dios te lo ha de poner en cuenta, porque me has hecho desgraciada para toda la vida! Pero no importa, concluyó secando las lágrimas que surcaban su semblante. ¡Yo te quiero demasiado para hacerte mal, a pesar de tu ingratitud, pero esa mujer me la ha de pagar más cara de lo que se figura! Yo lloro ahora sin con-

cuando la pérdida de tu cariño, pero te juro que ella ha de llorar de una manera desesperada.

—Aquí nadie ha perdido un cobre, interrumpió el amigo Gabriel, que veía todo bajo la influencia de la ginebra que había bebido. Yo no más perdí unos diez pesos al truco, pero pienso desquitarlos para mañana.

Santos Vega había guardado silencio, agobiado bajo el peso de las recriminaciones que le hiciera Benita. El se consideraba culpable y encontraba razonable cuanto Benita hiciera.

Hubiera hecho cualquier sacrificio por ahorrarle una lágrima; pero se sentía arrastrado hacia doña Dolores por una fuerza superior, que lo privaba hasta del menor intento de combatirla. Doña Dolores era para él un abismo al que sabía que rodaba sin esperanza de salvación. Pero no se apartaba de su vorágine ni trataba siquiera de recuperar la voluntad perdida.

Convencer a Benita de que había visto mal, y que sus celos eran infundados, no era cosa posible; tratar de disuadirla de sus ideas de venganza, hubiera sido irritarla más todavía.

Así lo comprendió el payador, y haciendo una guiñada a Carmona, trató de alejarse a su fogón, siquiera para no ver a Benita. Pero se apercibió de que el payador se alejaba, y dando un brinco le cerró el paso.

—¡Con qué te vas sin decirme nada, le dijo, y me dejas así entregada a mi desesperación? ¡Quiere decir que ya nada quieres saber conmigo? ¡Mejor, así estaré más libre para vengarme como yo quiero!

Santos Vega miró a Benita y se sintió conmovido ante tanto dolor. No tenía suficiente valor para retirarse así, y al mismo tiempo comprendía que allí nada tenía que hacer. Hizo un esfuerzo sobre sí mismo y salió arrastrando trás de sí a Carmona.

—¡Adiós, Santos Vega!, le gritó Benita sollozando, ¡ya no nos volveremos a ver!, y se sentó al lado de su hermana, rompiendo a llorar.

—Tengo miedo de esta mujer, dijo el payador a Carmona cuando llegaron al fogón, que animó con un puñado de leña. La he herido en lo más íntimo del corazón y es capaz de tomar un desquite endiablado.

—Ya no tiene remedio, contestó Carmona. Ahora no hay más que hinchar el lomo y aguantar la tormenta. Sin embargo, mi opinión es que mañana, en cuanto apuntara el día ensilláramos y nos fuéramos lejos de aquí. La yerra va a durar por los menos un par de días más, y sabe Dios lo que puede suceder.

—No puedo irme ahora, respondió el payador resueltamente, aunque viera hundírseme el mundo bajo los pies. Esa mujer me

ha cautivado, hermano, y no me ha dejado voluntad para nada. Desde que la he visto, me siento que he renacido. Tengo ligada su imágen al espíritu, como la sombra al cuerpo, y me parece que si ella desapareciera de mi vista, dejaría yo de vivir.

—Piense, hermano, que esto no puede durar, dijo Carmona, tratando de influir en el espíritu de su amigo. La yerra se ha de concluir y doña Dolores se irá a su pago. Mejor es que se quite ahora de la cabeza eso, para que después no tenga que arrancárselo de una manera más dolorosa.

—¡Es que no se irá!, dijo Santos Vega de una manera desesperada. No se irá; y aproximó la boca al oído de Carmona de temor de ser escuchado. Esa mujer es mía, Carmona. Lo conozco en el exterior que veo cruzar por su rostro cuando me mira, en la angustia que se asoma a sus ojos y en la palidez de su frente de nieve. Esa mujer es mía, Carmona. Me lo dice mi corazón en sus latidos, lo siento circular en la sangre de mis venas y repetir en el mismo eco de mis pisadas. Siento adentro de mí una voz como el cielo, que me dice que doña Dolores me ama como me amó mi María, con una fuerza de pasión que no un caos en aquel momento. Pensaba en el inmenso amor que creía haber visto en la mirada de Dolores como una revelación del cielo. Pensaba que tal vez aquella mujer fuese un imposible para él, que pronto tendría que volver para el pueblo, y que tal vez no la volvería a hallar en su camino.

Y entonces sentía el corazón oprimido y pasar por su espíritu una agonía terrible. De repente volvía su pensamiento a don Ramón, su frente se obscurecía y se sentía desfallecer.

Aquel hombre era el dueño de la mujer que él amaba, y cuya sola mirada hacía temblar su espíritu como un gota de rocío. Y aquel hombre podía llevarla de repente, robarla a su amor, para gozar a su albedrío de una caricia forzada y quizá hecha con repugnancia.

Y se sentía desfallecer como si la muerte cayera de improviso sobre su cabeza.

Carmona lo miraba, veía por los cambios de la fisonomía la batalla que se libraba en el noble corazón del paisano, y sentía que el dolor del amigo, repercutiendo en su corazón, lo enternecía hasta las lágrimas. Pero guardó silencio, respetando la meditación a que se entregó el payador.

La luz de los fogones, falta del alimento, fué muriendo poco a poco. Los paisanos envueltos en sus ponchos, se habían ido tendiendo al calor de la lumbre, y quedándose profundamente dormidos.

Poco después el silencio misterioso del campo, turbado de

cuando en cuando por el relincho de los caballos, indicó que todos estaban entregados al reposo, menos los dos paisanos que, con la mirada fija en la lumbre, estaban entregados a sus pensamientos.

También Benita permanecía despierta aguijoneada por la desesperación y los celos. Soñaba despierta en su venganza, venganza terrible si llegaba a realizarse.

—Yo los espiaré, y los espiaré tanto, murmuraba, que llegaré a encontrarlos entregados al goce de su amor. Y entonces llamaré a don Ramón, y lo pondré delante de su mujer traidora, para que pueda despedazarle el corazón, como ella me despedaza el mío.

Y en la mirada de Benita se veía impresa una de aquellas resoluciones que sólo la muerte hace cambiar.

Poco después la misma Benita, vencida por el sueño y el dolor, quedaba dormida al lado del fogón. Sólo quedaban despiertos Santos Vega y Carmona, y fija en el fuego la mirada de ambos.

CELOS

Apenas se levantaba el sol de la faja del horizonte, cuando la estancia volvía a la vida entre el bullicio de los que la habitaban. Todos los fogones se encendían a un tiempo y las pavas de agua armaban un original concierto de chillidos, como para prevenir que ya podían empezar con el cimarrón.

Los peones, apenas tomaban un par de mates, montaban a caballo para salir a la recogida, y echar al corral, después de apartarla, la hacienda que se había de marcar ese día.

El bullicio general distrajo el pensamiento de los dos amigos que no habían reposado en toda la noche. La primer mirada de Santos Vega fué para la casa donde dormía doña Dolores.

—Parece increíble, dijo Carmona, como atan a un hombre sobre la tierra la hermosura y el amor de una mujer. ¡Lo que no consigue la amenaza más brutal ni el sufrimiento más acerbo, lo logra la más insignificante mirada del ser querido! Uno tiene cariño, hasta para el polvo que marca su pisada y la yerbita donde descansó su mirada. Todo lo que de ella viene tiene un encanto inexplicable, y la ambición se modera hasta el punto de considerarse uno feliz con sólo verla pasar. El sol que la acaricia con su rayo, tiene más esplendor que el de los otros días, y la ráfaga de viento que ha cruzado por entre sus cabellos, tiene más perfume que la flor más delicada, porque es un perfume que se aspira con angurria y que dilata el corazón enamorado bajo la luz de sus

ojos. Y no se piensa en nada que de ella no venga, ni tiene mayor encanto que la música de su palabra, que canta en el alma con un preludio de Dios. La voluntad desaparece por completo; porque uno se siente amarrado a la menor variación de su sonrisa de ángel. Se vive una vida sin muerte, porque a cada instante se renace como en un mundo nuevo, y cada momento que pasa es un nuevo placer que aspira con todos los sentidos. La carne tiembla tan sólo al rumor de sus ropas vaporosas y el espíritu gime tímidamente ante el más insignificante ademán de su mano. El mundo del amor, hermano, no tiene explicación posible, porque se siente sin poderlo expresar. Por eso es que una mirada habla más que un libro, y en cada hebra de sus pestañas hay más luz que en el astro más esplendoroso. Cuando usted encuentre a su Dolores sobre el mundo, hermano, comprenderá lo que no puedo decirle, porque no conozco el idioma que lo traduce.

Y a medida que hablaba, la fisonomía del payador adquiría un brillo extraño. Su boca sonreía con una infinita expresión de bondad, y por sobre los pliegues de su camiseta se percibían distintamente los latidos de su corazón hidalgo. Carmona lo miraba con admiración y con encanto.

Se había quedado con el mate en una mano y lo pasaba en la otra, pendiente de la entusiasta palabra de su amigo.

—Yo no sabía que se podía querer así, dijo. ¡La pucha, que es lindo sentir todas esas cosas que usted dice, hermano! ¡La primera mujer linda que caiga al pago, aunque esa la del mismo gobierno, la enamoro y le pido que me haga vivir un poco de esa vida en que nunca se muere!

Vega sonrió ante la inocencia de su amigo. Era un espíritu superior y artístico encerrado en el cuerpo de un gaucho, y la misma inocencia de Carmona, destituída de toda malicia, tenía para él su encanto.

Comprendía y apreciaba las hermosas prendas del corazón de su amigo y disculpaba y discutía sus salidas de tono con una bondad fraternal.

El payador apartó la mirada de la pieza de doña Dolores, y la fijó en el fogón donde la noche anterior había quedado la Benita.

Su frente se obscureció entonces y de su mirada se borró aquel brillo de pasión que la iluminaba poco antes. Allí estaba la Benita con la cabeza agobiada como bajo el peso de una terrible desventura. De cuando en cuando alzaba la mirada, que tan pronto pasaba en la dirección en que se hallaba Santos Vega, tan pronto la dirigía llena de odio a la casa de Dolores.

—Es extraño el temor que me inspira esta mujer, dijo el payador a su amigo. Tengo el corazón muy leal, y de repente se

oprime como anunciándome una desgracia. ¡Está de Dios que nunca he de poder ser feliz sobre la tierra!

—En estos momentos, replicó Carmona, la Benita es muy capaz de armar algún escándalo; pero en cuanto esto se acabe y se vaya, poco o nada podrá hacer. ¡Dios lo quiera así!

Benita, entretanto, iba sintiendo crecer su odio por aquella mujer, que en un momento le había arrebatado toda su felicidad, al robarle el amor de aquel hombre. No abandonaba un instante sus planes de venganza, y deseaba ardientemente, para poder cumplirla, que creciera la pasión que la dominaba.

De pronto, y muy avanzada la mañana, las habitaciones de don Ramón se abrieron, y empezaron a salir todos los puebleros a respirar el aire delicioso de aquella espléndida mañana. Entre ellos salía doña Dolores, cada vez más bañada en la majestad escultural de sus irreprochables formas.

Todos se detuvieron a contemplar con mirada curiosa el paisaje original que presentaba la estancia con sus cien fogones, ofreciendo cada uno de ellos un grupo diverso y un cuadro distinto.

Aquí estaban los haraganes tomando un mate entre los últimos bostezos del pasado sueño; allí los jugadores de taba engolfados en su partida, y más allá los bebedores, reunidos alrededor de los cadáveres de los medios frascos que habían escurrido con sin igual maestría.

La mirada de doña Dolores vagó por todos ellos como buscando un punto de reposo, hasta que se detuvo allí donde estaban Carmona y Santos Vega, que se sacó el sombrero con ese respetuoso recogimiento del que penetra a un templo.

Dolores sonrió y contestó con un movimiento de su mano aristocrática al saludo del paisano. Dos miradas se hallaban entonces fijas en ella: la mirada apasionada y ardiente del paisano y la mirada de Benita llena de rencor y de celos mal reprimidos, porque no trataba de disimularlos.

Doña Dolores debió sentir la influencia maléfica de aquella mirada, porque instintivamente dió vuelta la suya y la fijó en la paisana. Ya doña Dolores había comprendido que en Benita tenía una rival dispuesta a no ceder el campo.

¿Qué mujer no adivina todo lo que le es hostil? Pero su orgullo la hacía ocultarse a ella misma la competencia que pudiera hacerle aquella mujer desgraciada.

Santos Vega siguió la dirección que marcaba la mirada de Dolores, y vió a Benita lívida y amenazadora, respirando odio y venganza que sonreía de una manera fatídica y no pudo dominar un estremecimiento de pavor.

Sintió deseos de saltar sobre Benita y aplastarla como un reptil cuya picadura amenaza la vida. El payador empezaba a sentir cierto odio por Benita a medida que su amor crecía por Dolores.

Veía en ella un peligro para la mujer querida y trataba de arrancarlo de su camino.

—Lo hablaré con el amigo Gabriel, se dijo; aunque no, porque sería descubrir la llaga.

—Es preciso, dijo entonces a Carmona, que te ocupes de vigilar de cerca a Benita, porque en sus ojos miro el brillo de una puñalada.

—No hay cuidado, repuso éste; yo la tendré siempre al alcance de mi mano.

Los peones que arriaban las haciendas que se habían de encerrar fueron llegando, y el grupo compuesto por doña Dolores y sus amigos se dirigieron a otro lado.

Santos Vega la siguió con una mirada donde se pintaba toda la ansiedad que sentía. Y ella se alejó contestando amistosamente a los saludos que de todas partes le dirigían, sin dejar de mirar al payador, como al acaso, encontrando siempre su mirada fija en ella.

Los peones se ocuparon en encerrar los animales y parar las marcas. Y después de almorzar don Ramón y su comitiva, pues el gauchaje había churrasqueado temprano, empezó la yerra con gran actividad, porque había mucho que marcar.

Como en la tarde anterior, todo el paisanaje acudió de los fogones al corral, a echar una manito a los que trabajaban. Allí estaba también Santos Vega, a poca distancia de Dolores, aprovechando la distracción general, para envolverla en su amorosa mirada. Carmona, por primera vez, no estaba al lado de su amigo, pues se hallaba confundido, en el grupo donde se encontraban el amigo Gabriel y sus hijas.

Había prometido a su amigo no perder de vista a la Benita, y cumplía su palabra. Y como era al lado de Benita donde estaba, los copañeros atribuían aquello a sus amores con la paisana.

—Debe ser fuerte, decían, el lazo que ha echado Benita a Carmona, cuando éste se separa de su amigo por estar con ella. Y aquellos que conocían los amores de ésta con Vega, interpretaban de otro modo la acción de Carmona, esperando que no pasaría la noche sin que una lucha sangrienta viniera más tarde a romper aquella amistad que parecía formada por tan estrechos vínculos.

La yerra continuó aquel día llena de peripecias y escenas grotescas, relacionadas con la marcación.

El negro Diablo, a quien desde el porrazo nadie había visto la cara, más aliviado, se presentó en los alrededores del corral, y se acercó a Santos Vega para cumplimentarlo por la ensillada del potro que lo basureó tan fiero.

—Está de Dios que en todo ha de ser superior a mí, dijo; esto es porque se me figura que usted es algo mío y le tengo más apego que si yo lo hubiera criado.

Santos Vega, mientras el negro Diablo estuvo a su lado, dejó

de mirar a Dolores, por temores que éste fuera a leer en sus ojos lo que pasaba en su espíritu.

Pero así que aquél se alejó a echar su media docena de famosos piales, volvió a desplomar su mirada sobre la hermosa cabeza de Dolores.

El amor, como la maternidad, vuelve valiente a la mujer más tímida. Ella es capaz de arrostrar el peligro más inminente y la muerte misma, en uno como en otro caso.

El peligro tiene cierto atractivo para ella, cuando lo arrostra por salvar a su amante o a su hijo, y la muerte misma en este trance tiene para ella un encanto inexplicable.

Así Dolores, tímida hasta la exageración, que otra vez hubiera temblado ante la mirada de don Ramón, retemplada en el amor de Santos Vega, sentía con cierto desprecio la mirada llena de odio y veneno que sobre ella tenía fija Benita. En esa mirada creía entrever una amenaza a su vida y sonreía con el mayor desprecio.

¿Qué podría importarle su vida misma a una mujer que por amor de su amante desafiaba la vergüenza, el deshonor y la cólera de su ofendido esposo?

Así es que cada vez que se encontraba con la mirada siempre amenazadora de la paisana, sonreía con un desprecio lleno de soberbia, como si se hubiera tratado del odio de un insecto miserable. Y este desprecio hacía crecer la ira que dominaba a Benita, que ansiaba el momento no lejano de su terrible venganza.

Cualquiera otra mujer de su condición, apurado el sufrimiento, hubiera saltado sobre la mujer aborrecida y le hubiera hecho sentir el peso de la cólera que la ahogaba.

Pero Benita era un espíritu sereno y valiente, que sin que nada la arredrara, iba marchando a su objeto, dominando todo sentimiento que pudiera apartarla de aquel camino. Así sufría el desprecio con que la miraba Dolores, sabiéndola impotente para pedir su venganza.

Santos Vega miraba aquel drama mudo que tenía por teatro el corazón de dos mujeres que lo amaban, y se estremecía a intervalos, presagiando un desenlace funesto.

Si se hubiera tratado de contener la cólera de Benita, el payador, aunque agitado, hubiera estado más tranquilo. Pero en la mirada de Dolores había visto que desafiaba con desprecio aquella cólera, y era esto lo que más lo aterraba; porque conocía la firmeza del carácter de Benita, y sabía que había de cumplir su venganza, desafiando la muerte misma.

La yerra concluyó junto con el día y en medio de la mayor alegría. Don Ramón y doña Dolores se retiraron, acompañados de sus invitados, a la habitación donde los esperaba una comida magnífica.

—Adiós, Santos Vega, gritó doña Dolores al pasar por frente adonde estaba el paisano; que no tenga que mandarlo buscar esta noche; ya sabe que lo esperamos.

Y volvió su mirada a Benita, como diciéndole:

Ahí tienes, infeliz, el caso que hago yo de tu cólera y de tus amenazas.

Un relámpago cruzó la mirada de Benita. Parecía que iba a lanzarse sobre doña Dolores.

—Andá, no más, murmuró; veremos quién la saca mejor al fin de la partida.

Y seguida siempre de Carmona, se dirigió adonde estaba Santos Vega, que extasiado seguía el rastro de doña Dolores.

—Buenas tardes, Santos Vega, dijo; vengo aquí aunque sé que ya nada te importa, a pedirte el último favor de mi vida. Y la mirada de Benita relucía por las lágrimas que apenas podía contener.

Santos Vega no pudo reprimir un estremecimiento que recorrió todo su cuerpo.

—Podés pedir con franqueza, repuso; ya sabés que siempre mi corazón ha sido leal.

Benita sonrió, en medio de sus lágrimas, con un sarcasmo que heló la sangre en las venas del payador.

No es mi objeto pedirte cariño, continuó, porque ya sé que no podrás dármelo. Lo que yo tengo que pedirte es más sencillo y más barato. Me vas a hacer el favor de no ir esta noche a lo de doña Dolores.

El payador se puso lívido. Hubiera preferido una puñalada a aquel pedido.

—Es el último favor que te pediré en mi vida, concluyó, y espero que no me lo negarás.

El payador quedó silencioso, como si no supiera qué contestar. Por fin, sacudió el aturdimiento que experimentaba, y repuso con toda calma:

—¿Qué bien o qué mal puede reportarte que yo vaya o no a casa de doña Dolores? Ella me ha llamado y no habrá una razón bastante fuerte para disculpar mi desprecio. Ese es un desatino, Benita, porque, si soy un gaucho, ya sabés que no soy un guarango.

Benita estuvo contemplando un momento al payador con ademán provocativo y amenazador.

—Está bien, le dijo al cabo de un momento; sabía que te ibas a negar a mi pedido, pero quería prevenirte para que no te quejes de lo que suceda. Esa mujer maldita me ha robado tu amor y me lo ha pisado con su desprecio. Yo estoy dejada de la mano de Dios para sufrir estas cosas, y he jurado vengarme de

una manera terrible, hiriendo a los dos del mismo golpe. Yo podría hacerlo sin decirte una palabra, pero soy leal, Santos Vega, y sé que la razón me sobra. Sé que al hablarte así estoy provocando tu cólera; veo temblar tus labios a impulsos de una maldición: pero poco puede importar tu cólera a quien ha perdido tu amor. Si quieres vivir tranquilo e impedir mi venganza, te aconsejo que me mates, único medio que pueda darte un resultado. Mátame, Santos Vega, mátame; y al mismo tiempo que logres tu objeto, yo dejaré de sufrir. ¿Por qué todavía, en ancas de haberme robado tu amor, me han de martirizar haciendo alarde de ultrajarme? Mátame, Santos Vega, y me habrás hecho el mejor servicio de mi vida.

Y al concluir de hablar, Benita rompió a llorar de una manera desesperada.

La noche había caído por completo; todos los paisanos se habían retirado a sus fogones, y sólo quedaban allí, confundidos entre las sombras, el payador, Carmona y las dos hermanas.

Santos Vega estaba vencido y vacilante entre el amor de Dolores y la desesperación de Benita. Su corazón noble sentía profundamente el mal que causaba, pero una fuerza invencible lo arrastraba hacia el amor de Dolores.

El prestigio de la suprema belleza de ésta y el mundo de amor que había soñado, triunfaron por fin de la desesperación de Benita.

—Yo no te mato, Benita, dijo, porque ni me has dado motivos, ni soy un asesino. Si algún átomo de estima guardas aún por mí, apártate del camino que sigo y déjame luchar solo. Adiós, Benita, algún día podré explicarte lo que pasa por mí.

Y picó su caballo, que partió como una flecha.

—¡Andá no más!, exclamó la joven hundiendo la mirada entre las sombras de la noche. La felicidad que me robas no la ha de gozar nadie; te lo juro por la salvación de alma.

—No vale la pena hacerse mala sangre por lo que no tiene remedio. Si Santos Vega no te quiere, déjalo no más, que no te ha de faltar quien te quiera como una reina. El cariño no se trae a lazo como la hacienda vacuna. Al que no quiere a una mujer, es preciso dejarlo ir, porque perseguirlo es para peor.

—Es que todos los hombres no son Santos Vega, Carmona, y la que ha querido al payador no puede ya querer a nadie. A mí Santos Vega me deja por otra, y yo no quiero que esa otra disfrute el bien que me roba. Yo lo dejaría en paz si el no viniera a refregarme en las narices que hay otra mejor que yo, por quien él muere, mientras yo me desespero y vivo llorando. Esa mujer es una perdida, Carmona, y Santos Vega un falso. Yo le pedí que no fuera a su casa para ahorrarme ese nuevo

dolor, y él no ha querido consentir, porque poco ya le supongo. ¡Así, no puede quejarse de que yo me vengue, porque hasta las hormigas, Carmona, tratan de morder el pie que las aplasta. Nadie se deja matar en silencio, mucho más cuando la muerte viene a ser un favor que uno recibe, después de haber apurado hasta el último ultraje.

Carmona siguió pidiendo a Benita que olvidara, pues nada iba a remediar con vengarse, sino hacerse odiar por su hermano.

—Poco me importa su odio, faltándome su amor, terminó. Así como yo soporto su odio y el martirio de verme despreciada, así ella ha de sufrir el desprecio y la vergüenza. Porque yo soy libre, Carmona, y puedo querer a cualquiera, mientras que ella tiene un marido y a él sólo puede querer. Para pagar un amor robado, robado a una infeliz que ningún mal le había hecho, ella roba otro amor que no le pertenece, y que no puede dar sin sentirse morir de vergüenza. ¡Oh! Lo que yo sufro, sólo yo lo sé, y es preciso que quien así me hace sufrir sienta en su propio corazón el veneno que derramó en el mío.

Y emprendió su marcha en dirección a los fogones, a cuyo alegre fuego el paisanaje preparaba la cena.

Todo era alegría y chacota.

Al volver de la yerra, don Ramón había hecho repartir nuevas raciones de vino y ginebra, que los paisanos echaban a sus correspondientes estómagos, con avidez creciente. Las guitarras no callaban un sólo momento, y de todos los grupos y fogones salían mil cantos picarescos o sentidos, dedicados todos ya a don Ramón ya adoñaDolores.

Santos Vega, dominando la tormenta que sentía estallar en su corazón, había pasado indiferente ante aquel alegre bullicio, dirigiéndose al paraje donde había sentado sus reales con Carmona, lejos de los demás.

El amor de Dolores había hecho nacer en el paisano aspiraciones que nunca había tenido. El veía el lujo que desplegaban los hombres del pueblo que la rodeaban, y a falta de un lujo igual, se esmeraba en el cuidado de sus pobres prendas. Cada vez que se presentaba ante aquella mujer querida, no lo hacía sino después de haber peinado sus cabellos con sumo cuidado y compuesto su sedosa barba.

Así es que cuando llegó a su fogón, el primer cuidado que tuvo fué para componer el desalliño de su traje. En seguida templó su guitarra y se sentó a esperar a Carmona, que no debía tardar si su presencia al lado de Benita no se hacía necesaria.

Santos Vega clavó la mirada en las piezas de Dolores, y allí quedó pensativo esperando a su amigo.

En las piezas de Dolores el estruendo de la fiesta era inmenso.

Por fin, vino Carmona a arrancarlo de su meditación.

—La petiza está dada al infierno, dijo, y es preciso que te precavas, porque sus intenciones son más negras que sus ojos.

—¿Y qué es lo que trama?, preguntó el payador con un acento que más parecía un gemido que palabra humana.

—Yo no lo sé con seguridad; pero según lo que he podido colegir, su pensamiento es descubrir a don Ramón los amores de Dolores, para que éste, vengándose de alguna manera bárbara, vengue también lo que ella llama sus ultrajes. Es necesario, pues, no descuidarse, hermano, para no exponerse a una mala jugada.

—¿Quiere decir que nada intenta contra la vida de Dolores?

—Por el momento, me parece que no; pero es preciso preverlo todo. Benita está irritada de una manera terrible. Los celos son muy malos consejeros, y no será extraño que a cada rato se le ocurra una nueva atrocidad.

—Pues a no perderla de vista, exclamó el payador, como si hubiera adoptado una resolución inquebrantable; yo no puedo retroceder un paso del camino que me he marcado. Amo a esa mujer porque a ella me empuja mi destino con una fuerza que no puedo resistir. Quiero seguir mi destino hasta donde me lleva esta ráfaga, buena o mala, sin que basten a hacerme cambiar de rumbo todas las Benitas de este mundo. Y allá me voy, aunque supiera que camino a la muerte. No la pierda usted de vista, hermano, que yo me encargo de los demás.

Carmona preparó un churrasco, que comió apenas estuvo caliente, y se lanzó a buscar la compañía de Benita y del amigo Gabriel, que acababa de renovar su centésimo peludo.

A haber estado él más fresco, la petiza, como la llamaba Carmona, hubiera andado más medida en sus procederes; pero como éste sólo se ocupaba en beber, Benita andaba gozando de completa libertad.

Cuando acabaron de comer en lo de don Ramón, empezaron a acudir los paisanos, llamados por el estanciero, los encargados de tocar la guitarra, y por simple curiosidad, los otros.

Santos Vega, en cuyos oídos resonaban aún las palabras de Dolores, llegó también con su guitarra a media espalda. Peinado y en perfecto estado de aseo, el payador estaba hermoso.

Al franquear la puerta se encontró con la mirada de fuego de Benita clavada en la suya. Aquellas dos miradas cambiaron un rayo de amenaza, que no pasó desapercibido para Dolores, que desde su llegada no perdía de vista a la paisana.

Santos Vega se puso tan pálido como un cadáver, pero con paso firme avanzó hasta el centro de la sala donde estaban los guitarreros.

En ese momento estaba un rengo cantando unas décimas que remataban con este estribillo:

De valde te estoy mirando
cara a cara y frente a frente,
yo no te puedo decir
lo que mi espíritu siente.

Como las coplas eran de lo más picaresco que se oía entonces, cada una de ellas era saludada con un trueno de aplausos y bravos, que causaban el entusiasmo de los oyentes.

El rengo terminó con una graciosísima copla, en la que pedía disculpa a Santos Vega, por haberse permitido cantar en la presencia del rey de los guitarreros.

—Ahora le toca al payador, dijo doña Dolores. Es preciso que cante algo sentido, reflejo, si es posible, de su espíritu poético.

—¡Qué voy a cantar, pobre de mí, exclamó el payador, que sea digno de usted!

Y miró a la puerta de la pieza, donde sentía brillar la amenazadora mirada de Benita, de cuyo lado no se despegaba Carmona:

Doña Dolores sintió deseos de mandar salir a los paisanos para que, junto con ellos, saliera aquella mujer insolente, que tenía el atrevimiento de venir a provocarla allí, en su propia casa.

Pero un momento de reflexión y la mirada de Santos Vega, la detuvieron cuando ya iba a dar la orden.

Santos Vega estuvo largo rato preludiando la guitarra, con un raudal de melodías íntimas que se fundían entre sí dando al conjunto una expresión de profunda languidez.

Aquella serie de acordes y notas, en una hilación vaga y cadenciosa, se perdieron poco a poco, tomaron un ritmo regular, y de entre los dedos de aquel hombre verdaderamente inspirado, brotó uno de aquellos *estilos* originales de la campaña de Buenos Aires. De aquellos estilos que son toda una pintura del espíritu, donde cada nota es un quejido y cada frase un poema. Estilo que es preciso que lo toque un gaucho, porque sólo su espíritu sensible puede dar a la guitarra ese tinte de profunda melancolía y de suprema resignación.

Si las desventuras tienen una traducción en música, difícilmente se podrá hacer ésta con lenguaje más conmovedor y expresivo que el triste tocado por un gaucho artista.

Santos Vega miró de una manera íntima a Dolores como buscando en la belleza de aquella mujer la inspiración que sentía faltarle. La luz de los candiles se nubló a sus ojos; todo cuanto lo rodeaba desapareció ante ellos que sólo vieron a Dolores, cuya belleza crecía por momentos ante el espíritu del payador.

Y siempre con la mirada fija en la mujer querida y estremecido por la impresión del momento, cantó como sólo puede cantarse en situaciones análogas.

Era una glosa del estribillo que había cantado el rengo, hecha

en las cuatro amorosas décimas que conserva la tradición y que van en seguida:

Eres la preciosa flor
que entre mil se alza triunfante,
por su aroma más fragante
más bella por su color.
Yo soy triste picaflor
que a tu alrededor volando
va eternamente anhelando
hasta tu cáliz llegar,
mas no la puedo alcanzar
de valde te estoy mirando.

Eres luz esplendorosa;
el que te mira enceguece,
y ante tí, sombra parece
la estrella más luminosa.
Yo, ligera mariposa,
quiero en ella, febriciente,
consumirme de repente,
mas no puede ser así
aunque me encuentro de tí
cara a cara y frente a frente.

Eres la hermosa sirena
que con tu canto enamora,
de sonrisa seductora
de mirada que enajena.
¡Tú, mujer de encanto llena,
no sabes lo que es sufrir!
sin poderlo resistir
lloro, perdida la calma;
pero, lo que siente mi alma
yo no te puedo decir.

Eres el ángel divino
que allá en la imaginación
ha formado la ilusión
que endulzará mi destino.
¡Hoy te encuentro en mi camino
y suspiro tristemente
al mirar que inútilmente
por tí sufre el alma mía,
tal vez sepas algún día
lo que mi espíritu siente!

Al empezar sus décimas, Santos Vega había dejado de mirar a Dolores, fijando sus ojos en el diapasón de la guitarra. De esta manera disimulaba que había cantado para ella, y sus décimas pasaban por una composición amorosa hecha al caso.

Todos los gauchos cantan amores, aun por el placer de cantarlos; de modo que nada de particular tenían las décimas de Santos Vega.

Pero no sucedió lo mismo con Dolores, en cuyo corazón levantaron un eco arrobador. Ella comprendió las décimas, el sentimiento con que habían sido cantadas y la exquisita delicadeza del payador.

Cuando éste hubo terminado el canto y se hubo perdido entre el bullicio el último acorde de la guitarra, Santos Vega alzó recién la mirada y mostró sus ojos preñados de lágrimas.

Pero sin mirar a nadie, se dirigió al rincón donde colocó la guitarra.

Dolores le siguió en una especie de caricia muda. ¿Quién podría atreverse a decir que el payador le había cantado a ella?

Sólo Benita, para quien cada décima había sido una puñalada terrible, pues en ellas había visto todo el amor que por su rival sentía Santos Vega. Y allí, contra la puerta, devoraba silenciosamente sus lágrimas, que el despecho no había podido secar.

Es que el sentimiento era mayor que la ira. Es que a pesar del dolor que apuraba, desde que empezó aquella maldita yerra, lejos de disminuirlo, había hecho crecer su amor por el paisano.

Santos Vega recibió los cumplimientos que por su glosa se le hacían sin levantar la mirada del suelo. Tal vez temía que un relámpago de sus ojos fuese a revelar lo que tanto trabajo había tenido por no dejar ver.

La alegría general borró por completo la impresión que en todos había dejado el canto del payador y los cantos tristes se sucedieron unos a otros sin la menor interrupción.

—Vámonos de aquí, dijo Carmona a Benita. La gente te está viendo llorar, y no hay por qué hacer una mala figura.

Con gran asombro del paisano, Benita se dejó conducir sin hacer la menor resistencia.

Cuando el payador vió salir a Benita y Carmona, respiró recién con libertad. Aquella mirada amenazadora y llorosa le hacía daño, y no le permitía obrar en completa libertad, pues a cada momento temía una imprudencia de la muchacha que fuera a comprometer a Dolores.

Dolores misma, que no temía la cólera de Benita, porque no comprendía su alcance, se sintió más contenta y tranquila.

El payador irradió sobre su hermoso rostro la luz de su mirada, y se acercó a hablar con ella.

Sus modales finos, su conversación agradable y sencilla, y sus décimas, habíanle captado la consideración de todos, de modo que nadie extrañó verlo al lado de Dolores, hablándole con su habitual respeto.

Don Ramón, que estaba cerca, terció en la conversación, pues ésta se refería a la yerra, y al tiempo que permanecerían en la estancia, retirándose poco después a atender a sus invitados, que en esos momentos se entregaban a bailar una polka.

¿Y usted, Vega, no baila? preguntó al payador doña Dolores.

—Me gusta el baile, contestó el payador, pero ahora no bailo, porque no puede hacerlo con quien yo quisiera. Y miró de tal modo a Dolores, que ésta bajó la vista dominada por el rayo de aquellos ojos.

—Parece, siguió diciendo con amargura, que el ser gaucho fuese un poco más que un animal, y aun mucho menos que un hombre. Sentimos como los demás, tenemos dentro del pecho un corazón que late al impulso de las pasiones más nobles, y dicen que la igualdad es la ley bajo la que vivimos; y sin embargo, Santos Vega, sin cometer una insolencia inicua, no podría pedir a usted que le acompañara una polka. Yo comprendo el lugar que se quiere que ocupe, la cocina, donde me mandó don Ramón, y aunque no lo acepto, callo. Doña Dolores, sin vergüenza, no puede bailar con el paisano; y él, desde que no puede bailar con la mujer que ambciona, no baila con nadie.

Doña Dolores sintió toda la amargura de aquellas palabras, y miró a Santos Vega con una mansedumbre celestial. Ella comprendía el dolor que debía sentir aquel joven, y su espíritu se abría a sensaciones nuevas para ella.

Sencilla y apasionada, había sentido nacer en su corazón un cariño íntimo que había ido creciendo hasta convertirse en un vivo y ardiente amor.

Aquel hombre de espíritu artístico y corazón varonil, de hermoso rostro y de traje original, que llevaba con suprema elegancia, tenía algo de fuertemente fantástico que la atraía sin que ella opusiera la menor resistencia, aunque sabía que rodaba a un abismo.

Sentía constantemente sonar en su oído, envuelta en la música de la palabra de Vega, aquella primera frase que arrancó la admiración del paisano su belleza deslumbradora: "Es la primera vez que oigo hablar a una estrella".

Y su corazón se estremecía al recuerdo de las frases de la última décima, y se sentía feliz al verse envuelta en la luz de aquella mirada acariciante. El destino la había unido a un hombre al que tal vez no amaba.

No se ocultaba a su corazón que el amor que sentía por el paisano, era un amor criminal; pero se dejaba arrastrar en su corriente, sin medir las consecuencias que pudiera tener.

Los celos y las amenazas de Benita la habían irritado. Para ella, Benita era sólo una mujer que se atrevía a disputarle el corazón del payador, y entonces se había empeñado su voluntad en conquistarlo por completo.

Ellos no habían cambiado una sola promesa; sus palabras no habían pasado de las que se pueden decir con la mirada; y sin embargo se hablaban como si hubieran cambiado un mundo de enamoradas palabras.

Todo lo que podía decir, ya el payador lo había dicho en sus décimas apasionadas, pues ellas habían ondulado siempre la intimidad de su pasión.

Y ellos se miraban y se hablaban de cosas indiferentes, pero el lenguaje de los ojos era diverso al de los labios. El uno no era más que la forma de dirigirse al otro.

Extasiados estaban en su mutua contemplación, cuando se aproximó uno de los amigos de doña Dolores pidiéndole lo acompañara en la mazurka que se bailaba.

Santos Vega palideció como un cadáver; sintió subir a sus ojos toda la desesperación de su alma. Pero apagó instantáneamente el brillo de su mirada, descansándola en la punta de su bota.

Dolores se estremeció y quedó turbada sin saber qué contestar. Y con esa pasmosa rapidez de pensamiento en la mujer, apareció en un relámpago su situación difícil.

Aceptar aquella situación, era herir en lo más íntimo el corazón del payador, que no podía bailar con ella, y negarse a ello, fuera tal vez un desaire que iría a llamar la atención. Y con un valor asombroso, antes de que el hombre hubiera repetido la invitación, ya ella había resuelto el camino que debía adoptar.

—Si Santos Vega no puede bailar conmigo, se dijo, no he de bailar con otro. Y mientras el payador no se atrevía a levantar la mirada del suelo para no verla partir, ella alzó la dulce mirada, y respondió con una suavidad de voz arrobadora:

—Casualmente estaba diciendo a Santos lo cansada que me siento. Discúlpeme que no lo complazca esta vez, porque si bailo me voy a enfermar seguramente.

Era natural la disculpa, y había sido expuesta con tanta dulzura, que el caballero se retiró sin insistir y sin la menor sospecha del desaire que le hacía.

Las miradas del payador y de Dolores se encontraron de nuevo. La de éste derramaba sobre la mujer querida toda la inmensa dicha de que se había llenado su corazón con su conducta deli-

cada. La de ella había preguntado en su lenguaje misterioso e íntimo.

—¿Qué tal, estás contento de mí?

Después del cambio de aquella mirada, toda palabra estaba de más. Dolores aceptaba el amor del poeta y lo pagaba arrostrando el mayor peligro que puede correr una mujer.

—No me creí digno de tal ventura, murmuró tembloroso y conmovido. La vida que hasta hace poco para mí había sido una carga cuyo peso no creía poder resistir, se llena ahora de una felicidad que jamás me atreví a esperar.

El aire es más liviano y lo que me rodea es más alegre. Me parece que acaeaba de salir de amanecer y me siento bañado por los rayos lánguidos del sol naciente. He nacido a una nueva vida donde no hay noches ni tormentas. Esto es un eterno amanecer, donde la existencia tiene una inmensa fuerza de juventud. Siento dentro de mí algo que crece y vive como la yerba bajo el rocío del cielo después del fuego del sol. Y siento necesidad, una necesidad invencible de moverme, de correr, de hablar, para que la emoción no me ahogue, pues ya me oprime la garganta. Si esto es el premio de los que sufren, yo he sufrido bien poco bajo el peso de mis desventuras, pues por alcanzarle, me siento capaz de sufrir sonriendo, diez veces más todavía.

Dolores escuchaba al payador sonriendo de una manera arrobadora. La música de aquellas palabras acariciaba su oído con una melodía infinita.

Su corazón renacía a sentimientos desconocidos, y se extasiaba en ellos como si deseara que no concluyeran nunca.

—Sigue, sigue, Santos Vega, suspiró cuando la última palabra hubo expirado en sus labios. Sigue, que yo quiero escucharte hasta que muera; que esto se prolongue hasta la eternidad, porque me siento feliz de una manera desconocida.

—No puedo, dijo Santos Vega, volviendo la mirada a la sala y saliendo del éxtasis en que había estado envuelto. Si yo me dejo llevar por mi sentimiento, voy a descubrir lo que tanto nos conviene ocultar. Yo me voy, Dolores, me voy porque tengo miedo. Me parece que todos nos miran y nos leen en el corazón. Voy a desplomarme sobre mi dicha, a acariciarla, a sentirla, porque me parece mentira.

—¿Y Benita? preguntó Dolores sonriendo.

—Benita, replicó el payador, es un grano de tierra colocado como un escollo en mi camino. Todo, todo para mi Dolores: mi corazón y mi vida, mi carne como mi espíritu. Y me parece poco, porque para darlo a ella quisiera tener en mí un cielo con sus astros, con sus nubes y tormentas, con su amanecer y con sus noches estrelladas.

Iba Vega a retirarse cuando se acercó don Ramón y dijo a su esposa sin la menor muestra de sospecha:

—¡Que entretenida estás!, veo que Vega se porta.

—Me estaba contando sus primeros amores, replicó prontamente, y son tan tristes, que me han hecho sufrir sin quererlo. ¡Si lo hubiera sabido no le pido que los cuente!

—Con su permiso, interrumpió el payador, tengo que reparar mi caballo. Y se alejó de allí con paso rápido y sereno.

Cualquiera que hubiera ido a su lado, le hubiera sentido exclamar con concentrada ira:

—¡Es tuya, pero yo te la robo, hombre orgulloso y necio. ¡El corazón del gaucho ha podido más que el tuyo. Me has mandado a la cocina y el gaucho se te ha metido en el corazón, donde no puedes luchar con él. ¡Dios nos ayuda, don Ramón! ¡Hay bienes que no se conquistan con la plata ni con traje de señor!

Y llegó a un fogón donde se puso a esperar a Carmona, y a meditar sobre los días de ventura que le esperaban, como recompensa de lo que había sufrido.

La sed de su alma se había mitigado.

Por fin la vida ofrecía a su desolación eterna algún encanto. y sonreía al pensar que también él, el gaucho canalla, iba a poder vengarse del orgulloso señor, arrebatándole la prenda más querida y que más estimaba: ¡el corazón de Dolores!

Esta, por su parte, pasado el primer momento de entusiasmo, recapacitaba sobre su diálogo con Santos Vega.

Habría cometido una imprudencia de la que se arrepentiría más tarde, al haberse dejado llevar de los impulsos de su corazón

Santos Vega la amaba con pasión y con delirio; sobre esto no había la menor duda. Pero allí estaba su marido que en su ciega confianza le pedía en el lenguaje misterioso de la conciencia, estrecha cuenta de su corazón, rendido a los pies del payador.

Había cometido una imprudencia que ya no tenía remedio, pero de la que tampoco se arrepentía.

La historia de sus amores con don Ramón era una historia fría, en la que sólo había jugado la razón de las mutuas conveniencias.

El corazón permanecía intacto, porque no lo habían sabido conmover, y el primer hombre que supo tocarlo con una palabra apasionada, lo había rendido sin luchar.

Y para disimular la turbación que experimentaba, siguió mintiendo con raro aplomo.

—Es triste la historia de este pobre hombre, dijo a su esposo. La desgracia lo ha perseguido por todas partes sin darle un momento de tregua. Y si no hubiera sido por mi empeño con los

alcaldes, no lo hubiéramos tenido aquí, porque entre él y la justicia hay un abismo de sangre y una historia de luto.

—No te dejes impresionar por eso, dijo don Ramón, estos diablos exageran las cosas para inspirar más lástima y pasarlo mejor.

—Pues ya saben fingir bien, replicó doña Dolores. En fin, el resultado es que este diablo me ha entretenido con su cuento y sus dicharachos, porque pintaba las cosas lo mismo que si hubiesen pasado.

Y para que don Ramón no fuera a notar la agitación que sentía, se mezeló a los demás invitados que bailaban con envidiable alegría.

Don Ramón no había notado nada.

No tenía por qué abrigar la menor desconfianza en Dolores, y el disimulo de ésta había sido asombroso.

Así es que siguió obsequiando a sus invitados y tratando de que el baile se prolongara lo más que fuese posible, pues su solo intento al preparar aquella fiesta no era otro que distraer a Dolores y proporcionarle todas aquellas alegrías, que estuviesen al alcance de su mano.

El cansancio era general aquella noche. El día había sido agitado, habían madrugado después de una mala noche y el sueño empezaba a veneerlos.

Un fuerte dolor de cabeza que dijo doña Dolores le había acometido, hizo que el baile terminara con gran desagrado del paisanaje, naturalezas incansables para las diversiones de aquel género.

Así, todos se retiraron dejando a las familias que se entregaran al reposo.

Un momento después las piezas de don Ramón quedaban envueltas en el silencio, mientras el mayor bullicio reinaba en los fogones.

UNA VENGANZA TERRIBLE

Vencida también por el sueño y la agitación terrible de su espíritu, Benita se había entregado al sueño. La pobre muchacha no había podido sobreponerse al naufragio de su amor, y la desesperación había debilitado sus fuerzas. Carmona aprovechó aquel sueño para trasladarse en busca del payador, con quien deseaba conversar ardientemente.

Hacía dos días que se encontraba de él separado para cuidar a la vengativa Benita. Así es que cuando se vieron los amigos, sintieron alegrarse el corazón y se dieron un abrazo formidable.

—¿Qué sucede, hermano? ¿Cómo va la cosa? Estas fueron las primeras preguntas que se cambiaron.

Santos Vega necesitaba partir con alguien el placer inmenso que sentía, pues, según su propia expresión, era mucho para un solo hombre. Así es que apenas se sentaron agarró el medio frasco y se echó al colete un buen trago después de haber invitado a su amigo, que extrañó mucho verlo beber sin que nadie lo incitara a hacerlo.

—El cielo se me ha caído encima envolviéndome con su manto, dijo con una alegría que jamás había visto en él Carmona. Soy feliz, hermano, soy feliz hasta volverme loco. Creí que iba a tener que ponerme una vincha en la cabeza para que no se me rompiera.

—¡Cuente, hermano, cuente! replicó Carmona, sintiendo reflejar en su espíritu la alegría del payador. Vuélqueme encima el poncho de sus alegrías y sus dichas, porque puede ser que algo se me pegue.

—En pocas palabras se puede traducir mi mundo, dijo Vega, tomando una expresión de melancólica alegría. Dolores me quiere con la fuerza de pasión de sus primeros amores. Ella me lo ha dicho y yo he visto temblar el amor de sus labios ardientes, en su frente pálida y serena y en sus ojos sublimes.

Su aliento, perfumado hasta embriagar los sentidos, ha pasado sobre mi corazón con un soplo de vida eterna, y su corazón ha latido en el pecho, que se alzaba de una manera agitada al golpe de cada latido. Yo soy un hombre, Carmona: creo que mis propias desgracias son cuentos que he oído en los fogones, pues me parece que toda la vida he sido feliz. Hay un Dios en el cielo, Carmona, que equilibra el sufrir con la alegría, para producir el más celeste equilibrio de la vida. Si yo no hubiera sido tan desgraciado como lo he sido, hoy no podría apreciar toda la inmensidad de este amor celeste, que me ha levantado de las ruinas de mi vida, como dicen que Cristo levantó a Lázaro de un lecho de muerte.

Carmona escuchaba extasiado a su amigo, sus frases lo entusiasmaban y su acento conmovedor penetraba en su espíritu llevando algo de la inmensa dicha que respiraba todo el ser del payador.

—El señor y el gaucho han luchado, dijo, con una ironía inmensa. El campo de batalla ha sido el corazón de una mujer. Y allí donde las partidas de plaza no pueden prestar auxilio, donde cada uno no tiene más armas que las prendas que Dios le dió, el gaucho miserable ha vencido al orgulloso señor. Desde hoy dejo de pensar, añadió tomando una expresión bravía, y al que pretenda arrancar mi dicha, hallará sobre su garganta la punta de mi puñal. Ya se acabó la firmeza, concluyó apelando a su refrán favorito, ¡tan sólo Dios paga bien!

—Al verlo así, contestó Carmona, me parece que me corresponde parte de su alegría, hermano. La yerra ha de concluir ma-

ñana, y así se verá libre de estorbos, porque Benita se ha de ir, y podrá hacer, sin que nadie lo vigile, lo que más le venga en gana.

Al oir aquel nombre, el semblante del payador se nubló un tanto. Tenía miedo a Benita, no por él, sino por lo que pudiera padecer Dolores, porque conocía el espíritu firme de aquella mujer valiente.

—¿Y qué dice Benita? preguntó; ¿siempre piensa en vengarse?

—La petiza ha andado con mandinga en ancas, respondió Carmona jovialmente; pero creo que ahora está más sosegada. Ha llorado tanto, que parecía que las lágrimas querían parar rodeo en sus carrillos, pero la he dejado más consolada.

—¡Gracias a Dios que mañana se acaba la yerra! me dijo cuando salió de la sala. Así dejaré de sufrir. Esa maldita se irá a sus pagos y Santos Vega volverá a mí.

—No hay que fiarse mucho de la conformidad de Benita, repuso Santos Vega, porque es más taimada que una vieja de mal genio. Sin embargo, si se va, que Dios la ayude, y me deje en paz.

Como temían que aquella noche fuese la última de la fiesta, los paisanos estaban entregados a la más frenética alegría. Bebían de una manera monumental, y el bordoneo de las guitarras no cesaba un sólo momento.

Santos Vega miró de una manera frenética a la ventana de doña Dolores; en su cerebro sintió arder toda la fuerza de su inspiración, y tomando su guitarra, la recorrió en un momento febril, dejando oir un arpegio íntimo y apasionado.

Poco después la guitarra de Vega se sobreponía a las otras, que iban callando gradualmente, como avergonzadas por ella, y la voz del payador, más magnífica que nunca, sonó, dominándolo todo, en las siguientes décimas:

Aun cuando lejos de tí
me detiene el hado impío
sé que me quieres, bien mío,
y que has de pensar en mí.
¡Ojalá que siempre así
guarde tu pecho inocente
ese amor en que presiente
tanta dicha el alma mía,
y sin el cual viviría
desgraciado eternamente!

Aunque de tí separado
por mil causas qué lamento,
mi amoroso pensamiento

no se aparta de tu lado.
¡Tu nombre siempre adorado
constituye mi ventura,
y en sus horas de amargura
se alegra mi corazón
recordando con pasión
tu cariño y hermosura!

Aquí el acento de Santos Vega tenía tal timbre de pasión, y la melodía de estilo era tan quejumbrosa, que el corazón de Dolores se conmovió hasta las lágrimas, sintiendo en su seno un mundo de ventura al escuchar estas otras estrofas:

Mi ardiente imaginación
mira en tí un ángel del cielo,
bajado a traer el consuelo
que falta a mi corazón.
¡Mi más risueña ilusión
ha sido, hermoso lucero,
demostrarte el verdadero
amor que mi pecho siente
y que a tu lado o ausente,
vida mía, más te quiero!

En tí, morena querida,
todo mi encanto se encierra
y eres tú única en la tierra
que me hace desear la vida.
Mi corazón no te olvida
por más que no puede verte,
y este anhelo de quererte
que alimenta mi existencia,
tan sólo con su inclemencia
podrá extinguirlo la muerte.

La primera estrofa de Santos Vega fué a encontrar su eco en el corazón de Dolores, que no había podido conciliar el sueño, pensando en la situación terrible en que se hallaba su espíritu.

Entreabrió la puerta del aposento y escuchó, verso por verso, hasta el último pie. Sólo ella sabía que aquellas décimas llenas de pasión, le eran dedicadas, y que el leve temblor que se notaba en aquella voz magnífica, era ocasionado por el recuerdo de su hermosura.

Santos Vega cantó la última estrofa y se quedó como extasiado ante su propia pasión.

Era tal la inmovilidad de su cuerpo y la fijeza con que miraba el espacio, que parecía esperar que la brisa de la noche trajera hasta su oído una frase de amor de su Dolores.

Cuando levantó la cabeza, se halló rodeado de todos los concurrentes a la estancia, que habían sido atraídos por el raro prestigio de su canto. Benita también estaba allí, fijando en el payador su mirada colérica, levemente empañada por las lágrimas.

—Muy bien, Santos Vega, le dijo; la moza que te inspira tus décimas, debe ser muy hermosa y muy feliz. Yo te hago mi cumplimento, aunque poco ha de importante.

Aquella felicitación fué para Santos Vega como el despertar de un sueño feliz bajo la influencia de un puñetazo.

Benita había concluído por hacérsele odiosa. Y sonriendo ella siempre, se retiró a su fogón, sin que el payador hubiera respondido a sus palabras.

Poco después quedaba éste solo con Carmona, combinando alguna medida para verse libre de aquella especie de fantasma, que se había propuesto no dejarlo gozar un solo momento de felicidad.

Y así estuvieron y así se durmieron; muy cerca ya de la madrugada, resolviendo esperar a ver si concluída la yerra, Benita, como el resto de los convidados, se retiraban a su pago.

Al día siguiente se marcaron los últimos animales, concluyendo la fiesta con una corrida de sortija, en la que tomó parte el mismo don Ramón, que era afanadísimo a este juego.

Como esta última parte del programa no se había previsto, fué preciso poner un premio de dinero a las sortijas. Santos Vega corrió dos, como para cumplir y disimular, y se retiró en seguida como para componer su montura. La alegría del paisano se había comunicado hasta a su propio caballo, que retozaba para demostrar a su hábil jinete que participaba de su alegría y felicidad.

Doña Dolores tenía la mirada fatigada por el insomnio, pues no había podido conciliar el sueño, mecido blandamente su espíritu por las décimas del payador.

—Estoy con un poco de dolor de cabeza, dijo a don Ramón, cuando éste le preguntó qué tenía; pero creo que distrayéndome se me pasará.

Como los corredores eran muchos, se había convenido en que los que sacaran dos sortijas, se retiraran para dejar sitio a los demás. Carmona fué el primero que se retiró, embolsando alegremente los diez pesos con que fueron premiadas las dos primeras sortijas.

A Carmona siguió el negro Diablo, que mejorado de su perra-

zo, tomaba parte en la corrida, y a éste una docena de paisanos más hábiles.

Quedaban, pues, los más chambones, disputándose los últimos premios, que sacaban ya con más dificultad.

Dolores no apartaba un momento la mirada del payador, que había recostado los brazos sobre el cabello, como esperando su turno.

—¿Qué, usted no corre?, preguntó. ¡Es una vergüenza que el mejor corredor se haya retirado sin sacar un premio!

—Es que no hay un premio que me halague, contéstó melancólicamente. Estoy esperando que pongan el especial para tratar de sacarlo.

—Vamos a ver si es verdad, concluyó doña Dolores sacando de su dedo meñique un precioso anillo de esmeraldas, y dirigiéndose a don Ramón:

—Para dejarles un recuerdo mío, le dijo, y en el interés de ver correr a Santos Vega, voy a poner de premio esta sortija para el que la saque, ¿quieres?

Al oir esto, Santos Vega estuvo a caballo con una rapidez vertiginosa.

Se hubiera dicho que se había movido a impulsos de un golpe eléctrico.

Don Ramón, que sólo deseaba ver contenta a su esposa, tomó la sortija, que bien podía considerarse como el gran premio del día, respondiendo:

—No hay inconveniente, pero con la condición de que yo he de tomar parte en la corrida. El premio es demasiado valioso para que yo no lo dispute.

Santos Vega se acercó a don Ramón, a quien le dijo jovialmente:

—El patrón se empeña en vano, si es que me permite correr, porque la sortija la he de correr yo. Tengo mi amor propio que al correr la sortija no haya quien me gane.

—Bueno, amigo, replicó con benevolencia aquel hombre, inocente de lo que pasaba en el corazón del payador y su esposa. Pero por lo mismo que usted es maestro, me va a dejar correr primero.

—No sólo una, sino dos veces, dijo Santos Vega. Yo lo he visto correr, patrón, y usted no puede ganarme.

Don Ramón se fué a acomodar la sortija, y Santos Vega quedó adelgazando el palito que tenía en la mano. El anillo era sumamente pequeño, por cuya razón iba a ser difícil sacarlo; pero en esto mismo fundaba sus esperanzas Vega, que en realidad era un famoso corredor de sortija.

Doña Dolores miraba con cierta ansiedad aquellos preparativos.

Su esposo y el hombre a quien amaba con locura iban a disputarse un premio ofrecido por su mano y que le constituía una prenda suya.

Y por más que Dolores amaba a Vega, estimaba por lo menos, a su esposo y sentía el rol ridículo que jugaba ante su propio corazón, único testigo de sus amores, según creía.

—¡Vamos a ver, hermano Carmona!, gritó Vega radiante de alegría; es al único que tengo recelo.

Carmona, que estaba dispuesto a no correr, pues comprendía que no debía hacer la competencia a su amigo, vió la imperceptible guiñada que éste le hizo y saltó a caballo.

—Es preciso disimular, pensó, y ayudar a mi hermano; tienen buenas tragaderas estos puebleros.

—¡Yo seré el cuarto! dijo Santos Vega tomando esa colocación. Don Ramón va a correr dos veces, y en seguida mi hermano Carmona: así no se dirá que la he sacado de arriba.

Santos Vega conocía perfectamente que su amigo podía sacar con facilidad la sortija, pues tal vez la corría mejor que él; pero confiaba ciegamente en su cariño y el conocimiento que éste tenía de su rara situación.

Todo el paisanaje venía en seguida, ávido de ganar un premio de tanto valor, y que era además prenda de la patrona.

Don Ramón corrió sus dos veces, pero ni siquiera tocó la sortija.

Además de ser ésta pequeña, el caballo que montaba no era tan tranquilo como se requiere para esta clase de ejercicios.

Don Ramón se retiró a la rueda de sus amigos sonriendo alegremente, pues sólo había entrado por mera broma y por hacer una galantería a su esposa.

Tocó su turno a Carmona, que enristró su palito y abrió desmesuradamente los ojos. Doña Dolores experimentó un profundo sentimiento de pesar.

Había visto sacar a Carmona las dos sortijas que ganó con maravillosa limpieza, y temblaba a la idea de que pudiera sacar la suya.

Ella había querido hacer un presente a Santos Vega, poniéndose al abrigo de toda sospecha, y había elegido aquel único medio de efectuar su deseo, sin que nadie tuviese derecho de hacer la menor crítica.

Si Carmona sacaba la sortija, quedaba defraudada su esperanza y privada de ver al payador dueño de aquel recuerdo suyo.

Y como no estaba en el secreto del mudo convenio celebrado por los dos amigos, no pudo dominar su angustia cuando Carmona oprimió con las espuelas los flancos de su flete y partió en una carrera desesperada.

El palito de Carmona tocó la sortija haciéndola caer al suelo, pero no la ensartó.

Y fué tan perfecto su disimulo y la expresión de despecho con que sujetó su pingo, que el mismo don Ramón no pudo reprimir la risa y contener una broma dirigida al paisano.

—¡Ahora me toca a mí! gritó Vega, cuando hubieron acomodado la sortija; y dirigiéndose a los que debían de correr detrás de él les dijo:

—Pueden retirarse no más, porque lo que es yo no erro.

Doña Dolores estaba como bajo una amenaza de muerte. Si Santos Vega erraba el tiro, perdía la sortija irremediablemente, porque antes que pudiera volver a correr era imposible que uno de los treinta y tantos paisanos que lo seguían no la sacaran.

—¡A su salud, patrona! gritó el payador lanzándose en una carrera vertiginosa.

Y fué tal la limpieza con que sacó la sortija, que sólo se apercibieron de su triunfo, cuando lo vieron volver triunfante con ella ensartada en el palito.

Doña Dolores no pudo contener la suprema alegría que experimentaba, gritando con los demás:

—¡Bien! ¡bravo, Santos Vega!

Los demás corredores se quedaron con un palmo de narices, aunque muy pocas esperanzas abrigaban, desde que Santos Vega y Carmona corrían antes que ellos.

Santos Vega se acercó a doña Dolores, a quien dijo mostrando en su sonrisa toda la alegría que experimentaba:

—Siento no poderla usar, patrona, porque en ella no me cabe ni siquiera una hebra de pelo, pero no por eso la prenda deja de tener para mí valor inmenso, puesto que la guardo en memoria de esta fiesta.

Y fué a confundirse al gran galope con el gentío, temiendo que su amor fuese a brillar demasiado en sus ojos. Don Ramón y sus amigos regresaron a su casa, mientras los paisanos quedaban comiendo *el pato* del último día.

Aquella noche estuvo la fiesta más animada que de costumbre, pues como la yerra había concluído, don Ramón repartió la bebida que le quedaba y carne con cuero a discreción. Santos Vega fué llamado a la sala donde cantó sus más inspiradas trovas.

—Yo necesito hablar una palabra en libertad, Dolores, le dijo el payador en un momento que todos estaban distraídos con el baile. Después de nuestra conversación de anoche y la sortija de hoy, cualquier imprudencia puede perdernos.

—Mañana se ofrecerá la oportunidad, contestó temblorosa doña Dolores. No me pierda de vista, que en cuanto yo pueda encontraré el pretexto.

—Monta mi alazán que vuela como el viento y aflójale la rien-

da como si hubiera desbocado, a la caída de la tarde. Yo me encargo de alcanzarle, y de ahí nacerá lo demás.

Y se retiró en seguida, sin mirar a Benita, que en el sitio de las noches anteriores, no le había perdido de vista.

—Andá no más, murmuró ésta, que mi día se acerca. No me has tenido lástima y vas a ver lo que es sufrir. Y se alejó seguida de Carmona, lanzando sobre Dolores una mirada terrible.

Al otro día el paisanaje había disminuído notablemente. La mayor parte de los peones se marchaban a sus respectivos establecimientos, apurados por los patrones allí presentes.

La yerra había concluído y ninguna falta hacían allí.

Santos Vega y Carmona no pudieron mirar sin cierto despecho que el amigo Gabriel, jinete en una milésima mona, no pensaba moverse de allí con sus hijas.

Doña Dolores con sus invitados, salió a dar un paseo por los alrededores. Santos Vega no se movió de su fogón, al lado de Carmona. Era preciso disimular lo más posible para destruir cualquiera sospecha en la aventura de la tarde.

Dolores, que montaba con admirable seguridad y soltura, ensilló esa tarde un obscuro, brioso y reluciente, que hacía caracolear con suprema elegancia.

El payador, después de enviarle su alma en una mirada, se acerdó a don Ramón, que había quedado en la estancia para hacer la cuenta de los animales herrados.

Con él estuvo toda la tarde contándole picantes aventuras, que el estanciero oía con suma complacencia.

—Concluido ya el trabajo, contestó don Ramón a una pregunta de Vega, hemos de quedar aquí todo el tiempo que Dolores quiera; después, nos iremos para Buenos Aires.

Santos Vega sintió que la muerte se le subía al corazón. ¿Con que todo aquello no era más que transitorio, y tarde o temprano tendría que separarse de su Dolores?

—No puede ser, pensaba el pobre, sería cosa de maldecir hasta la misma dicha.

En esto llegaron doña Dolores y su comitiva. Los caballos venían sudorosos y fatigados, lo que probaba que el paseo había sido largo y sin descanso.

—Me alegro de encontrarlo aquí, Santos Vega, dijo ella, echando pie a tierra, ayudada por don Ramón; porque tengo que pedirle un servicio grande, y porque sé que no me lo va a prestar a dos tirones.

—¡Qué ocurrencia, señora! replicó el payador. Como si tuviera yo con qué pagarles las bondados que les debo desde que estoy aquí.

—Pues el servicio se reduce a que me preste su famoso ala-

zán. Tengo antojo de montarlo, y como ustedes se pueden ir de un momento a otro, ha de ser ahora mismo.

—¡Por el aire, mi señora! replicó el payador. El alazán es muy manso, como que ha sido de la silla de mi madre, y aunque es vivo y voluntarioso, usted es muy de a caballo y lo dominará.

—Pero ¿qué antojo es ese? preguntó don Ramón. ¡Mirá, Dolores, no te vaya a suceder una desgracia!

—Nada ha de suceder, contestó ella con inocente alegría. Es un capricho que tengo desde que ví ese caballo, que quiero realizar antes de que se vaya Santos.

Mientras los esposos hablaban de este inusitado antojo, Santos Vega se echó al hombro la montura de Dolores y se fué a su fogón, donde estaban atados sus fletes, a los que Carmona acababa de dar agua.

—Su caballo es el único que puede acompañar a mi alazán, le dijo: póngale mi montura, hermano, y téngalo listo para saltarlo.

—¿Qué sucede, hermano? preguntó el paisano, algo alarmado.

—Nada de peligro, esté tranquilo. Es que tengo que alcanzar a mi alazán, que va a montar Dolores, y nada más.

Santos Vega ensilló su caballo con increíble esmero, y después de darle una repasada con su poncho, lo llevó donde estaba Dolores. Carmona ensilló su pingo con el apero de Santos Vega y para lo que pudiera suceder, echó su carona al overito rosado.

Santos Vega ayudó a subir a doña Dolores, a quien como última recomendación, dijo:

—Téngale la rienda corta, mi señora, porque es un pingo muy alegre. Por lo demás, no tenga cuidado.

Y mientras ella se alejaba al tranquito seguida de sus amigos, él quedó con don Ramón, ponderando la gracia con que doña Dolores manejaba el pingo.

No habrían andado una cuadra, cuando al pasar por un fogón, el alazán pegó una terrible espantada. Doña Dolores lo dirigió hacia la causa de su miedo, y le dió dos latigazos por vía de correctivo.

Don Ramón palideció y un grito de agonía partió de entre los que acompañaban a su esposa.

El alazán partió como una flecha, mientras de todas partes se escapaba este grito terrible:

—¡Se ha desbocado el caballo! ¡Se ha desbocado el caballo!

Y don Ramón, embargado por el espanto, pudo ver que su esposa abandonaba el látigo y la inútil brida, y se prendía a la cabezada de la montura en ademán desesperado.

—¡Maldita sea mi suerte! gritó a su lado Santos Vega, y se abalanzó sobre el caballo de Carmona, ensillado con su recado, sobre el que saltó como arrastrado por la leve brisa.

—¡Toda mi fortuna si la salvas! le gritó don Ramón.

Y el payador, inclinado el cuerpo sobre el cuello del corcel, se lanzó a la carrera en la dirección donde ya desaparecía el alazán envuelto entre los últimos destellos del día y las primeras sombras de la noche.

Los de la comitiva, que eran personas del pueblo y poco de a caballo, se habían detenido aterrados, ignorando el partido que habían de tomar. Muchos de los paisanos, sin tiempo para ensillar, habían saltado en pelos, pero volvían con la desesperación pintada en el semblante al conocer que todo esfuerzo sería inútil.

El alazán se había perdido de vista, y sólo quedaba como un punto negro, próximo a desaparecer también entre las sombras de la noche, el payador Santos Vega, que corría como un desesperado.

Un poco más atrás también, y aunque en caballo menos rápido, se veía otro jinete, que hacía desesperados esfuerzos por alcanzar al primero.

Era Carmona, que creyendo como los demás que el alazán se había desbocado, montó en el overito y se lanzó en protección de su amigo.

La noche concluyó de tender su negro manto y los tres jinetes desaparecieron en el horizonte. Don Ramón y los amigos que habían acompañado a Dolores, quedaban sumidos en la desesperación más terrible.

Ya veían a Dolores rodar y hacerse pedazos bajo el cuerpo del caballo. Ya la veían sin fuerza y vencida por el espanto, caer del caballo, y ser arrastrada por él, que destrozaría bajo sus patas aquella cabeza magnífica.

Don Ramón no pudo permanecer más tiempo en aquel estado de incertidumbre, mil veces peor que la muerte, y mandó que ensillaran su mejor caballo, pero tuvo que ceder ante las numerosas reflexiones que se le hicieron. Alejándose de allí, no era seguro que se encontrara con Dolores. Podía desencontrarse con ella, mientras su esposa regresaba tal vez salva, él andaría en el campo víctima de la más cruel angustia.

—Lo que no haga Santos Vega, no lo podrá hacer nadie, le decían. El va bien montado, y pronto ha de darle alcance a su caballo, que lo conoce y obedece al timbre de su voz.

—Tal vez a estas horas, le decían, vengan ya de vuelta. Doña Dolores es muy de a caballo, y no cayendo, nada puede sucederle. No hay, pues, que echarse en los brazos de la desesperación como si ya hubiese sucedido la peor de las desgracias.

Pero don Ramón no tenía consuelo. Amaba entrañablemente a su esposa, y al solo pensamiento de que algo le hubiera sucedido, su desesperación no conocía límites.

Habían pasado ya más de dos horas en esa incertidumbre espantosa, y volvió a disponer que le ensillaran un caballo, pues peor situación de aquella no podía existir. De pronto sintió que una mano le tocaba sobre el hombro y una voz nerviosa lo llamaba por su nombre. Dió vuelta el semblante, y se halló frente de Benita, que lo miraba de una manera que le dió miedo.

—No se aflija, don Ramón, le dijo sacándolo de entre los que lo rodeaban; a doña Dolores no le ha sucedido nada.

—¿Cómo sabes tú eso?, ¿por qué me vienes con semejante cosa?

—Porque me da lástima verlo sufrir de esa manera, cuando doña Dolores no tiene nada ni nada le ha sucedido.

La mirada de Benita se había dilatado y adquirido una fijeza terrible. Parecía la mirada de una loca o de una persona que está bajo el ataque de una fiebre devoradora.

—¡Esta pobre ha perdido el juicio! pensó don Ramón, o el vino se le ha subido a la cabeza. Bueno, le contestó, te agradezco el aviso; y quiso volver al lado de sus amigos. Pero la Benita adivinándole el pensamiento lo detuvo y le dijo:

—No estoy loca, don Ramón, no estoy loca: me da pena verlo padecer cuando otros se divierten, porque así he padecido yo también, y vengo a avisarle que no ha sucedido nada de lo que usted cree.

Don Ramón empezaba a sentirse dominado por aquella mujer de siniestra mirada, y sin quererlo, empezaba a prestar atención a lo que al principio creyó un desatino.

—Pero, ¿cómo sabes tú que a Dolores no ha sucedido nada? preguntó lleno de angustia.

—Sé que no ha sucedido nada, porque el caballo no se ha desbocado, y porque a estas horas está junto con ella Santos Vega; de modo que si no vuelven es porque no les da la gana.

Estas palabras cayeron como un golpe de muerte sobre el corazón del estanciero. En el primer momento levantó el rebenque para castigar la insolencia de aquella mujer.

Pero una luz de razón iluminó su pensamiento, y bajó el rebenque, dejando caer el brazo con desaliento.

—Sería mejor hacer que todos se impusieran de la iniquidad que dice esta gaucha, pensó.

Y tomándola de un brazo, que oprimió con toda su fuerza, añadió:

—Habla claro, habla claro, o te juro que te arranco la lengua, para que no vuelvas a ser insolente.

—Suélteme usted, don Ramón, que yo sólo vengo a prestarle un servicio y no merezco que me trate mal.

Don Ramón no sabía si seguir escuchando a aquella mujer o imponerla silencio y despedirla de allí.

Si la escuchaba, creía ofender el recuerdo de su Dolores, muerta tal vez en aquel momento, a consecuencia del fatal accidente. Pero el demonio de los celos lo había ya mordido en el corazón y estaba en esa situación del hombre cuya razón empieza a ofuscarse.

—¿Cómo sabes tú que el caballo no se ha desbocado?, preguntó con terrible acento, soltando el brazo de Benita. Mira que lo que has dicho es preciso que lo pruebes, si no quieres que yo te corte la lengua, para que otra vez aprendas a ser juiciosa.

—¡Lo que yo he dicho lo sé, don Ramón, porque hace ya días desde que vinimos aquí, que yo no hago más que sufrir y llorar. Porque Santos Vega, embellecía con su amor mi existencia, y ahora me aborrece con todas las fuerzas con que antes me había amado. Y quien me ha robado el amor de Santos Vega, don Ramón, es su esposa Dolores, a quien ha cantado las décimas que sólo usted no ha comprendido.

Don Ramón levantó el rebenque nuevamente, pero otra vez volvió a bajarlo sin atreverse a pegar.

Benita, como si no hubiera visto el ademán del estanciero, siguió hablando así:

—Herida en el corazón por los desdenes de mi amante, yo seguí su pisada, yo observé su mirada, sin despegar mis ojos de los suyos, hasta que supe quién me había robado su amor. Y sé que ese amor había sido puesto a los pies de doña Dolores, y que ésta lo había recogido sin pensar que cometía doble crimen al aceptar un amor robado, pagándole con otro que no le pertenecía.

Don Ramón estaba deshecho por el dolor. Amaba inmensamente a su consorte; la creía la mujer más pura que había sobre la tierra, y aquella revelación inesperada había llevado a su espíritu el dolor más íntimo y un desaliento que parecía una agonía.

—¿Pero cuáles son tus pruebas? preguntó don Ramón, sintiendo que a sus ojos se le agolpaban las lágrimas.

—¿Y qué más pruebas que las miradas cambiadas, enviándose mutuamente un mundo de amor? Yo los he visto hablar con el alma vagando sobre los labios, enviándose el corazón en cada respiro. ¿Y qué más pruebas, don Ramón, que las décimas cantadas y aquella sortija ofrecida como premio a los corredores? Para los demás, aquello era muy natural; pero sólo era el pretexto de que se valía doña Dolores para hacerle aquel regalo a Santos Vega, sabiendo que sólo él podría sacarlo. Yo, que no he dormido un momento, concluyó Benita sollozando, bajo el recuerdo de aquella noche; yo he vivido devorando en silencio mis lágrimas; sorprendí

una conversación de Santos Vega con Carmona, en la que refería sus amores con Dolores.

Y desde aquella noche, don Ramón, viéndose descubierto, Carmona ha sido mi sombra, porque temían que yo me vengara, ya avisándole a usted, ya atentando a la vida de doña Dolores. Por eso digo que el caballo no se desbocó, que todo ha sido preparado con anticipación; y la prueba es que Santos Vega tenía ensillado el caballo de Carmona, único capaz de dar alcance al alazán en su frenética carrera. Santos Vega es audaz y valiente, don Ramón. Como cree que sus amores están a cubierto de toda sospecha, él volverá cuando haya dicho a Dolores lo que tenía que decirle. Si él supiera que lo han descubierto, no volvería más, y entonces, don Ramón, adiós nuestra venganza, pues se llevaría a Dolores donde no la vieran nuestros ojos.

Don Ramón quedó aterrado bajo el peso de aquella revelación tan terrible.

Se veía engañado por la mujer a quien amaba con delirio y de cuyo amor purísimo tan orgulloso se mostraba, y se oprimía el cráneo con las manos, temiendo sentirlo saltar bajo el peso de la desesperación.

Dolores no tan solamente lo traicionaba, sino que para cumplir su acción villana, se asociaba a un gaucho miserable, bajo cuya bota ponía su nombre, su honor, su porvenir y su pasado. Y aquel gaucho lo miraría con desprecio, lo convertiría en su tema de mofa y ludibrio en las reuniones del fogón, donde Dolores sería conocida bajo el título infame de la amante de Santos Vega.

Aquel hombre sintió estallar en su corazón un volcán; creyó que su razón vacilaba, y disparó hacia el campo, temiendo que en un ademán, en una palabra, podría hacer pública su deshonra. Y vagó por el campo como un loco y un desesperado, entregado al dolor de su situación tremenda.

Los que lo veían andar así, se suponían que aquello era a causa de la tardanza de Dolores, que dejaba sospechar una desgracia y murmuraba a su paso:

—¡Pobre don Ramón, la pena le va a hacer perder el juicio si a la madrugada no ha vuelto Dolores!

Muchos peones de la estancia, con el capataz a la cabeza, habían partido en dirección a la que llevaron los desaparecidos, pero habían regresado al cabo de cuatro o cinco horas sin haber podido adquirir la menor noticia.

Un pulpero solamente los había visto pasar uno en pos del otro semejantes a sombras fantásticas; pero bien pronto los habían perdido de vista.

Todavía Dolores se conservaba a caballo, y los que trataban de detener al alazán iban a cortos intervalos. Y pasó la noche en medio de la incertidumbre más espantosa.

Don Ramón sentía crecer su desesperación, porque cada hora que pasaba, era una hora más de afrenta y de vergüenza. Hizo buscar a Benita por todos los fogones, esperando que el diálogo sostenido con ella la noche anterior fuese algún sueño espantoso.

Pero Benita no se hallaba en ninguna parte.

La noche anterior había abandonado la estancia en compañía de su hermana y del amigo Gabriel.

Satisfecha su venganza, nada tenía que hacer allí, y se retiraba para no presenciar la escena de sangre que sucedería a la vuelta del payador.

A pesar de todo, Benita amaba con toda la fuerza de su alma ardiente a Santos Vega, y empezaba a sentir el paso que había dado, porque jamás se consolaría si aquella revelación pudiera atraer la muerte sobre la cabeza del payador.

—Toda la cólera de don Ramón, pensaba, será solamente para la hermosa Dolores, que pagará de una manera terrible cada momento de su felicidad robada. Santos Vega es bravo como las armas, y es muy poca y muy miserable esa gente para poder con él. Todo el peso de mi venganza es, pues, para ella, que me ha robado el amor de mi alma. Y galopaba sin descanso, para ponerse bien pronto lejos de aquellos sitios odiados.

Viendo que la mañana avanzaba sin tener la menor noticia, don Ramón dispuso que salieran varias partidas en busca de su señora. Y aunque en el fondo de su alma creía no volver a verla más, porque había huído con su amante, decía a los peones que ensillaran a gran prisa.

—Una gran desgracia ha de haber sucedido, y Carmona y Santos Vega no se atreven a ser portadores de noticia tan terrible.

—Pronto, decía, no hay que perder un momento, que tal vez sea menos de lo que tememos.

Ya habían montado a caballo y se disponían a marchar, cuando se divisó en el horizonte un jinete que venía a gran galope.

—¡Un momento! gritó don Ramón; tal vez aquel jinete traiga noticia. Y poco después éste echaba pie a tierra, pudiendo conocer en él al jovial Carmona.

—¿Qué es lo que ha sucedido? ¿Por qué no viene? ¿Está viva? ¿Está sana? Estas fueron las primeras preguntas con que recibieron a Carmona, quien se apresuró a contestar:

—La patrona está buena, tan buena como yo. Lo que hay es que no viene porque la distancia es mucha y los caballos están cansados, tan cansados, que "a gatas" pueden moverse.

Y como prueba de lo que decía ,mostraba su caballo realmente postrado por el cansancio.

Don Ramón creía ver en la sonrisa habitual de Carmona una burla espantosa a su situación desesperante. El creía que su des-

honra era conocida de todos, y especialmente de aquel paisano inseparable de Vega.

La ira y la vergüenza estallaron en su corazón traicionado, pero se contuvo tratando de disimular a toda costa lo que por él pasaba.

—Pero, ¿por qué han tardado tanto? ¿Por qué tardan todavía? preguntó; tú me engañas, y Dolores ha caído del caballo haciéndose algún daño de gravedad.

—No, señor, insistió Carmona, tratando de tranquilizar a don Ramón; es que el alazán cuando dispara parece que vuela, y para alcanzarlo hemos tenido que correr mucho. Como la señora había soltado las riendas, cuando el caballo, cansado, empezó a disminuir su ligereza, no lo pudo sujetar, y el alazán siguió sin que pudiéramos alcanzarlo. Tan cansado estaba el caballo de Santos Vega, que éste se largó al suelo y se puso a correr de a pie, pues de otro modo hubiera sido el cuento de nunca acabar. Habríamos corrido unas diez leguas por lo menos, y los mancarrones se iban ya echando. Así es que Santos Vega, en un par de brincos estuvo al lado del alazán, que tomó por el bozal. Doña Dolores se conservaba arriba, pálida como un cadáver, pero tan bien prendida, que creo no hubiera caído, aunque el pingo hubiera corrido toda la noche. Recién cuando mi hermano la ayudó a bajar, se dió cuenta del peligro que había corrido y se asustó fiero. Sin embargo, la patrona tiene más alma que el hombre más corajudo. De dos tragos se comió su miedo, y ya pensó en la aflicción de los que quedaban aquí, queriendo ponerse en camino sobre tablas.

—Los caballos no pueden dar un paso más, respondió Santos Vega. Habrá que esperar a mañana para que descansen, o mandar buscar otros.

—Pues nos pondremos en camino a pie, insistió la patrona.

—Al poco tiempo quedaríamos nosotros lo mismo que los caballos, contestó mi hermano; lo más seguro y lo más pronto es mandarles avisar que estén tranquilos y que manden caballos.

—Bueno, repuso doña Dolores, convencida de que no podría hacerse nada mejor; pero mientras uno de ustedes va, yo seguiré caminando hasta que ya no pueda más. Y así lo hicieron. Nos pusimos a caminar juntos para dar ese descanso a los caballos; pero como a la media legua ya no pude más y monté. Santos Vega y la patrona siguieron caminando; pero poco le duraron los brios, porque a las cincos o seis cuadras caían desfallecidos.

—Pronto, Carmona, pronto, que yo me muero de miedo en estas soledades, me dijo. Pronto y que se ponga en camino sobre tablas. Yo apuré la marcha lo más que pude, haciendo muchos altos, porque sino corría el peligro de no llegar; y sin embargo

de venir ya muy entrada la mañana, creo que he hecho una hazaña bastante regular.

Don Ramón dió orden de ensillar el caballo de la señora y otro para Carmona, partiendo en seguida guiados por el paisano y acompañados de dos peones.

—¡Ahora es fácil que los hallemos en camino, y más cerca, dijo Carmona a don Ramón. Santos Vega, que es el diablo para estos apuros, habrá descansado los caballos toda la noche, y esta madrugada se habrá puesto en camino.

— Nada han sospechado, parece, pensó; vale más así, porque, si supieran la verdad de lo sucedido, creo que mi hermano tendría que ajustarse bien el chiripá para salir como Dios manda.

—¡Bueno, al galope largo! gritó don Ramón con voz extraña: es preciso alcanzarlos o encontrarlos cuanto antes, que la pobre Dolores estará también desolada.

Y la pequeña expedición se puso a media rienda.

AMOR Y SANGRE

Apenas podía don Ramón reprimir el furor de su alma. Comprendía que el relato de Carmona era falso del principio hasta el fin, y perfectamente estudiado para concluir de engañarle.

Era indudable, entonces, que Carmona estaba en el secreto de su vergüenza, y se burlaba de su credulidad. Y al verlo tan risueño y alegre, sentía un vivo deseo de saltarle al cuello y estrangularlo.

Santos Vega, solo con Dolores durante aquella noche, concluyendo de apoderarse de su corazón. Y don Ramón sepultaba toda la rodaja de la espuela en los flancos de su caballo, que saltaba enfurecido.

—Apuráte, no más, bruto, pensaba Carmona sin mirar a don Ramón, que por más que te apures, no vuelves a ganar el corazón de tu Dolores. Y galopaban... galopaban... sin llegar nunca donde estaban.

¿Qué había sucedido entre tanto?

Doña Dolores, sintiéndose seguida por Santos Vega, soltó la brida del alazán, animándolo con la voz en su carrera vertiginosa, y el caballo inteligente, escuchando también la voz de su amo, que lo animaba de cerca, corría de una manera frenética, fantástica.

—¡Más todavía, más todavía!, decía el payador a espaldas de

Dolores. Es preciso ponernos al abrigo de los que salgan a buscarnos, y borrar en su espíritu la menor sospecha. Ya nos envuelven las sombras de la noche, y pronto podremos reposar sobre nuestro inmenso cariño, sin más testigos que los ojos del Señor que puso en nuestras almas este amor del cielo.

Y corrieron, corrieron... hasta que Vega estimó que podría haber andado unas seis leguas.

Entonces, recién entonces, puso su caballo al tranco, haciendo lo mismo el alazán, a cuyo costado marchaba ya. Carmona guiñó el ojo y se alejó a gran galope en dirección opuesta a la estancia, pues era necesario perder tiempo para no presentarse allí antes del día siguiente a la madrugada, y fatigar bien al caballo para que su relato fuera más verosímil.

Santos Vega volvió al lado de Dolores, que ya se arrepentía del paso que acababa de dar.

—Soy un alma perversa, dijo al payador, y no podré quejarme de cualquier desgracia que me suceda. ¡Ay, Santos Vega! ¡al hacerte el sacrificio de mi amor, he hecho también el de mi vida entera!... Para alegrar el tuyo, sepulto en el dolor y la vergüenza un corazón noble, que había depositado en el mío la esperanza de su fe. Yo te doy un amor robado, porque lo pago con el amor ajeno. ¡Quiera Dios que no me cueste caro algún día! Yo provoco, al obrar así, desde el desprecio de un hombre que me estima, hasta la muerte dada por su mano; y confieso que ninguno de estos dos riesgos terribles me arredra, ante el amor que leo en tu mirada. ¡Cumple tu promesa, Santos Vega! No olvides nunca el juramento de tu fe, porque entonces, sí, no tendría fuerza para soportar ese verdadero golpe de muerte.

—Por toda la felicidad que puede encerrar el cielo para compensar las virtudes de la vida, no cambiaría yo la música que a mi corazón traen tus palabras, respondió el payador. Hay en tu mirada de ángel la revelación de un mundo donde se vive mejor, donde el alma se ensancha y abre las alas, temblorosa, para recibir los destellos de esa mirada, como las tórtolas que tienden las suyas para recibir los rayos del sol que le dan la vida. Yo no podría olvidar nunca mis juramentos, porque el que ha recibido una vez el rayo de tus ojos, se siente arrastrado a tí con la fuerza incontrastable del corazón y la voluntad. Yo te amo, Dolores, con toda la desesperación que han derramado en mi alma las más crueles torturas del corazón. Te amo con el delirio que se ama la vida que pudieran arrancarnos en medio de la felicidad. Mi corazón huérfano de cariño, de hogar, sin familia y sin amigos, ha respirado la fragancia de tu amor, y ha latido con todo el vigor de una vida que empieza. Y esto que yo siento, conozco que debe ser eterno como el sol y como las brisas. Y yo, que por el

placer de ejercer una venganza he expuesto cincuenta veces la vida con el desprecio que se arroja un pucho de cigarro, la defendería hoy hasta el último aliento, para tenderla a tus pies divinos y sentirme eternamente acariciado por la infinita mansedumbre de tus dos luceros.

Santos Vega hablaba con el entusiasmo de su alma juvenil y ardiente. Su fisonomía iluminada en la contemplación de aquella belleza soberbia. Embriagaba con el acento que en el payador modulaba el cariño, había olvidado su situación tremenda.

Y los dos, palpitantes, se contemplaban hablándose con el misterioso lenguaje de la mirada, que en ciertas situaciones de la vida no basta a suplir la palabra humana.

La luz de la luna iluminaba la cabeza de Dolores, de una belleza completamente estatuaria, sobre la cual el payador desplomaba su mirada cariñosa y cargada de pasión. Y ella reclinaba la cabeza sobre su hombro varonil, y lo miraba con la mansedumbre de una caricia infantil. El mundo entero había desaparecido de la memoria de aquellos dos seres, cuyo espíritu se mecía al acompañado latir del corazón.

—¡Ah, si esta noche fuera eterna!, murmuró Santos Vega besando la frente de Dolores. ¡Si yo pudiera prolongar la luz de la luna y la marcha del tiempo, sería capaz de vender mi alma al diablo, si él la estimase como suficiente precio a la ventura que yo aspiro!

—¡Cállate, loco!, respondía Dolores sonriendo y sin levantar la cabeza del hombro del payador. Lo que hace espléndida la noche es el reflejo de nuestro amor. ¿Quieres que ella sea eterna? Pues háblame siempre el lenguaje de tu corazón y de tus ojos.

Y Santos Vega le pagó la frase con un beso sobre los ojos, que según los datos que nos sirven, engendraron aquella sublimidad tan citada:

"Si me muero, enterrame
junto a tu cama,
que me sirvan de velas
tus ojos, ¡mi alma!"

Y así pasaron la noche, arrobados en mutua contemplación y mecidos por las frases más enamoradas.

De cuando en cuando se presentaba al espíritu de Dolores, la imágen de don Ramón sediento de vengar la afrenta inferida a su corazón y su nombre. Pero estas eran visiones que disipaba bien pronto la enamorada frase del payador.

—No habrá fuerza bastante para arrancarme de tu lado, dijo. Y Dios que ha puesto en nuestros corazones este mundo de amor,

despejará de nubes el horizonte de nuestro camino. No temas alma mía, disimulando y fingiendo, se podrá prolongar nuestro paraíso hasta el último esfuerzo. Y cuando ya no podamos más, rogaremos a Dios que nos proteja. El sabrá porque ha puesto este amor en nuestros corazones.

La luz del día vino a traerlos a la realidad de la vida.

Era preciso regresar al seno del hogar y a presencia del marido, que esperaría en medio de la más cruel desesperación.

Dolores, al recibir el primer rayo de la aurora que disipaba las últimas sombras de la noche, reclinó sobre el pecho la ruborosa y magnífica cabeza. Sintió una vergüenza invensible que le hacía huir la mirada del payador.

—Es preciso partir, murmuró con acento leve, Carmona habrá llegado a la estancia y tal vez en este momento estén ya próximos a nosotros.

Santos Vega sintió su corazón oprimido por una angustia de muerte.

—Es preciso partir, murmuró, porque yo estoy gozando de un bien robado, y un bien que tendré que devolver. ¡Oh, suerte ingrata! ¡cuándo te apiadarás de mí!

—Tú gozas de un bien que yo te he dado y que no pertenece a nadie, contestó Dolores. Te amo sobre todas las consideraciones de la tierra, y una prueba de ello es que me encuentro a tu lado. ¿Quieres que no vuelva más a la estancia? Habla, y haré lo que digas; pero no dudes de mí porque me hace daño. Y rompió a llorar con profunda desesperación. Santos Vega se sintió vencido y desarmado por el llanto de Dolores.

—Seca tus lágrimas, le dijo, y vamos. Perdona a este miserable el mal que puede haberte hecho con palabras que sólo el dolor ha podido hacerle proferir. Repose tu espíritu sublime en la seguridad de mi amor; que ni la misma muerte podría borrar de mi corazón.

Y ya el sol alto, Santos Vega arregló los caballos que desensillara la noche anterior para que pudiesen comer un poco y se pusieran en camino con toda tranquilidad.

Pasada la impresión amorosa que había hecho de Dolores un autómata para todo lo que no era el cariño del payador, un cruel remordimiento vino a punzarle el corazón. Pensó en su marido afligido, temiendo le hubiera sucedido alguna desgracia, y tuvo vergüenza de su conducta. Pero fué una vergüenza pasajera que disipó una caricia del payador. Llevarían dos horas de camino cuando avistaron el grupo formado por don Ramón, Carmona y los peones. El cielo de Santos Vega se oscureció bajo la tormenta de su corazón amante.

Don Ramón no era para él sino el dueño de Dolores, el que

podía dirigir sus caricias a la mujer querida, sin ocultarlas como cosa robada. ¡Y él tendría que separarse de ella y abandonarla al placer de aquel marido!

El payador sintió subir a su cabeza la sangre del corazón como la lava de un volcán, y retiró la mano de su cintura, ya próxima a su puñal.

Dolores, por su parte, a la vista de su marido, palideció de una manera terrible; pero hizo un esfuerzo supremo y fijó la vista en don Ramón.

El estanciero, tan pálido como ella y dominado por un temblor convulso, echó pie a tierra y la tomó de la mano. También iba a tener que mirar a Santos Vega con los ojos bondadosos y agradecerle el servicio que parecía haberle prestado. Y aunque suponía no tener para ello fuerza suficiente, mientras oprimía la mano de Dolores se dirigió al payador de esta manera:

—¡Gracias a Dios que me devuelve mi esposa sin que le haya sucedido el menor accidente, y a ti Santos Vega que las has socorrido en momento tan aciago!

—No he hecho más que cumplir con mi deber, respondió el poeta. Sólo a Dios debe usted su agradecimiento porque sin su ayuda nada habría podido este pobre gaucho. La voz del payador era clara y tranquila. Había logrado dominarse y hablaba como si lo que decía fuera una verdad indiscutible.

Don Ramón, también, reconcentrando en su corazón toda la ira que le roía, se esforzaba en sonreir diciendo:

—Mi agradecimiento no se muestra solamente con palabras. Ya compensaré yo tu hermosa acción.

Pero en el timbre de su voz y en la expresión de su sonrisa, había algo de amargura; vagaba algo de un doloroso sentimiento que no escapó a la penetración de Dolores.

Sospechó que su esposo pudiera haber visto en sus ojos el crimen que había cometido, y sintió el corazón oprimido y tembló como un niño a la vista de un espectro.

No se atrevía a mirar al payador temiendo que su falta saltase a la vista del marido; y disimulando en su desesperación, se cubrió el rostro con las manos y rompió a llorar.

—He tenido mucho miedo, murmuró; creía que el caballo me iba ha hacer pedazos y tuve miedo de morir y no volver más a verte.

—Ya estás salva, vida mía, contestó don Ramón cubriéndola de caricias, que de buena gana hubiera convertido en otras tantas puñaladas. Y al sentir aquellas caricias, el corazón de Dolores tembló, pensando que ellas eran para Santos Vega un martirio interminable.

El payador que comprendió que aquellas caricias podrían dar al traste con su paciencia, se dirigió a los peones, con los que se puso a comentar la aventura que había referido Carmona.

—Pongámonos en camino, dijo don Ramón, porque ya es tarde y Dolores ha de tener que andar despacio.

—Aunque muy fatigada y dolorida, dijo ésta, tengo las fuerzas suficientes para llegar a la estancia de donde no debemos estar lejos. Además ansío encontrarme allí cuanto antes, pues conozco necesitar de un poco de reposo, de una manera imperiosa.

Todos se pusieron en marcha inmediatamente. Y era tal la indiferencia que demostraba el payador y la naturalidad con que hablaba Dolores, que don Ramón empezó a dudar de la relación de Benita.

—Es imposible, pensaba, que una mujer tan inocente y tan pura, haya sido capaz de cometer acción tan infame y pérfida, eligiendo tan luego como cómplice a un gaucho miserable que no puede tener atractivo alguno para una mujer de su clase. Aquella criatura maldita ha hablado por despecho y por celos, añadía, porque la misma osadía del gaucho no podía llegar a tanto. Yo observaré, y, ¡ay de ella si me ha engañado! Cada minuto de las torturas que he pasado me lo habría de pagar de una manera terrible.

Y miraba a Santos Vega y en seguida a Dolores, y al ver la alegría jovial de ambos y la natural indiferencia que mostraban, sentía que sus celos se disipaban y que su corazón latía, con más franqueza.

Pero el corazón que ha sido mordido una vez por el infierno de los celos, nunca vuelve a recuperar la paz primitiva. Así don Ramón, sintiéndose feliz unas veces ante la actitud indiferente de ellos, dudaba otras de que aquello fuese una ficción, y volvía a caer entonces en la desesperación de los celos.

—Sin embargo, decía, solamente un artista consumado podría disimular así; y Dolores es un ser inocente e infantil, y Santos Vega es un gaucho incapaz de pensar siquiera en disimular su triunfo.

Entregado al mundo de sus pensamientos él y a disimular y ensordecer hasta los latidos de su corazón, ellos, llegaron a la estancia donde tanto los peones como los amigos de don Ramón, esperaban en medio de la mayor ansiedad.

Dolores entró inmediatamente a sus habitaciones, donde se entregó al descanso del espíritu que tanto deseaba.

Santos Vega y Carmona se fueron a su fogón, donde los rodeó el paisanaje que quedaba en la estancia, ávido de conocer las peripecias del día anterior.

En el primer momento que de libertad tuvieron, Santos Vega envió a Carmona en busca de Benita, para ver si podía sonsacarle lo que había hablado y pensado en la estancia del accidente tan bien preparado.

Pero las diligencias de Carmona fueron inútiles. Ya sabemos que Benita se había alejado de allí después de la declaración que preparaba su venganza.

—Mala tos le siento al gato, dijo el payador cuando supo esto. Tengo miedo que Benita antes de irse nos haya hecho una infamia que nos pierda.

—Estaremos sobre aviso, en precaución de todo, respondió Carmona; no nos han de agarrar desprevenidos.

Veamos ahora como se preparaba la venganza de Benita. Aunque en algunos fogones trataron de renovar la fiesta con los cantos y las guitarras, fué necesario guardar silencio, porque la señora descansaba y no podía turbarse su reposo.

La comida en casa de don Ramón fué triste; así es que apenas concluyeron de comer, se retiró cada cual a su pieza, buscando también un reposo al insomnio de la noche anterior.

Poco después todos dormían en medio de la mayor quietud. Los fogones se fueron apagando poco a poco, y los paisanos fueron quedando a su alrededor *hechos roscas*, y durmiendo entre la ceniza como los gatos, aquel novenario formidable.

Don Ramón y doña Dolores no podían conciliar el sueño: ella pensando en su situación difícil, y él entregado a sus celos y a sus dudas. Yo no podré mirarlo jamás a la cara, pensaba ella, porque he manchado su fe; y esta mancha de mi falta me parece que saltará al rostro como una revelación infernal.

Me parece un sueño, pensaba por su parte don Ramón, que Dolores haya vendido mi amor. Que ella, tan pura y tan tímida, se entregue así al ludibrio de los fogones, donde mi nombre será arrastrando entre la ceniza y la ginebra, sirviendo de tema a los más graciosos cantos. Y volcó la frente entre las manos, como para reposar la tormenta de su cerebro. El dolor y el cansancio fueron postrando poco a poco sus fuerzas, hasta que cayó en una especie de abatimiento y sopor.

De pronto alzó la cabeza en un movimiento rápido, como si hubiera recibido una puñalada en medio de la espalda. Le había parecido sentir el nivel de una puerta que se abre y el rumor de recatados pasos.

Apagó la vela que alumbraba su habitación y tuvo que hacer un gran esfuerzo para escuchar, porque el ruido que producían los latidos de su corazón, repercutiendo en sus oídos, le privaban

escuchar el rumor de aquellos pasos que habían resonado en su alma llevando al corazón un terror inexplicable.

El rumor de los pasos volvió a sentirse, partiendo de la puerta de su habitación. Fuera de toda duda, aquella era una persona que había venido a escuchar si dormía o no y se retiraba creyendo dejarlo entregado al reposo.

Don Ramón, con la cabeza ardiente y el corazón helado, tomó a tientas un puñal corto y agudo que estaba a la cabecera de su cama, y echándoselo al bolsillo del pecho de su levita, salió tratando de no producir ruído alguno.

La persona que había escuchado en su puerta y se había retirado no podía ser otra persona que Dolores; se lo decía el frío que sentía en el corazón, el temblor de sus piernas y un vago presentimiento que semejante a un dogal, le oprimía la garganta, hasta el extremo de que, para no sofocarse, se arrancó la corbata para poder respirar con más libertad. Y siguió marchando, guiado por su presentimiento, oprimiendo siempre el cabo del puñal. Si era Dolores, como creía adivinarlo, ¿qué la hacía abandonar a aquella hora el lecho del reposo?

¿Por qué venía a escuchar a su puerta como el ladrón que quiere asegurarse de que no será sorprendido? Dolores no tenía otra razón de proceder así, que la de acudir a una cita amorosa, en combinación con su amante.

Entregado a la honda desesperación que lo roía, don Ramón llegó hasta la puerta de un pequeño pasillo que daba salida a los corredores. Y allí, de pie, levemente iluminada por la luz de la luna, vió a Dolores radiante de hermosura, que miraba en dirección al campo, como si esperara la llegada de alguna persona.

Don Ramón se detuvo y se puso en acecho detrás de la rendija que formaba la puerta a medio cerrar. Dolores, de pie siempre, e inmóvil como un fantasma, esperó como un cuarto de hora, al fin de cuyo tiempo alzó la manos al cielo, como dando gracias por algo que había visto.

Don Ramón interrogó el campo con una mirada de suprema ansiedad y vió destacarse distintamente de entre los fogones la silueta de un paisano, en la que conoció al payador Santos Vega, que avanzaba con recato singular.

Se veía que aquel hombre no tenía seguridad del sitio en que lo esperaba Dolores, pues dirigía a todas partes su mirada vacilante. De pronto pareció verla en el corredor, pues allí dirigió su pisada con toda seguridad.

Don Ramón oprimió el cabo del puñal hasta incrustarse las uñas en la carne de la mano y lo sacó del bolsillo.

Si Dolores hubiese visto el relámpago de sus ojos habría caído vencida por el terror.

Santos Vega llegó hasta donde ella estaba y tomándola la mano, le dijo de una manera suavísima:

—¡Mi corazón es muy leal, Dolores! Ya ves que sin cambiar una palabra, he adivinado la cita que le dabas. Estoy seguro que no hace mucho tiempo que estás aquí, vida mía.

Don Ramón, al escuchar aquellas palabras, sintió flaquear sus piernas y temió que el dolor diera con su cuerpo en tierra. Era la primera manifestación de aquel desencanto terrible. Benita no lo había engañado, pues allí, delante de sus propios ojos, estaba el amante de su mujer hablándole de amores.

—Te esperaba, añadió Dolores, porque había algo en mí que me decía, me adivinarías y vendrías en mi socorro.

—¿Qué temes? ¿qué te pasa?, preguntó el payador con agitación creciente y palideciendo como un cadáver.

—Me pasa algo que no puedo explicarme, repuso ésta; tengo miedo, un miedo invencible. En el acento de Ramón hay algo que me causa un terror vago, y que me hace sospechar que conoce nuestro secreto y disimula meditando alguna cosa horrible.

—Benita, exclamó Santos Vega, con voz temblorosa, es muy capaz de haber manifestado sus sospechas a don Ramón. Pero, ¡pobre de ella!, continuó; el pedazo más grande de su corazón no abultaría tanto como una grano de maíz.

—¡Despacio, por Dios!, interrumpió Dolores, el menor ruído podría perdernos. Yo me voy, continuó, Ramón duermo, pero de una manera agitada, y tengo miedo no sé por qué. Parece que siento una mano que me toma de los cabellos y otra que me oprime la garganta. ¡Yo me voy!, mañana en este mismo sitio y a esta misma hora, podremos hablar mejor.

—Anda y duerme tranquila, hermoso ángel del cielo, de mi cielo siempre nublado, respondió el payador. Mañana, con lo que observe durante el día veré lo que se puede hacer para conservar el misterio de nuestro amor.

Y tomó entre sus manos la espléndida cabeza de Dolores para imprimir en su frente un beso apasionado.

—¡Hasta mañana, sol de mi cielo!, exclamó, y retrocedió como si lo hubiera picado un víbora, volcando su inseparable poncho en el brazo musculoso.

Al aspecto de Santos Vega, Dolores comprendió lo que pasaba, y rápida como el pensamiento se volvió y abrió los brazos presentando el pecho vaporoso, mientras decía:

—¡A mí primero, a mí primero, pues sólo yo tengo la culpa!

Al ver el ademán de Santos Vega, don Ramón no pudo contenerse por más tiempo.

Ya el sentimiento de pena y de dolor se borró de su corazón

trocándose en un odio de muerte. La cólera se agolpó a su cabeza, donde el dominio de la razón perdió todo su imperio, y ciego, frenético, se lanzó al corredor puñal en mano.

—¡Detente, villano!, gritó, que aquí traigo el premio de tu osadía. Y al encontrarse con Dolores que le cerraba el paso, la hizo a un lado con un fuerte empellón, y se encontró con el payador cara a cara, a quien acometió a puñaladas sin cubrirse siquiera, pues después de haber perdido a Dolores poco le importaba la muerte.

—¡Atrás, don Ramón!, gritó Santos Vega poniendo el poncho para evitar las puñaladas y sin hacer armas contra él. ¡Atrás, don Ramón, que sólo Dios es culpable de lo que suceda, pues él fué quien puso amor en nuestros corazones! Peor es la bulla que atraerá gente, sin poder deshacer lo que ya ha sucedido.

Pero don Ramón no estaba en estado de escuchar lo que se le decía.

—¡Muere miserable! ¡muere! gritaba: y cada vez acometía con más violencia, tratando de hacer al payador víctima de los golpes de su puñal.

Pero siempre hallaba el brazo firme y sereno de aquél, que eludía las puñaladas más certeras con increíble maestría.

Dolores, repuesta de su terror primero, y viendo que Santos Vega no trataba de hacer daño a su marido, huyó al interior de la casa en momentos que todas las puertas se abrían dando paso a los amigos de don Ramón, que venían alarmados con el rumor de la lucha y el ruido de las voces. Cuando Vega vió que Dolores quedaba a salvo de todo peligro, empujó violentamente a don Ramón y se lanzó al campo.

Quería evitar a toda costa una lucha con aquella gente.

—Pronto, Carmona! dijo a su amigo que dormitaba; ¡los caballos y al avío, que ya el baile se descompuso!

Carmona, sin averiguar más, se puso a ensillar tan ligero como le era posible.

—¡Al asesino! ¡Al ladrón! gritaba el estanciero, disparando sin rumbo, porque en su aturdimiento no había visto el que siguió Santos Vega.

Y sus amigos, siguiendo sin darse cuenta de lo que pasaba, repetían las voces de:

—¡Al asesino! ¡Al ladrón!

Y los paisanos se iban despertando alarmados, siguiendo el grupo de perseguidores con la daga en la mano.

—¿Qué hay? ¿Qué ha sucedido? preguntaban de todas partes; pero ninguno de ellos podía satisfacer las preguntas.

—¡Allí está! ¡a él! ¡a él! gritó don Ramón divisando a Santos Vega, y acometiéndolo.

¡Mátenlo! ¡Mátenlo! gritó frenético.

Pero Santos Vega había ya montado a caballo y lo miraba con una sonrisa de indecible desprecio. Los paisanos al saber que se trataba de Santos Vega, se detuvieron como si hubieran encontrado un abismo bajo sus pies. Ellos habían seguido a don Ramón dispuestos a hacerse matar en su defensa. Pero al saber que se trataba del payador, retrocedían meneando la cabeza.

—¿Quién se mete con él? dijo un paisano, ¡sería lo mismo que echarle un pial a la muerte!

—Por mi parte, agregaba el negro Diablo, que había sido de los primeros en desnudar la daga y seguir a don Ramón; por mi parte, prefiero verme en una de a pie con mi tocayo el diablo, que meterme con el payador. Es un cuchillo terrible y una amistad que no se debe perder. Don Ramón fué, pues, el único que embistió con Santos Vega ciego de coraje. Pero el paisano *no le hacía juicio.*

Daba rienda a su pingo, y se ponía fuera del alcance de las puñaladas; teniendo cuidado de no estropear a su enemigo con las patas del caballo.

—Quedemos en paz, don Ramón, decía riendo alegremente. ¡Usted se ha equivocado o está soñando: mire que yo no quiero hacerle mal!

Pero don Ramón, lívido por la ira y la desesperación de no poder herir al paisano, acometía cada vez con más decisión, sin dejar de decir:

—¡Muere, ladrón! ¡Muere asesino, maldito!

Carmona, al montar a caballo y ver a su hermano amenazado de muerte, había sacado también la daga y se preparaba al combate. Pero al ver que don Ramón era el único que le acometía, se había retirado hacia atrás y miraba aquella extraña lucha.

Como él durmiera cuando se fué Santos Vega, ignoraba su salida, no se daba cuenta de lo que había pasado. Los paisanos tampoco podían atinar con la causa de aquel alboroto y aquel deseo de matar que se veía en don Ramón.

El payador no era un ladrón ni un asesino, y parecía no estar borracho para haber cometido acción que mereciera la muerte. ¿Cuál era entonces lo que motivaba en el estanciero tanta cólera y tanto deseo de venganza?

—¡Quien sabe! dijo uno; ¡Santos Vega es muy enamorado y doña Dolores es muy hermosa!

Y aquí empezaron los comentarios más terribles, atraídos a la traviesa imaginación de los paisanos, recuerdo de la aventura del *desboque.*

En esto llegaron los amigos de don Ramón, que habían quedado un poco más atrás entretenidos en buscar armas y arreglarse un poco el traje. Todos se lanzaron como un torbellino contra el hombre con quien don Ramón combatía.

—Ahora me toca a mí también, gritó Carmona, clavando las espuelas en su flete y poniéndose al lado de su hermano. ¡Vamos a ver cómo se hamacan los puebleros!

—¡Guarde la daga, hermano, guarde la daga en nombre del cielo! le gritó el payador. Para nosotros esta es una partida de rebenque y nada más.

Y empezaron a contestar a lonjazos las puñaladas que sobre ellos llovían.

—¡Acá, cobardes! gritaba don Ramón a los paisanos que se habían ido acercando poco a poco para no perder un detalle de aquella lucha original; pero ninguno de ellos se movió de su sitio.

Dos de los que lo acosaban a Santos Vega hicieron fuego con pistolas que habían llevado de la ciudad, en previsión de cualquier trance apurado.

Pero el contínuo movimiento de los caballos y la misma excitación de los que hacían fuego impedía la menor fijeza; así es que aquellos dos disparos sólo lograron arrancar una carcajada a Santos Vega, que revoleó el rebenque, haciendo retroceder a los señores aturdidos por aquel género de lucha, completamente desconocida para ellos. En aquel momento don Ramón logró aproximarse a Santos Vega por el lado de montar y le dió una terrible puñalada en el muslo izquierdo que le produjo una herida dolorosa.

El payador lo envolvió en la lonja de su rebenque al mismo tiempo que le decía:

—Ahí va el vuelto, compadre; ya vé que no tardo mucho en pagar los golpes.

Carmona dió vuelta y vió el cribado calzoncillo de su amigo empapado en sangre.

—¡Lo han herido, hermano!, exclamó conmovido.

—No es nada, contestó Vega, un tajito en un muslo.

—¡Y qué esperamos entónces para aventar a este canalla y sacarle las tripas?

—¡Cuidado con hacer armas!, replicó Santos, mientras trataba de evitar los golpes que le dirigían. ¡Rebenque, rebenque limpio, y vamos a arrearlos hasta las casas!

Carmona, que había empezado a perder los estribos porque no era tan paciente como su amigo; al ver que estaba herido no pudo contenerse más.

No queriendo contrariar sus deseos y sacar la daga acometiendo a puñaladas, como hubiera sido su voluntad, dió vuelta el pesado cabo de su rebenque, que empezó a esgrimir de una manera terrible.

Los amigos de don Ramón, animados al ver que sólo se trataba de recibir lonjazos acometían con ardor creciente. Pero cuando empezaron a sentir el efecto del rebenque de Carmona, cuyos

golpes habían postrado a dos con el cráneo deshecho, retrocedieron con alguna precipitación.

Sólo don Ramón, para quien la muerte poco suponía, permaneció firme en su vehemencia de ultimar a Santos Vega. Pero la fatiga prolongada de la lucha había postrado sus fuerzas de tal manera, que otra vez que logró alcanzar al payador por el costado derecho, apenas le causó su puñal una herida como la pinchadura de un alfiler. Viendo Santos Vega que Carmona echaba por delante a los que quedaban aún con la cabeza sana, reconcentró toda su atención en el estanciero, para no despedazarlo entre los cascos del caballo.

Y como solos quedaban en el campo de batalla él y don Ramón extenuados de fatiga, el payador se echó del caballo al suelo y se abrazó del estanciero.

Inútiles fueron todos los esfuerzos de don Ramón para desasirse de aquellos brazos de Hércules.

El payador lo desarmó en un momento, y tomándole las dos manos con una de las suyas, le dijo de una manera amenazadora:

—Basta de una lucha inútil entre los dos, porque usted no es enemigo para mí, y hablemos un minuto, antes que venga gente. Yo no lo he muerto quinientas veces esta noche, porque no quiero envenenar más de lo que está el corazón de aquel ángel. Si yo amé a Dolores, don Ramón, y si ella pagó mi amor, no hay que culpar de ello a nadie, sino a Dios. Y la voz del payador temblaba de una manera particular.

Yo perdono, añadió, todas las ofensas y aún las heridas que puedan inferírseme personalmente, pero no perdono, don Ramón, las que por mí reciban seres con los que me liga un sentimiento de cariño. Así perdono las ofensas y las heridas que usted me ha hecho, pero si yo llego a saber que uno sólo de los cabellos de Dolores ha sido tocado, entonces don Ramón, serán pocas todas sus entrañas para satisfacer mi venganza. Esa mujer debe ser sagrada para usted, o habré de dejar correr toda la ira que desde hace una semaña sofoco en el corazón. Y volvió a saltar a caballo y disparó al lado de Carmona para impedir que éste siguiera rompiendo con su rebenque las cabezas de los fugitivos.

Don Ramón quedó atontado un largo rato, al cabo del cual bajó la cabeza y se dirigió pausadamente a sus habitaciones. Los peones de la estancia, aturdidos también, se ocupaban en levantar las tres o cuatro personas que habían caído bajo los golpes de Carmona.

Don Ramón entró a sus piezas, donde se encontró con otra novedad desagradable.

Dolores había sido acometida por un desmayo, al que siguió un delirio terrible.

Don Ramón se encontró entonces en una situación tremenda. O abandonaba a Dolores en su enfermedad, y entonces hacía pública la causa vergonzosa de aquel contraste, o ahogaba su indignación en lo más recóndito del pecho, y la atendió como si nada hubiera sucedido. El estanciero, después de una larga lucha consigo mismo, resolvió ocultar su vergüenza y pasó a la habitación de Dolores.

LA PARTIDA

Cuando sus amigos trataron de inquirir el motivo de aquella escena de sangre, don Ramón tuvo que inventar una historia para salir del apuro.

—Entraba en mi habitación, dijo, cuando fuí asaltado por el bandolero que quería que le entregara cuanto de más valor tenía, a propósito, según dijo, de haber salvado a Dolores. Como yo me resistiera el gaucho sacó la daga, y la primer parte de la lucha tuvo lugar en el corredor. Y Dolores acudió a mis voces, y cayó desvanecida al verme en peligro de muerte. El gaucho entonces, creyendo hacer más fuerza en mi espíritu, amenazó con su daga el pecho de Dolores, diciéndome que si no lo obedecía le daría muerte. Entonces fué que yo lo acometí con el puñal para proteger la vida de Dolores.

Las personas que oyeron esta explicación, hicieron el aparato de creerla y asombrarse de ella. Pero ya a ninguno podía escapar la verdadera causa de todo aquello.

¿Cómo es que si Santos Vega era el agresor, cuando ellos acudieron lo hallaron defendiéndose con el poncho de los golpes del estanciero? ¿Y cómo era que durante la lucha no había querido hacer uso de más armas que el rebenque, mandando a Carmona procediera de igual manera?

Allí había un misterio que ellos creían poder deducir por los mismos rumores que oían entre los paisanos; pero disimularon toda sospecha para no amargar más la tremenda situación del amigo.

Y mientras aquél iba a la habitación de Dolores, ellos, ayudados por algunos peones, empezaron a auxiliar a los heridos más graves, atendiéndose a sí mismos, pues era raro que alguno no hubiera recibido una caricia de Carmona.

Los más enteros trataron de indagar la causa de la batalla, y los paisanos, que no querían otra cosa, dejaron de entenderla de esta manera:

—Yo creo, dijo uno, que todo ha sido cuestión de faldas y nada más.

—¿Cómo faldas?, preguntaron. ¿Qué, acaso don Ramón habrá andado en malos pasos con alguna paisana del payador?

—Me parece que no, pero tal vez Santos Vega habrá hecho a don Ramón alguna mala pasada.

Los amigos juzgaron prudente no preguntar más, pero los paisanos soltaron no más la lengua haciendo los más crueles comentarios. Parecían complacerse del triunfo del payador sobre el soberbio estanciero.

Cuando éstos se retiraron, empezaron los dos amigos a hacer por su parte comentarios más sangrientos todavía.

El estanciero, después de haber sido un proveedor en todo sentido, pasaba a ser el bufón y el ludibrio de sus amigos, que agotaron el repertorio de las sátiras.

Los heridos, aunque bastante mortificados por los golpes de rebenque, encontraban las suficientes fuerzas para mezclarse a la sátira general.

Don Ramón volvió, como hemos dicho, al lado de su esposa, que estaba entregada a los más terribles tormentos del espíritu.

—Déjame morir, le dijo ella así que lo sintió a su lado. La vida que me espera es tan terrible, que prefiero mil veces la muerte a sobrellevarla.

Era tal el acento de Dolores, que don Ramón, hombre de carácter sumamente débil en todo lo que se refería a su mujer, se sintió conmovido. Su corazón olvidó un momento la tormenta que lo había envuelto, y se entregó al dolor que lo roía.

—Has muerto mi corazón y mi porvenir, le dijo con voz sentida y reposada, sin que hayas tenido para ello el menor motivo. Para sumirme en el oprobio y la vergüenza has ido a buscar un gaucho miserable, como si la acción sólo no fuera suficiente para reducirme al estado más miserable.

Dolores gimió y escondió entre las almohadas su hermosísimo semblante, embellecido por la expresión de dolor que lo cruzaba.

—¿Qué disculpa puede tener tu proceder?, añadió don Ramón, cuya voz temblaba dulcemente, como si en vez de un reproche hiciera una súplica.

—Yo no sé, contestó Dolores con la voz velada por los sollozos. Dios lo habrá querido así. Mátame si quieres, pero demasiado sabes que al unirnos mi corazón no te pertenecía.

—No mezcles a Dios en las infamias de la tierra, prosiguió don Ramón con severo acento. Para hacer lo que tú has hecho, se

necesita ser muy infame y muy perversa. Yo, ¡inocente de mí!, no creía ni lo uno ni lo otro. Pero dejemos las recriminaciones, que a nada conducen, ni pueden borrar los hechos. Yo disimularé para cubrir mi vergüenza y disimular en lo posible la infamia que me rodea. Puedes prepararte a marchar inmediatamente, pues mañana nos vamos a la ciudad. Si no me voy ahora mismo, es porque quiero antes ver si le arranco las entrañas a ese gaucho miserable.

Dolores volvió a gemir y a guardar silencio.

—¿Conque el gaucho cobarde no quiere herirme y tiene la osadía de asegurar que me tiene lástima? Yo le enseñaré que si una vez ha podido escapar a mi justa venganza, no ha de tener dos veces igual suerte. Yo le enseñaré otra vez a sacar la daga y buscar mi corazón si antes no encuentro el suyo.

Doña Dolores ocultó por completo su semblante, para recatar una sonrisa de íntima satisfacción.

El payador crecía a sus ojos de una manera fantástica.

Ella lo había visto rodeado de enemigos que con increíble encarnizamiento, se disputaban el derecho de arrancarle la vida. Sin embargo, según las palabras de su esposo, Santos Vega no los había ni siquiera honrado, sacando el arma.

—¡Gracias a Dios, exclamó, que no ha habido una desgracia!

—No ha habido una, sino varias, contestó el estanciero, creyendo dar un mal rato a Dolores. La mayor parte de las personas que te obsequiaron con su compañía han caído con el cráneo roto, bajo el terrrible rebenque de aquel asesino.

Aquella fué una nueva revelación que llenó de júbilo a Dolores, que en medio de la desesperación admiraba ardientemente cada detalle que le elevaba a Santos Vega.

Estaba completamente dominada por el amor del paisano, a quien ya se figuraba ver, deslumbrante de hermosura, defendiéndose con su rebenque de diez o doce enemigos.

—Quedas, pues, avisada, Dolores, concluyó don Ramón. Mañana partimos a la ciudad, donde te entregaré a tu familia. Tengo bastante debilidad y te he amado bastante para aplicarte el castigo que merecías; pero no tengo el suficiente coraje ni la falta de vergüenza necesaria para volver a mirar esa frente hermosa, manchada por la más negra y miserable de las infamias.

Y salió haciendo un poderoso esfuerzo para ocultar a los que hallaba al paso, la batalla de su corazón, que era la exposición de su vergüenza.

El día había amencido lo más hermoso que pueda desearse en el mes de diciembre. La naturaleza respiraba la más suave y embriagadora alegría que podía traducirse desde los esplendorosos

rayos del sol, hasta la cristalina gota de rocío, que temblaba en las humildes yerbitas del campo.

En cuanto salió lo rodearon los paisanos de la estancia, preguntándole por el estado de la señora.

—Está mejor, contestó don Ramón; y se retiró a sus habitaciones. Le parecía ver una sonrisa de desprecio detrás de cada mirada, y una carcajada de burla detrás de cada palabra. Al pasar por el lado de sus amigos le anunció su próximo viaje.

—Dolores está muy delicada, dijo, y ustedes mismos necesitan otra clase de atenciones que las que aquí se les pueden prestar; porque los remedios no pasan de trapos empapados en caña y mechas quemadas.

—Entonces nos aprontaremos, dijeron, porque a la verdad, nada tenemos que hacer aquí, sino temer la repetición de lo sucedido y un nuevo susto de las señoras que poco necesitan para poner el grito en el cielo.

Don Ramón pasó a su pieza donde se entregó al dolor de su situación angustiosa.

Entretanto, los alcaldes y demás gente de justicia, que venían a la fiesta todos los días, empezaron a llegar como de costumbre, quedando helados de asombro al saber lo que había sucedido.

—¿Y dónde están esos bandidos?, preguntaron con ánimo de hacer una herejía con Santos Vega y Carmona.

Pero éstos habían abandonado la estancia desde antes del amanecer, y ninguno sabía dónde habían ído, o, si lo sabían, trataban de guardarles el secreto. La gente de justicia fué en busca de don Ramón, como la persona más caracterizada para narrar lo sucedido.

—Poca cosa es, replicó don Ramón; y narró lo mismo que había contado a sus amigos. Santos Vega quedaba así, por aquella declaración, como un ladrón y un salteador.

—Pues saldremos en su busca, dijeron, y antes de la noche, lo hemos de traer vivo o muerto.

—Un momento, dijo don Ramón con el semblante iluminado por el deseo de vengarse. Si van a ir ahora a buscarlo, yo los acompañaré. Daría cualquier cosa por encontrarlo y poderle dar una vuelta de azotes.

Los alcaldes trataron de disuadirlo, manifestando que era inútil se incomodara; pero don Ramón dijo que así lo había dispuesto; y como era un vecino acaudalado, consintieron por fin en ello. Don Ramón dió orden para que inmediatamente le ensillaran el mejor caballo de la estancia y se pusieron en camino. Pero toda pesquisa fué inútil.

En vano salieron al campo en todas direcciones, interrogando

a los pobladores del tránsito. Santos Vega no apareció por ninguna parte. Parecía que la tierra se lo hubiera tragado.

¿Qué había sido del payador, que así desaparecía de la estancia, él que jamás había abandonado el campo del enemigo?

Así que don Ramón tomó el camino de la casa, el payador se alejó con Carmona al galope largo.

—Es preciso, ahora, maniobrar con mucha maña, le dijo, porque se nos van a echar por detrás como trailla de perros bravos. Vamos a pegar una vuelta y nos metemos detrás del monte, a espaldas de la casa, desde donde podremos observar el menor movimiento de la estancia. Yo ante todo quiero impedir que este hombre ofuscado por los celos, cometa alguna mala acción. Después, quiero ver si veo a Dolores. Necesito hablarla, y debo aprovechar la primera conyuntura que me brinde el caso.

—¿Pero cómo habrá podido don Ramón cocear la cosa?, preguntó Carmona. La trampa estaba bien preparada, que parecía imposible viese los hilos.

—¡La fatalidad que me ha de seguir hasta la tumba!, contestó Santos Vega. Sin duda don Ramón, avisado por Benita, nos ha espiado y logrado sorprenderme en momentos bastante apurados. Y como toro enfurecido ahí no más me acometió; de tal suerte que tuve que apelar a todo mi saber, para que no me atravesase.

—¡Bien haiga la gaucha puerca!, respondió Carmona, sintiendo que se le comunicaba la indignación de Santos Vega. En cuanto le eche la vista encima le voy a echar un tuce en la cline, que no la va a conocer ni su padre, por más fresco que esté.

—No le diga ni le haga nada, hermano, respondió el payador, que si ella me ha vendido, la pobre tiene razón; yo había jugado muy sucio con ella. Ahora sólo tenemos que preocuparnos en salir del paso apurado; después veremos lo que se ha de hacer.

Y tratando de no ser vistos, ganaron un pequeño monte situado atrás de la casa, desde donde podían observar todo. Allí desmontaron, y siempre con el caballo de la rienda, se pusieron en acecho, de manera de poder observar a cuantos se dirigieran a la casa.

De allí vió cuando llegaron los alcaldes a lo de don Ramón, sospechando lo que iba a suceder.

—Ahora, dijo a Carmona, éstos van a salir a campearme; ¡pero buen chasco se llevan! Cuando ellos crean andarme siguiendo la pista, yo me hallaré al lado de Dolores para darle el beso que cortó la aparición del estanciero.

—Cuidado, hermano; mire que dentro quedará gente y fuera están los peones de la estancia. Es bueno no perder del todo la prudencia.

—Los que queden adentro son los mismos que hemos rebenqueado, y los pobres no me parece que anden con ganas de volver a empezar el baile. En cuanto a los peones, no hay que tener el menor cuidado. Así como anoche no terciaron en la lucha, tampoco se meterán hoy conmigo: yo se lo garanto.

—Como guste, hermano, concluyó Carmona. De todos modos yo quedo aquí para lo que pueda suceder.

Al poco rato sintieron rumor de varios caballos que se alejaban al galope. Se asomó Santos Vega por entre el follaje, y vió a don Ramón que, seguido de los alcaldes, se ponía en marcha apresurada, tomando la dirección que él había seguido.

—¡Si te perdís, chiflame! dijo Santos Vega con su sonrisa más picaresca. Es una lástima que me vayan a matar tan joven.

Y se preparó a salir de su escondite, después de haberse cerciorado de que el puñal salía bien de la vaina.

—Hasta luego, hermano, dijo; no se mueva de aquí si no siente que se cae la casa. Como zorro que se aproxima al gallinero codiciado, Santos Vega franqueó la distancia que lo separaba de la casa, y entró resueltamente.

Al verlo, los amigos de don Ramón quedaron helados, y las mujeres, dando alaridos de espanto, fueron a encerrarse en sus habitaciones.

Todos creían que Santos Vega iba a asesinarlos.

—No se asuste nadie, que yo no vengo a hacer daño a quien no me hace a mí. ¿Dónde está la pieza de la señora?

Uno de ellos, más asustado que los demás, indicó al payador la habitación que ocupaba doña Dolores, para verse libre del peligro que creía lo amenazaba, sin ver que lanzaba ese mismo peligro sobre la esposa de don Ramón, si realmente aquel hombre venía a cometer un crimen.

Pero por más atención que prestaron, no oyeron en la pieza, después que entró Santos Vega, ninguna de las demostraciones y gritos que preceden a un acto de violencia.

—Yo corro en busca de don Ramón, dijo uno.

—Y yo, replicó otro, voy a pedir socorro a los peones.

Y salieron como centellas a ponerse en salvo, más que a lo que habían dicho.

Los peones, al saber lo que pasaba, ni siquiera se inmutaron. En aquella cuestión estaban decididamente de parte del paisano, y sabían que éste no iba allí a cometer otro crimen que el de hablar amorosamente con doña Dolores.

Así es que se disculparon diciendo que, no estando don Ramón, nada se atrevían a hacer, y que, además, tenían miedo que cualquier acto de hostilidad por parte de ellos enfureciese al payador e hiciera alguna herejía.

Santos Vega, entretanto, había entrado en la habitación de Dolores, cuya puerta cerró tras sí. Ella, que lo que menos esperaba era la visita de su amante, lanzó un grito y le estiró los brazos.

—No es culpa mía lo que ha sucedido, dijo, es el destino maldito que me persigue y que alcanza a todos aquellos con quienes me liga el corazón. Sin embargo, Dolores, aunque desearía verlo muerto mil veces, la vida de don Ramón ha sido respetada, y respetada será siempre.

—No esperaba menos de tu corazón noble y generoso, replicó Dolores; pero tu presencia aquí es un peligro. Ese hombre puede volver, y una escena de sangre sería inevitable.

Y era tal su pasión por el payador, que creyendo ahorrarle con ello un mal momento, no se atrevía a nombrar a su esposo. Lo llamaba simplemente "ese hombre".

—No temas nada, contestó el poeta con expresiva dulzura; don Ramón estará ahora muy lejos de la estancia.

—¿Ha partido? preguntó Dolores, haciendo un movimiento intraducible. ¿Me dejaría acaso entregada a lo que él llama mi vergüenza y yo llamo mi dicha?

—No, mi alma, contestó el payador, don Ramón, acompañado de alguna gente de justicia, anda a estas horas buscándome como caudal extraviado por el placer de verme cortar la cabeza. Pero, ya ves qué lejos estoy del alcance de su mano.

—Pero, te habrán visto entrar los mismos que lo ayudaron ayer, y los peones de la estancia.

—No temas, aseguró Santos Vega. Los amigos tienen bastante con la ración de ayer. En cuanto a los peones, no habrá uno solo que se me atreva en el camino.

Y era tal la seguridad que había en el rostro varonil del paisano, que Dolores quedó completamente tranquila.

—¿Qué ha sucedido desde que yo me fuí? preguntó. ¿Qué proyectos tiene don Ramón?

—Me ha dado orden que me prepare para partir mañana, contestó ella sollozando, para llevarme a casa de mi familia.

—No sucederá así mientras yo viva y tú lo quieras, contestó el payador de una manera resuelta. Todas las policías del mundo no bastarían para arrancarte de mi lado.

—Yo no quiero irme tampoco, replicó doña Dolores gimiendo, porque no podría vivir sin este amor que me ha robado por completo el corazón. Pero tampoco quiero una escena de sangre, porque la sola idea de que te pueden matar, conozco que hace vacilar mi corazón.

—No habrá sangre, replicó Santos Vega, yo lo prometo. Pero tampoco habrá duelo, porque no hay fuerza capaz de arrancarte de aquí.

Y así se entretuvieron largo rato hablando de su amor, hasta que Santos Vega creyó que podían volver don Ramón, y se preparó a retirarse.

—No tengas el menor temor, dijo al salir, que ese hombre no te llevará, te lo juro sobre la luz de tus ojos: hasta mañana, mi vida.

—Hasta mañana, y que el cielo nos ayude, contestó doña Dolores, devolviendo el beso ardiente que recibió del payador.

Y éste salió con la misma naturalidad que si hubiera caminado en su propia casa.

—Y el que diga a don Ramón que yo he estado aquí, dijo, es hombre muerto, y no se amenaza dos veces.

Y salió definitivamente de la casa y se volvió a su escondite, delante de los peones, que se limitaron a saludarlo a su paso.

Poco antes de la oración, regresaron el estanciero y los justicias con el desaliento pintado en el semblante.

—Ahora, dijo el payador a Carmona, hasta mañana, que será la gorda.

Ni los amigos ni los peones se atrevieron a decir al estanciero que Santos Vega había estado allí. Temían la cólera del primero y la venganza del segundo sobre todo.

Don Ramón había perdido toda esperanza de poder vengarse, y hacía preparativos de viaje para la madrugada siguiente. Se acercó al cuarto de Dolores, donde después de informarse de su estado, le reiteró la orden de estar pronta al día siguiente, y regresó donde estaban los alcaldes.

—Nosotros los vamos a acompañar una leguas, don Ramón, le dijeron éstos; no sería extraño que Santos Vega ayudado por Carmona quiera hacer una de las suyas, y es bueno siempre estar preparado a todo.

—Es difícil que suceda, añadió otro, pues ya supondrán que se nos ha dado aviso, y no han de ser tan tontos de salirnos al encuentro.

—Sin embargo, interrumpió un tercero, que sin duda tenía motivos para recordar la bravura de Santos Vega, el payador es muy audaz, y ayudado por Carmona, es posible que se venga al humo.

—Daría cualquier cosa porque sucediera así, dijo a su vez don Ramón. No sé por qué me voy con el pesar de no haber castigado a ese hombre. Yo no soy rencoroso, pero contra este gaucho villano, me anima no sé qué deseo de castigar su insolencia.

—Demasiado lo sabemos nosotros, pensó uno de los amigos. La ofensa inferida por el payador, es de aquellas que sólo se pagan con sangre.

Don Ramón pasó toda la noche entregado a sus apuntes de viaje y hacer las más tristes reflexiones sobre su situación terrible.

Los alcaldes estuvieron entretenidos en hacer planes formidables para el caso en que les saliera Santos Vega.

Doña Dolores por su parte, sólo pensó en el payador y en rogar al cielo lo preservara de una desgracia, y la iluminara en la vía crucis que empezaba para ella.

A la madrugada siguiente estaba todo pronto para la partida.

LA BATALLA

Para doña Dolores y las señoras que formaban su comitiva, diremos, se había atado una especie de galerón, que hoy no serviría ni aun para darse un corte en la última toldería de indios.

Don Ramón y sus amigos debían marchar a caballo rodeando al galerón, mientras los alcaldes, con aspecto marcial y amenazador, marchaban adelante, a guisa de batidores.

Parecía increíble que por temor de sólo dos hombres, se tomara aquella temeridad de precauciones. Es que la fama de Santos Vega era mucha, y sus últimos hechos en el Baradero lo habían rodeado de un prestigio completamente fantástico.

A eso de las seis de la mañana se pusieron en camino, no sin echar una recelosa mirada e ntodas direcciones. Parecía que detrás de cada mata de trébol hubieran temido ver aparecer a Santos Vega y Carmona.

Fué necesario ayudar a doña Dolores a subir el galerón, pues no tenía fuerzas para dar un paso. Más que una mujer, parecía un cadáver, pero un espléndido cadáver.

Dos de los amigos de don Ramón llevaban pistolas, las mismas con que la noche anterior hicieron fuego sobre los paisanos. Pero a juzgar por sus rostros compungidos y temerosos se hubiera dicho que tenían más deseos de meterse en el galerón que de hacer uso de sus armas.

Así se pusieron en camino, sin dejar un momento de divisar el campo en todas direcciones. Santos Vega y Carmona, emboscados a corta distancia, desde donde podían dominarlo todo, vieron todos los preparativos hasta el momento de la marcha. Entonces Santos Vega montó a caballo y dijo a su amigo:

—De aquí a dos leguas podemos salirles a la cruzada a esos alcaldes, que habrán pintado toda la noche, prometiendo por lo menos, sacarnos la tripa con sebo y todo. Son cinco, añadió: tres para mí y dos para usted: en un momento habremos terminado el asunto a nuestro mejor gusto.

—¿Y cuál es el plan que tiene?, preguntó Carmona.

—Una zoncera: darles unos guascazos y quitarles la mujer si

ésta no quiere volver a la estancia, logrando esto con sólo romperles una rueda del galerón... ¿qué le parece?

—¿Qué quiere que me parezca?, ¡lindo no más!

Y se pusieron en marcha hasta que calcularon haber galopado las dos leguas.

Era este un punto de los más solitarios, pues el establecimiento que quedaba más cerca era el de don Ramón, a dos leguas de distancia. Aunque el galerón no era pesado, e iba tirado por ocho caballos gordos, y llevaba buenos peones, la marcha era lenta, pues no había objeto alguno en apurarla.

De modo que no llegarían al punto donde esperaban el payador y Carmona, hasta dos horas después de estar éstos allí.

Marcharon, pues, por espacio de tres horas, sin experimentar la menor novedad.

Ya comenzaban a perder todo temor, cuando vieron que los justicias se detenían, y que dos hombres salidos de entre unas cortaderas, les hablaban con ademán altivo.

—¡Pronto!, gritó don Ramón, a dos lados con la galera, que prometo una gratificación de mil pesos por barba si vuelan hasta la primer posta, ocho leguas distante de aquí.

Mil pesos en aquellos tiempos benditos era una suma enorme, que un paisano no alcanzaba a reunir en un año de trabajo. Así es que al oir la oferta, los peones cerraron las espuelas a los montados, azotaron a los laderos, y partieron a todo lo que daban los caballos, haciendo dar a la galera cada barquinazo que metía miedo.

Don Ramón y tres de sus amigos corrieron a reunirse con los alcaldes, que llevaban unas quince cuadras de delantera. Los demás sintieron tal terror que no pudieron darse cuenta de lo que sucedía.

Vamos a ver qué sucedía entre los justicias y los paisanos.

—¡Alto esa maula a Santos Vega y a su hermano!, gritó el payador cruzándose en el camino como brotado de la tierra.

Los justicias no dejaron de sorprenderse al ver encima a los dos paisanos, cuchillo en mano.

Pero el más animoso de ellos, sacando un facón descomunal, salió al frente, respondiendo:

—¡Gracias por ahorrarnos el trabajo de buscarte, fantasma de muchacho! ¡Ahora vas a ver si tenés veinte vidas o una sola!

—Pues pocas palabras, y al avío, contestó el payador, que estoy de prisa.

Y acometió al audaz justicia con el facón levantado y su eterna sonrisa en los labios.

En aquel momento los compañeros llegaban, se mezclaba Car-

mona y el combate empezaba lo más reñido y bien sostenido por ambas partes.

Fué también en ese momento que la galera despachada por don Ramón, se inclinó a la derecha del camino y partió como una bala, sin que el payador, preocupado en el combate y pensando se hubiera detenido, pudiera verla.

Cuando don Ramón y los suyos llegaron al lugar del combate, ya había caído uno de los justicias bajo el puñal de Carmona.

—No se apure, hermano, le dijo el payador, que aquí viene más refuerzo, y la cosa va a ser más entretenida de lo que parecía.

—¡Campo!, ¡campo!, gritó don Ramón atropellando. Ese canalla debe ser castigado por mis manos.

—No sea malo, buen hombre, dijo alegremente el payador, que no soy potrero de mulas para que usted engorde conmigo.

Pero don Ramón había logrado pasar, y antes que el payador concluyera su última palabra, ya lo había acometido a puñaladas.

La lucha general se interrumpió por un momento, pues todos se pusieron a mirar el resultado de aquel encuentro particular; pero la tregua duró muy poco. Santos Vega soltando una carcajada, dió una rienda a su alazán y tomó a don Ramón por el lado de montar con tal pechada que lo aventó, rodando con el caballo y todo, a cuatro varas de distancia.

Don Ramón se levantó medio descompuesto y quiso volver al ataque; pero ya los amigos y los justicias habían arremetido con Carmona y Santos Vega que se defendían bravamente.

—¡Firme con los justicias, hermano, firme con ellos!, gritaba el payador a su hermano; y cada alcalde que se les ponía a tiro, recibía una herida más o menos grave.

Dos de ellos, viendo la cosa mal parada, se retiraron a tomar un poco de descanso, dejando que los paisanos se entretuvieran con los amigos de don Ramón, a los que parecía no hacer mucho caso.

Santos Vega aprovechó esta especie de trégua para mirar el galerón donde iba su Dolores, y quedó helado de espanto al no verlo por ninguna parte. .

—¿Y la galera?, preguntó con los ojos inyectados en sangre, ¿dónde está la galera?

—Fuera de tu alcance, villano, contestó don Ramón lívido de coraje. La muerte es la que ahora te espera para purgar tus iniquidades.

Santos Vega creyó que la galera había vuelto a la estancia y se lanzó en esa dirección, diciendo a Carmona:

—¡Ni un golpe más, hermano, volvamos a la estancia que es

donde haremos falta! Y partieron como dos locos en dirección al establecimiento.

—Es preciso socorrer a esas señoras, dijo uno de los alcaldes que estaba en la misma creencia que Vega.

—Inútil sería, replicó don Ramón, porque la galera debe estar ya mudando caballos en la primera posta. Cuando me incorporé a ustedes había dado orden a los peones de que ganaran distancia.

—Entonces, dijo el alcalde, lo más seguro es que sigan ustedes el mismo camino. Santos Vega, cuando se encuentre sin la galera, ha de volver aquí, y entonces la lucha va a ser más sangrienta y sin objeto alguno.

—Bueno, dijo don Ramón a sus amigos, pueden ustedes alcanzar la galera, que yo me quedo aquí con los señores a esperarlo. Es preciso escarmentar al bandido, añadió, y yo no puedo irme sin dejarlo en manos de la justicia.

Tanto los amigos como los alcaldes, trataron de demostrar a don Ramón que era más prudente irse a acompañar a las señoras, que iban solas, pero éste insistió en su primera idea.

—Nosotros quedamos aquí, dijeron, y le garantimos que caerá en nuestro poder. Además, concluyeron, ¡sabe Dios si a estas horas no van ya en seguimiento de la galera y la asaltan antes que usted llegue!

Esta consideración hizo en el estanciero más de lo que habían hecho todos los discursos y reflexiones anteriores.

—¡No lo quiera Dios! gritó. ¡En marcha!... ¡En marcha!... ¡No sea que lleguemos demasiado tarde!

Y lleno de angustia, se puso a galopar sobre las frescas huellas que sobre el verde había dejado la galera, acompañado de sus amigos, incluso los dos de las pistolas, que se habían mantenido a una distancia de la lucha.

Los justicias quedaron allí, heridos y no heridos, reflexionando sobre la actitud que debían tomar.

—Ahora me parece una pavada quedar aquí, dijo uno, para hacerse ojalar el cuero al divino botón. Ese maldito va a volver más rabioso que nunca, cuando sepa que los perseguidos han volado, y nos vamos a encontrar en serios apuros.

—Es que no podemos disparar tampoco, respondió el más animoso. Somos cinco contra dos, y sería una vergüenza que nos dejáramos correr de arriba, sin haber hecho nada por la riña.

—Somos cinco, pero heridos tres, añadió otro.

—Y ellos vienen cansados del galopón: no hay que perder el ánimo, siguió diciendo el de más alma. Es preciso tratar de matar o prender al payador.

Los cinco resolvieron quedarse y esperar los acontecimientos.

Santos Vega y Carmona habían llegado a la estancia, donde no tenían noticia de lo que había sucedido.

—¡Entonces, se nos han ido! gritó el payador entregado a la más cruel desesperación. ¡Pronto, Carmona, pronto, a ver si les damos alcance! ¡Y ahora no hay perdón para nadie! Donde los alcancemos es preciso concluirlos.

—Difícil me parece, contestó Carmona, porque llevamos los caballos cansados.

—No hay tiempo de mudar, replicó el payador clavando al suyo las espuelas. ¡Vamos a no perder un minuto!

Y volvieron bridas hacia el sitio donde había desaparecido la volanta, para seguir galopando sobre la huella.

Pero, como había dicho Carmona, los caballos estaban cansados, y por más que los castigaban, habían disminuido notablemente en velocidad, de manera que cuando llegaron adonde esperaban los alcaldes, éstos se disponían a irse, creyendo que ya no volverían. Al ver solos a los justicias, la desesperación del payador no conoció límites.

—¡Se me van! ¡Se me van! gritó con una amargura infinita; y castigó su caballo para seguir corriendo.

Pero los alcaldes le cerraron el paso, arremetiéndolo con un ardor que los amigos no esperaban.

—¡Paso! ¡Paso! gritó frenético Santos Vega.

Mas, el paso que se les abría era una verdadera lluvia de puñaladas que les tiraban los alcaldes.

El payador sintió agolparse toda la sangre en su cabeza. Aquella resistencia, que le hacía perder un tiempo precioso, lo irritaba profundamente. Así, cubriéndose con el poncho, empezó a luchar de una manera frenética, y los alcaldes sintieron bien pronto el peso de aquella cólera y desesperación que ellos mismos habían encendido.

Santos Vega caía sobre ellos como una tormenta, y el que lograba escapar de la punta de su puñal, no se libraba del de Carmona, quien secundaba a su hermano con una decisión terrible.

Bien pronto quedaron dueños del campo.

Los alcaldes, que habían disminuido en dos, mortalmente heridos, empezaron a retirarse, suavemente primero; pero bien pronto se pusieron en fuga a todo lo que daban los caballos.

Santos Vega no se ocupó en perseguirlos. Miró los dos caídos que se morían y siguió la huella de la galera, animando a su caballo con la palabra y la espuela.

LA ULTIMA ILUSION

Los caballos iban materialmente postrados. Ya no salían del galope pesado, y amenazaban caer muy pronto al trote y al tranco.

La noche iba llegando lentamente, y el payador se sentía presa de la desesperación más tremenda.

—¡Maldito destino el mío!, exclamaba, ¡siquiera concluyera con mi vida. Siento que mi corazón se marchita y se seca, pues con ella se desvanece lo único que empezaba a hacerme querer la vida.

La noche había tendido su negro manto, cuando el alazán se paró y cayó sobre las rodillas.

No podía dar un solo paso más. Santos Vega desmontó y le acarició el cuello como podía haberlo hecho con su hermano.

—¡Pobre mi alazán!, dijo; has hecho lo que has podido y sólo caíste cuando ya no te quedaba un átomo de fuerza para dar un paso más. No importa, añadió; seguiré a pie hasta que caiga también postrado por el peso de la fatiga. Me quedará el consuelo de haber hecho cuanto humanamente habré podido.

Y echó a disparar como un loco. Su frente ardía bajo la acción de una fiebre devoradora, y la desesperación que sentía parecía prestar alas a sus pies, tal era la rapidez de su carrera.

Carmona echó a correr también tras su amigo.

Y así siguieron, hasta que al fin el payador, extenuado de fatiga y transido de dolor, cayó como herido por un rayo. Carmona lo levantó con sus robustos brazos como si hubiera sido una pluma, improvisó una cama con los ponchos y lo recostó en ella mientras volvía en busca de los caballos.

El payador pasó aquella noche bajo la influencia de un terrible delirio.

Tan pronto dirigía sus más melodiosas frases a Dolores como si hubiera estado con ella en amoroso coloquio; tan pronto se incorporaba sobre los ponchos lanzado amenazas de muerte y moviendo convulsivamente las manos como si estuviera esgrimiendo su puñal.

Con el fresco de la mañana volvió a la realidad de la vida, y lanzó un suspiro como si hubiera querido aliviar el pecho de una terrible carga.

—¡Adiós mundo para mí!, dijo a Carmona. Cuando creía que todas mis penas se disipaban al soplo de este amor venturoso, la fatalidad que me persigue sin descanso viene a demostrarme que

para mí no queda ya nada sobre la tierra. Mi vida se reducirá desde hoy a vagar de pago en pago, sin un momento de reposo para mi espíritu dolorido, ni una tregua para mi angustia. Yo creo, hermano, que lo mejor que yo podría hacer, era sepultarme el puñal en el corazón y concluir con esta yapa de vida, que ni es cigarro ni es pucho.

—Sería lo peor que pudiera hacer, replicó Carmona, porque lograría con ello hacer el gusto a los que sólo quieren verlo muerto. Es preciso vivir, hermano, y mostrar que hay espaldas donde echar todas las penas y alma para sufrirlo todo. Usted debe vivir para buscar el desquite, hermano, que tal vez algún día la suerte se canse de aporrearlo y pueda ser feliz.

—No hay felicidad ya para mí, contestó Santos Vega con su ademán más triste. Cuando el corazón se marchita y se seca, sucede lo mismo que con la vejez: no vuelve a rejuvenecer más.

—Párese no más, hermano, respondió Carmona con su original filosofía. Cuando uno recibe una puñalada profunda, y ve salir la sangre a chorros, parece que la vida se va a dejar para siempre. Pero poco después la sangre se estanca, se va sintiendo circular la vida cada vez más vigorosa y la esperanza renace de nuevo. La herida se va cerrando poco a poco hasta que al fin de algún tiempo se halla uno tan bueno, que podría recibir dos heridas donde recibió la primera. Así mismo son las cosas del corazón, por lo que yo veo, hermano. Se recibe un desengaño o se pierde la mujer querida, como el caso presente. El corazón tiembla y se recoge al seno sollozante, y sus latidos se van apagando. El golpe es rudo, uno lo siente en lo más noble, pensando que todo ha concluído allí. Pero poco a poco la sangre va circulando, el corazón empieza a latir mejor y el primer aturdimiento se disipa mitigando la pena. Y se mira un día una mujer hermosa y uno *siente* sin *sentirlo,* que todavía tiene corazón para querer. Porque las mujeres, hermano, son para el corazón lo mismo que las mechas para las puñaladas. Las dos retañan la sangre y nos hacen olvidar bien pronto el mal que nos aflige.

Santos Vega no pudo menos que sonreir ante aquella filosofía original.

—Puede tener razón, hermano, dijo, pero yo siento que esto se acabó para mí. Esta herida ha sido abierta sobre un montón de cicatrices, y no hay mecha que le venga bien. Yo conozco que el tiempo, que todo lo cura, no curará mi herida, porque en esa mujer había puesto yo todo mi porvenir y mi pasado. Era el bálsamo que apagaba el dolor de mis viejas heridas y el consuelo de todas mis desventuras. Dios lo habrá querido así y no hay más que conformarse con su voluntad. Arrastraré como un gusano este miserable pucho de existencia, y cuando ella se acabe rendiré la

vida sin el menor pesar. De todos modos no puedo hacer nada, porque no sé si la volveré a ver sobre la tierra.

Y Santos Vega agobió la cabeza, entregándose a sus más tristes reflexiones.

Carmona, con el espíritu más libre, se ocupó de los caballos, atándolos en un paraje donde podían comer bien. Era preciso atender a los caballos para que repusieran sus fuerzas porque estaban a pie, inconveniente serio si llegaban a tener algún encuentro fatal.

En seguida volvió al lado de su amigo, tratando de distraerlo con alegres relaciones. Santos Vega veía la abnegación de Carmona, sentía la amistad purísima de aquel joven y su cariño por él crecía a cada instante.

—Es lo único que tengo en el mundo, pensaba el payador, el único sér que me tiene una amistad verdadera y sin el menor interés. Y reconcentró en Carmona toda la fuente de su cariño, puesto que él no sólo era su hermano, sino un amigo leal y noble hasta la exageración. Así es que conmovido hasta las lágrimas se acercó a Carmona y le dió un fuerte abrazo.

—Es usted lo único que tengo en el mundo, hermano: no vaya a abandonarme nunca, porque sería peor que si me arrancara la vida.

Carmona devolvió en una sonrisa llena de bondad el abrazo del payador, y se sentó nuevamente a su lado. Así pasaron todo el día, hablando del pasado y del porvenir lleno de males que les esperaba.

—Yo me ausento del Baradero, había dicho Santos Vega, porque conozco que la vida aquí me sería insoportable. El recuerdo de Dolores me perseguirá por todas partes y no me dejaría pasar un solo momento feliz.

—Pues nos iremos donde guste, contestó Carmona. Para mí todo pedazo de tierra es lo mismo; no tengo preferencia por ninguno.

—Antes de partir prosiguió el payador, quiero volver a la estancia de don Ramón. Allí me despediré de la sombra de Dolores y descansaremos la noche, no tanto por nosotros como por los animales, que harto lo necesitan.

Y a la caída de la tarde ensillaron y se pusieron en marcha a la estancia, empleando más de dos horas de tiempo en recorrer las dos leguas que del establecimiento los separaban.

Cuando llegaron había todavía un buen número de paisanos, que se ocupaban en enjugar el sobrante de las botellas y comentar los sucesos del camino.

Una exclamación de verdadero entusiasmo acogió la presencia de los amigos. Todos conocían ya sus amores con la *patrona* y lamentaban la casualidad que había puesto el secreto en oídos de don Ramón.

Y todos habían sentido el desenlace de aquellos amores, no sólo por el aprecio que tenían al payador, sino por el efecto que les hacía el ver un paisano como ellos soplar la dama a un rico de los más soberbios del partido.

Apenas habían desensillado y puesto los caballos donde pudieran verdear a su gusto, el capataz les clavó delante un asador donde se hallaba ensartado un exquisito matambre.

—Churrasqueen, amigos, que harto lo han de necesitar, les dijo. Lo que siento es no tener nada más que ofrecerles.

—Sobra con la fineza, contestó Santos Vega sacando su cuchillo a imitación de Carmona, que cachiteó el asado con un hambre de cuarenta y ocho horas.

—Comeremos y nos vamos, dijo el payador, porque si saben que hemos estado aquí, le van a armar una de tres mil diablos, y no hay necesidad de comprometerlo.

—Compromisos no hay ninguno, contestó el capataz, porque no han de faltar pretextos. Me parece que cuando la misma justicia no puede con ustedes, bien se ha de disculpar uno diciendo que tomaron alojamiento a la fuerza. ¿Y cómo diablos fué a flechar a la patrona, amigo? ¡Bien dicen que con su canto es usted capaz de volverle la cabeza a la misma Virgen del Carmen!

Santos Vega no quiso entrar en una conversación que le hacía daño, y así les previno a los paisanos que no volvieran más a torcer el tema.

Concluído el matambre, los paisanos se pusieron a cimarronear y a escurrir las limetas, mientras recordaban los más curiosos episodios de la yerra y comentaban la última paliza dada por el payador a la gente de justicia.

—Ya los dejo descansar por aquí, dijo éste, porque de madrugada hemos de partir para otros pagos, donde la suerte nos sea menos tirana.

Esta noticia fué recibida tristemente por el paisanaje. Ya se habían acostumbrado a Santos Vega, a quien miraban como cosa de la familia y persona del pago.

Muchos le aconsejaron que se quedara, que tal vez estando allí volvería a saber de Dolores: pero pronto se convencieron que todo era inútil y que la partida del payador era inevitable y resuelta.

—Entonces le pediré que nos deje oír su última trova, le dijo el capataz, porque hemos quedado con hambre de oírlo cantar.

—Ya eso se acabó también, contestó el payador. Todo lo que importa una alegría se ha borrado de mi espíritu donde no hay más aliento que para llorar. Sin embargo, agregó, a despedirme he venido, y, si se me permite acercarme a la casa, habré cumplido así el único deseo que alimenta mi vida.

El payador recogió su guitarra, que había dejado escondida en el cuarto del capataz, y guiado por éste llegó a la puerta de la pieza

que en la estancia había ocupado Dolores. Y allí, trémulo y conmovido, con la mirada fija en el lecho vacío y rodeado de los paisanos, templó su guitarra, que sonó un acorde lleno de melancolía.

Poco después, cantando un estilo lleno de ternura y de pasión, la magnífica voz del payador dejó escuchar las siguientes décimas, en que se reflejaba todo el sentimiento de que estaba impregnada su alma:

La suerte que tan tirana
cupo la existencia mía,
me tuvo a tu lado un día
para ausentarme mañana.
Por ello mi alma se afana
pero así tiene que ser
no me puedo detener;
mas ya que de tí me alejo,
este recuerdo te dejo
por si no te vuelvo a ver.

Para un corazón que siente
y alienta una ilusión,
triste es la separación,
que ha de matar inclemente.
Ya me tienes de tí ausente,
y pronto lejos de aquí,
pero si me voy así
porque el destino me obliga,
pido a Dios, mi dulce amiga,
que no te olvides de mí.

Sólo anhela el alma mía
que Dios la dicha te ofrezca,
sin que una nube oscurezca
el cielo de tu alegría.
Que no llegue el triste día
en que tenga que sufrir,
que no te vaya a afligir,
una pena dolorosa,
que sabiendote dichosa
contento yo he de vivir.

Y aunque para mi tormento
de tí me vea alejado,
constantemente a tu lado,
estará mi pensamiento.

Y hundido en triste lamento
será mi consuelo creer
que en tu memoria ha de haber
un recuerdo para mí,
mientras yo pensaré en tí
hasta que te vuelva a ver.

Y aún cuando con mi existencia
pueda mi amor acabarse
siempre la flor, al secarse
deja en la planta su esencia.
Así yo, con la vehemencia
de quererte hasta la muerte,
dejaré en mi cuerpo inerte
la esencia de mi cariño,
y con la calma de un niño,
moriré creyendo verte.

El payador concluyó su última décima con una lágrima que fué a morir sobre el diapasón de la guitarra. Envió con la mano un beso a aquella cama desierta, que pocas horas antes había abrigado el cuerpo de Dolores, y se alejó al galpón donde había encontrado a los paisanos cuando llegó.

Allí permaneció lamentando su suerte, y refiriendo algunas desventuras de su vida, hasta la madrugada, en que se puso a ensillar los fletes junto con Carmona, que no podía dominar la tristeza que le ocasionaba el abandonar el pago donde hasta entonces había vivido, sin saber cuando volvería.

Recién se levantaba el sol en el horizonte, cuando el payador se echó al hombro su guitarra, y saltó sobre el alazán, completamente repuesto de la pasada fatiga. Poco después el payador y Carmona se pusieron en camino al tranquito, acompañados por casi todos los paisanos de la estancia, que no podían mirar aquella partida sin profundo sentimiento.

—Antes de salir del Baradero, dijo Santos Vega, quiero cumplir un deber que me nace del corazón. Esto es de ir a saludar al pulpero don Cosme y ño Cipriano. Ellos fueron conmigo buenos y hospitalarios, y no quiero que crean que los olvidé en el momento de la partida.

Todos siguieron hasta lo de don Cosme, donde encontraron a ño Cipriano entregado a su infalible ocupación de montar la mona. Grande y sincera fué la alegría de los dos viejos al ver llegar al payador, que hacía tanto tiempo habían perdido de vista, como fué grande la pena también al saber que los dejaba tal vez para siempre.

Ño Cipriano pagó un vuelta general y don Cosme no quiso ser menos. Y tantas fueron las vueltas, porque cada uno de los paisanos fué pagando la suya, que a pesar de todos los esfuerzos el payador vió llegar la noche en la pulpería de don Cosme.

Quiso retirarse, pero le fué imposible resistir a tanta súplica y tanta demostración de aprecio. Aquella era la última noche que iban a pasar juntos y como ningún apuro imperioso tenía en marchar, cedió a los repetidos ruegos y aunque con el caballo ensillaron tomaron parte en la fiesta y alegría general.

Se bebió y se cantó hasta subir la prima a un punto peligroso. Ño Cipriano que no perdía su buen humor por nada de este mundo y que no estaba a caballo de su segunda tranca de aquel día, se puso a payar con Santos Vega, pero con tan poca suerte, que a la hora quedaba vencido y dormido profundamente.

Antes que saliera el sol del día siguiente, ya Santos Vega y Carmona se hallaban en marcha en dirección a la Villa de Luján.

—Siento dejar este pago en donde me he criado y he aprendido a ser hombre. ¡Pero que le hemos de hacer! Uno al fin no es un caracol para andar toda la vida pegado a la concha. Al fin y al cabo vamos a conocer otros pagos, cosa entretenida, según entiendo.

—¡Según como se conocen, hermano! contestó el payador amargamente; no es lo mismo andar paseando que andar huyendo. De todos modos, el hombre tiene que haber sufrido en esta vida para ser completo. Cuando uno puede cazar al vuelo un momento feliz, le toma mejor el gusto, y las desventuras, por duras que sean, nunca son tan amargas como la primera. Así tendremos que rodar tierras, hermano: por la fuerza del destino, que me arrastra a pesar mío; usted, hermano, porque así lo quiere su buen corazón. ¡Mire que todavía está en tiempo! La vida que vamos a arrastrar es peor que la cadena del presidio, con la cabeza amenazada de muerte, andaremos peleando con los justicias para disputárselas, como si valiera la pena. Créame, hermano, quizás que todavía pueda ser feliz y encontrar un techo más abrigado que la bóveda del cielo.

—Santos Vega tendrá el derecho de hacerme un reproche, contestó Carmona conmovido, pero no puede hacerme un ultraje. Si yo fundí mi suerte y mi vida con la suya, no fué por especular con ella, sino para seguirla en su trance más amargo. Yo soy solo en el mundo, hermano; no tengo quién me llore cuando dé la última boqueada, ni quién se complazca en mi mayor alegría. Corramos, pues, esta miseria de existencia juntos: yo me llamaré feliz si al lanzar mi último suspiro, encuentro entre las mías esa mano valiente, para tributarle mi última caricia.

Santos Vega, conmovido hasta las lágrimas, detuvo su caballo, tomó entre sus manos la juvenil cabeza de Carmona y la estrechó contra su pecho. En seguida picó espuelas, y sin pronunciar una palabra más, siguieron su tranquila marcha.

LA MUERTE DE CARMONA

Aquellos dos hombres siguieron el derrotero de la vida unidos por una amistad verdaderamente fraternal.

Todo era común en ellos: las penas y las alegrías, como la fatiga, el desvelo y la lucha.

Nunca se vió a Santos Vega tomar tan sólo un vaso de agua sin brindar la mitad a su hermano ni a éste llevarse un bocado a los labios sin haberlo ofrecido antes al payador.

Así vivieron por espacio de dos años, errando de pago en pago y de estancia en estancia. Donde encontraban amparo y trabajo, permanecían hasta que el trabajo terminaba. Entonces cobraban lo que habían ganado y seguían hasta donde volvían a hallarlos.

Carmona, creyendo curar así una especie de profunda melancolía en que había caído el payador, lo hacía concurrir a los bailes de que tenía noticias. Pero si en ellos lograba distraer el espíritu un momento, era para verlo caer en seguida en un abatimiento más íntimo.

Desde la partida de Dolores, Santos Vega se había transformado completamente. Había desterrado de su espíritu toda manifestación alegre y sólo en ella pensaba.

Si, cediendo a las instancias de su amigo, cantaba en la guitarra, su canto era un eterno lamento. Sus improvisaciones entonces se limitaban a llorar la pérdida de aquel amor de su alma, y a verter en el recuerdo de Dolores toda la ternura de que era susceptible su corazón.

Las payadas le eran por completo indiferentes, y si tomaba parte en ellas, era sólo para conservar su prestigio de no haber sido vencido hasta entonces.

—Y si no quiero que me venzan, decía a Carmona, no es porque me importa la menor contrariedad, sino porque no quiero que sepa Dolores que he sido vencido.

Carmona agotó todos los recursos a su alcance, hasta que se convenció de que la pena de su hermano sólo el tiempo podía

curarla. Todo lo que antes había sido para él un motivo de diversión o alegría, era ahora causa de tedio y fastidio.

Lo único que le halagaba era la lucha, cuando se encontraba con algún grupo de gente de justicia.

Entonces su mirada adquiría un brillo particular, sonreía su boca en una especie de contracción nerviosa, y hería y luchaba, ayudado siempre de Carmona, hasta que el enemigo abandonaba el campo.

Una tarde, estando en el partido de Matanzas, vieron un par de paisanas hermosísimas, sentadan bajo el alero de un rancho. La esbeltez y los ojos magníficos de una, surgieron a Carmona una idea feliz.

—El amor se cura con el amor, pensó; para olvidar a una mujer, no hay como enamorarse de otra. Y si yo consigo que mi hermano fije en ésta su atención, muy torpe debo ser si no le borro del alma a Dolores.

Siguiendo en estos pensamientos, Carmona detuvo al payador le obligó a fijar su atención en la paisana.

—Linda es en verdad, dijo, pero mejor era Dolores.

—Es que aquello se acabó, hermano. ¿Por qué ha de pensar así en quien no ha de volver a ver más?

—Es que mientras un soplo de vida aliente mi cuerpo, contestó el payador, no habré perdido la esperanza de volver a verla. Por eso estos dos veranos he ido a Baradero, e iré siempre; porque hay algo dentro de mí que me dice que a la larga nos nemos de encontrar.

—No importa, hermano, insistió Carmona; mientras no llega ese momento, y aunque sólo sea para pasar los inviernos, lleguemos a aquel rancho; mire que aquella hermosura no es de tirarla al campo.

Por acceder al pedido de Carmona y creyendo que su amigo tendría en ello un interés particular, accedió y se acercaron al rancho.

Las dos muchachas eran vivarachas por demás y más alegres que un amanecer de primavera.

Hijas de un viejo paisano, jubilado ya por la caña con limonada, se ocupaban en cuidar unas ovejitas y hacer cribos de calzoncillos que vendían en las pulperías cercanas.

El prestigio de los paisanos, que llenaban toda la campaña, los hacían recibir bien donde llegaban. Así es que en cuanto las muchachas supieron qué clase de piezas tenían por delante, se compusieron la trenza y se enredaron en alegre plática.

Carmona observó que a Santos Vega había gustado la Agustina más de lo que él se figuró, así es que hizo lo posible por enredarlos en amoroso coloquio. Era una especie de Mefistófeles

campestre que ponía en juego todos los recursos de su imaginación traviesa.

Agustina pidió al payador que cantara y éste, entre risa y llanto, cantó una trova a cuyo calor concluyó de derretirse el frágil corazón de la paisanita.

Serían las once de la noche y los amigos se hallaban en lo mejor de la conversación, cuando llegó al rancho un viejo paisano que venía de estribo a estribo. Era el padre de las muchachas que volvía de la *esquina* adonde se fué por la mañana.

—¡Aurita agarro yo mi arriador, les dijo a las muchachas apenas desmontó, y les doy visitas a estas horas! Y ustedes borrachones, dijo a los paisanos, que lo miraban sonriendo, largo de aquí pronto antes que les quiebre el alma. ¡Yo les voy a dar arrumacos, manga de sinvergüenzas!

Santos Vega soltó una sonora carcajada y se hizo a un lado porque ya el viejo se venía enarbolando el rebenque.

—¡Hasta mañana, prendas! dijo el payador montando a caballo, mientras el viejo dando traspiés corría a las muchachas a rebencazos.

Y se alejó con Carmona festejando alegremente la contundente mona del viejo.

Al otro día, a la tardecita, volvieron a caer al rancho bajo cuyo alero esperaban ya las muchachas. El viejo estaba en la pulpería desde por la mañana, según su vieja costumbre.

Santos Vega y Carmona se fueron al fondo del corazón de las muchachas, encontrando una correspondencia a pedir de boca.

A eso de la media noche tuvieron que tocar *espiante* a galope largo, pues llegó el viejo mamado, y como la noche anterior, se le quiso ir al humo. Pero ya habían convenido con las muchachas que, un par de horas después, cuando el tata se hubiera dormido, saldrían a conversar.

Dieron, pues, un largo paseo, y regresaron calculando el tiempo en que el viejo estaría ya durmiendo la mona. Pero esperaron inútilmente: las muchachas no parecieron.

—Tata no se ha dormido en toda la noche, dijo Agustina al día siguiente; por eso no hemos podido salir; luego será lo mismo.

Aquella tarde el viejo vino más temprano y con tan famosa tranca, que ni siquiera se apercibió de la presencia de los paisanos. Entró derechamente al rancho sin desensillar el caballo y llamó a sus hijas, según costumbre. Los dos amigos se quedaron esperando la vuelta de las muchachas, pero como en la cita anterior, pasó la noche sin que abrieran la puerta.

Santos Vega empezó a irritarse con aquella resistencia a que no estaba habituado, alejándose a la madrugada dispuesto a echar con Agustina una de a pie así que la viera,

A la tarde volvieron, y dió su amorosa queja, inquiriendo la causa de este manejo.

—No hemos podido salir, dijo Agustina, porque tata se enfermó. Esta noche espérenos con seguridad que hemos de salir en cuanto tata se duerma.

El tata cayó, como de costumbre, jinete en una mona deslumbradora y volvió a correrlos con el rebenque. Los paisanos volvieron a media noche, pero esperaron al *ñudo*, como las veces anteriores.

El payador, en vez de irritarse esta vez, sonrió.

—Ahora, dijo a Carmona, o el diablo me va a llevar o yo voy a lograr que éstas salgan. Me ha encaprichado la Agustina, y es preciso que no nos burle tan fiero.

A la noche siguiente templó la guitarra, y de a caballo no más cantó cinco décimas de las que la tradición no guarda más que estas dos últimas:

Si amoroso a verte llego,
respondes sobresaltada
—que ahora estoy muy ocupada,
que anda, vete, vuelve luego,
en este desasosiego,
el tiempo se va pasando,
y yo me voy acabando
cuando me dices que aguarde,
que a la noche, que a la tarde,
que ahora, que luego, que cuándo.

En fin, para terminar,
sin que a las vueltas andemos,
aquí de una vez quedemos
en lo que hemos de quedar;
porque con que hoy no hay lugar,
que vas luego por volver,
con que ahora no puede ser,
que no me dejan salir,
con hacerme ir y venir
ni el diablo te va a entender.

Santos Vega había cantado estas décimas con toda la picardía de que era susceptible su espíritu travieso y estudiantil, en medio de las carcajadas mal contenidas de Carmona.

Pero las muchachas no aparecieron. Los paisanos sintieron los cuchicheos y la silenciosa chacota con que ellas comentaban el canto, pero en vano esperaron unos diez minutos, nadie salió.

Ya iban a retirarse dados a Mandinga, cuando se entreabrió la puerta del rancho y apareció una sombra.

—Vencimos, dijo Santos Vega, y avanzó hacia la sombra estirando los brazos. Pero apenas estuvo a dos pasos de la sombra dió un brinco y se puso al lado de su caballo, gritando a Carmona:

—¡A volar, hermano, que hay chinches!

La sombra aquella que había hecho retroceder a Santos Vega, no era otra que la espantable del tata de Agustina, que se presentaba facón en mano y dispuesto a romperles la crisma a los de la serenata.

—¿Con que serenata, hijitos? Esperen, mis almas, que se las voy a dar en las costillas.

Pero Carmona y el payador estaban ya a caballo y era empresa harto difícil alcanzarlos.

—Lo que es hoy, tata viejo, respondió riendo el payador, se queda con las ganas. Otro día no digo que no, pero por ahora no hay tu tía.

—¡Esperame, maulón insolente! ¡Esperame, espanta pájaros! gritaba el viejo; pero ya los dos amigos marchaban a paso largo, festejando con alegres risas la aparición del tata viejo, a quien suponían durmiendo la tranca.

—Lo que es yo no me doy por vencido, dijo el payador. He de volver y las muchachas han de salir, o pierdo toda mi fama.

—¡Pues bueno sería que esas mocosas salieran con su gusto! contestó Carmona. Si nos vuelven a engañar, me comprometo yo a sacarlas de la trenza.

A otro día el tata viejo, que parecía hombre de grandes relaciones, refirió en la pulpería lo que sucedía con aquellos dos perdidos.

—Pero se nos ofrece una buena bolada, dijo un alcalde que oía el relato. Hace mucho tiempo que tenemos orden de prender o matar al tal Santos Vega por varias muertes que hizo en Dolores, y nunca mejor ocasión que esta para darle un golpe.

—Los dos deben ser una gran basura, aseguró tata viejo, pues las dos veces que me les he querido ir al humo, han disparado como unos gamos.

—Todos estos malos son así, contestó el alcalde. Por dos o tres madrugones que pegan, echan fama de hombres guapos, pero en cuanto uno les apreta las clavijas, los encuentra más flojos que una mulita. Yo voy a juntar los compañeros, concluyó, a ver si esta noche les damos un golpe. No sé por qué se me ha puesto que los vamos a apretar.

Y se fué a preparar su trampa acompañado de tata viejo.

El referido alcalde era un hombre de entrañas bien puestas, que tenía fama de haber prendido a los criminales más grandes con la sola ayuda de su descomunal sable corvo que usaba entre las caronas.

Invitó a cuatro compañeros a quienes les pareció famosa la bolada y se fué a emboscar con ellos, desde temprano, al rancho de las muchachas. Tata viejo volvió a la pulpería, pues por nada de este mundo había dejado de montar su tranca de ordenanza.

Santos Vega y Carmona, ajenos de lo que se trataba, volvieron a la tarde, pero encontrando cerradas todas las puertas del rancho, se fueron para volver a la noche. El tiempo se había descompuesto y una llovizna había empezado a caer.

—¡Mire qué noche para amores! exclamó Carmona contrariado.

—Al contrario, contestó Santos Vega; estas son las mejores noches para pelar una pava como Dios manda.

Dieron una vuelta por la pulpería donde calentaron las tripas con un buen vaso de caña, y regresaron al rancho calculando que tata viejo, a caballo de su mona, había ya pegado la vuelta, creencia en que se afirmaron al ver la puerta cerrada.

—¿No andarán de parranda?, preguntó Carmona. ¡Sería gracioso esto de estar una noche haciendo el amor con las paredes!

Santos Vega se echó del caballo al suelo y pegó una oreja a la puerta.

—Se siente rumor de voces alegres, dijo. Sin duda son las muchachas que se preparan a darnos el chasco de orden.

—Lo que es por mi parte, dijo Carmona, si sale el viejo lo desarmo, pues no es cuento que vaya a figurarse que le tenemos miedo.

—No haga tal, hermano, contestó el payador. El hombre es guapo, y tal vez sería necesario estropearlo. Déjelo no más que así la diversión nos durará más

Pero las voces que sintió el payador estaban muy lejos de tratar lo que él pensó. Agustina y su hermana se habían apercibido de lo que se trataba y se oponían de una manera tenaz a que les prendieran los novios.

Fué necesario que el tata viejo usara de toda su autoridad para obligarlas a guardar silencio.

Santos Vega, entretanto, había descolgado de su espalda la guitarra, y recorría su diapasón preparándose a dar su segunda serenata. Templó la guitarra, preludió su estilo más sentido, y arrancó de su alma las décimas siguientes:

. . . . . .

Después de tanto penar
con una pasión tan fuerte
por fin me has de dar la muerte
si no te puedo olvidar.

¿Para qué, ingrata, buscar
alivio a mi mal creciente,
si has de ser indiferente

con quien tanto te ha querido?
¡Ya no hay más ley que el olvido
contra tu amor inclemente!

Ya no queda otro consuelo
para el infeliz amante,
que una mujer inconstante
que tan mal paga su anhelo.

Y si es castigo del cielo
porque te he querido tanto,
justo es que viera mi llanto
por tus desdenes herido,
hasta que caiga rendido
al peso del desencanto.

Dejaré el tiempo pasar
buscaré en la ausencia calma,
que las heridas del alma
las suele el tiempo curar.

Si no te puedo olvidar,
volveré, ingrata, a quererte,
hasta que por fin la muerte
ponga término a mis penas,
ya que tan cruel me encadenas
a vivir contra la suerte.

Empezaba el último pie, cuando se abrió la puerta bruscamente, y aparecieron en su dintel cuatro hombres guiados por el famoso alcalde del sable corvo.

La lluvia había empezado a arreciar, y la noche estaba tan obscura que apenas se divisaban los bultos a dos pasos de distancia.

Encandilados con la luz del rancho, los justicias se detuvieron un momento en la puerta, detención que bastó para que Santos Vega pudiera darse cuenta de lo que sucedía.

Tiró la guitarra lejos de sí para librarla de cualquier fracaso, y sacando el puñal y arrollándose el poncho al brazo, se preparó para la lucha al lado de Carmona, que ya estaba listo para ella.

Los justicias se lanzaron fuera, en previsión de cualquier ataque brusco, y dieron a los dos amigos la voz de rendirse.

—¡En nombre de la ley y de la autoridad, dijo el del sable, entréguense presos!

— Aquí no hay más ley que nuestra voluntad, replicó el payador, ni más autoridad que la del puñal. Si son ustedes capaces de tomarnos, al avío, basta de palabras que están completamente demás.

Los justicias se precipitaron sobre los dos amigos, y en el acto se trabó un combate de los más rudos que hubieran sostenido nunca el payador y Carmona.

Los cuatro justicias elegidos por el alcalde eran hombres de alma bien puesta y muy difíciles de intimidar.

Habían ido dispuestos a prender o matar al payador y a su amigo, y acometían con una bravura que denotaba la decidida intención de terminar pronto.

—¡No quiero que lo prendan! ¡No quiero que lo maten! gritaba de adentro la voz de Agustina, a quien tata viejo solfeaba las costillas.

—Son justicias todos, y vienen por nuestro pellejo, gritó entonces Santos Vega. ¡Firme la puñalada, Carmona, que a éstos no hay que andarles con lástima!

El payador acometió y uno de los cinco individuos rodó a sus pies sin lanzar una sola queja. El puñal de Santos Vega le había penetrado en el corazón.

—¡Uno menos por mi lado! gritó. ¡Apriete la mano, hermano!...

La noche era cada vez más obscura, y los objetos habían concluido por hacerse invisibles. Carmona estaba al lado derecho del payador, a quien no perdía de vista a pesar de la obscuridad.

En aquel momento, Santos Vega cayó de rodillas lanzando un verdadero rugido. Acababa de recibir un terrible sablazo en la frente, sobre los dos ojos.

En seguida, por la abundante sangre que caía de la herida, Santos Vega bajó su puñal y se limpió con el poncho. Pero, era tal la abundancia con que brotaba de la herida, que no podía abrir los ojos ni darse cuenta de lo que pasaba.

—¡Maldición! gritó Carmona al ver herido, o mejor dicho, al sentir herido a su hermano.

Y cubriendo su cuerpo con el suyo, para impedir que lo ultimaran, se extendió en una espantosa puñalada. Y el alcalde que estaba delante cayó muerto como el primero, sin lanzar la menor queja.

—¡Ya cayó otro!, gritó Carmona, sin decir una palabra a su amigo, para no revelar a los otros que había sido herido.

Y como un león herido, avanzó a su frente, teniendo cuidado de seguir cubriendo el cuerpo del payador.

Otro de los justicias rodó herido mortalmente, al mismo tiempo que Carmona gritaba: ¡van tres!

—¡Esta es la fin del mundo!, dijo uno de los dos que aún quedaba en pie. O peleamos con más de dos o éstos tienen veinte manos y cuarenta ojos. Ya nos han volteado tres, y según va el asunto no piensan mermar hasta no haber concluído con todos.

Santos Vega, entretanto, se desesperaba por apartar la sangre que lo enceguecía. Carmona, luchando sólo contra cuatro, tenía que ser vencido. Y una vez muerto éste, no había lugar a duda, sería muerto él también. Preso de terribles angustias, se limpió una vez más la sangre en el momento que Carmona gritaba: ¡van tres! y quiso pararse. Pero volvió a caer nuevamente. El mismo esfuerzo hecho para ponerse de pie trajo un nuevo golpe de sangre. Entonces desesperado y sintiendo cerca de sí un bulto que calculó ser un hombre que combatía a su frente, levantó el brazo y tiró una puñalada al acaso, con toda la violencia de su desesperación, e hirió de una manera tan terrible, que no tuvo fuerza para sacar el puñal que quedó en la herida. Y sintiendo caer aquel cuerpo a su lado, gritó con una alegría feroz:

—¡Y van cuatro! ¡Animo, hermano, con el que queda, y que no escape con vida!

Los dos últimos justicias que quedaban creyeron que el muerto era uno de ellos y se lanzaron en una fuga desesperada. Y como cada uno de ellos sentía la carrera, ambos se creían perseguidos y apuraban la carrera todo cuanto les era posible.

Sintiendo extinguido todo rumor de lucha y habiendo escuchado la carrera de los dos fugitivos, el payador llamó a su hermano, pero no obtuvo ninguna contestación.

—Va persiguiendo el último enemigo, pensó. Esperemos, que no ha de tardar en volver.

Y como quedara tranquilo, la hemorragia fué cesando poco a poco, hasta que sintió que la sangre se coagulaba sobre la herida.

Pero pasó el tiempo y Carmona no volvió.

La lluvia había cesado hacía ya un rato y un aire fresco había empezado a levantarse. Una nueva angustia asaltó entonces al payador, angustia que lo hizo temblar de espanto. ¿Habría sido muerto Carmona y los dos que disparaban serían los que lo habían ultimado.

—Sería horrible, pensó el payador sintiendo que se le agolpaban las lágrimas a los ojos.

Y sollozando de una manera conmovedora volvió a llamar a su amigo.

Un débil quejido, sólo un débil quejido, respondió a su voz. Llamó de nuevo incorporándose sobre los brazos, pero el quejido no se volvió a escuchar más.

Santos Vega sintió que aquella incertidumbre era la muerte y se puso de pie. Pero inútiles fueron todos sus afanes. La obs-

curidad era intensísima y ya no se veían ni los bultos. Tenía que esperar la luz del día para salir de su incertidumbre. Y cayó esta vez agobiado por el dolor más intenso que había sentido en su vida.

¿Sería posible que el destino lo privara también de aquel joven noble y abnegado en quien había puesto todo su amor y toda su amistad?

Y el payador se sentía doblemente mortificado, porque si Carmona había sucumbido había sido defendiendo su vida miserable amenazada de muerte.

Entregado a la más amarga desesperación, llamando a Carmona unas veces y llorando otras, el payador pasó aquella noche interminable.

En el rancho no se escuchaba el más leve rumor, lo que era una prueba de que lo habían abandonado durante el combate, temiendo su venganza si llegaban a triunfar.

A la luz vacilante del alba, el payador tendió su vista de águila, abarcando en una sola mirada aquel verdadero campo de batalla. Y tembló de la cabeza a los pies, quedando inmóvil.

A media vara de distancia de donde él estaba, tendido de espalda y sonriendo en el último estertor de la agonía, estaba Carmona, el amigo querido de su corazón, rodeado de tres cadáveres.

Dominando su dolor y su espanto, el payador se lanzó sobre el cuerpo de su amigo, lo besó en la boca y se quedó mirándolo estúpidamente, con la mirada dilatada y la boca entreabierta por el caimiento de las mandíbulas.

El que lo hubiera visto en aquella actitud, hubiera asegurado que aquel hombre era un idiota o un loco. Y así permaneció un largo rato mirando a aquel cadáver y prodigándole sus más apasionadas caricias, como si por este medio creyera volverle la vida.

Por fin la misma fuerza del dolor pareció volverle la razón. Levantó la vista del cadáver de su amigo y ligándola en los otros tres, exclamó en un ademán de terrible amenaza:

—¡Pobre hermano mío!, ¡te han muerto! Desde hoy en adelante juro vivir por vengarte! Y miró de nuevo al cadáver como si recapacitara sobre lo que acababa de decir.

Una duda más terrible acababa de asaltarlo. Se precipitó de nuevo sobre el cadáver de Carmona y lo registró de una manera febril.

El cuerpo de Carmona, tanto en su parte anterior como en la cabeza, no presentaba la menor herida.

Trémulo y convulso, con la mirada dilatada por el espanto y el ademán nervioso, dió vuelta el cadáver sonriente, que quedó presentando su espalda ensangrentada.

Allí, sobre el pulmón derecho acababa de ver el mango de su puñal que abandonó en el cuerpo del último herido.

—¡Miserable de mí! gritó sollozando. Mientras él cubría mi cuerpo con su pecho generoso para evitar los golpes que me dirigían; mientras él exponía su vida para salvar la mía, yo mismo lo he muerto por la espalda, le he asesinado como un miserable.

Y rompió a llorar de una manera desesperada sobre el cuerpo de su amigo.

—¡Yo estoy maldito de Dios! añadió acariciando el cadáver, pues por mi misma mano maldita y miserable he dado muerte al sér que más amaba en el mundo. ¡Ah! prosiguió levantando el puño con ademán de colérica amenaza y dirigiéndolo al rancho; ¡ah, mujeres malditas una y mil veces! He aquí para lo único que sirven sobre la tierra.

E incorporándose sobre aquel cuerpo querido, se dirigió a los cadáveres del alcalde y compañeros; que empezó a golpear con furor creciente y pronunciando una cantidad de maldiciones y palabras sin sentido.

Cuando se hubo fatigado de golpear y mutilar los cadáveres, volvió al lado de Carmona a quien dijo señalando el cielo:

—Si no me mato ahora mismo, es por vengarte, hermano querido. Desde hoy en adelante juro no descansar un momento, hasta no haber dado muerte de la manera más cruel que me sea posible al último justicia de la tierra.

Y desclavando el puñal de la herida lo colocó en su cintura y se sentó al lado de aquel cadáver querido, hasta eso de la siesta en que la presencia de dos hombres lo sacó de su fúnebre contemplación.

Eran aquellos los mismos que habían huído la noche anterior y que venían en busca de sus compañeros, en cuya conducción debían ayudarlos otros que venían a bastante distancia de ellos. Pero era tal el aspecto del payador, tan imponente su actitud y tan terrible la expresión que brillaba en su mirada, que aquellos dos hombres dieron vuelta rienda y se echaron a disparar antes que Santos Vega se hubiera puesto de pie.

—Vayan no más que Dios les ayude mientras me desocupo aquí. Después veremos cómo se salvan de mi venganza.

Y con una calma terrible y un cariño conmovedor, levantó el cadáver de su amigo y lo atravesó sobre su caballo. En seguida montó en el alazán y se alejó de allí después de haber fulminado su última amenaza.

LA GUITARRA ENCANTADA

El payador, cargado con aquel fardo precioso, recogió su guitarra, única cosa que fuera de su caballo le quedaba en el mundo, y se alejó buscando descampado en dirección a Dolores. Y al pie de un ombú gigantesco depositó el cuerpo de su amigo querido. En seguida se alejó al galope y al acaso en busca de una población cualquiera donde pedir una azada o una pala para cavar la sepultura de su hermano. Allí debajo de aquel ombú quedaría aquel pedazo de su corazón lacerado, hasta que él volviese a ocupar un lugar a su lado. Era poco más del obscurecer cuando el payador regresó armado de un pico, y se puso en su fúnebre tarea. A cada momento tenía que suspender el trabajo para tomar un momento de descanso. Aquel trabajo le fatigaba de una manera espantosa. Parecía que cada golpe de pico lo sentía en su propio corazón. A la madrugada terminó su trabajo, y soltando el pico se arrodilló al lado de Carmona, en cuya contemplación se absorbió por completo. Aquel corazón generoso que lo había amado como un hermano, aquel joven valiente que había salvado su vida con tan abnegación, estaba allí tendido, frío y sin vida. Y era él, Santos Vega, quien con un golpe de puñal había cortado aquella existencia, hiriéndolo por la espalda en momentos que él le prestaba como una coraza contra la muerte, su pecho valiente y generoso. Santos Vega lloró con la amargura de su alma sensible y cubrió aquel cuerpo con las últimas caricias que había de recibir sobre el mundo. Luego lo largó y después de haber contemplado el cadáver un instante lo colocó en la fosa, y desenvainando puñal exclamó:

—Este puñal será tu vengador, hermano mío. Con él heriré sin piedad a todos los justicias que encuentre a mi paso. Y cuando sienta que la vida escapa a mi cuerpo, vendré nuevamente a ocupar mi lugar a tu lado, por toda una eternidad. ¡Ni la muerte misma alcanzará a separarnos! Y echó sobre el cadáver de su hermano el primer puñado de tierra.

Cuando el cuerpo estuvo enteramente cubierto, cuando el último vestigio de Carmona, hubo desaparecido bajo la tierra, le pareció al payador que le habían arrancado el corazón. El cielo se oscureció a sus ojos, sintió flaquear sus piernas y cayó de rodillas sobre aquel montón de tierra, último rastro que de Carmona quedaba sobre el mundo. El payador enjugó de sus ojos las últimas lágrimas que hacía derramar aquella pérdida irreparable y se preparó para marchar. Puso de tiro el caballo de su hermano y se alejó de allí al paso más lento que pudo imprimir a su alazán. Cuando

perdió de vista aquel leve montón de tierra, lanzó un gemido, agitó la mano en señal de adiós y puso su caballo al galope. Se encaminó a la población donde le habían prestado el pico, donde después de devolverlo descansó un momento. Aquella buena gente se quedó asombrada del aspecto del payador. Sus ojos enrojecidos por el llanto, estaban hundidos entre las órbitas y su fisonomía cadavérica le hacía tomar un aspecto terrible de muerto resucitado.

En aquellas pocas horas el payador había envejecido veinte años. No era ya el gaucho alegre, de movimientos fáciles y musculatura atlética. Sus miembros enflaquecidos, temblaban como si estuvieran bajo la acción del chucho y su mirada vaga se posaba en todos los objetos sin contemplar ninguno.

—¿Qué tiene amigo? ¿en qué podemos servirlo?, se atrevió a preguntar el mismo mocetón que le había facilitado el pico.

Nada y en nada, respondió el payador, puesto que ustedes no pueden resucitar a Carmona.

Y eran tan conocidos en toda la campaña los nombres de los dos amigos, que aquel paisano sintiendo una inexplicable tristeza, pregunto al payador:

—¿Entónces usted es Santos Vega? ¿y cómo ha muerto el amigo de su alma?

—Lo maté yo, respondió el payador gimiendo.

Y refirió a aquella gente, cómo había sucedido aquella horrible desgracia.

—Allí lo dejo enterrado al pie de aquel ombú, concluyó, donde vendré a buscarlo para reposar a su lado.

La narración del payador y el dolor inmenso de sus palabras, conmovieron hasta las lágrimas a aquella gente sencilla. Ofrecieron a Santos Vega un bocado, que éste se negó a tomar. Estaba alimentado por el dolor. Mientras se calentaba un poco de agua, el payador descolgó de la espalda su guitarra y se preparó a cantar la muerte de Carmona. Pero la voz se le anudó en la garganta, sintió su lengua inmóvil y sólo sus dos dedos se movían sobre las cuerdas produciendo una melodía íntima y dulcísima.

Era aquel torbellino de acordes melódicos un poema, una elegía que decía más que todos los versos que podía haber cantado el payador. Y el payador, en su dolor intensísimo, derramaba un torrente de lágrimas que iban a caer sobre las cuerdas estremecidas de la guitarra. Cuando el último acorde hubo espirado con el último gemido que levantó el oprimido pecho del payador, los paisanos no pudieron contener más el llanto, que se exaltó silencioso y conmovedor. Aquella música había tenido un encanto mágico para tocar el corazón de aquella gente.

—Yo me voy, dijo Santos Vega, pues nada ya tengo que hacer aquí.

Los paisanos le rogaron que se quedara siquiera para engañar un poco el dolor, pero todo fué inútil. Santos Vega preparó sus caballos y montó el alazán.

—Los justicias me esperan en todas partes, dijo, y yo tengo que vengar la muerte de Carmona. Y se alejó de allí sin rumbo fijo y pensando sólo en asolar lo que se llamaba justicia de la tierra.

Y desde aquel momento fué el enemigo implacable de todo lo que revestía un carácter de autoridad, y su puñal no permaneció ocioso un solo día. El acechaba los alcaldes y aguaciles, ya en los caminos, ya en las pulperías. Si los hallaba en número de uno o dos, les salía al paso y combatía hasta darles muerte. Si eran más numerosos, él los espiaba, los seguía a la distancia y cuando los veía fraccionados, los acometía entonces y jamás volvía sin haberles dado muerte. De esta manera el payador llegó a ser un verdadero terror de la justicia, al extremo que los alcaldes no se atrevían a salir al campo solos, pues se exponían a una muerte inevitable.

De esta manera, recorrió toda la campaña, hasta los partidos más lejanos, siempre combatiendo con la justicia, que huía de él con terror creciente. Varias veces se habían organizado diferentes grupos que salían en busca del payador para concluir con él. Pero entonces parecía que la tierra se lo hubiera tragado. No podían encontrarlo por parte alguna.

Sin embargo, cuando aparecían uno o dos en el campo, Santos Vega salía como del seno de la tierra, esgrimiendo aquel puñal que arrancara de la herida de Carmona con infernal furor. Y como combatía siempre sobre seguro, jamás fué herido en los repetidos y rudos combates que sostuvo. Este género de vida y los estragos que el dolor hizo en su físico, lo habían transformado por completo, dándole un aspecto imponente. Aburrido de vagar por los campos sin hallar justicias, se internó al resto de la campaña siempre en busca de nuevos combates. Los bailes y las reuniones no tenían para él el menor atractivo. Las payadas no tenían ya el menor encanto, y si alguna vez tocaba la guitarra, era para acompañarse melancólicas trovas, ya la muerte de Carmona, y en recuerdo de su Dolores, muerta también para él, pues no la volvería a ver más.

Si acaso algún antiguo conocido lo invitaba a algún baile y parranda, se excusaba hasta donde podía. Si le hacían muchas instancias aceptaba, pero no tomaba en las fiestas una parte tan activa como en otro tiempo. Indiferente a todo, parecía un idiota. Si cantaba lo hacía automáticamente, y no había mujer, por her-

mosa que fuera, que lo decidiera a bailar un momento. El único halago, el sólo momento en que su corazón latía lleno de vida y su pecho respiraba con franqueza, era cuando se encontraba frente a un par de justicias, daga en mano.

Entonces levantaba su corazón al recuerdo de Carmona y combatía como un león. Raro, muy raro fuera que el justicia que escapaba con vida de entre sus manos. Cansado de vivir de aquella manera, y en entera batalla, había echado por la muerte un profundo desprecio. Muchas veces había tenido tentaciones de concluir con aquella existencia miserable, pero se había detenido, ya dispuesto a herir, al recordar su juramento hecho sobre el cadáver de Carmona.

—Vengar su muerte mientras tuviera un soplo de vida.

La vida errante y llena de privaciones que llevaba, le había hecho contraer varias enfermedades que le proporcionaban algún consuelo, pues le hacían pensar que pronto concluirían con él. Así vagando por campos y poblaciones, llegó al Bragado una madrugada, cuando aquello era simplemente unas cuantas estancias, en momentos de terrible tribulación.

La noche antes, los indios habían traído una gran invasión arrasando cuanto establecimiento hallaron al paso.

Los indios con un instinto destructor lo habían asolado todo, sembrando la muerte y el espanto en las poblaciones por donde habían pasado. Pocos eran los que habían podido huir, pues sorprendidos en medio del sueño, los que no cayeron bajo la lanza de los salvajes, fueron hechos cautivos. Al llegar al punto que había sufrido el grueso de la invasión, Santos Vega notó un movimiento extraño, que lo llenó de sorpresa. Grupos de haciendas perdidas y asustadas, cruzaban el campo en todas direcciones, presa del mayor espanto. El payador detuvo su caballo y fijó la mirada en dos jinetes que como una centella venían huyendo en dirección opuesta a la que él llevaba. Cuando los tuvo al alcance de la voz, les llamó la atención preguntándoles qué ocurría. Pero aquellos dos jinetes cruzaron a su lado castigando los caballos, y apenas tuvieron ánimo para gritarle:

—¡Los indios! ¡los indios han entrado! ¡Sálvese, paisano!

La novedad de una lucha con los salvajes, hizo brillar como un relámpago su triste mirada. Tenía confianza en la famosa ligereza de su caballo y seguridad de que el indio mejor montado no podía darle alcance. Lejos de seguir a los que huían, siguió su primitiva dirección al tranco del alazán, inclinándose hacia una inmensa hoguera que ardía como media legua a la derecha de donde se había detenido.

Llegó allí y no pudo dominar un movimiento de espanto que le causó el espectáculo que se ofreció a su vista.

Era una población que ardía desde la noche anterior, sin duda, pues las habitaciones habían sido ya consumidas por las llamas. La luz de aquel incendio alumbraba cuatro o cinco cadáveres mutilados de una manero horrible. Debían ser por su aspecto los peones de aquella población. Santos Vega desvió la mirada de aquel espectáculo sangriento y siguió marchando tranquilamente. De trecho en trecho iba encontrando cadáveres mutilados con toda crueldad y desnudos, lo que indicaba que los indios después de la carnicería se habían entregado a la rapiña más desenfrenada. Iba el payador a volver bridas, cuando vió venir a su izquierda dos indios que arreaban un punta de yeguas.

Los indios lo habían ya divisado y se venían sobre él al galope. Santos Vega los esperó resueltamente.

Iba a tener que luchar contra lanzas, arma ventajosa sobre el cuchillo, pero la misma novedad de aquel combate tuvo para él un cierto encanto. Vendrían ya los indios como a dos cuadras del payador atronando los aires con estridentes alaridos, cuando alcanzó éste a ver otro grupo que se le venía por la derecha. Revolvió su caballo para dominar el camino en todas direcciones y pudo ver otros grupos que avanzaban por distintas direcciones. Todos ellos lo habían visto, pues todos venían sobre él rápidamente.

—El partido es muy desigual, pensó el paisano; voy a ver si de alguna manera corto un grupo de dos o tres; y puso su caballo al galope.

Los indios apuraron la marcha y empezaron a tenderse en un gran círculo, con la marcada intención de encerrar en él al payador. Este, entonces, apuró su caballo, llevando siempre de tiro el de Carmona, sacándoles una inmensa ventaja. Iba ya a darse vuelta y golpearles la boca en señal de burla, cuando vió que a su frente aparecía un último grupo que le cortaba toda retirada. El payador desvió su caballo hacia la izquierda y se puso a toda carrera. Pero entonces cayó en un nuevo peligro, desconocido para él hasta ese momento. Un diluvio de bolas empezó a silbarle por todos lados. Clavó entonces las espuelas al alazán que se tendió en toda la rapidez de su carrera, pero tarde ya. Media cuadra más, y el alazán caía para no levantarse. Una lluvia de boleadoras se había enredado en sus patas y manos, imposibilitando todo movimiento.

El payador se echó al suelo cuchillo en mano, disponiéndose a vender cara la vida. Pero todo esfuerzo fué inútil. Apenas se había parado, dos pares de bolas le amarraron los brazos al cuerpo dejándolo a completa merced de los salvajes. Un nuevo

golpe de bola en la cabeza coronó su obra, y el payador cayó al suelo bañado en sangre. Los indios se precipitaron sobre él y lo alzaron atándolo en ancas después de desarmarlo y quitarle las mejores prendas. El golpe de bola había sido tan regio, que los indios caminaron más de una legua sin que volviera en sí.

Cuando recobró los sentidos, los indios marchaban de regreso a las tolderías, arreando una fabulosa cantidad de ganado y llevando gran números de cautivos.

El payador amarrado sobre su propio caballo con dos paisanos más, contemplaba aquel triste espectáculo, lamentando el fin que le cupo, pues estaba persuadido que la muerte sería para él inevitable. Ya no poseía nada en el mundo, pues los indios le habían despojado hasta de su caballo. Y el payador sentía que los ojos se le preñaban de lágrimas, al pensar que iba a morir lejos de Carmona, y que no podría reposar a su lado. Después de cinco días de marcha, los indios llegaron a los toldos, donde se entregaron a los desenfrenados festejos del feliz malón. Y borrachos con la bebida que habían robado, en dos casas de negocio, empezaron a martirizar los cautivos, con todo género de vejámenes y de torturas. Cinco eran los paisanos cautivos, y los cinco fueron condenados a morir a lanza. Así lo manifestó un lenguaraz cristiano que andaba entre ellos. Y el tormento empezó de una manera terrible, pues los indios no matan sino después de haber hecho pedazos a lanzadas el cuerpo de la víctima. Santos Vega contempló en silencio y con cierta indiferencia, que llamó la atención y sorprendió a los indios, habituados a mirar la desesperación con que iban los cristianos al sacrificio. Cuando le tocó su turno, llamó al lenguaraz y le dijo:

—Voy a pedirle un favor, amigo, ya que es usted cristiano. Antes de morir quiero tocar un poco la guitarra. Empéñese para que me alcancen la mía un momento. Después podrán hacer lo que quieran.

Al hacer este pedido, el payador no llevaba ningún proyecto. Había sentido el deseo de cantar antes de morir y esto era todo. El lenguaraz conversó con los capitanejos y como aquello no era más que materia de prolongar la diversión, consintieron al momento y le entregaron la guitarra. Cuando el payador tuvo ésta entre sus manos, aquella vieja compañera de sus mayores alegrías y desventuras, sintió ensanchársele el corazón y revivir su espíritu. Los indios lo rodeaban ávidos de escuchar la música del cautivo. Había algo en la mirada de aquel hombre, que sin saber por qué los dominaba y los imponía.

El payador hizo un preludio lánguido, de extraña modulación y sentimiento tierno y conmovedor, y sintiendo una fuerza de inspiración sobrehumana, cantó como no había cantado en su vida.

El mismo se sentía conmovido y cantaba con tal facilidad, que parecía que las palabras se volcaban naturalmente del corazón a los labios. Las trovas eran una mirada retrospectiva hacia su pasado de lágrimas y un lamento de su fin inesperado. Concluída la canción, el payador levantó su corazón a Carmona, haciéndole presente que era el destino y no su voluntad, lo que lo hacía morir lejos de su tumba, pero si era cierto que había otra vida, allí se juntarían por toda una eternidad. Aunque los indios no entendían una palabra de lo que el payador cantara, desde los primeros acordes se sintieron dominados por una impresión extraña y poderosa. Aquella voz de timbre melodioso y aquella música íntima y sentida, los hacía llorar como si alguna desgracia les hubiera sucedido. El indio es de una naturaleza extremadamente sensible a la música. Se extasia ante la voz de un acordeón, y el mismo sonido de las cornetas tiene para ellos un encanto inexplicable. Así es que cuando pueden escuchar una guitarra malamente tocada, único instrumento que llega a los toldos, una especie de encanto se apodera de ellos.

Serían capaces de no moverse de un sitio dado, durante ocho días, por estar escuchando un poco de música. Así es que Santos Vega había tomado para ellos proporciones realmente fantásticas.

Ya no lo miraban como un simple cautivo, sino como a un ser sobrenatural, caído en su poder por arte de encantamiento. Tuvieron miedo de matarlo, porque son más supersticiosos que un napolitano, y creyeron que se trataba de cosa del otro mundo. Así es que cuando el payador soltó la guitarra estremecida, después de haberle dado un beso apasionado como eterno adiós, y dijo que estaba dispuesto a morir, pudo apreciar el extraño cambio que se había apoderado en los indios. Los capitanejos le tendían la mano con un respeto profundo, mientras los indios no se atrevían a acercársele a dos varas de distancia.

—Dice el cacique que no te van a matar, le aseguró el lenguaraz, enjugando las últimas lágrimas arrancadas por el canto. Quiere que quedes en la tribu para que los alientes con tus consejos y les cantes como hoy.

El payador sonrió con amargura. Había acariciado ya la idea de aquella muerte que, aunque bárbara y cruel, venía a libertarlo de la vida. Y cuando ya daba el primer paso hacia la muerte, se encontraba con que aún vivía, y que tendría que arrastrar una existencia más miserable aún de la que había llevado. Los indios no sólo le perdonaron la vida, sino que le devolvieron sus caballos, persuadidos que a aquél que se quedara con una prenda de aquél hombre, no podía sucederle nada bueno. Y el payador aceptó aquella vida que había robado su guitarra pensando en que algún día podría volver a tierra de cristianos.

LA VUELTA A LA TUMBA

Y allí vivió dos años de eterno martirio. Sus pasos eran prolijamente vigilados por los indios que temían que el día menos pensado se les escapara. No podía moverse a una legua del campamento, sin que se encontrar con dos o más indios que, bajo cualquier pretexto, vigilaban sus pasos. Su vida se reducía a varear sus caballos por la mañana y cantar a la tarde, rodeado de la numerosa indiada, que escuchándolo pasaba momentos de verdadero éxtasis. Sus enfermedades contraídas en la vida de vagancia y desamparo que había llevado en sus últimos tiempos, le molestaban de una manera terrible haciéndose presagiar un cercano fin. El vómito de sangre lo perseguía constantemente y su estado de flacura lo había convertido en un esqueleto animado.

Una de las más hermosas indias de la tribu, contrajo por el payador una pasión ardiente, lo que fué para él un nuevo motivo de desventura. Sin corazón para querer otra cosa que sus recuerdos, sentía que aquel amor que leía radiante en la mirada de la india, sólo serviría para nuevos motivos de tortura a su espíritu atribulado.

El payador fué perseguido por la india y por los de su familia, hasta el punto de que por no despertar sospechas, tuvo que aceptar aquellos amores y casarse con la india, sobrina del cacique de la tribu.

La india adoraba al payador como se adora un astro; pero éste, incomodado con las salvajes demostraciones de aquel cariño, huía de ella todo lo que le era posible, tratando de aparentar mucho cariño por ella, para confiar más a sus carceleros. Sintiéndose enfermo de muerte, el payador empezó a pensar en su fuga.

—Quiero morir al lado de mi hermano, pensó, y si no me apuro, mucho temo que me sorprenda la muerte lejos de allí.

Desde aquel día adoptó un nuevo sistema de vida.

Se mostró más amigo de los indios, tomó parte activa en todas sus diversiones, y su amor por su mujer pareció crecer tanto, que los indios perdieron toda sospecha y dejaron de vigilarlo. Con más esmero que nunca cuidaba sus caballos y los corría por la mañana.

—Me afilo con ellos, decía a los indios, por quiero tomar parte en el primer malón que se lleve a tierra de cristianos.

Y los salvajes, plenamente confiados en el amor que Santos Vega había cobrado a los toldos, cesaron por completo de observar sus acciones. Cuando el payador fijó el día de su huída, se recogió temprano la noche anterior, diciendo a su mujer que muy de madrugada iría a correr sus caballos, pues se hablaba de traer un malón por la frontera del Sud. Para disimular más, preparó unos tientos que dejó estirados, pues quería trenzar unas riendas cuando volviera. Montó a caballo en su alazán y llevando de tiro al caballo de Carmona, se alejó alegremente.

Pero regresó poco después, acordándose que dejaba allí la prenda más querida de su corazón: su guitarra.

Mandó a su mujer con el pretexto de pedir prestado un cojinillo a un indio amigo, y cuando se vió sólo se echó la guitarra a la espalda y se alejó al trotecito. Si acaso lo encontraba algún indio y por verlo con la guitarra desconfiaba, regresaría disimulando y nada habría perdido. Si podía salir libremente del dominio de los toldos, no volvería más. Cuando la india regresó al toldo miserable que le servía de habitación, no encontró ya al payador, pero no abrigó la menor desconfianza. Santos Vega era así, taciturno y distraído, y tal vez se había olvidado del cojinillo que mandó buscar.

Entretanto, el payador seguía caminando siempre así, al tranquito, hasta salir del radio de los toldos. Cuando calculó que había andado como dos leguas, puso sus caballos al galope y a toda carrera en seguida. Y le clavaba las espuelas en los flancos, como si quisiera hacerlos andar en un minuto, la distancia que lo separaba de la tierra de los cristianos. ¡Cómo temblaba su corazón a la idea de que pronto se hallaría al lado de la tumba de su amigo!

Cuando calculó que el caballo empezaba a cansarse, monto en el alazán y siguió corriendo como un torbellino.

La noche empezaba a tender su manto de tinieblas y el payador no había sido perseguido, no habiendo encontrado en su camino un solo indio y ya había andado la mitad de la distancia que lo separaba del pueblo de los cristianos. Tal vez a aquellas horas lo anduvieran buscando en los toldos creyéndolo víctima de algún accidente fatal. ¡Tal vez sospechaban de su fuga y lo buscaban con la piadosa intención de darle muerte! Poco le importaba todo esto. Con los ojos de la esperanza clavados en tierra de cristianos, cruzaba las tinieblas de la noche, otra sombra confundida entre ellos. Y corría, corría, mudando los caballos de trecho en trecho para no postrarlos y nunca le parecía haber andado suficiente distancia.

Cuando las primeras claridades del día disiparon aquel manto

de tinieblas, el payador sujetó la carrera y respiró con fuerza el aire purísimo de la mañana.

En seguida se arrodilló y levantó su corazón al cielo dando fervorosas gracias. Se sentía en tierra de cristianos y próximo a la tumba de Carmona, punto de su eterno reposo. Santos Vega presentía su fin y se apuraba en llegar cuanto antes. La montaña de aventuras que gravitaba sobre su corazón le había hecho contraer esa melancolía profunda que lo mataba más que la tísis aguda contraída en sus últimos años.

El payador era un verdadero espectro terrible. En dos años sus cabellos habían crecido hasta caer en negros rizos más abajo de sus hombros, y su fisonomía enjuta, encerrada en el negro aro de su crecida barba, le concluían de este tinte sepulcral y fantástico que lo hacía parecer un cadáver descarnado y amenazador.

El payador corrió todo aquel día y toda la noche, llegando al amanecer del siguiente a un pueblo que reconoció ser la Villa de Luján. Allí tomó su primer descanso y prestó atención y cuidado a sus fatigados caballos.

Los paisanos que lo veían se apartaban de su lado como al contacto de una aparición del otro mundo, encontrando en la palabra del payador algo del frío de las tumbas.

El contaba que acababa de huir de un largo cautiverio en los toldos, se nombraba y enseñaba su guitarra como irrefutable prueba de quién era. Pero los paisanos, supersticiosos, no le daban crédito y convenían en que aquella aparición podría ser el ánima de Santos Vega que andaba penando para purgar las muertes cometidas por su dueño.

La voz corrió de rancho en rancho y de pulpería en pulpería. El terror cundió en todos los espíritus, y ya se aseguró de la manera más formal que el ánima de Santos Vega andaba penando por el mundo. Un alcalde reunió, haciendo alarde de valor, unos cuantos justicias para salir a prender aquella ánima o persona. Pero ante el solo aspecto del payador se le desbandó la gente y quedó el alcalde solo, dominado por el terror. El payador se acercó melancólicamente. Había visto un justicia y una nube de sangre había obscurecido su vista. Su lívida fisonomía fué adquiriendo cada vez una fría expresión de crueldad, y desnudando su puñal, dijo a aquel hombre:

—En nombre de Carmona, prepárese a morir, amigo. Saque las armas, que yo no mato sin combatir.

—Perdón, ánima bendita, respondió el alcalde, y sus dientes chocaron entre sí, por efecto del temblor que dominaba su cuerpo.

Santos Vega levantó su arma para herir, sonriendo de una manera diabólica y el alcalde volvió a pedir perdón de una manera más conmovedora.

¿Qué fuerza invencible detuvo su brazo en el momento de dar el golpe de muerte? Las sombras de su fisonomía cadavérica se iluminaron de pronto con un fulgor suave, como el último relámpago que ilumina la tempestad y desapareció la expresión dura y fría para adquirir otra más humana y más dulce. Las órbitas de sus ojos se humedecieron por una especie de lágrima y retirando el arma de sobre el pecho del alcalde, le dijo con una voz timbrada por musical dulzura:

—Siento la voz de mi Dolores que me dice que te perdone. Aquí en mi corazón helado siento cantar algo como el eco enamorado de su voz que hace languidecer mi brazo y me empuja hacia el perdón. Yo quería aprovechar hasta el último aliento de mi vida en vengar la muerte de mi amigo, pero ella se interpone y contra ella no puedo nada. Vaya con Dios, amigo, antes que se apague en mi corazón la voz de Dolores.

El alcalde no esperó más. Clavó las espuelas en los flancos de su caballo y partió como una exhalación. El payador se cruzó de brazos y lo estuvo mirando hasta que se perdió de vista.

—Perdona, hermano Carmona, murmuró cuando el alcalde se perdió entre los matorrales del camino. Dolores me ha pedido que lo perdone y nada puedo negarle a ella.

Y arreglando la montura de su caballo, se alejó también en dirección al partido de Matanza. Tres días viajó tomando descanso en las poblaciones del camino, y alimentándose del bocado que ellas le ofrecían.

No se excusaba en tocar la guitarra: por el contrario, esta era la única distracción que tenía, pero sus cantos eran un sempiterno lamento. No cantaba, lloraba. Y aquel llanto íntimo y desgarrador, hacía daño a los que lo escuchaban, pues los conmovía haciéndolos llorar también.

A la caída de la tarde el payador divisó aquel montoncito de tierra que cubría los restos de su amigo. Y sintió desfallecerse de pena. Después de dos años de ausencia, volvió a visitar aquella tumba, y su dolor se renovaba como si recién hubiera cumplido su piadosa misión. Santos Vega llegó a la tumba, acomodó los caballos de manera que pudieran comer y descansar, y se echó allí, entregándose por completo a su dolor. Ya estaba al lado de su amigo y poco le importaba morir, puesto que sería enterrado a su lado.

EL FIN DE UN DRAMA

A partir de aquella noche que pasó llorando y recordando toda la cadena de desventuras que compendiaban su vida, el payador no tuvo otra habitación que el montoncito de tierra, ni más techo que el follaje del ombú que empezaba a desnudarse con la proximidad del invierno. Cada día se alejaba en busca de algún alimento que le daban en todas partes con esa generosidad que caracteriza a nuestro paisano. A la noche tendía sobre la tumba las pilchas que componían su apero y dormía, al venir el día, pues la noche la pasaba cantando.

Y era tal su canto, que de la vecindad venían hombres y mujeres y permanecían oyéndolo largas horas, desde donde él no pudiera verlos. Lejos de disminuir, su tristeza crecía de día en día.

Los paisanos y pobladores de la vecindad, condolidos ante tanta pena, trataban de distraerlo lo más que podían. Muchas veces lo llevaban a bailes y reuniones y le picaban su amor propio en las payadas para obligarlo a cantar. Y Santos Vega payaba entonces hasta vencer a sus rivales que le salían, encontrando cierta complacencia cada vez que un buen cantor se declaraba vencido. Muchas personas habían tratado de arrancarlo de aquella honda pena, llevándolo a sus casas, pero todo esfuerzo fué en vano.

Llegando la noche el payador volvía sobre la tumba de su amigo, y allí se entregaba por completo a su dolor.

Y pasaron los días y los meses, y pasó aquel crudo invierno, sin que el payador tuviera otro techo que las desnudas ramas de aquel ombú gigantesco, alimentado por el cuerpo de Carmona. Y las heladas y las lluvias fueron concluyendo poco a poco con aquella existencia tan vigorosa antes. Santos Vega comprendiendo que su fin se acercaba a pasos de gigante, no quiso abandonar ni aún de día la tumba de su amigo.

Sólo una o dos veces por semana se alejaba en busca de un pedazo de carne que asaba allí al lado de aquel montoncito de tierra que reasumía todos sus recuerdos más felices. Una tarde vinieron a buscar a Santos Vega para invitarle a una diversión espléndida. Al baile aquel día debía concurrir un payador Nortero de gran fama, que pretendía vencerlo si payaba con él.

—No puedo ser esta noche, contestó el paisano, por que tengo una partida fuerte. El Diablo me ha convidado a payar esta noche porque tiene también la pretensión de vencerme y no lo puedo desairar.

Y era tal la expresión de su semblante y el fulgor de su mi-
artística, que los paisanos se retiraron aterrados, como si
ente hubieran visto al malo.

Y era que Santos Vega, sintiendo ya la cabeza débil, había
o una alucinación terrible. Creía firmemente que el dia-
o había desafiado a payar y se preparaba a mantener la
da. Aquella noche acudió un gran número de paisanos que,
ándose a cierta distancia y preparándose a disparar al pri-
amago hostil del diablo, se preparaban a escuchar la payada
humana.

Y era tal el terror y tal la superstición de aquella gente, que
raban al otro día de la manera más formal, que a eso de
edia noche habían sentido un fuerte olor de azufre. Ya muy
zada la noche, sintieron ruído de guitarras y dentro del si-
o de la noche se oyó más clara y límpida la voz del payador
payaba con alguien. Y era tal la alucinación que dominaba
te, que estaba persuadido que payaba con el diablo. A la
ma siguiente fueron a visitarlo, y respondió de esta mane-
las preguntas que le hicieron:

—¡Es mal enemigo el Diablo! ¡Como no puede salir de día,
rá esta noche, pero para vencerlo voy a tener que hama-
e fuerte!

Durante dos noches más, el payador tuvo la misma alucina-
y creyó payar con el Diablo, mostrándose cada vez más
ido, pues manifestaba temor de ser vencido.

A la cuarta noche, los paisanos sintieron algo raro. Como a
ercio de la payada hubo un momento de silencio, en seguida
ntió un gran grito del payador, seguido de estas palabras:

—¡Me ha vencido!, y no se volvió a escuchar más ni su voz
i guitarra.

A la mañana siguiente cuando fueron a verlo, lo hallaron so-
la tumba de su amigo, abrazado de su guitarra, pero frío
durecido por la muerte.

La creencia de haber sido vencido por el Diablo había preci-
do su fin. Los paisanos enterraron al payador al lado de su
go, y se retiraron tristes y aterrados.

—Santos Vega, dijeron, ha muerto de pena, porque el Diablo
enció a payar.

Y esta voz, con los visos de la mayor verdad, circuló por toda
ampaña. Y aquella gente inocente sostuvo durante mucho
po que todas las noches aparecía una luz celeste sobre la
ba de los dos amigos. Era el Diablo, según decían, que venía
zarse en su triunfo.

FIN.

INDICE

Pág.

Prólogo . . . . . .

Una amistad hasta la muerte 17

Los dos amigos y el diablo 58

Un diablo montado en pelos. 81

Un domador como hay pocos 98

El corazón enamorado 110

Amor 135

Celos 151

Una venganza terrible 167

Amor y sangre 183

La partida 196

La batalla 204

La última ilusión 209

La muerte de Carmen 216

La guitarra encantada 227

La vuelta á la tumba 234

El fin del drama 238

LIBRARY
DEC 2 1911
UNIVERSITY OF TORONTO

BINDING SECT. APR 21 1981

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

PQ 7797 G79A75 Gutierrez, Eduardo
Una amistad hasta la muerte

38

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 10 12 08 03 023 0